

ELLOS PERSISTEN INCLUSO
EN LA MUERTE

LA
CORTÉ
DE LAS
SOMBRAAS

LA MANSIÓN DE LAS FURIAS

MADELEINE ROUX

AUTORA BEST SELLER DE LA SAGA ASYLUM





Louisa Ditton ya no sabe quién es.

Tras los escalofriantes incidentes del otoño pasado, Louisa se adapta a su rol de criada en la Coldthistle House, sin dejar de preguntarse qué significa eso para su humanidad.

¿Se estará convirtiendo en un monstruo como su amo, el Sr. Morningside, o fue redimida por su último acto de heroísmo?

Mientras tanto, el malicioso Sr. Morningside planea un festín que atraerá gente nueva a la casa: desde humanos perversos y seres del Supramundo, criaturas angelicales que vigilan al monstruoso equipo del Sr. Morningside y están dispuestas a tomar la casa mediante sus propios métodos de hacer justicia; hasta un hombre que afirma ser el padre de Louisa, cuya presencia solo incrementará las dudas que persiguen a la chica, y las verdaderas intenciones de este misterioso personaje supondrán una nueva incógnita.



EL CONFLICTO GOLPEARÁ A LA PUERTA DE COLDTHISTLE HOUSE,
Y LA APUESTA INCLUIRÁ EL ALMA DE LOUISA.



facebook.com/vreditorasya



twitter.com/vreditorasya



instagram.com/vreditorasya

LA MANSIÓN DE LAS FURIAS

LA
CORTE
DE LAS
SOMBRA

MADELEINE ROUX

Traducción: Julián Alejo Sosa



*Para mamá y papá,
y, por supuesto, para El Smidge.*

*“Macbeth no será vencido
hasta que el gran bosque de Birnam
suba a la colina de Dunsinane
para enfrentarlo”.*

—WILLIAM SHAKESPEARE, MACBETH



*“La naturaleza, con equidad,
ve a todos sus hijos jugar;
ve cómo el hombre controla al viento,
ve cómo el viento barre al hombre”.*

—MATTHEW ARNOLD



*“Debemos perdonar a nuestros enemigos,
pero nunca antes de que los cuelguen”.*

—HEINRICH HEINE





Prólogo





Año dos



Diario de Benmu, quien corre

Emergieron de la tierra, entre gusanos que aparentaban ser raíces de árboles. Eran más sombras que carne y se abrían paso entre el crujir intenso del tronco en dirección al claro. Las raíces eran casi tan gruesas como un caballo, robustas y retorcidas, y daban la impresión de nunca haber sido tocadas o vistas por un humano. Al principio, las criaturas salieron gradualmente desde las raíces, pero a medida que la luz crepuscular se desvanecía en la noche, tomaron un ritmo más firme, un goteo lento que se convirtió en una humareda constante...

¿De dónde venían? ¿Acaso el árbol estaba hueco por dentro para poder albergar a tantos niños? ¿Qué tan profundo llegaban esas raíces? ¿Era allí donde las criaturas se escondían para escapar del aire fresco del bosque verde? ¿Estaban hechas de lodo, piedra o madera? ¿O acaso eran de carne y hueso como yo?

Había llegado tan lejos, viajado incontables kilómetros, para ser testigo de este renacimiento. En el pasado, ya había presenciado numerosos eventos extraños en Per Ramessu y Bubastis, y me había adentrado en territorios desconocidos rodeado de extraños pintados y animales curiosos. Incluso había visto a una mujer tragarse una cobra entera sin que esto la afectara en lo más mínimo, el rostro de una muchacha derretirse como cera por el aliento de un ángel; había cenado con hombres que alegaban ser más viejos que las mismísimas arenas de mi hogar.

Pero esto... Esto dejó una marca en mí. Presenciar cómo la nada misma adquiría forma, cómo un árbol, alto como un palacio, actuaba como una mujer de carne y hueso dando a luz, creando vida, era algo nuevo. Vida que caminaba y respiraba, cada criatura con un rostro distinto. No eran desagradables, pero no se parecían a ningún ser que hubiera visto antes. Líneas oscuras recorrían toda su piel como tatuajes que, con la poca luz disponible, se notaba que estaban tallados en la piel bastante profundos. Estas criaturas emanaban cierto resplandor y se movían con una gracia poco natural, como si estuvieran flotando sobre el césped cubierto de rocío.

Había algunos búhos, con sus orejas amenazantes como cuernos, sentados en los pequeños árboles a mi alrededor, ululando en un tono grave. Todo tipo de serpientes y arañas se acercaron a observar, formando un ejército de escamas y ojos negros brillantes. De pronto, noté que en el ambiente sonaba una especie de música, como si las ranas y los grillos estuvieran dando un concierto, acompañado por el gemido profundo de lo que parecía ser un ciervo. Los golpes de una música ancestral y primitiva retumbaban contra mi pecho, dándome una sensación de escalofríos que me hacía acurrucarme bajo el abrigo que me había hecho con la piel de algún animal muerto que encontré en el camino. El bosqueapestaba a una nueva putrefacción creciente y supurante, a un hedor a tierra que parecía latir con vida propia.

Me preguntaba a dónde había ido mi protector, el hombre bestia que me había acompañado desde Egipto y me había protegido de tanto. Lo único que sabía era que ya no estaba, y solo me quedaba su aullido furioso en la distancia. ¿Se lo habían llevado? ¿Estaba sufriendo?

Vida. Todo era vida, casi hasta la asfixia, todo crecía y se expandía sobre la marga y el agua, sin ninguna civilización que se lo impidiera. Qué desolado y frío se sentía ser el único hombre en medio de tantas criaturas que jugaban a la eternidad.

Pero allí me quedé.

Ninguna de las criaturas que emergían del árbol notó mi presencia, a pesar de no haber siquiera intentado mantenerme

oculto. Después de todo, había sido convocado por las visiones de unas mujeres, guiado en plena luz del día por una Serpiente Celestial que deslizaba su enorme y temible cuerpo entre las nubes. La había escuchado y seguido, cruzando mares, montañas y valles para llegar a este lugar. Al árbol. A Padre.

Finalmente, el árbol cesó su creación y todos los seres que habían emergido lo rodearon. La música del bosque comenzó a ser más intensa, dolorosamente intensa, provocando que los tambores se sintieran como puñetazos fuertes contra mi pecho. No podía hacer otra cosa más que acurrucarme en la piel, con los pies mojados y llenos de lodo, mientras el árbol se abría una vez más para que de la gran grieta emergiera una última figura.

¿Acaso sabía lo que era el verdadero frío? ¿Conocía las facetas de la verdadera magia negra? No, pero esto cambiaba todo. Estaba ante la presencia de algo que escapaba al tiempo, a la razón; un ser sin comienzo ni final.

Él era su rey y esta era su corte. Mi rey. Mi Padre. De pronto, todos esos ojos, brillantes y negros como escarabajos, giraron hacia mí a la vez. Sonrieron, pero no deseaba saber por qué. Y en un instante, me sentí derrotado; sabía que esta era mi muerte; aquellas no eran sonrisas de bienvenida, sino el reflejo de un hambre insaciable.

Padre se me acercó y, al hacerlo, la canción se tornó más suave, como un canto impregnado de susurros agudos y fantasmales que se abrían paso entre el ritmo.

Las palabras comenzaron a tener sentido cuando este rey del bosque me vio y se acercó. Era más alto que los demás y su rostro tenía una complexión más dura y rugosa, como si una mano temblorosa hubiera dibujado cada línea de sus rastros humanos. Nariz de halcón, barbilla de león, mejillas de esfinge y cabello de cuervo. Sus ojos, de un negro profundo, bailaban entre destellos difusos de luz roja, acompañando una vestimenta de musgo, enredaderas y plumas, la cual parecía flotar desde sus hombros como si fuera una capa.

Se acercó hacia mí con sus dedos encorvados y puntiagudos, y sabía que lo que sostenía entre mis brazos, lo que presioné contra mi pecho para proteger, pronto sería suyo. ¡Los susurros! Los susurros comenzaron a sonar en mi cabeza, haciéndome sentir débil y olvidadizo.

¿Por qué había venido aquí? Las ninfas me habían ofrecido un santuario. Este no se suponía que fuera mi final...

Padre de todos los Árboles, Padre de todos los Árboles, Padre de todos los Árboles...

No escuchaba otra cosa más que los susurros, ni siquiera mis propios pensamientos. Si sobrevivía a este bosque, no estaba seguro de si alguna vez mi mente volvería a albergar pensamiento alguno.

“Has venido desde muy lejos para traerme esto...”, su voz era el mismísimo crujir de las ramas en una tormenta, las ráfagas de viento azotando las hojas, el golpe del agua contra las rocas. “Para traérmela a ella”.

¿Es para ti? ¿He cometido un error? Quizás no fue hecho para nadie.

¡Nunca debe ser encontrado!

De pronto, sus dedos tocaron el libro que presionaba contra mi pecho y fue entonces cuando toda la energía desapareció de mi cuerpo. Los cientos de ojos negros amenazantes me robaron la fuerza y su canto me adormeció. Me lo quitó. Me lo quitó y fallé.

“Duerme ahora, Bennu, tú que has conocido el hambre, el cansancio y el miedo. Duerme ahora, a salvo entre las ramas. Tus secretos están a salvo conmigo”.





Capítulo
Uno



Norte de Inglaterra

Primavera, 1810

No era la primera vez que tenía el cañón de una pistola frente a mis ojos, aunque sinceramente sí esperaba que fuera la última.

Por lo menos, era un cambio en mi rutina. Había llegado al punto de conocer los efectos adormecedores que el aburrimiento puede tener incluso en las situaciones más extrañas. Al principio, limpiar el desorden ocasionado por Poppy y la Sra. Haylam con sus trucos de magia luego de aniquilar a algunos huéspedes era interesante. Pero levantar cubetas de sangre, fregar las maderas del suelo y limpiar los desechos que las aves del Sr. Morningside dejaban sobre la alfombra se volvió rápidamente cansador. La vida, incluso en la casa de las oscuras maravillas, podía tornarse fastidiosa. Ya había comenzado a perder la cuenta de cuántos huéspedes malvados había ayudado a matar. Todavía me daba náuseas pensar en el motivo para el cual me habían empleado en la Coldthistle House.

–Vamos, no te estás concentrando ni un poco, Louisa –detrás del martillo curvo de la pistola, Chijioke hizo una mueca.

Se le notaba cierto dejo de cansancio en uno de sus ojos, al igual que en su mano, que temblaba un poco mientras me apuntaba con el arma a la cabeza.

La luz difusa del sol se abría paso entre el polvo que recubría las ventanas de la biblioteca, provocando que pequeñas partículas flotaran a nuestro alrededor como luciérnagas del atardecer.

–Solo prométeme que no está cargada –le rogué de mal humor. Giró los ojos hacia arriba y exhaló fuerte.

–Por quinta vez, no lo está. Ahora, concéntrate, Louisa, ¿o acaso lo que salvó tu vida fue pura suerte?

Intenté concentrarme, pero su pregunta solo hizo que me distrajera aún más. A decir verdad, fue una combinación de varias cosas lo que ocurrió aquel día en el que el tío de Lee intentó acabar conmigo. Estaban Mary escudándome con su magia especial y Poppy hirviéndole la cabeza a George Bremerton con sus poderes. Recordar ese momento me daba escalofríos; a menudo tenía pesadillas con ese día y, muy dentro de mí, sabía que estaban para quedarse.

Estaban los sueños espantosos y la aún más cruel ausencia de Mary. La extrañaba. Habían pasado varios meses de mi viaje a Irlanda, donde había tenido la esperanza de poder evocarla nuevamente en algún manantial mágico. Según el Sr. Morningside, Mary, como todo espíritu del Inframundo que no está vivo ni muerto, posiblemente se encontraba en las Tierras del Crepúsculo, un lugar similar al limbo; sentía que debería haber sido capaz de evocarla con la misma magia que la trajo a la vida en un principio, pero mi deseo se hundió en el manantial, dejando solo el sonido de una piedra caer contra el agua.

En esas circunstancias horribles, finalmente había escapado de la Coldthistle House. Dejé el manantial atrás y seguí camino de Dublín a Londres, para luego regresar, de mala gana, a Malton. Esas pocas cosas que había robado de la mansión fueron lejos cuando las vendí, pero no lo suficiente. Pensé en seguir por mi cuenta, encontrar alguna especie de trabajo independiente en alguna cantina, pero, lamentablemente, mi espíritu pendenciero no era muy bienvenido en los pueblos al igual que en la Coldthistle House. En un abrir y cerrar de ojos, volví a estar sin dinero y desempleada. Quizás era el destino lo que me estaba forzando a regresar a la

Coldthistle House; quizás, en cierta medida, simplemente extrañaba ese infame lugar.

Chijioke debió haber notado la expresión de consternación en mi rostro, por lo que suspiró y señaló con su cabeza la pistola que tenía apuntando a mi nariz, como si me estuviera recordando que estaba haciendo eso por mi propio bien.

Desde allí dentro, incluso con las ventanas cerradas por completo, podía escuchar el sonido de algunas voces alegres afuera. Durante toda la semana, trabajadores de las propiedades aledañas se juntaron para levantar una tienda enorme en el jardín de Coldthistle. Bueno, en realidad, solo una parte estaba sobre la propiedad de la mansión —la mitad, para ser más específica— y la otra mitad en el terreno del este, aquel del cual se ocupaba el amable pastor que me había acogido una tarde. El propósito de la tienda seguía siendo un misterio para mí, lo que ocasionó que mis pensamientos giraran bruscamente de la pobre Mary a lo que fuera que el Sr. Morningside estuviera planeando. Los trabajadores tomaron el té allí mismo en el jardín, riendo escandalosamente, un sonido por completo inusual para los páramos sombríos de Coldthistle.

—¡Vamos, muchachita, estás poniendo a prueba mi paciencia! —gritó Chijioke justo frente a mí, haciendo desaparecer ese tic de cansancio que tenía en el ojo.

—¡Muy bien! —agregué, retomando la concentración que había perdido. Apareció, como antes, luego de un ataque de ira. No hubo humo ni ningún sonido mágico, ni tampoco una lluvia de polvobrillante; no había nada tan pintoresco o digno de un cuento de niños en lo que yo podía hacer; simplemente, concentré toda mi atención por un instante y el poder de Sustituta dentro de mí se avivó, transformando la pistola en un conejo.

Chijioke suspiró, sorprendido y tan confundido como el conejo bebé que se retorció entre sus dedos.

Enseguida comenzó a reír y aflojó su mano, lo cual permitió que el pequeño animal se enroscara, curioso, formando una pequeña bola peluda en su palma. Era una vista bastante agradable: la mano callosa del jardinero de Coldthistle meciendo a un conejito blanco no más grande que una bola de nieve.

–Muy gracioso –dijo, levantando una ceja al mirar al conejo–. Entonces, tu poder no fue solo suerte después de todo. ¿Cómo lo llamarás?

Volteé, dándoles la espalda a los dos y dirigiéndome hacia la ventana sucia, en donde me paré de puntillas para poder ver el jardín. La tienda blanca era casi tan grande como el granero. En cada una de sus puntas elegantemente preparadas había un banderín rojo, verde y dorado. Estos eran bastante simples, sin muchos adornos, pero no podía dejar de preguntarme qué significaban. Quizás, a juzgar por el cambio de clima, supuse que se trataba de la Festividad de los Mayos. Aun así, todo parecía demasiado extravagante para ser idea del Sr. Morningside. No había vez en la que hiciera algo agradable sin que hubiera alguna motivación siniestra oculta.

–¿Louisa?

Miré a Chijioke y a su nuevo acompañante peludo, el cual no estaba para quedarse, y así, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció; Chijioke, una vez más, tenía el arma en su mano.

–Maldición, todo para nada. No importa qué tanto lo intente, no logro hacer que el hechizo dure por más tiempo.

Se encogió de hombros para demostrarme su compasión y guardó la pistola en la parte trasera de sus pantalones. Enseguida, se acercó hacia la ventana junto a mí y nos quedamos observando el tonto jardín y a los

trabajadores que terminaban de tomar su té y regresaban al trabajo, cada uno haciendo lo mejor para no tropezar con los huecos que había por todo el terreno.

–Quizás sea lo mejor, muchachita –me consoló Chijioke–. Esa cosita seguramente habría terminado siendo la cena de Bartolomé antes de la puesta de sol.

–Sí, es cierto, ha estado comiendo mucho –coincidí–. Y creciendo mucho también. Pronto tendrás que mudarlo al granero. Incluso Poppy comenzará a montarlo por todo el terreno.

Por el rabillo de mi ojo, pude ver a Chijioke hacer una mueca de dolor.

–¿De verdad no sabes de qué se trata todo esto? –le pregunté, acomodando una pila de libros para pararme encima y tener una mejor vista. La ventana tenía un pequeño alféizar lo suficientemente profundo como para que pudiera descansar una rodilla y asomar la cabeza para mirar el jardín.

–Sospecho que solo la Sra. Haylam sabe, aunque no sería una sorpresa que ella estuviera envuelta en la misma oscuridad. No tengo razones para mentirte, Louisa. Pero si llegas a descubrirlo primero, será mejor que me lo cuentes todo.

Entrecerré los ojos para tener una mejor vista pero no se veía mucho, ni siquiera cuando el viento levantó uno de los lados de la tienda. Quejándome, reposé mi frente contra el vidrio de la ventana. Haber usado mis poderes –mis poderes de *Sustituta*, o así decía el Sr. Morningside– me había dejado un poco débil.

–Si se tratara de otra residencia, podría pensar que están preparando una boda.

Chijioke rio y se apoyó sobre el alféizar a mi lado, hasta que notó el collar que se había salido de mi vestido y colgaba desde mi cuello.

–¿Acaso tenemos alguna en mente?

Dios, el collar. Había jurado mantenerlo en secreto y ahora mi comportamiento poco refinado al trepar y arrastrarme para llegar a la ventana hizo que se soltara de los pliegues de mi corsé. Tomé la cuchara rápidamente y la escondí de nuevo en mi vestido. Enseguida salté desde el alféizar de la ventana y me alejé, tratando de ocultarme entre los estantes de libros.

–No es lo que parece.

–¿Ah, no? Porque para mí se ve como un montón de basura sentimental.

–Esta *basura sentimental* –le dije, enfurecida, volteando hacia la puerta– salvó mi vida.

Luego de que George Bremerton casi me hubiera matado, solía pensar en irme para siempre. Aún lo seguía haciendo. Pero si abandonaba este lugar, a Lee y todos los recuerdos de Mary, ¿en qué me convertiría? Puedo ser una ladrona y fugitiva, pero nunca una traidora. Quizás si Mary regresara y Lee encontrara la felicidad o, al menos, la paz, quizás entonces podría marcharme. Quizás entonces...

Chijioke me llamó, pero ya estaba demasiado cansada de nuestra práctica, sumado a que ahora estaba triste. Sentí el peso de la cuchara en mi cuello y cerré los ojos, caminando a toda prisa por el corredor. No había forma de pensar en la cuchara sin recordar a Lee, quien había muerto cuando me enfrenté a su tío. Bueno, había muerto solo por un momento, ya que revivió gracias a la magia de la Sra. Haylam y el sacrificio de Mary. Muerto. Revivido. Eso apenas cubría el alcance de lo que había hecho, de lo que había *elegido* como destino para mi amigo.

No, amigo no; la sombra de un amigo. Si bien vivía en Coldthistle y no podía irse, no he visto un rastro de Rawleigh Brimble en semanas. Solía merodear y esconderse como una sombra y ni una sola parte de mí podía

culparlo.

–¡Louisa! Huyendo de tus deberes otra vez, ya veo...

Mi huida se vio interrumpida por la Sra. Haylam, quien se encontraba más limpia y arreglada que nunca, con su cabello gris recogido por detrás, un delantal almidonado y destellantemente blanco. Colocó sus manos oscuras sobre la cintura y me miró con aires de superioridad, refunfuñando.

–Justo iba camino a buscar la ropa de cama para la habitación de los Pritcher –murmuré, evitando su mirada penetrante.

–Por supuesto que sí. Y también te encargarás de la habitación de los Fenton luego, y recuerda traer la ropa sucia. Se acabó esto de no hacer nada justo el día de la convocatoria de la Corte.

Al escuchar eso, pude ver los ojos de Chijioke abrirse tanto como los míos.

–¿La Corte?

La Sra. Haylam era una señora aterradora incluso cuando estaba tranquila, pero al escuchar eso nos dedicó una mirada feroz y se corrió para dejarme pasar, señalando el corredor.

–¿Acaso parece que estoy de humor como para ser interrogada, muchacha?

–Está bien. Pritcher, Fenton, ropa sucia –repetí, pasando a su lado a toda prisa.

Pero me tomó de la oreja y me hizo retorcer y llorar del dolor. Dios, esta señora era mucho más fuerte de lo que aparentaba.

–No tan rápido, Louisa. El Sr. Morningside desea verte. Dijo que es algo urgente, por lo que yo no me retrasaría si fuera tú –esbozó una pequeña pero malvada sonrisa y me soltó.

Como lo único que podía pensar era en escapar de sus garras, no me percaté de que tendría que ir abajo por la puerta verde para ver a mi empleador. Por suerte, nuestros encuentros habían sido muy pocos desde mi

regreso de Irlanda. Mientras caminaba por el corredor encogida de miedo como un perro herido, alternaba la vista entre la Sra. Haylam y las escaleras.

Ya se había olvidado de mí, por lo que comenzó a atacar a Chijioke por estar perdiendo el tiempo con una sirvienta tonta en la biblioteca.

Decidí marcharme rápido antes de que se diera cuenta de que la estaba mirando, por lo que volteé y seguí caminando por el corredor con una mano sobre mi oreja lastimada. Por un instante, noté lo que parecía ser el pie de una sombra que desaparecía en una de las esquinas, como si alguien que había estado observándonos escapara hacia el piso de arriba. Las pisadas ya eran cada vez más suaves, pero aun así las podía reconocer. Lee. El sacrificio de Mary y mi decisión lo habían revivido, pero a cambio de eso, su espíritu estaría alimentado solo por oscuridad. Yo apenas lo podía comprender y él no parecía estar dispuesto a discutir los cambios que atravesó.

Me quedé quieta para oír cómo la intensidad de las pisadas disminuía y presioné la cuchara bajo mi vestido contra mi pecho. Lo había condenado a la perdición, al igual que a nuestra creciente amistad, arruinada como todo lo que arruino a mi paso.

—¡Louisa! ¡Abajo! Ahora.

El tono de voz de la Sra. Haylam no daba lugar a discusiones. Me esperaban muchas tareas, pero primero, tenía el deber, para nada envidiable, de reunirme con el Sr. Morningside una vez más.



Capítulo
Dos



Encantadora Louisa, aquí estás.
— Su buen humor era bastante perturbador. Las pocas veces que me crucé con el Sr. Morningside siempre estaba irritable o furioso. Era normal escucharlos a él y a la Sra. Haylam discutir a cualquier hora del día, generalmente, por los sirvientes ruidosos y torpes que interrumpían su trabajo. Y ¿acaso no corría mucho aire por el vestíbulo? Pero ahora, sentado detrás de su enorme escritorio, con su colección de aves amontonadas a su alrededor, el Sr. Morningside me sonrió. Con alegría. Con demasiada alegría.

Hice un saludo de cortesía y esperé a que me invitara a sentar, lo cual hizo con un gesto elegante de su mano. El suelo de su oficina estaba cubierto de papeles que habían sido testigos de días más felices, y montones de libros enormes con cubierta de cuero apilados uno sobre otro. En cada rincón, había plumas con las puntas rotas y salpicadas en tinta. Parecía que hubiera estado trabajando duro en algo, aunque nada de lo que estaba escrito en esas páginas era legible para mí. *Garabatos*, pensaba, *pequeños dibujos incomprensibles*.

Se reclinó en su silla y yo me senté casi en el borde de la mía, frotando las manos ansiosamente sobre mis piernas. Todavía me quedaba disfrutar una reunión totalmente agradable, o incluso tediosa, con este hombre... criatura... *cosa*. A juzgar por su sonrisa demasiado amigable, la visita de esa tarde no sería diferente. El Sr. Morningside hizo espacio entre el desorden de su escritorio, juntando al azar papeles viejos y apilándolos a la derecha de la madera pulida.

—¿Té? ¿Algo más fuerte? ¿Qué te parece el espectáculo en el jardín? Pronto será mucho más excitante. La Corte se reunirá aquí... Han pasado, déjame

pensar –y comenzó a contar en silencio con sus largos dedos–. Oh, al diablo con esto, ¿quién sabe? ¿A quién le importa? Ha pasado mucho tiempo y ahora seremos los anfitriones de la Corte. *Todo un honor.*

–Perdón que lo diga –le contesté cuidadosamente–, pero no luce del todo honrado.

–¿No? –sonrió nuevamente mostrando aún más sus dientes blancos y parejos, pero solo lucía más inquietante y forzado. Agresivo–. Bueno, mi placer cuestionable de ser el anfitrión de los más finos bufones vanidosos del Supramundo es tema para otra ocasión, Louisa. Tenemos asuntos más importantes que tratar.

Sirvió el té en sus tazas tan elegantemente decoradas con dibujos de pequeñas aves finas y, sin que se lo pidiera, vertió un poco de lo que parecía ser brandy en ambas, para luego pasármelo rápidamente desde el otro lado de la mesa.

A juzgar por el aroma que emanaba de la taza, parecía ser más brandy que té.

–Todavía ni siquiera son las tres de la tarde –le recordé, señalando tímidamente el brebaje.

El Sr. Morningside inclinó la cabeza hacia un lado, reconociendo mi punto, y enseguida tomó un trago directo de la botella de brandy. Al terminar, juntó los dedos delante de su rostro como si me estuviera estudiando. Mis pensamientos comenzaron a fluir a toda prisa. Por lo general, era bastante impasible. ¿Qué podría ser lo suficientemente temible como para que lo hiciera tomar tanto brandy tan temprano en la mañana? ¿Acaso tenía que ver con Mary? ¿Había regresado de la Tierra del Crepúsculo después de todo? O quizás era por Lee, quien se había convertido en el fantasma de la mansión que uno podía escuchar pero rara vez ver. Por supuesto, también

estaba la gente de George Bremerton, el culto de fanáticos que había enviado a Bremerton a Coldthistle con la idea enfermiza de acabar con el Diablo.

Suspiré y tomé la taza de té, expectante. ¿En qué se había convertido mi vida que mi cabeza ahora giraba en torno a este tipo de preocupaciones?

–Recibí una carta bastante curiosa, Louisa. Francamente, no sé qué hacer con ella –confesó, moviendo un mechón de su exuberante cabello negro y abriendo una de las gavetas de su escritorio, de donde sacó un sobre de papel con un sello de lacre verde ya abierto. Incluso en la distancia, podía sentir la distintiva esencia de junípero emanando del papel–. Me dejó sin palabras.

–Bien, eso *sí* es extraño –dije pensativa.

–Sí, sí, por favor, disfruta todo lo que quieras mientras puedas. Dudo de que te vayas a sentir tan fervientemente superior cuando oigas lo que dice la carta –sus ojos, amarillos e inquietos, estaban llenos de fastidio.

Hice el té a un lado sin beberlo y estiré el brazo con el ceño fruncido para tomar la carta, pero la corrió, manteniéndola lejos de mi alcance. Algunas de las aves se posaron a su alrededor haciendo ruidos como si lo estuvieran disfrutando.

–Aún no –me dijo, negando con la cabeza–. Pronto la podrás leer, pero primero debo saber algo, Louisa.

El Sr. Morningside se inclinó hacia mí y, moviendo su boca hacia atrás y adelante, como si la estuviera preparando, soltó la pregunta.

–¿Cómo *estás*?

Al escuchar eso, me quedé perpleja.

–¿Cómo... estoy? ¿Qué clase de pregunta es esa?

–Una amigable –respondió–. Genuina. Comprendí que he estado... muy distante últimamente, pero en verdad me preocupo. Esa horrible situación con Bremerton dejaría a cualquier persona normal en estado de shock.

Seguramente sigues confundida con algunas cosas, como qué fue lo que ocurrió con el ritual de Mary que no funcionó. Aparentas estar tomando todo con mucha calma, pero como sabes, las apariencias engañan.

–Estoy... –traté de encontrar la respuesta indicada. Me dolía tratar de entender cuán confusa podía ser esa pregunta. *¿Cómo estaba?* Inestable, aterrada, desesperanzada, completamente perdida en un mar de fuerzas extrañas y revelaciones aún más confusas sobre el mundo, sobre mí, sobre la naturaleza del bien y el mal, sobre Dios y el Diablo. Estaba...–. Sobrellevándolo. Sí, estoy sobrellevándolo, señor.

El Sr. Morningside levantó una de sus oscuras cejas al oír eso.

–Una pregunta genuina merece una respuesta igual de genuina, Louisa.

–Muy bien, en ese caso, sobreviviendo. Sobrevivo, por lo general, tratando de no pensar demasiado en lo que es usted y este lugar. Lavo los orinales y la sangre. Friego y limpio los establos, y me tapo los oídos por la noche si un huésped comienza a gritar. Si pensara tanto en todo esto, en quién soy y en lo que he visto y hecho en menos de un año trabajando aquí, quizás no *aparentaría* estar tomándolo con tanta calma. Entonces, sí, su pregunta puede ser genuina, señor, pero también es estúpida.

Mi voz se había elevado casi al punto de estar gritando y no me disculpé por ello; el Sr. Morningside ni siquiera parecía haberse ofendido.

Colocó la carta sobre el escritorio entre nosotros, juntó sus manos y asintió lentamente, mordiéndose el labio inferior mientras me miraba fijo. Al cabo de unos segundos, volvió a mirar la carta pero enseguida posó la vista sobre mí nuevamente. Me negaba a caer ante esa mirada penetrante.

–¿Te gustaría ver a tu padre?

Reí. Tanto que soné como un cerdito, y señalé la elegante carta.

–Malachy Ditton nunca podría pagar por un papel tan fino. Y si lo ha

hecho, es un engaño, una forma de aprovecharse de su dinero, y usted sería un tonto al creer siquiera una palabra de esto.

El Sr. Morningside abrió los ojos, casi con inocencia, y separó sus labios.

–Oh –aún perplejo, tomó la carta y comenzó a abrir los pliegues arrugados, descubriendo una larga nota escrita con una mano firme y hermosa. Nunca había visto letras con tantas vueltas y adornos. Toda la carta parecía estar escrita en gaélico.

–Mi padre apenas puede escribir su propio nombre –murmuré, paralizada por la belleza pura de la caligrafía y el delicado perfume a junípero y bosque que emanaba el papel. Mi vista se posicionó en el final de la carta y la firma, un nombre que no conocía. Parecía que decía algo como *Croydon Frost*–. Debe haber algún error.

–No es ningún error, Louisa –agregó el Sr. Morningside suavemente–. Esta carta es de tu padre. De tu *verdadero* padre. No de un simple mortal, sino de un Fae Oscuro, descendiente de las Hadas Oscuras, la fuente de tu poder de Sustituta.



Capítulo
Tres



En un instante, volvía a ser la niña que se escondía en el armario. Mi estómago se sentía como si me hubieran arrojado un saco de ladrillos encima. Tenía muy pocos recuerdos de mi padre antes de que se marchara, pero los que quedaron eran fuertes en un mal sentido. Uno nunca olvida el sonido de una bofetada o el llanto de una madre después de eso. Pasaba más tiempo escondiéndome de sus ataques de ira y de su ebriedad que entre sus brazos oyendo sus historias. Pero sí recuerdo una.

“Recuerda, mi niña”, me había dicho, meciéndome sobre su regazo en uno de sus pocos momentos de sobriedad y bondad, “todas las personas tienen sus límites. Desde la más pequeña hasta la más grande, todas tienen debilidades. Debes conocerlas, hija, pero también debes conocer las tuyas. Verás, yo puedo beber una botella de whisky y mantenerme en pie, pero dos copas más y ¡bam!, termino en el suelo. Tú bebe la botella y mantente en pie. No dejes que esas dos copas te tienten, ¿me has oído? Prepárate para impactar contra la pared con antelación”.

–Vaya padre –suspiré. Había olvidado casi por completo que no estaba sola. El Sr. Morningside me estaba mirando fijo pero no había ninguna señal de presión detrás de su mirada. Finalmente, tomé la taza de té y lo bebí todo de un sorbo, lo cual me hizo toser por lo caliente que estaba y lo fuerte del brandy.

»¿Puedo negarme a verlo? ¿Puede decirle que no puede verme? –le pregunté, alejando la taza y el platillo de mí.

–Claro que puedo. ¿Es lo que deseas?

–Ya tuve un padre y no recomiendo la experiencia. ¿Cómo sé que este está diciendo la verdad sobre nuestro parentesco? Parece tan... rebuscado –pero

esto también explicaría mis extraños poderes, los cuales, hace un año, también había encontrado igual de rebuscados.

El Sr. Morningside asintió con la cabeza, dándole golpecitos a la carta que yacía sobre el escritorio con uno de sus dedos.

—¿No te da curiosidad saber qué tiene para decir?

—¿Curiosidad? —miré hacia la pared que estaba detrás de él, a cada una de las aves que se acicalaban y dormían—. Por morbo, quizás sí, pero creo que me siento más... decepcionada. El padre que tenía me defraudó, y es algo que ya acepté. Aprendí a acostumbrarme a ese sentimiento. No creo estar lista para que me decepcionen otra vez.

Me alejé de su escritorio y me puse de pie, y al hacerlo me sentí mareada. No era el brandy, o al menos esa no era la única causa. Por tantos años, mi padre había maltratado a mi madre, acusándola de todo tipo de ridiculeces. ¿Lo principal? Infidelidad. Y ahora aquí estaba la prueba de que al menos una de sus sospechas era verdad. Negué con la cabeza, decidiendo en silencio que no valía la pena darle a este extraño y su historia tanta credibilidad.

*¿Por qué alguien se molestaría en buscarte si no fuera verdad?
¿Por qué alguien se preocuparía por una hija que no tiene dinero ni futuro?*

—Hay otra posibilidad —agregó suavemente el Sr. Morningside. Ya estaba caminando para irme, pero me detuve y volteé dando pasos inseguros hacia él. Dobló la carta con cuidado y la extendió hacia mí—. Puede que te lleves una agradable sorpresa. Quizás incluso tengan varias cosas en común, considerando que ambos vienen del Inframundo.

—O simplemente es un montón de sinsentidos y es una especie de criminal —le respondí—. ¿No es más probable que sea así? La Coldthistle House atrae a seres malvados, usted mismo lo dijo.

Inclinó su cabeza, aún ofreciéndome la carta.

–Estoy muy familiarizado con los asuntos criminales. Nada en esta carta me lleva a pensar que tiene alguna intención oculta. De hecho, suena bastante educado –me comentó, haciendo una pausa para lograr el efecto buscado–. Y adinerado.

Me arrojó un anzuelo y fui lo suficientemente estúpida como para morderlo. No, estúpida no, *desesperada*. Tenía muy poco dinero a mi nombre, solo una miseria que había ahorrado de mi salario. Un padre adinerado era lo que toda niña pobre deseaba, ¿no es así? Algo salido de un cuento de hadas... Estiré la mano para tomar la carta pero me detuve.

¿Qué tal si mi vida siempre fue un cuento de hadas?

–No –contesté, cerrando mi mano en un puño–. No la quiero, ni aunque sea el hombre más rico de todo el reino.

–No tengo por qué quedármela –agregó el Sr. Morningside–. Quémala si te hace sentir mejor, pero tú debes ser quien decida su destino. Y el tuyo.

Mi estómago comenzó a revolverse una vez más y cerré los ojos para contrarrestar el mareo que crecía como la marea en mi cabeza. Una parte de mí esperaba que el sobre me quemara los dedos cuando lo tocara, pero no fue así, era un papel común y corriente. Lo cual no significa que me dejara satisfecha. Una vez que tomé la carta y la guardé en mi delantal, hice un saludo de cortesía y me encaminé hacia la puerta, ansiosa de estar sola, ansiosa de poder desechar la carta y nunca más volver a pensar en ella.

–De todas formas, es tonto –agregué mientras me marchaba–. No tengo idea de cómo hacer para leer en gaélico.

Detrás de mí, el Sr. Morningside rio. Volteé y lo encontré susurrándole a uno de sus loros mientras esbozaba una sonrisa irónica, típica de él. Parecía extrañamente satisfecho.

–Eres una muchacha lista, Louisa. Estoy seguro de que encontrarás una solución.





Capítulo
Cuatro





había observado la conmoción en el jardín desde varios ángulos: mi cuarto, la biblioteca, la cocina, el salón del primer piso; pero nunca desde el tejado. La idea surgió de la desesperación. Mientras trepaba hacia arriba de la Coldthistle House, ignorando las voces que se escuchaban en la lejanía para sentirme sola, el pánico fue desapareciendo poco a poco, como si haber dejado al Sr. Morningside abajo en su oficina con aspecto de caverna me hubiera ayudado a evitar un mar de confusión.

Pero el alivio fue solo momentáneo y duró lo que me tomó encontrar mi camino hacia las almenas superiores. No había regresado al piso superior de la mansión desde aquel día en el que tuve mi primer encuentro horrible allí; sabía que los Residentes, las criaturas de sombras que acechaban Coldthistle, merodeaban allí arriba. Sin embargo, su presencia había sido extrañamente muy escasa en mi vida durante estos últimos meses. Un nuevo temor me acechaba; quizás su ausencia estaba relacionada con la muerte de Lee y su posterior resurrección. Después de todo, había visto su sombra regresar a su cuerpo, devolviéndole la respiración y dándole, aparentemente, una segunda oportunidad.

Y los extraños poderes de la Sra. Haylam eran los que lo habían hecho. Pasar por el enorme salón del último piso en donde se encontraba el libro me hizo hacer una mueca de dolor; había tanto en qué pensar además de la carta de mi “padre”. ¿Había sido lo correcto revivir a Lee? ¿Haber tomado esa decisión que provocó que perdiera a Mary? Mary, a quien también quería recuperar desesperadamente. Había ido al manantial mágico en Irlanda para pedir por su regreso, pero quizás hice algo mal. O la magia no funcionó o no había entendido por completo cómo traerla de regreso...

Luego, volví a sentir el dolor en el estómago. Caminé a toda prisa por el corredor, sintiendo el aire cada vez más húmedo y sofocante en ese piso. A lo largo del lugar había un barandal delgado y tambaleante que proporcionaba una vista completa y vertiginosa hacia los pisos inferiores y el vestíbulo principal. El polvo caía desde las vigas del techo como nieve suave. Las paredes, decoradas con pinturas del Sr. Morningside que contenían aves delgadas y atónitas, estaban recubiertas de un papel tapiz medieval que parecía desgarrarse rápido con el paso del tiempo. Las maderas y piedras detrás de este estaban completamente manchadas de negro por la humedad. Si bien no vi ninguna criatura de sombras mientras caminaba a toda prisa hacia adelante, pude sentir su presencia fría y escalofriante. Estaba segura de que me estaban observando; era imposible estar sola en la Coldthistle House.

Finalmente, me topé con una puerta sumergida en plena oscuridad. Tenía un escalón y estaba decorada con una manija que parecía no haber sido tocada desde el día de su instalación. El aire a mi alrededor se sentía denso, por lo que tomé una bocanada profunda de aire y sujeté la manija, consciente de que la puerta estaría cerrada, lo cual efectivamente era así. Di un paso hacia atrás y cerré los ojos, dejando que la sensación de dolor en mi estómago hiciera lo que tuviera que hacer. Necesitaba esa incomodidad, ese dolor, por lo que me concentré en eso hasta sentirme sofocada por el aire abrasador y polvoriento.

Respiré hondo una última vez y tomé la cuchara que colgaba de mi cuello, imaginándola como una llave. Una diminuta, elegante y antigua llave, lo suficientemente pequeña y delicada como para que cupiera en la puerta miniatura que tenía frente a mí. De pronto, una sensación de calor envolvió mi mano y, cuando abrí los ojos, una llave apareció sobre mi palma sudorosa. La coloqué en la cerradura, preguntándome si siquiera era posible que la pudiera abrir. Pero sí lo era.

La habitación que apareció ante mí luego de varios empujones a la puerta era un ático sucio y olvidado, abarrotado de sábanas carcomidas por polillas y muebles destrozados. Una de las tantas chimeneas de la mansión se cernía con sus ladrillos inestables en medio de la habitación. Me adentré en el ático sin volver a mirar el desastre hasta que noté la presencia de otra puerta en el lado opuesto, una con una ventanilla mugrienta que daba al exterior.

La pequeña llave que había hecho aparecer también encajó en esa cerradura, pero la puerta no quería abrirse. La sacudí varias veces, hasta que decidí intentar empujarla con el hombro, una y otra vez, haciéndome sudar. De pronto, la puerta se abrió y fue así cómo me vi envuelta en los vientos del atardecer, acercándome al borde del tejado demasiado rápido. Solté un pequeño chillido de sorpresa al notar que la nada misma estaba cada vez más cerca de mi andar tambaleante sobre las tejas.

No había ningún barandal para atraparme. Dios, ¿cómo podía ser tan estúpida? Mis manos se movían en todas direcciones, como si trataran de encontrar algo de lo cual aferrarse, pero ya era demasiado tarde. Iba a caer.

Hasta que noté que ya no. Ocurrió en un instante, un brazo fuerte me sujetó por la cintura y me jaló hacia atrás para mantenerme a salvo. Grité nuevamente, sujetándome de ese brazo y saltando hacia atrás, lo cual nos hizo tumbar sobre la pendiente oscura del tejado.

Cerré los ojos y respiré con pesadez, cambiando de lado y alejándome de mi salvador. Me apoyé sobre los codos y levanté la vista, y allí estaba Lee, quien llevaba una camisa de mangas largas y me miraba desde arriba. Esa imagen fue aún más estremecedora que la idea de caer desde el tejado.

—¿Qué haces aquí arriba? —me preguntó. Lucía diferente. *Sonaba* diferente.

Pero claro, tonta, murió y regresó a la vida. Eso cambiaría a

cualquier persona.

–Perdóname –solté en un impulso, mientras luchaba para ponerme de pie. Su cabello, aún rizado y dorado, estaba más largo y descuidado. Sus ojos turquesas tenían cierto dejo a oscuridad y aflicción, y sus mejillas hundidas demostraban un hambre subyacente. Su ropa estaba completamente arrugada y no llevaba ni chaleco ni saco. Lee volteó, escondiendo su rostro. Se acercó al borde del tejado y miró hacia abajo, posando como una gárgola.

Mi corazón latía a toda prisa con su presencia. Había intentado salvarme dos veces con esta. ¿Y qué le había dado a cambio?

–¿Por qué estás aquí? –insistió. Su voz sonaba como un susurro. Como un gruñido.

Me sequé las palmas sudorosas en mi delantal y crucé los brazos sobre mi estómago, ya que el viento a esa altura estaba increíblemente frío.

–Necesitaba estar sola. No era mi intención molestar...

–Bueno, pero pareciera que sí estás molestando –me interrumpió. Y luego, como si no pudiera soportar ser rudo, incluso aunque tuviera todo el derecho a serlo, agregó–: Simplemente me iré.

–Por favor, no –no era justo para mí, no lo había visto en mucho tiempo. De pronto, estaba desesperada por hacer que se quedara. Suspiró suavemente–. Nunca nos... Te debo una disculpa. Varias. Cientos, quizás. Es que solo estaba... En ese momento, creí que estaba haciendo lo correcto, no podía dejarte ir, no de esa forma. Estoy segura de que suena muy egoísta.

Aún se negaba a mirarme. Juntó las manos por la espalda y noté que lucían pálidas y lastimadas.

–Entonces, discúlpate. Si es lo que debes hacer.

–Perdóname –dije en voz baja. Lo había querido decir durante meses, pero hacerlo me lastimó y sonó solo como un suspiro. Posiblemente, no me haya

escuchado con todo el viento que había. Por lo que lo repetí más fuerte—. Perdóname, por favor.

Traté de frotarme los brazos para recuperar un poco de calor y seguir hablándole.

—Todo el asunto con tu tío ocurrió tan rápido. En un momento estaba a punto de matarme y al siguiente tú tenías una herida de bala. No merecías morir, Lee; tú solo estabas intentando ayudar. Hice un pacto con el diablo, lo sé, y soy yo quien debe pagar el precio. No tú.

—¿Debería haber sido Mary quien pagara? —preguntó, furioso. Mis ojos se cerraron de golpe. Realmente logró el efecto esperado.

—No. También estoy tratando de arreglar eso. Aparentemente, soy buena rompiendo todo y no remendándolo.

—Pobre de ti —dijo, resoplando.

El viento mecía su cabello y él lo acomodaba, irritado. Abajo, los trabajadores que se encontraban en el jardín se gritaban cosas entre ellos y reían sobre algo que no podía escuchar bien claro.

—No dejaré de buscar a Mary —afirmé con determinación—. Existe un manantial especial... Estoy segura de que esa es la llave y encontraré la forma de traerla de regreso. Y... nunca dejaré de intentar remendar lo que te hice a ti. No te das una idea de cuánto lo siento, Lee.

Luego de eso, permanecimos en silencio por un largo y escalofriante momento. Sus hombros se aflojaron y volteó hacia un lado, mirándome con un ojo, como si me estuviera estudiando.

—Entonces, ¿por qué estás perdiendo el tiempo aquí conmigo si tienes tantas ganas de estar sola?

Me pareció notar un pequeño rastro de su antigua y jovial conducta. Su tono no era severo, pero aún no se lo notaba dispuesto a aceptar mi disculpa.

Quizás nunca lo haría.

–Créase o no, acabo de recibir la carta más sorprendente. Es de mi padre.

–Creí que tu padre... –dijo frunciendo el ceño, confundido.

–Uno diferente. Mi verdadero padre, al parecer. Honestamente, no tengo idea de qué pensar.

–¿Qué dice la carta? –volteó otra vez, gruñendo–. Aunque no me importa mucho.

Sentí una pequeña sonrisa burlona aparecer en mi rostro, pero la contuve. Quizás, un día me volvería a hablar como un amigo. Lo único que podía hacer era seguir intentando.

–Bueno, ese es el problema –di un paso hacia él en la cornisa y tomé la carta que tenía guardada en el bolsillo de mi delantal–. Está en gaélico y no entiendo ni una palabra.

–¿Tu querido amigo, el Sr. Morningside, no te puede ayudar? –preguntó con desprecio.

La necesidad de decir algo inteligente era algo difícil de combatir. Se merecía mi amabilidad y paciencia, por lo que respiré hondo, desplegué la carta y miré las extrañas palabras.

–No es mi amigo, y no, no me ayudará. Solo me dijo algo increíblemente condescendiente y me pidió que me marchara –presioné los labios y suspiré–. Como de costumbre.

Lee soltó una risa afónica mientras me miraba por detrás su hombro. Lucía como si estuviera a punto de decir algo, pero se contuvo al notar mi collar. Miré hacia abajo; la llave había regresado a su forma original, la cuchara que él me había obsequiado. La carta temblaba en mi mano y podía notar que los ojos de Lee se tornaban cada vez más negros, como si la parte blanca y turquesa de sus ojos se estuviera llenando de la más pura tinta negra, dejando

al descubierto la sombra que habitaba en su interior.

Sus ojos permanecieron así solo por un momento, y parecía estar luchando en su interior en busca de las palabras indicadas. Entre movimientos nerviosos, giró la cabeza y me dio la espalda otra vez. A ambos lados de su cuerpo, colgaban sus manos cerradas en forma de puños.

–Aún conservas la cuchara –agregó con voz ronca.

–Claro que sí –escondí la carta al darme cuenta de que ya no encontraría soledad ni ayuda en ese tejado.

Lee asintió y miró hacia las colinas que rodeaban los límites de la Coldthistle House. El viento comenzó a mecer su cabello de nuevo, pero esta vez permaneció inmóvil.

–Louisa... debes marcharte. Por favor, hazlo ya.

Y lo hubiera hecho, realmente lo hubiera hecho, pero al voltear para irme no pude evitar notar la silueta que caía desde el cielo en la distancia. Ni bien noté su presencia, una sensación fría y profunda de miedo se aferró a mis huesos. Me quedé congelada, petrificada, como si una parte de mí que no podía nombrar me *susurrara* palabras de advertencia. Era como la puerta verde del Sr. Morningside, un llamado ancestral, con la diferencia de que esta vez no era para que me acercara, sino para que me pusiera a salvo.

Era como si una estrella estuviera cayendo del cielo, emanando un brillante resplandor dorado. El objeto cada vez estaba más cerca y ambos continuábamos admirando en silencio esa luminosidad sobre nuestras cabezas acompañada por un gemido. En un instante, el haz dorado de luz se desplomó con un golpe seco en los campos del este.

No hice caso a la advertencia en mi interior. Sin decir otra palabra, corrimos hacia la pequeña puerta para regresar al ático y nos encaminarnos hacia el pobre desafortunado que había caído del cielo.



Capítulo
Cinco



Sin aliento, salimos corriendo a la luz del sol para toparnos con los trabajadores alborotados. Habían oído el trueno que sonó cuando algo o alguien cayó en los campos del este. No había sido un aterrizaje muy suave, ya que una enorme nube de polvo, césped y plumas flotaba en el aire, visible incluso desde la puerta de la cocina.

–Muévanse –era Chijioke. Había salido a toda prisa de la mansión en dirección a la tienda en el jardín y a los trabajadores confundidos. Lee y yo nos apresuramos hacia la llanura mientras Chijioke interceptaba a los trabajadores y los intentaba llevar de regreso a la tienda–. ¡Vuelvan al trabajo! ¡Todos ustedes! ¡Nadie les paga para que estén haciendo un escándalo!

Podía oír cómo se quejaban y corrían de un lado a otro. Era difícil llevarle el paso a Lee, cuyas piernas largas lo hacían adelantarse demasiado rápido. En ese momento, odié llevar una falda larga, ya que tenía que mantenerla levantada todo el camino hacia la cerca destrozada que rodeaba la propiedad de Coldthistle.

–¡Lee! ¡Espera! –pero ya era demasiado tarde. Había llegado a la cerca y, en un abrir y cerrar de ojos, cayó al suelo, como si hubiera chocado de lleno contra una pared. Cualquiera que fuera el hechizo que la Sra. Haylam haya utilizado para revivirlo, lo había condenado a estar unido a la mansión, por lo cual ya no podría sobrepasar los límites de la propiedad, al igual que un caballo no puede esconderse en la madriguera de un ratón.

Tratando de recobrar el aliento, me detuve junto a él, en donde me incliné y coloqué una mano sobre su hombro en señal de entendimiento. Sus zapatos y pantalones estaban llenos de tierra y, sin siquiera mirarme, me sacó la mano.

–¿Estás bien? –le pregunté.

–No –respondió en voz baja–. Déjame solo.

Lo miré y luego volteé hacia la nube de polvo que se cernía en el campo justo por detrás. Lee me hizo un gesto para que me marchara, por lo que me levanté, sujeté mi falda y trepé la cerca.

–Iré y echaré un vistazo –le comuniqué–. Quédate aquí y te contaré lo que encuentre.

Me ignoró por completo y comenzó a pararse y limpiar sus pantalones llenos de tierra.

Cuando comencé a encaminarme hacia el cráter en el campo, esa fría y penetrante sensación me invadió otra vez. Temblé del frío, por lo que me crucé de brazos y comencé a frotarme los codos. Era una sensación tan extraña... estar totalmente consciente del hermoso sol primaveral que se cernía sobre mi cabeza pero a la vez tener el cuerpo sumergido en las profundidades del invierno. Cerré los ojos e intenté tomar una bocanada de aire, observando cómo una nube de mi propia respiración se fusionaba con el aire cálido del ambiente. ¿Cómo era posible? Pero luego recordé que era inútil hacerse ese tipo de preguntas en este mundo nuevo y oscuro en el que me encontraba.

Los susurros en mi interior reaparecieron, esta vez más fuertes, y consigo trajeron una fuerza física que me arrastraba hacia abajo, como si estuviera intentando frenar mi paso, como si quisiera alejarme del cráter y enviarme de regreso a la mansión. Todavía llevaba conmigo el pequeño broche de plata que el Sr. Morningside me había obsequiado, un amuleto que me permitía salir de los límites de Coldthistle. Aun así, me sentía mareada y con una extraña sensación de frío.

El ruido a mi alrededor disminuyó hasta que solo quedó mi voz interna, en pánico y desesperada.

Niña tonta, aléjate de aquí. Márchate de este lugar.

Si bien esas palabras no eran nada nuevo para mí, de alguna forma sabía que significaban algo. Alejarme... Una voz escondida en mi interior quería que me alejara. Era la voz de una mujer, tan penetrante como la punta de un cuchillo. Sin embargo, no hice caso al deseo de huir cuando noté que la nube de polvo comenzó a disiparse. De a poco, una figura fue adquiriendo forma y, mientras mis pasos se tornaban más lentos a causa del frío, la imagen de la criatura encorvada comenzó a ser más clara.

¿Cómo podía alguien sobrevivir a tremenda caída? A pesar de todo, la persona se irguió y comenzó a caminar hacia mí, cubriéndose del polvo como si estuviera partiendo una cortina de neblina. Cuando emergió en su totalidad, un haz de luz me cegó dolorosamente, una lanza caliente que atravesaba el frío. Me tomé de la cabeza y me encogí del dolor, lo cual me hizo caer hacia atrás, aturdida por la agonía. La voz ya no era un leve zumbido, sino un grito fantasmal y aturdidor que incrementaba el dolor sin parar...

¡Centinela maldito de los cielos! ¡Sacerdote ladrón!

Seguramente me retorcí aún más por la intensidad del dolor, con las manos tomándome por las rodillas mientras luchaba por recobrar el equilibrio y la fuerza. Unos segundos después, sentí la presión en mi espalda. Una mano. La sensación gradualmente disminuyó y, cuando pude recobrar la respiración, me encontré con un joven muchacho de pie a mi lado, frunciendo con preocupación sus cejas negras y frondosas.

Lo rodeaba una especie de resplandor amarillento que luego se desvaneció, y finalmente pude ver en detalle los rasgos de su rostro. No se lo veía lastimado por la caída, incluso su elegante traje gris estaba intacto.

Mientras lo observaba, la voz me susurró una última vez, repitiendo lo que

había dicho antes. Lucía fantasmal y severa, como una madre que se acababa de convertir en un espíritu.

¡Centinela maldito de los cielos! ¡Sacerdote ladrón!

–¿Sacerdote ladrón? –repetí en voz baja. No tenía sentido. De hecho, ver al joven muchacho, fuerte y bien vestido, de piel oscura y con una cabellera salvaje y negra, no me hizo pensar que fuera alguna especie de ladrón. Lucía como el típico señor de Londres, aunque nunca había conocido a nadie de allí.

–Lo siento, ¿podría repetir eso? –se lo notaba completamente preocupado—. ¿Se encuentra bien, señorita? Luce enferma.

–¿Y-yo? –tartamudeé, riendo—. ¿Si yo estoy bien? Usted... ¿Cómo hizo eso? Lo vi caer hasta aquí; ¿cómo podría siquiera sobrevivir a una caída desde tal altura?

El joven hombre abrió la boca para responder pero una segunda figura emergió de la nube de polvo. Al igual que él, ella también estaba vestida muy elegantemente con un vestido de tonos grises, no muy diferente al del muchacho. Para ser una mujer con pantalones de hombre, no lucía para nada incómoda con su extraño atuendo mientras se acercaba hacia nosotros con las manos levantadas y moviendo las caderas engreídamente. Se veía hermosa incluso rodeada de ese mismo resplandor amarillento sobre los hombros, y me deslumbraba con sus ojos zafiro acompañando una cabellera rubia, tranquilamente podría haber sido el opuesto del muchacho.

–¿Estamos asustando a la fauna local? –se burló. Era mucho más alta que yo y, debido a mi estado atónito, apenas pude encontrar la ira para responderle. Se acercó hacia mí y colocó un dedo sobre mi barbilla para hacerme mirar hacia arriba. Nadie además del Sr. Morningside me había estudiado con tanto detenimiento e intensidad.

–Sabrá disculpar a mi hermana –agregó el joven muchacho, quitándole la mano de mi rostro–. Tiene la misma sutileza que un toro.

–Alas, tonta –agregó la muchacha, ignorando a su hermano–. Él tiene alas, así fue cómo aterrizamos. Igualmente, no fue su entrada más triunfal, te lo aseguro...

Ambos tenían acento londinense, lo cual hacía juego con su ropa hecha a medida; sin embargo, también me pareció escuchar una cierta tonada extranjera que no pude reconocer. Había historias, claro, de gente con dinero que llegaba a Inglaterra desde las Indias Occidentales, lo cual me hacía preguntarme si venían de esa región, aunque ella podría ser de cualquier otra ciudad de la mancomunidad. Seguía siendo un misterio para mí saber cómo podían ser hermanos.

Tienen alas, tonta; no son de ningún lugar de nuestro planeta.

Tímidamente, miré la espalda del joven, pero no vi ningún tipo de alas, ni grandes ni pequeñas, y la muchacha notó que estaba mirando.

–Ja. No del tipo que se puedan ver, querida. Bueno, no siempre.

–Soy Pinzón –se presentó el muchacho, haciendo una leve reverencia, y luego señaló a su hermana–. Y esta adorable criatura es Sparrow, mi melliza. No tenía intenciones de hacer una entrada tan estruendosa, pero aparentemente las medidas de protección de la Coldthistle House han mejorado desde nuestra última visita.

¿Pinzón? ¿Acaso todos aquí estaban obsesionados con las aves?

–¿Melliza? –pregunté, alternando la vista entre ambos.

–Ah, verás, los de nuestro tipo adquieren sus cu-cuerpos físicos de una manera poco convencional –me explicó con un tartamudeo adorable–. Nosotros éramos simplemente pequeños haces de luz, y cuando realizamos

nuestro primer acto de bondad, adquirimos la forma de la persona a la que hayamos ayudado. Sparrow y yo “nacimos” al mismo tiempo, por eso somos mellizos.

–Suena realmente encantador –comenté, pensando en lo que me había explicado.

En un instante, ambos voltearon y se dirigieron hacia la mansión, dejando atrás el inmenso cráter en el campo. A lo lejos, pasando el cráter, noté la presencia de un rebaño de ovejas en las colinas. Estaban acompañadas por un perro pastor que nos miraba, moviendo la cola de lado a lado y soltando algunos pequeños ladridos, hasta que se echó a correr.

El frío en mis huesos comenzó a desaparecer y, lentamente, seguí a los dos extraños, preguntándome cómo era posible que pudieran volar sin alas a la vista. Tenía que creerlo, ya que cayeron desde tan alto y sin mostrar ninguna lesión más que su cabello despeinado.

–¿Ya han estado aquí antes? –pregunté, confundida pero entusiasmada por empezar una conversación. Más adelante, noté que Lee había desaparecido y solo estaba Chijioke esperándonos junto a la cerca con una gorra de trabajo descolorida colgando en su mano.

–Cientos de veces –respondió la muchacha, Sparrow. Su largo cabello rubio estaba recogido en una trenza fuerte y muy elaborada que se cernía como una corona sobre su cabeza, cuyo extremo terminaba en un rodete detrás en su nuca. Ambos llevaban anillos dorados en los dedos meñiques de la mano derecha–. Veo que sigue siendo igual de espantosa. Henry debería dejar de traer tantas sirvientas y contratar a uno o dos pintores.

–Estamos aquí para la reunión de la Corte –agregó Pinzón, girando levemente hacia mí. Tenía un rostro amigable, con nariz ancha y una sonrisa casi innata. Si no hubiera estado tan desconcertada por su repentina

aparición, hasta lo podría haber considerado atractivo—. Parece, bueno... Parece que hubo problemas aquí últimamente, suficientes como para hacer que la Corte se reúna. Lo que significa...

—Alguien está en pro-ble-mas —agregó Sparrow, abriéndose paso con su canto burlón—. Henry se metió en un lío y a nadie le sorprende.

—Oh —exclamé, sujetando nerviosamente la cuchara que colgaba de mi cuello—. Sí. Hubo una especie de pelea aquí hace unos meses. Nunca pensé que llamaría tanto la atención. Debe ser algo grave para hacerlos venir a ustedes desde, ehm... desde donde sea que vinieron para tratar el asunto.

La muchacha se detuvo de golpe y giró desde uno de sus tacones para mirarme con desprecio, el contraste perfecto con su hermano. De pronto, sentí que otro escalofrío atravesaba mi cuerpo, los susurros en mi interior sonaban amenazantes. Fuera quien fuera la extraña voz, claramente no quería a estos dos extraños.

—¿Quién *eres*? —preguntó Sparrow, inclinándose hacia mí—. O mejor dicho, ¿*qué* eres?

—¿Irlandesa? —los miré a ambos, presionando la cuchara en mi mano—. ¿Una sirvienta irlandesa?

Pinzón esbozó una sonrisa que intentó ocultar moviendo los labios hacia uno de los lados.

—¿Te crees lista?

—No particularmente.

—No mientas, niñita lista —me dijo Sparrow, entrecerrando aún más los ojos—. Puedo obtener la verdad sin importar si me la quieras dar o no.

—No será necesario —interrumpió Pinzón, resoplando y colocando un brazo entre su hermana y yo, lo que hizo que ella se alejara de mí, pero solo un poco—. Lo que quiere saber es cómo te llamas, creo, y también *qué* eres.

No me gustaba la forma que esta muchacha había elegido para amenazarme cuando no había hecho otra cosa más que mostrar preocupación por su bienestar. La curiosidad no era un crimen, por lo que no hizo otra cosa más que agravar su crueldad repentina. Si bien nunca estaría a su altura, aun así podría dar lo mejor de mí para lucir dignificada y para nada impresionada.

–Tú primero –contesté con aspereza–. Puede que sepa sus nombres pero no tengo idea de *qué* es lo que son.

–¿Acaso todos los sirvientes de Henry son así de ignorantes? –refunfuñó, poniendo los ojos en blanco. Se llevó ambas muñecas a la cintura y resopló nuevamente–. Somos del Supramundo, Adjudicadores, y esa es la razón por la cual el solo hecho de verte me hace sentir enferma. Y como me das ganas de vomitar, significa que eres otra más del rebaño de Henry. O algo fallido. Entonces, lidia con ello, ¿sí? No eres una niña *bairn*, demasiado alta. ¿Una susurradora? ¿Una bruja? Definitivamente no eres un súcubo, demasiado básica.

–Qué amable de tu parte –musité, sin sonreír. Antes de que siguiera insultándome, la interrumpí–. Mi nombre es Louisa y, según el Sr. Morningside, soy una Sustituta.

–¿Una cambiadora de piel? –fue un pequeño momento triunfal al ver cómo los ojos de Sparrow se abrían sorprendidos mientras se alejaba como si se hubiera quemado. Lucía, satisfactoriamente, asustada–. Creí que estaban extintos. Se *supone* que tendrías que estar extinta.

–Aparentemente, no –le respondí, encogiéndome de hombros–. Pero si te hace sentir mejor, soy la única que conozco de mi tipo.

Los labios de Sparrow se cerraron como si estuviera oliendo algo desagradable. Sus ojos finalmente se toparon con el broche de plata que brillaba sobre uno de mis hombros en mi delantal y se quedó mirándolo con

mucha atención.

–Con razón la Corte se está reuniendo –sentenció, sacudiendo los brazos y volteando hacia la cerca donde se encontraba Chijioke–. Esta vez sí que está perdido; los carceleros encerrados en la celda mientras los reclusos andan deambulando libremente.



Capítulo
Seis





Chijioke no les dio la bienvenida a los extraños con una sonrisa.

Se encontraba reposando contra la cerca, tarareando una melodía melancólica para sí mismo. A juzgar por su actitud, intuía que ya había conocido a Pinzón y Sparrow antes y, considerando mi breve interacción con ella, tampoco parecía haber dejado una buena impresión en él. No parecía estar prestándole mucha atención a Pinzón, pero sí notablemente a Sparrow.

–Pueden quedarse justo allí, al otro lado de la cerca –fueron sus palabras. Luego, me miró con una sonrisa y me hizo un gesto–. Por supuesto que tú no, Louisa; siempre eres bienvenida con nosotros.

–El tiempo parece haber borrado la cordialidad en Coldthistle –se quejó Sparrow con una risa teatral. No me gustaba mucho la idea de saltar la cerca y quedar en ridículo, por lo que simplemente me acerqué a Chijioke y permanecí parada lo más cerca de él.

Pinzón tomó un poco de distancia y giró sus ojos negros hacia arriba luego de escuchar a su hermana.

–Lo que mi melliza quiere decir es que estamos aquí para la reunión de la Corte. No esperamos cordialidad, solamente nos parece apropiado que tu amo sepa de nuestra presencia.

Chijioke asintió y se volvió a colocar el gorro azul en la cabeza.

–Qué gesto tan amable de su parte.

–Vamos, sé bueno –agregó Sparrow, haciéndose la simpática. Le hizo ojitos a Chijioke, pero él simplemente se quedó inmóvil, mirándola fijo–. Vinimos desde muy lejos y estamos agotados. ¿Podríamos al menos tomar un té? ¿O un trago de brandy?

–Ja –rio, alejándose de la cerca–. No.

–Sabes, no necesitamos pedir permiso. Tenemos derecho a pasar.

–Ay, jovencita, puedes tener todo el derecho en tu mundo y en el mío, podría incluso estar escrito en tu frente, pero de ninguna forma me haría cambiar de parecer. Preferiría invitar a un escorpión a esconderse en mi bota – me hizo un gesto nuevamente y, sin un escalón para ayudarme a cruzar, me vi obligada a saltar sobre la cerca tambaleante. Por lo menos, Chijioke me extendió una mano para asistirme, aunque nunca sacó los ojos de encima de los elegantes mellizos por detrás.

–No confíes en ellos –me susurró mientras me ayudaba a cruzar la cerca–. Ni en la despreciable ni en el de las sonrisas amables. No son de nuestro tipo y no están aquí para ayudar, no importa lo que digan. Mantente cerca de la mansión; la Sra. Haylam dice que todo se pondrá patas para arriba con el asunto de la Corte. Hay muchos peligros en nuestro futuro y será mejor que nos mantengamos unidos.

Asentí, aún con la cabeza baja. Ya tenía suficientes problemas girando en mi cabeza; no necesitaba agregar más a ese montón.

Antes de que pudiéramos emprender camino hacia la mansión, noté una sombra acercarse hacia nosotros a gran velocidad. Aparecía y desaparecía de nuestra vista, como si se tornara invisible y reapareciera a medida que se acercaba a nosotros. Cada vez que aparecía, emitía un leve chasquido, como si estuviera atravesando alguna especie de barrera invisible. Chijioke no parecía estar sorprendido por esto, pero sí noté a Sparrow quejándose.

Cuando la silueta estuvo lo suficientemente cerca de nosotros, tomó su forma real y el Sr. Morningside emergió del portal negro e inestable. Se acomodó su elegante traje y caminó hacia la cerca y los mellizos, sin vacilar en ningún momento. Cuando pasó junto a nosotros, nos guiñó el ojo con sutileza.

–La Bestia en persona –vociferó Sparrow, sacudiendo la cabeza–. Justo estábamos hablando de ti; ¿te picaban las orejas?

–No precisamente –le contestó el Sr. Morningside. La presencia de los mellizos no parecía molestarle en lo más mínimo, tanto que se inclinó sobre la cerca con mucha confianza para observarlos con sus ojos dorados. Era más alto que ambos, pero solo un poco. Se lustró las uñas en su saco y parecía disfrutarlo lánguidamente como un gato. Era extraño verlo afuera bajo el sol. Era como ver a un pez feliz fuera del agua.

»Me pareció que estaba por descomponerme –agregó–, pero luego recordé que era solo la visita de nuestros estimados huéspedes. A uno le revuelve las entrañas la presencia de seres del Supramundo, ¿no les parece?

Con un gesto burlón, volteó hacia mí e inclinó la cabeza hacia uno de los lados.

–¿Tú también lo sentiste, Louisa? Algo debe haberte alertado de su presencia.

–Sí, tuve una sensación fría y extraña –admití, encogiéndome de hombros–. Más que dolor fue frío. Y luego los vi a ellos, un enorme destello que caía desde el cielo y se estrellaba en los campos del este.

–Frío –repitió, levantando una ceja. Señalé en dirección a los mellizos y el Sr. Morningside siguió mi dedo, inclinándose hacia la izquierda para ver detrás de ellos. Luego soltó una pequeña sonrisa y se peinó el cabello con una mano–. ¡Vaya aterrizaje! Estoy seguro de haberle comentado al pastor sobre las nuevas medidas de protección del lugar.

Pinzón cruzó los brazos sobre su pecho con el ceño fruncido.

–Estoy seguro de que no lo hiciste.

–No intencionalmente –añadió Sparrow–. No es la mejor forma de empezar el juicio, Bestia, dado que tú eres quien será juzgado. Castigar a

todos esos asesinos para satisfacer tu ridícula sed de sangre debería ser suficiente, pero no, aquí estás, causando aún más problemas.

El Sr. Morningside hizo un chasquido con su lengua y abrió las manos lo más que pudo.

–Eso es horriblemente hostil, Sparrow. La visita de la Corte puede ser más que un mero juicio. ¿Cómo? Bueno, haciendo que sea algo más social. Sabes, más como una reunión para llegar a un acuerdo. Todos estamos tratando de coexistir en paz, ¿no es así? Por tal motivo, organizaré un festín para todos ustedes. Será algo diferente en sus vidas llenas de trabajo y solemnidad.

–Las distracciones solo te hacen lucir aún más desesperado –sentenció Sparrow, con frialdad–. Y más patético.

–Seguimos siendo hostiles, ¿eh? Está bien, está bien –hizo un movimiento con la mano, ignorando su mirada, y los llamó para que se acercaran a la cerca. Di un paso hacia atrás al recordar la advertencia de Chijioke–. Son libres de entrar y salir, aunque les pediré que no interfieran con mi personal y sus tareas. Estamos esperando visitantes de naturaleza más... mundana, y no debemos espantarlos. Como tú misma lo mencionaste, debo saciar mi *sed de sangre*.

Noté a Pinzón temblando al escuchar eso. ¿Acaso sabían lo que ocurría en la Coldthistle House? ¿Estaba aceptado entre estos seres del Supramundo? Me preguntaba si intentarían detener a Poppy o a Chijioke, aunque no los imaginaba más peligrosos que los empleados de la mansión. Puede que tengan alas invisibles, pero dentro de todo parecían bastante normales. Normal. ¿Acaso algo de esto era normal? Seguramente tenían guardados tantos secretos como nosotros.

–Hay té esperándolos en el salón de la planta baja –les ofreció el Sr. Morningside, volteando hacia la mansión con elegancia–. Tú los guiarás,

¿cierto, Louisa?

Por un momento, me quedé en silencio, alternando la vista entre él y Chijioke. El encargado de limpieza asintió levemente, lo cual me hizo tranquilizar, y me quedé esperando a ver a los “huéspedes” dentro de la propiedad. Luego de dudar por un segundo, cruzaron la cerca de una forma mucho más elegante que yo, dando un pequeño salto y dejándose llevar por una ráfaga de viento perfecta y fuerte que les permitió aterrizar a salvo. Al hacerlo, el leve destello que recubría su cuerpo se tornó más brillante y la sensación de frío reapareció en mi interior.

Podía oír el paso suave de sus pies sobre el césped a medida que nos alejábamos del campo. Había menos hoyos en el suelo ahora que Bartolomé estaba más grande y mucho más interesado en comer y dormir que en encontrar su camino de regreso al Infierno. Poppy lo llamaba “sueño de asesinato”, una especie de ritual que tenía que llevar a cabo luego de haberla ayudado con la muerte del Coronel Mayweather. La Coldthistle House apareció frente a nosotros como un semental esquelético, oscuro y hostil incluso a plena luz del día. La luz de la primavera parecía nunca tocar ese lugar, como si siempre estuviera envuelto en un aura invernal. Y la mansión, perturbadora, no tenía momentos de paz. El camino estaba abarrotado de tres grupos de caballos, cada uno atado a su respectivo carruaje elegantemente decorado. Chijioke avanzó a toda prisa mientras la Sra. Haylam salía por la entrada principal, caminando apresurada entre la horda de personas que estaba saliendo, el siguiente lote de almas malvadas para la colección del Sr. Morningside.

–Quizás sea mejor ingresar por la entrada lateral –les comenté, cambiando de rumbo.

No quería ver esos rostros. Ya era demasiado con saber que todos estaban

irrevocablemente perdidos.



Capítulo
Siete



Desperté a la mañana siguiente envuelta en una neblina densa. De alguna forma, había llegado hasta la cocina en pleno amanecer para buscar comida, pero no recordaba haberme vestido y peinado, ni tampoco haber amarrado las agujetas de mis botas o colocado la cofia en mi cabeza.

Pero allí estaba, sentada en una fría oscuridad crepuscular, calentándome solo por el escaso calor que emanaba del horno. La habitación tenía un aroma extraño... vacío. Por lo general, durante la primera comida del día, el aire estaba impregnado de un aroma a galletas recién horneadas y carne para el almuerzo. Algunas veces, Chijioke sacaba el ahumador de la cocina y volvía con una bandeja de panceta de cerdo bañada en almizcle con aroma a roble. Pero nada de eso se sentía en ese momento, ni siquiera la esencia cálida del té de bergamota que preparaba la Sra. Haylam y servía en una taza humeante especialmente para mí.

Hoy la habitación no tenía olor. Ni siquiera color. La neblina a mi alrededor se tornaba cada vez más densa y las paredes, la mesa y el suelo lucían muertos y grises. Esperé en soledad, preguntándome si Chijioke y Poppy se habían levantado temprano; había huéspedes humanos a quienes atender ahora, lo cual requería más trabajo de nuestra parte.

Esperé por un largo rato a que la Sra. Haylam trajera comida. La mayoría de las veces, aparecía enseguida, pero esto era extraño... ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué tardaban tanto?

Al fin pude escuchar sus pasos rápidos y nerviosos acercarse desde la despensa. Tenía el rostro frío, el cabello atado con la misma sutileza y rudeza que siempre, y cuando pasó junto a mí ni siquiera posó su único ojo sano en mí, sino que soltó con todas sus fuerzas una enorme bandeja frente a mí. En

ella había carne, una pierna entera aún intacta. Sabía poco de carnicería pero aun así para mis ojos eso no parecía ser de cerdo ni de cabra; descartado entonces. Pero qué...

–Con la avena es suficiente –le comenté, pero ya se había marchado a toda prisa hacia el vestíbulo con el juego de té.

La carne que yacía frente a mí era lo único que podía oler, penetrante y poco apetitosa. El olor me recordaba a gusanos, grises y húmedos. Tenía clavado un cuchillo lo suficientemente grande como para cortar hasta el hueso. Tomé un pequeño tenedor de la mesa, uno que no se comparaba con la enormidad monstruosa de ese trozo de carne.

Mi estómago rugió. Algo me forzaba a comer, aunque la sola idea de mascar siquiera un simple bocado de eso me revolvió el estómago. Corté un trozo de la carne flácida. Pero hacerlo me hizo sentir un puntazo de dolor, que se transformó en una lágrima sobre mi mejilla al colocar el trozo de carne en mi boca. ¿Qué me ocurría? Comencé a mascar y noté que tenía un gusto horrible, casi al punto de la putrefacción. Corté nuevamente otro trozo y nuevamente una puntada de dolor estalló en mi propia pierna.

Me hizo atragantar. No tenía ni siquiera una taza de té cerca para ayudarme a bajar esa cosa horrible. Ya no tenía control sobre las lágrimas y mi rostro se mojaba cada vez más a medida que tragaba forzosamente otro pedazo. No, no podía seguir así... Dolía mucho y tenía un gusto asqueroso. Solté un grito y miré alrededor de la cocina en busca de ayuda pero, estupefacta, noté que las paredes habían desaparecido. ¿Dónde estaba? ¿Qué era ese lugar? Las paredes ahora eran árboles negros retorcidos que se movían impredeciblemente, como si docenas de seres se estuvieran escabullendo entre sus ramas. Ojos brillantes en todas direcciones, observándome.

En ese momento, el dolor en mi pierna ya era demasiado fuerte. Me alejé

de la mesa y traté de pararme, al decidir que era mejor huir. Pero no lo logré y caí al suelo, quebrando en llanto al notar que a mi pierna derecha le faltaba todo desde la rodilla hasta abajo. Perdida... Estaba...

La carne que había comido forzosamente quería salir, por lo que, entre arcadas y llantos, comencé a moverme inquietamente en el suelo. La pierna era distinta. Me resultaba tan familiar, tan lisa... tan propia. Había comido mi propia carne y ahora me estaba atragantando y muriendo, sin ayuda, arrastrándome por el suelo.

De pronto, desde la densa arboleada que me rodeaba, apareció una figura con ojos flameantes como el fuego. Llevaba una corona de astas y su voz sonaba como un trueno.

“Despierta”, dijo, acercándose para ayudarme a levantarme. “No duermas más”.

El mundo, el mundo real, regresó de pronto con un grito. El mío. Casi salgo despedida de las sábanas por mi movimiento frenético para verificar que mi pierna todavía seguía allí. Solo un sueño. No, una *pesadilla*. Me sequé el rostro al notar que estaba recubierto de sudor y lágrimas.

Unos segundos más tarde, la puerta se abrió de golpe, lo cual me hizo gritar de nuevo, aunque esta vez suspiré al ver quién era y caí sobre la cama.

Era Poppy, totalmente sorprendida, quien entró y se sentó a mi lado en la cama, donde colocó su mano pequeña y fría sobre mi frente.

–¿Te sientes bien? ¿Tienes fiebre? Oh, Louisa, no luces bien, ¡ni un poco!

–Eres muy amable, Poppy –musité, cerrando los ojos.

–Traería a Bartolomé para que te cuide pero está dormido ahora. ¡Ya ni se levanta a menos que sea para comer carne!

–Por favor –susurré–. Por favor... no hablemos de carne ahora.

–¿Quieres que vaya a buscar a la Sra. Haylam? –me preguntó, frunciendo

el ceño y acercando su delicado rostro pequeño a mi nariz—. Eres realmente dulce, Louisa.

—Solo fue un sueño desagradable —le expliqué con una leve sonrisa—. Estoy segura de que estaré bien pronto.

—Ohhh —soltó un soplido, arrodillándose y jugando con una de sus trenzas, pensativa—. Sabes, ¡yo también he tenido varios sueños extraños! Aunque todos son malos. En algunos soy una pequeña ave gorda cantando al viento sobre un bote. Me gustan esos. Pero otros sí son inquietantes. La Sra. Haylam dice que hay fuerzas oscuras amenazando Coldthistle estos días y que debemos cuidarnos entre nosotros a toda costa.

Apoyándome sobre mis codos, me recosté contra los cojines y asentí.

—Chijioke dijo algo similar. No me parecieron tan malos los del Supramundo.

Sus ojos se abrieron llenos de sorpresa al oír eso, por lo que enseguida levantó un dedo frente a mí, moviéndolo de un lado a otro.

—¡Shhh! ¡Shhhhh, Louisa! Nadie debe oírte decir eso. No lo repetiré, pero tienes que prometerme que no lo volverás a decir. El Sr. Morningside estaría muy enfadado si te oye hablando de esa forma.

—¿Por qué? —le pregunté, corriéndole la mano con sutileza y acomodando las sábanas sobre mí. Afuera, podía escuchar el canto familiar y reconfortante de las aves llamándose entre sí al amanecer—. ¿Qué es todo este asunto de la Corte? Parecía ser un secreto enorme y ahora no hay nadie que no hable de ello.

Poppy se encogió de hombros y soltó su trenza; luego, bajó de la cama de un salto y empezó a hurgar entre mis gavetas, de donde sacó mi uniforme de sirvienta, y lo colocó sobre la cama.

—Todo esto también es nuevo para mí, Louisa. La Sra. Haylam dice que

los desagradables seres del Supramundo vendrán con el pastor y su tonta hija, se sentarán en la tienda fuera y decidirán si el Sr. Morningside es demasiado estúpido o no para seguir trabajando.

–Demasiado estúpido para... –comencé a reír y tuve que taparme la boca con las manos–. Bien, en verdad será un debate bastante interesante. Pero vamos, debe haber algo más serio que eso. ¿Está realmente en problemas?

Asintió con energía, moviendo sus trenzas en todas direcciones, y tomó mis botas del otro lado de la habitación.

–Significa que George Bremerton estuvo muy cerca de lastimar al Sr. Morningside. Puede que haya otros más como él cerca y creo que eso es lo que quieren discutir, qué hacer con aquellos que quieren lastimarlo.

Eso hacía que todo tuviera apenas un poco más de sentido.

–Ya veo. Suena problemático... ¿Qué ocurrirá si deciden que él es, ehm, demasiado estúpido para seguir?

–No estoy muy segura, Louisa, nadie lo está –me dijo sensiblemente, terminando lo que estaba haciendo y parándose junto a mi cama con las manos cruzadas frente a su cintura–. Solo sé que no me gusta cuando el pastor viene con sus ángeles. Comen todo lo que tienen a la vista y me hace doler el estómago. Tienes que prometerme que no te encariñarás con ellos.

–Está bien –le prometí mientras me levantaba de la cama. Había hecho un trabajo estupendo juntando mi ropa, no quería decepcionarla con mis quejas–. Prometo no encariñarme con ellos, pero solo si me dan una razón. Ustedes tampoco me simpatizaron al principio, ¿recuerdas?

Poppy se mordió el labio, columpiándose de atrás hacia adelante, pensativa.

–Creo que es justo –comenzó a buscar algo en el bolsillo de su delantal y de allí sacó un trozo de papel doblado–. Louisa, ¿qué es esto?

La carta. Debió haberla encontrado en mi delantal cuando preparaba mi uniforme.

–Solo... Nada importante. Una carta que se suponía que debía leer ayer –el día había pasado en un abrir y cerrar de ojos, primero la reunión con el Sr. Morningside, luego el encuentro con Lee y la llegada de los seres del Supramundo. Comencé a sentir una extraña sensación de calor en el pecho al mirar el sobre. ¿Podría ser realmente de mi padre? ¿De mi *verdadero* padre? Pero ¿cómo rayos se suponía que la leyera?

–Ah, bueno, entonces no debes olvidarte de nuevo –me dijo, regresándola a mi delantal, en donde la había encontrado–. Pero no la puedes leer ahora, Louisa, no hay tiempo que perder. Te ayudaré con el corsé y te haré una linda trenza, pero no debemos retrasarnos. La Sra. Haylam nos quiere ver a todos y no está de muy buen humor. Creo que los ángeles también le hacen doler el estómago.



Si bien había estado en la Coldthistle House por alrededor de siete meses, era la primera vez que la Sra. Haylam nos reunía a todos.

Bueno, a casi todos. Al Sr. Morningside no se lo veía por ningún lado en el frío matutino en la cocina. Con sutileza, me acerqué al horno frotándome las manos en busca de algo de calor. El sol recién acababa de asomarse y los rayos primaverales aún no cubrían la mansión con su calidez. Afuera, a través de la puerta abierta de la cocina, se podía escuchar a las ovejas balar en los campos más allá de la cerca, acompañadas por el sonido de la respiración de Bartolomé al roncar. Solo podía ver su cola con la punta negra entre las rocas, como si esta hubiera sido remojada en tinta.

Chijioke se paró a mi izquierda con los brazos cruzados, vistiendo su

camisa de trabajo limpia que soltaba el distintivo aroma a lavanda del jabón de la Sra. Haylam. Me sorprendió notar que Lee también estaba allí, en una esquina frente a la despensa. Su vestimenta seguía completamente arrugada, aunque esta vez llevaba un saco, una prenda mucho más simple que el atuendo elegante con el que había venido a Coldthistle en otoño. Evitaba a toda costa mi mirada furtiva y solo le prestaba atención a la Sra. Haylam, quien estaba parada frente a nosotros junto al gran fregadero de la cocina. Poppy, por su parte, estaba sentada en la mesa, meciendo sus piernas de atrás hacia adelante mientras disfrutaba su desayuno con mucho entusiasmo.

Me sentía terriblemente normal, y me preguntaba cómo sería tener un desayuno de esta índole en otro lugar. En un lugar normal. Chijioke, Lee y Poppy podrían ser mis amigos normales, con empleos mundanos y sin violencia a la vista. ¿Acaso era tonto esperar algo así? ¿Incluso siquiera pensarlo?

La Sra. Haylam se aclaró la garganta y nos miró a cada uno directo a los ojos. Quizás fue solo mi imaginación pero me pareció notar que posó su mirada en mí por más tiempo. Me encogí ante tal inspección, consciente de que me había vestido de forma apresurada y no lucía tan pulcra.

–Bueno. Finalmente, podemos comenzar –sentenció y no había nada más para decir sobre mi llegada tardía–. Como todos habrán notado, tendremos algunos cambios esta primavera. Debemos tolerar a nuestros visitantes del Supramundo, nada más ni nada menos. Si llego a enterarme de que alguno de ustedes tuvo problemas con ellos, estaré extremadamente disgustada. No me defrauden.

–¿Y si ellos buscan problemas con nosotros? Entonces, ¿qué? –preguntó Chijioke, inquieto.

–No lo harán.

–Pero ¿si lo hacen? –insistió. La Sra. Haylam lo miró fijo, entrecerrando la mirada.

–¿Por qué tengo la impresión de que estás ansioso por irritarlos?

–Porque son insoportablemente cretinos, por eso –la anciana casi esboza una sonrisa, pero se contuvo en el último minuto presionando los labios para retomar el control.

–En ese caso, tú te controlarás. La visita de la Corte es un evento inusual, obviamente, y algo que no debemos prolongar. Cuanto antes se larguen estos forasteros de la mansión, mejor. Queremos llegar a un acuerdo, no comenzar una guerra.

–Disculpa –intervine, dando un pequeño paso hacia adelante–. Pero ¿qué es precisamente la Corte? Nadie me lo ha explicado todavía. No por completo.

La Sra. Haylam suspiró y miró hacia el techo.

–Tú no tienes que participar, Louisa, simplemente continúa con tus tareas habituales y atiende a los huéspedes. Si Chijioke o Poppy precisan de tu ayuda, te lo harán saber.

–Pero...

–*Te lo harán saber* –me interrumpió con la voz lo suficientemente fuerte como para hacerme callar–. Ahora, quiero que todos estén alerta y me hagan saber si presienten que los seres del Supramundo están interfiriendo con su trabajo en la mansión. No vayan al pueblo ni hagan viajes innecesarios fuera de los límites de la propiedad. Es solo algo temporal y espero que todos ustedes hagan su trabajo como cualquier otro día.

Nadie dijo nada luego de escuchar eso y, tras una pausa breve, la Sra. Haylam prosiguió.

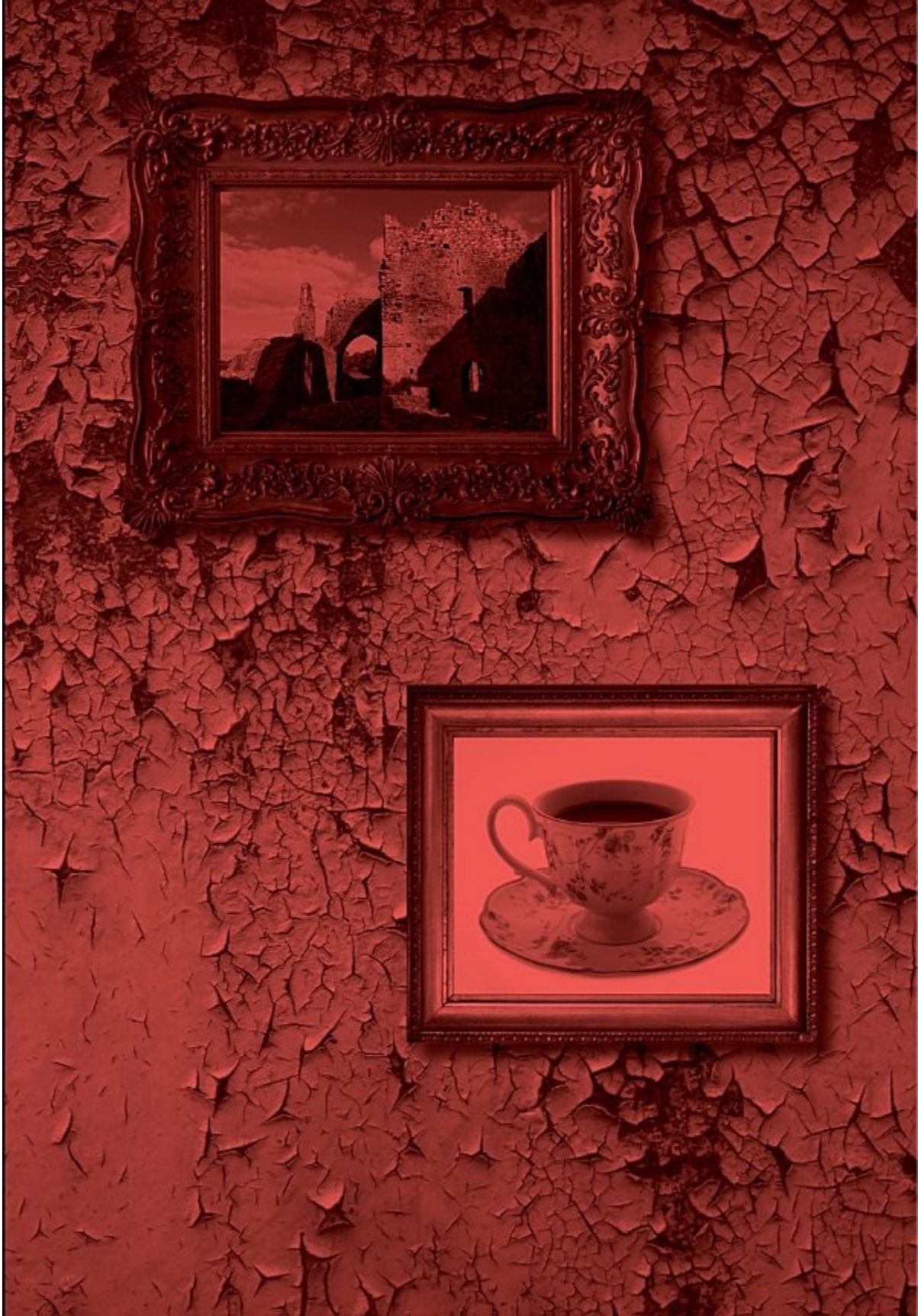
–Rawleigh ya es un miembro permanente de la mansión y, como tal, le

pedí que tomara el puesto de ayuda de cámara. Se encargará de asistir a los caballeros que se queden con nosotros durante el próximo mes. Lo cual me lleva a nuestros *huéspedes*...

Lo miré a Lee, pero seguía determinado a ignorarme. Miró a la Sra. Haylam y luego hacia el suelo. Era difícil imaginarlo como ayuda de cámara con su ropa y cabello descuidado, pero quizás ella lo obligaría a que se arreglara un poco antes de comenzar a trabajar en serio. De todos nosotros, él era el que estaba más familiarizado con las tareas y comportamiento de un ayuda de cámara, ya que había sido el único lo suficientemente adinerado para tener uno propio en el pasado.

Era cruel mirarlo y preguntarme si seguía enojado por el hecho de tener un trabajo tan por debajo de su estatus. Y conmigo. Le había disparado su tío, había muerto, y luego revivió por una suerte de necromancia sombría; este castigo me hacía sentir mal. Peor aún, no tenía ningún interés en conocer a los nuevos visitantes. Desde que me enteré de que habían traído a Lee por error a Coldthistle, comencé a preocuparme de que se cometiera el mismo error otra vez.

—La tienda que levantamos afuera es para la Corte, sí, pero también la usarán nuestros huéspedes. Seremos los anfitriones de la boda de la Srta. Amelia Canny, de Dungarvan, y el Sr. Mason Breen, de Londres. Nunca antes familias tan malvadas habían estado frente a nuestra puerta. Deberán servirles con todo el debido respeto y asistirles a todas sus necesidades, hasta que se les solicite escoltarlos hacia la violenta erradicación de sus vidas de mortales.





Capítulo
Ocho



Una vez finalizada la reunión, me quedé en la cocina desayunando. En un momento, mientras tomaba el té y observaba el fuego en la chimenea, el miedo de mi sueño regresó. Temblando, tomé la taza con ambas manos, e inhalé la fragancia humeante para hacer que esa pesadilla desapareciera de mi cabeza. Parecía que había salido de una pesadilla solo para entrar en otra en donde estaba sola en la cocina tratando de ignorar el abrumador trabajo que tenía por delante y la idea de conocer a las familias Canny y Breen, solo para verlas desaparecer.

Despacio, me acerqué hacia la puerta abierta de la cocina y reposé sobre el marco, observando cómo los trabajadores terminaban sus labores en el jardín y guardaban las herramientas. Me preguntaba si los extrañaría, ya que me había acostumbrado tanto al sonido de sus voces durante el día. Había sido una curiosa cuota de normalidad para la ya suficientemente extraña Coldthistle. Pero ya se marchaban, intercambiando bromas escandalosas en su camino de regreso. Eran lo suficientemente listos como para no mirar en mi dirección; uno de los más musculosos del grupo y el que más quemado estaba por el sol, me había gritado obscenidades en mi primer día. La Sra. Haylam lo echó de la propiedad y podía imaginar el destino que había tenido.

Bartolomé descansaba a mis pies. Había crecido el doble de tamaño durante el invierno, ya no era un pequeño y dulce cachorrito, sino una bestia bien fornida. Una melena áspera le había crecido desde la cabeza hasta la espalda, lo que le daba un aspecto más salvaje y feroz. Sin embargo, aún conservaba las orejas de cachorro, que golpeaban contra las rocas cada vez que se recostaba sobre su espalda y levantaba las patitas.

Me agaché y le acaricié el cuello, escuchando sus gruñidos de placer. Cerré

los ojos y tomé otro sorbo de té, imaginándome que era simplemente una muchacha de campo normal en su cabaña en Irlanda, acariciando a su perro y tomando el desayuno, lista para afrontar otro día de tutoría o zurcido. Eso me hizo recordar la carta que aún tenía escondida en mi delantal, por lo que me levanté y cerré la mano sobre ella. ¿Qué tal si una vida de tutoría y zurcido era posible y lo único que necesitaba hacer era acudir a mi supuesto padre? O mejor aún, ¿qué tal si él me compartiera su inimaginable riqueza y pudiera seguir durmiendo hasta tarde, ser una mujer de bien en una casa majestuosa y no hacer otra cosa más que verme con amigos o tener pequeñas reuniones con señoritas bien perfumadas...?

De pronto, dos voces distantes llamaron mi atención. Al principio, pensé que eran los mellizos, Pinzón y Sparrow, pero en realidad era Lee que se dirigía hacia las sombras del granero al otro lado del jardín. Estaba hablando con alguien, pero no podía ver con quién. Luego de un momento, dio otro paso hacia adentro del lugar, en donde se apoyó sobre uno de los establos mientras se acomodaba el cabello. A su lado se erguía una figura difusa, lo que podría haber sido una persona pero que solo era una mera sombra. La sombra de una chica.

–Te advertí que no te encariñaras con él.

Maldije sorprendida y solté mi taza de té, la cual estalló en mil pedazos contra las piedras del suelo. Bartolomé dio un sobresalto y comenzó a dar vueltas olfateándose la cola manchada de té, hasta que se marchó a toda prisa en busca de un lugar más tranquilo para descansar.

–Casi me da un infarto –le dije, irritada–. Buscaré una escoba...

–En un rato –la Sra. Haylam emergió de la cocina y al salir de las sombras a la luz del sol, su ojo infectado parecía brillar–. Ahora es una criatura de las sombras; no hay nada más que eso en su interior. Esa bella piel que ves es solo

una máscara, y cuando se pudra y decaiga, como toda carne humana, comprenderás lo que te digo.

La imagen de sus ojos consumidos por la oscuridad regresó a mi mente.

–Si de verdad está tan cambiado, entonces es mi culpa –le dije–. Yo tomé la decisión de revivirlo.

–Nunca recibirás agradecimiento si es lo que buscas –me respondió, refunfuñando–. En algún momento, te agradecerá por lo que hiciste, pero por el momento es muy probable que te desprecie. Te advertí que no te involucraras con él.

–Lo sé –suspiré–. Lo mencionó una o dos veces.

–No juzgues sus decisiones, no cuando tú has tomado una bastante seria por él –añadió la Sra. Haylam e inesperadamente colocó una mano sobre mi hombro. Al principio, pensé que era un gesto maternal de simpatía, pero fue tonto de mi parte pensar eso; de pronto, un extraño calor comenzó a apoderarse de mi cuerpo, extendiéndose desde el lugar en donde había posado su mano. Mientras miraba a Lee y la sombra, la figura oscura comenzó a tomar forma hasta que pude discernir que se trataba de una hermosa y joven muchacha, quien hablaba con él mientras sostenía su falda como si estuviera coqueteando.

–¿Es un fantasma? –solté en un suspiro.

–Algo así. Otra criatura de las sombras atada a esta mansión. Él puede verlos tal como alguna vez fueron, ya que ahora pertenece a ese mundo. No estés triste, Louisa; debes estar agradecida de haber encontrado un amigo –la Sra. Haylam quitó la mano y la muchacha se desvaneció, dejando solo una silueta negra en el suelo frente a Lee–. Termina el desayuno y ponte a trabajar. La muchacha Canny ya se está quejando del hospedaje y no tengo mucha paciencia para eso hoy.

¿Y yo sí?

Debe haber escuchado mi resoplido de queja.

–Louisa.

–Está bien, Sra. Haylam –le dije, observando cómo Lee desaparecía en el granero con su nueva amiga. La carta en mi delantal de pronto se sintió con más peso. Presente. Un padre adinerado. Quizás merecía un cambio; quizás realmente podría salir y encontrar una nueva vida en algún lugar lejano. Para siempre.

–Y limpia esa taza. No quiero que nadie se corte los pies, en especial ese sabueso bueno para nada...

Me quedé mirando perpleja los trozos de porcelana en el suelo mientras ella regresaba a la cocina rozándome el hombro. El jardín estaba vacío; los trabajadores se habían ido. Lo único que se escuchaba allí era el ronquido de Bartolomé, quien seguramente estaba durmiendo en alguna esquina polvorienta bajo el sol.

El té se dispersaba entre las hendiduras de los adoquines, acercándose a toda prisa a mis botas. Di un paso hacia atrás, y me quedé observando cómo la infusión se mezclaba con el lodo, mientras tomaba la carta en mi delantal.

Té desparramado en el suelo y tazas rotas. Tenía que haber algo mejor esperándome en el futuro.



Amelia Canny era una fea muchacha esquelética de cabello impresionantemente negro y ojos pequeños y color café. Si hubiera tenido otro rostro, más delicado y suave, sus facciones podrían haber sido bonitas, pero si un pintor la hubiera imaginado, luciría como si la hubieran dibujado a toda prisa, dejándole una nariz demasiado grande y una mirada perdida.

Se movía de escritorio en escritorio como las aves del Sr. Morningside, sin hacer absolutamente nada.

–Lottie se torció el tobillo y no pudo acompañarnos en este viaje –me explicó Amelia, inspeccionando una enorme capota adornada con flores de seda roja. El rojo, de hecho, era su color favorito. Todo, desde sus costosas maletas hasta su vestido de verano era color carmesí–. La niña tonta me dijo que no podría moverse por un mes. ¡Un mes! ¿Puedes imaginar ese lujo? ¡Y no es nada más que una sirvienta! No debería sorprenderme después de todo, siempre fue así de perezosa.

Amelia volteó y me miró fijo con sus ojos oscuros.

–¿Tú no serás así, imagino? –era una pregunta, pero solo por poco. Pude captar la orden implícita.

–Yo trabajo muy duro, señorita.

–¿Cómo dijiste que te llamabas? –me preguntó mientras arreglaba una y otra vez la capota hasta que la luz del sol que entraba por la ventana sucia iluminó los adornos que tenía sobre la visera.

–Louisa.

–¿Louisa qué?

–Ditton, señorita –respondí, esbozando una sonrisa tensa al llamarla *señorita*. En cierta medida, envidiaba a Lottie, quien no sonaba para nada perezosa sino como un completo ejemplo a seguir por haber podido encontrar una vía de escape de las garras de esta niña tonta.

–Eres irlandesa –comentó.

Sí, obviamente.

–Del condado Waterford, señorita.

Sus ojos se iluminaron, lo que la hizo verse agradable solo por un momento.

–Mi familia es de Dungarvan, pero me niego a regresar a ese lugar pequeño y descuidado. ¿Sabes lo que me dijo el padre de Mason ayer? Me dijo: “¿Qué puede tener de bueno un lugar cuyo nombre significa estiércol en su idioma?”, y sabes algo, Louisa. Tenía razón. Pronto me convertiré en una mujer de Londres. Seguro has oído de *Dungarvan*. ¿Puedes creerlo? Que nos encontremos aquí, con vidas tan distintas.

Pensé en la carta que tenía en mi bolsillo e hice una mueca de dolor. Si esto era lo que el dinero les hacía a las personas, entonces quizás debería quemar el sobre después de todo.

–Qué afortunada –solté, casi ahogándome–. ¿Hay algo más que precise, señorita?

Me pidió que le rellenara las almohadas y cambiara las sábanas por unas que tuvieran algún patrón rojo, como era de esperarse. Recién acababa de desempacar sus maletas y de preparar el vestido que usaría para la cena de esa noche. Mis manos nunca antes habían tocado una seda tan suave.

–Solo... –se acercó hacia la ventana y contempló el jardín por un momento. Su habitación daba al norte y, desde allí, se podía ver el camino secreto que llevaba al manantial. Me pidió que me acercara con un gesto de su mano y yo obedecí, por lo que me encontré a su lado siguiendo su mirada posicionada sobre el camino arbolado. Los árboles allí lucían amenazantes, la mayoría todavía sin recuperar todas las hojas que habían perdido en otoño. El poco follaje que había lucía cruel y oscuro. No recordaba que la vegetación alrededor del manantial fuera tan densa, pero quizás era porque nunca lo había visto desde este lugar.

»Luces como una persona sensible –agregó, descansando la cabeza, pensativa, sobre su mano–. Lottie nunca quiere aconsejarme. Piensa que no es apropiado que la opinión de una sirvienta tenga peso sobre los asuntos de su

señorita. Pero creo que es un poco estúpida.

Cada vez admiraba aún más a Lottie. Era tentador aparentar que yo también era así, pero una parte de mí se preguntaba qué era lo que Amelia había hecho para terminar en la Coldthistle House. Ser adinerada y espantosa no era crimen suficiente.

–Creo que soy bastante sensible, sí –le respondí con cuidado.

Amelia suspiró y reposó la frente contra el vidrio de la ventana. Con su dedo dibujó un corazón sobre el cristal y se quedó contemplando el bosque.

–¿Crees que Dios perdona los pecados si se hacen en nombre del verdadero amor?

Me quedé sorprendida al oír eso.

Se ve que no, considerando en dónde te encuentras.

–Creo... creo que depende de la naturaleza del pecado –le comenté.

Asintió y parpadeó fuerte, para luego dejar la vista fija sobre sus pies.

–¿Mentir? –preguntó suavemente.

–Eso se puede perdonar, estoy segura.

–¿Robar? –agregó.

–Robar no es tan malo –le respondí. Y eso lo decía en serio, dado que yo misma había robado en esa mansión. Luego recordé que debía actuar como su sirvienta y no querría tener a una ladrona hurgando entre sus pertenencias—. Es decir, está mal, claro, pero... considero que es un pecado perdonable si es por amor.

Asintió nuevamente y con la voz tan baja que casi no la pude escuchar, añadió:

–¿Y asesinar?

Ahora estamos llegando a algo.

Estaba a punto de responderle pero me tapó la boca con una de sus manos

perfumadas. Sus ojos completamente abiertos lucían como si una persona diferente me estuviera mirando y hubiera desaparecido todo rastro de la delicada jovencita obsesionada con las capotas y sábanas rojas, dejando solo una criatura cruel que había visto y hecho mucho más que yo.

–Sí, me oíste, Louisa, no lo repetiré. Creo que sabes a lo que me refiero, ya que no siempre fui adinerada como me ves ahora, sé lo que es el dolor del hambre y la pobreza. Pero quería a mi querido Mason y ahora lo tengo, y habría hecho cualquier cosa en el mundo para salir de esa vida horrible y miserable, y vivir en paz con mi verdadero amor.

Al escuchar eso, asentí una sola vez, decidiendo que sería mejor ser su confidente. Realmente la entendía, aunque ahora veía la verdad en sus ojos.

–Claro que lo entiendes –agregó, el fuego en su mirada disminuyó–. Cuando era pequeña solía ver a las señoritas pasar en sus finos carruajes y decirme a mí misma: *algún día yo seré una de ellas. Sin importar lo que requiera, sin importar qué debo sacrificar, yo seré una de ellas.* Y ahora tú me conoces, Louisa, quizás cuando salgas de esta habitación te dirás a ti misma: *un día tendré lo que ella tiene.*

Nuevamente, intenté hablar, pero Amelia me interrumpió.

–No, no, no hay que avergonzarse de pensarlo. Las muchachas como Lottie simplemente no son como nosotras. Ella está conforme con que le digan que no tiene nada y no hará nada al respecto –con un movimiento ostentoso, se alejó de la ventana y se encaminó hacia la cama, en donde se dejó caer con todo su peso–. ¡Escúchame! Sigo hablando y hablando... ¿Y por qué? No sabría decirlo. Pero siento que puedo confiar en ti, Louisa. ¿Es así? ¿Puedo confiar en ti?

–Oh, sí, puede contarme todos sus secretos, señorita –le dije haciendo una reverencia. Pero solo la mitad de mi mente estaba allí. Todo lo que decía me

dio una idea y, cuanto antes pudiera irme, más rápido podría actuar—. Soy una persona solitaria, no le contaré a nadie. La Coldthistle House es un lugar solitario y, a menudo, el silencio y los secretos son mi única compañía.



Capítulo
Nueve



El cálido encierro de la biblioteca era algo reconfortante luego del discurso interminable de Amelia. Desde hacía varios meses me las había ingeniado para poner el lugar en orden, limpiando las dunas de polvo y colocando los libros que estaban apilados en el suelo de regreso en las estanterías. Nadie me había visto en el corredor cuando ingresaba sigilosamente a la habitación. Lee sin duda estaba ocupado jugando a ser el sirviente de Mason Breen, y lo que fuera que Poppy y Chijioke estuvieran planeando era todo un misterio.

Limpié un espacio al fondo de la biblioteca cerca de la ventana y detrás de una hilera de estantes. Si alguien ingresaba, seguramente no me podría ver escapando de mis deberes. Dejé la misteriosa carta sobre el alféizar de la ventana y comencé a buscar algo útil entre las pilas libros. El Sr. Morningside (o al menos así lo creía, dado que no podía siquiera imaginar qué cosas leía la Sra. Haylam en su tiempo libre) tenía una gran colección de dramas y romances. Esboqué una sonrisa y seguí buscando, pasando los dedos sobre docenas de historias de amor. Cuando estaba en Pitney, era común oír sobre fantasías en las que algún muchacho adinerado y soltero estaba esperando en algún lugar. Pero esos sueños eran para las chicas lindas, quienes al menos tenían una minúscula posibilidad de tener una pareja estable, una que al menos les proveyera refugio y sus modestos ingresos. Un vicario, quizás, o un soldado.

Nunca antes había alimentado ese tipo de sueños, aunque sí tenía que reconocer la convicción de Amelia al creer que fuera cual fuera el pecado que hubiera cometido para estar con Breen y escalar en la pirámide social sí valía la pena. Y allí estaba yo, con la misma oportunidad, a una simple carta de

distancia.

Simple. Claro que había una barrera que me impedía comprender su contenido. Mis padres me habían enseñado algo de gaélico cuando era pequeña, pero solo para canciones y cuentos de hadas. Sí recordaba haber aprendido algo de idiomas en Pitney, por lo que, si pudiera encontrar la guía de traducción adecuada, o incluso algún texto con la versión en mi idioma y otra en gaélico, quizás podría tener una leve oportunidad de descifrar la carta.

Después de todo, era mía. ¿Por qué no leerla? A cualquiera le daría intriga y más aún con la idea de tener una mejor vida por delante, brillando como un anillo de latón.

Algo en esa biblioteca me ayudaría a escalar y llegar a la cima. O, al menos, eso creía. Y esa esperanza perduró por la siguiente hora de búsqueda, hasta que finalmente se desplomó durante la segunda. Pronto notarían mi ausencia. Se acercaba la hora del té y, como no estaba en la cocina lista para ayudar, la Sra. Haylam vendría a buscarme. A pesar de su humor esa mañana, no había nada que me hiciera querer cruzármela, por lo que a los siguientes libros solo les di una ojeada rápida. No había ninguno que tuviera la traducción con la versión original en gaélico a un lado para que pudiera comparar. Había algunos que tenían el título completamente en gaélico y me daban una luz de esperanza cada vez que los veía, pero terminaban siendo inentendibles de principio a fin. No estaba haciendo nada más que armar un desastre que yo misma tendría que ordenar.

Finalmente, divisé un libro de cubierta verde entre los estantes que estaban cerca de las puertas. El lomo estaba decorado con trazos dorados que simulaban ser hojas de árboles, y se leía la inscripción *Dagda, el guerrero*, la cual estaba acompañada por su par gaélico, *Dagda, An Laoch*. Enseguida pensé que ese era el libro que podría tener la traducción paralela

que tanto necesitaba para comparar y usar como base. Sin aliento, regresé a mi escondite y me acomodé sobre el alféizar, tapándome las rodillas con el vestido. Al abrir la cubierta crujiente y desgastada, comencé a ojear sus páginas, sintiendo un calor intenso y punzante que se desparramaba desde mi pecho hasta el cuello y subía cada vez más. Inútil. El libro era inútil. Otra traducción que no sería de ayuda.

Ese libro, quizás el trigésimo que había encontrado y descartado, hizo que algo dentro de mí se soltara. Furiosa, me lancé a llorar de la frustración y arrojé el libro hacia el otro lado de la habitación. Aterrizó en una esquina, produciendo un sonido seco. Pero nadie entró corriendo. Estaba sola como una tonta, roja y sudada de la ira. Levanté la carta y rompí el sello, maldiciendo mientras desgarraba el papel con ambas manos por el medio.

Pero algo hizo que me detuviera.

La furia y el odio. Debían haber activado el poder en mi interior, ya que comencé a notar que las palabras cambiaban frente a mis ojos, tornándose legibles y claras, como si supiera hablar ese idioma con fluidez.

Las había cambiado. Podía convertir una cuchara en un cuchillo y en una llave, y en momentos de suficiente desesperación y necesidad podía incluso cambiar un idioma por otro. Era asombroso. Sin aliento, observé cómo las palabras brillaban listas para ser leídas, conservando esa belleza intrínseca del trazo de mi supuesto padre.

Mi querida Louisa, comenzaba. Finalmente, te he encontrado.

Mi cuerpo entero comenzó a temblar mientras leía la carta, la cual sostenía por la mitad con las dos manos. La leí una vez, dos veces, y luego una tercera, siempre recostada contra el marco de la ventana. Vivía no muy lejos del lugar en donde había nacido y describía a mi madre, mi pueblo, incluso nuestra casa con perfecto detalle. No mencionaba en ningún lado rastros de amor hacia mi

madre, solo pasión seguida de vergüenza al enterarse de que su aventura tuvo como fruto una hija. Yo.

Escapé hacia el norte y en mi confusión les fallé a ambas. Siempre supe que regresaría para buscarte, hija mía, pero no sabía si tendría el coraje de ofrecerte la disculpa que tanto mereces.

Hablaba de la riqueza que había obtenido gracias a recolectar flores exóticas y ámbar gris para hacer perfumes. *Enfleurage*. Si lo que decía era cierto, mi padre, mi verdadero padre, era la clase de persona que sabía lo que *enfleurage* significaba. Adinerado. Sofisticado.

Eso era una de las cosas con las que tendría que lidiar; la segunda vino en el siguiente párrafo.

Mi familia siempre fue propensa a albergar poderes extraños y, gracias a mi sangre, tú también fuiste bendecida o maldecida con ellos, sea como sea que lo quieras interpretar. Quizás, al igual que yo, siempre supiste que eras diferente. O quizás todavía debes descubrir en profundidad lo que eres. Esta rareza en tu sangre te puede llevar muy lejos o hacer sucumbir ante las expectativas de la sociedad. Sea cual sea el camino que elijas, yo debo estar allí para guiarte con esa carga, dado que soy el arquitecto de tu realidad fantástica.

Otro arrebato de ira se apoderó de mí. Mientras este cobarde estaba

recogiendo flores y haciendo una fortuna, nosotros nos arrastrábamos en la tierra para ganar apenas lo suficiente para vivir, abarrotados en una choza mientras mi padre (mi padre falso) bebía hasta la muerte. Nada de esto debería haber ocurrido. No debería haber vivido con mis horribles abuelos o ido a la aún más cruel escuela Pitney. No debería haber soportado tantos golpes y rechazo. No debería haber escapado y terminado en la Coldthistle House.

Lágrimas amargas y furiosas comenzaron a caer por mis mejillas. Hice la carta a un lado y lloré, deseando tener la más mínima muestra de afecto y entendimiento. Extrañaba a Lee. Extrañaba a Mary. Ellos habrían sabido qué decirme en estos momentos de desesperanza. La tristeza pronto se tornó en odio. Quizás *deba* invitar a este monstruo a la residencia de los monstruos y robarle todo lo que tiene. Quizás era mejor tener un padre inservible y alcohólico que este sujeto que vaya uno a saber qué se creía.

Con su ausencia, me convirtió en una muchacha insignificante, pobre y maldecida con magia oscura.

Me sequé las lágrimas del rostro y volví a doblar la carta, guardándola en mi delantal. No tenía sentido perder el tiempo allí, más aún cuando en mi cabeza abundaban pensamientos de venganza. Sin embargo, por más que no quisiera admitirlo, el perezoso, el ladrón, este tal *Croydon Frost*, tenía razón; podría marchitarme o resurgir, y no estaba dispuesta a dejar que su carta o su mera existencia me destrozaran.

El desorden de libros que había dejado tendría que esperar hasta más tarde. Salí a toda prisa de la biblioteca y me adentré en el corredor, en donde me topé con la presencia sombría de un Residente, uno que aparentemente había intentado espíarme. Me alejé un poco y la figura se desvaneció tras una nube de humo negro. No le di mucha importancia, ya que no tenía nada que

ocultar, pronto todos sabrían esto de mi propia boca. Casi al final del corredor, me topé con Poppy, quien limpiaba el descanso de la escalera con la cabeza mirando hacia abajo mientras tarareaba una melodía inocente.

–¡Oh! Aquí estás, Louisa. La Sra. Haylam te estaba...

–Ahora no –la interrumpí, bajando por la escalera a toda prisa–. ¡Puede hablar conmigo más tarde!

–Pero ¡se enfadará! ¡Louisa!

–No me importa.

Me sentía viva, llena de ira, como una ráfaga de fuego. Cuando llegué al vestíbulo principal, pude escuchar a la Sra. Haylam en la cocina preparando la comida para la tarde, pero rápidamente evité hacer contacto con ella y entré directo a la puerta verde que llevaba a la oficina del Sr. Morningside. Como de costumbre, el aire al otro lado de la puerta era bastante pesado e inquietante, pero no hice caso a mis quejas y seguí bajando hasta llegar a la antecámara atestada de retratos.

Dinero. Uno podía hacer tantas cosas por dinero. Podía recuperar la vida que me habían robado, sí, pero podría hacer mucho más. Chijioke y Poppy estaban empleados bajo contrato en la residencia y, seguramente, dependían mucho del alojamiento y comida que les otorgaban. Pero ¿qué tal si fuera *yo* quien se los proporcionara? Se habían convertido en mis amigos y, con una enorme fortuna, podría cambiar nuestras vidas. Podría comprar una casa –no, una mansión– y dejar que Chijioke, Poppy, Lee y ese enorme perro vivieran como quisieran, sin cargar con el peso de la muerte y los secretos.

La idea era aún más inspiradora, lo cual me hacía caminar más rápido. Mi única vacilación llegó cuando finalmente me detuve frente a la puerta de su oficina, en donde sentí una inconfundible tensión al otro lado. Maldijo, fuerte, y golpeó el escritorio con sus puños, tan fuerte que el lugar entero a mi

alrededor pareció retumbar con su ira.

Respiré profundo y golpeé la puerta. Fue un sonido suave e inseguro, razón por la cual me sobresalté aún más al escuchar la voz del Sr. Morningside tan increíblemente fuerte.

–¿*Qué?*

Y nuevamente hice otro sonido suave, pero esta vez con mi voz.

–Soy... Soy Louisa. Quería hablar con usted acerca de mi padre.

Inmediatamente, vino un suspiro y silencio. Lo oí murmurar algo hasta que finalmente habló, quejándose.

–Lárgate, Louisa.

–No. No, no me iré a ningún sitio. Quiero hablar con usted ahora...

La puerta se abrió de golpe, revelando al Sr. Morningside detrás de su escritorio con ambos puños cerrados contra la madera, mientras resoplaba furioso.

–Es un muy mal momento –me advirtió.

Con cuidado, di los primeros pasos inseguros hacia el interior de la oficina, en donde me aclaré la garganta y traté de no acobardarme ante su expresión descontenta. La oficina estaba más desordenada que lo habitual y su cabello, que por lo general estaba perfectamente peinado, se encontraba muy desarreglado hacia uno de los lados. Había varios libros abiertos, plumas y pergaminos desparramados frente a él, pero lo que más me llamó la atención fue un diario que yacía abierto justo entre sus puños. Parecía estar escrito a mano, pero solo podía discernir algunos dibujos y garabatos.

–Quiero conocer a este hombre –le comenté, sacando los dos trozos de la carta de mi delantal–. He... Bueno, he leído lo que tiene para decir y no estoy muy contenta. Creo que tiene una deuda muy grande pendiente conmigo y pretendo recuperarla. Verá, quiero su dinero. Ya tengo planes.

Una sonrisa enfermiza se dibujó en el rostro del Diablo, pero no cambió su postura.

–Lo has traducido, ¿no es así? ¿Quién te ayudó?

–Nadie, lo hice por mi cuenta –le respondí.

–Vaya, vaya. ¿Y con qué? Tengo entendido que no hay diccionarios de gaélico en la biblioteca...

–No importa cómo lo hice –lo interrumpí, irritada–. Quiero conocerlo. ¿Puede arreglarlo?

Finalmente se relajó un poco, se sentó sobre su silla y acomodó su cabello. El pañuelo que llevaba en el cuello estaba completamente torcido y él lo sabía.

–Me temo, pequeña avecita, que sí importa. Tú me dirás cómo lograste traducir la carta y yo organizaré esta venganza para ti.

–No es venganza –aclaré, con la vista sobre mis pies.

–Claro que sí, Louisa, y no hay nada de malo en ello. Es como tú lo mencionaste, él te debe algo, al igual que tú me debes a mí una explicación – el Sr. Morningside levantó ambas cejas y señaló la carta con un gesto de su cabeza–. ¿Cómo lo hiciste?

Podría haber simplemente adivinado cómo fue que lo hice, pero me vi obligada a explicarlo, y coloqué con fuerza la carta sobre el escritorio entre todo su desastre.

–Con mis poderes. Soy una Sustituta, entonces... la cambié.

–¿Así nomás? –sus ojos dorados se entrecerraron, amenazantes.

–Así nomás.

Se inclinó más aún en su silla y comenzó a rascarse la barbilla, mirando con detenimiento la carta y luego a mí. Finalmente, sus ojos se deslizaron hacia el diario que tenía frente a sí.

–Es un avance bastante extraordinario para alguien que acaba de

descubrirse. ¿Estás absolutamente segura de que nadie te ayudó?

Asentí, perdiendo la paciencia. Cerró el diario sobre su escritorio y soltó una risa que lo hacía verse infantil y entusiasmado.

–¿Qué tan desesperada estás por conocer a este hombre? ¿Qué tan desesperada estás por poner en práctica este *plan*?

–Demasiado –respondí, sintiendo cómo me abordaba un arrebato de ira y determinación. Croydon Frost me debía una vida diferente y no lo olvidaría pronto–. Demasiado desesperada.

El Sr. Morningside juntó sus dedos y me observó por detrás de ellos, esbozando una sonrisa lánguida como un gato.

–Demasiado desesperada, ya veo... ¿Lo suficientemente desesperada como para hacer un pacto con el mismísimo Diablo?



Capítulo
Diez



*R*ecuerda, mi niña, mi padre alcohólico solía decirme, *todas las personas tiene sus límites. Desde la más pequeña hasta la más grande, todas tienen debilidades. Debes conocerlas, hija, pero también debes conocer las tuyas. Prepárate para impactar contra la pared con antelación.*

Seguro esta era mi pared, estar parada frente al Diablo, quien me ofrecía un pacto con él. Miré las aves detrás de él y noté que todas me observaban con sus pequeños ojos, fijos sobre mí. Se quedaron en silencio a la vez. Me sentía como un pájaro de mal agüero, como si incluso los animales no pudieran creer que realmente estuviera considerando aceptar.

Pero sí lo estaba. No sabía si lo tenía bajo control o no, pero al menos sentía algo además de arrepentimiento y soledad. Ahora tenía un propósito, uno que podía ver con claridad: conocería a este tal Croydon Frost y lo castigaría por lo que nos hizo a mi madre y a mí, lo castigaría por haberme hecho sufrir con un padre que realmente me lastimaba, pero más aún, lo castigaría por haberme maldecido con este cuerpo de Sustituta.

Y si podía robarle algo de sus riquezas y usarlas para escapar de todo este mundo extraño en el que me encontraba, entonces mucho mejor. Mejor aún, podría ayudar a que mis amigos escaparan de un empleo que los forzaba a cometer asesinatos.

Los ojos del Sr. Morningside brillaban, tan luminosos y tentadores como el fuego mismo en una noche fría. Aun así, no era tan imprudente como para perder el sentido de alerta o decencia. Junté las manos a mis espaldas y comencé a balancearme con mis talones, seleccionando las siguientes palabras con mucha cautela.

–¿Puedo saber los términos antes de aceptarlos? –pregunté.

–Claro –respondió enseguida–. Solo es un pedido modesto.

–Está bien, entonces; ¿qué es lo que quiere? –le dije asintiendo y respirando hondo.

Se sentó y tomó un decantador con brandy que tenía escondido bajo la montaña de papeles arrugados. Se sirvió un poco y lo bebió lentamente, llevando la cabeza hacia atrás sin dejar de mirarme por detrás de su delgada nariz.

–He estado luchando por tratar de sacar algo importante de este diario – dijo finalmente. En un instante, mi atención se centró en las páginas garabateadas que yacían frente a él–. Sí, ese mismo. Lo conseguí a un precio bastante elevado en una subasta. Cadwallader's de Londres, para ser más preciso. Lugar simpático; solo trabajan con objetos extraños de nuestro lugar.

–El Inframundo –musité.

–Y el Supramundo, todo menos cosas mundanas –me explicó, tomando otro sorbo de su bebida–. Ese día conseguí tres hermosas cabezas reducidas, pero mi interés principal estaba en este diario. Cadwallader también lo sabía; decía que un viejo conocido se lo había dado a cambio de prácticamente nada, era solo un pedazo de chatarra.

El Sr. Morningside bajó su copa de brandy y volteó el cobertor de cuero que tenía sobre su escritorio, cerrando de esta manera el diario. Enseguida, lo empujó hacia mí. Me acerqué y me incliné sobre este para tener una mejor vista. Sus páginas estaban amarillentas por el paso del tiempo y algunas de ellas albergaban manchas de humedad. Desde el lomo, colgaba una cinta de cuero que permitía atarlo y mantenerlo cerrado. En la cubierta no tenía nada escrito.

–Para ser honesta, en verdad parece un pedazo de chatarra. Luce

completamente ordinario para mí –le comenté.

–Excepto por que no tiene nada de ordinario –aclaró el Sr. Morningside, riendo entre dientes. Abrió la cubierta y lo giró hacia mí para que pudiera ver los garabatos con mayor claridad. Eran líneas enteras de imágenes diminutas. Pude discernir una que se parecía a un ave y otra más tambaleante, posiblemente una ola. También había imágenes más grandes. Una larga serpiente azul ocupaba la parte inferior de la página–. Pertenece a un joven muchacho en el que estoy muy interesado. Hay idiomas parecidos al que él utilizó, pero este diario está escrito completamente con su propia taquigrafía. Me ha sido imposible traducirlo, solo palabras sueltas aquí y allá.

Me reincorporé y sonreí al notar que la carta de Croydon Frost y el diario se encontraban uno junto al otro. Una traducción. Apenas sonaba como un pedido que se esperaba del Diablo.

–¿Y piensa que puedo leer este diario solo porque traduje la carta de mi padre?

–Precisamente –me respondió el Sr. Morningside, entusiasmado–. Si mis plegarias fueran escuchadas, tú serías la respuesta.

–¿Qué hace a este diario tan especial? –pregunté. Si me diría las condiciones de este pacto, quería saber todo.

–Eso no es de tu incumbencia –me aseguró–. Es un trabajo importante y seguramente te tome mucho tiempo. Me aseguraré de que la Sra. Haylam sepa que tendrás menos tiempo para tus labores diarias. Organizaré un espacio para que puedas trabajar tranquila, por ahora me gustaría que consideraras esto como nuestro pequeño secreto.

Mis oídos se pusieron alerta al escuchar eso. ¿Un secreto? Si el Sr. Morningside no quería que nadie supiera de la existencia del diario, entonces quizás, al tenerlo conmigo, estaría en ventaja. Quizás me haría estar por

delante de él. O, tal vez, me pondría en peligro. Ambas opciones eran igual de factibles. Volví a mirar el diario, resistiendo mi tendencia natural a caer en la curiosidad.

–¿Me meterá en problemas? –pregunté.

–Es mi diario, no el tuyo, Louisa. Si alguien pregunta por él, puedes buscarme y yo me encargaré del resto –se puso de pie y se acomodó el pañuelo una vez más, colocando las puntas de los dedos con cuidado sobre el escritorio–. Demuéstrame que has traducido por completo, digamos, la primera entrada, entonces ahí organizaré la visita de tu padre. Cualquier cosa que elijas hacer con él está bien para mí. Tú escoge el día que quieres que venga y el día que quieres que se vaya, eso es todo.

Se veía todo tan simple. Tan desconcertantemente simple.

–Es que... –dije en un suspiro y presioné mis labios–. Es que algunas veces no puedo hacer que mis poderes funcionen a menos que esté enojada.

No había terminado de hablar que ya se estaba estirando para tomar una pluma y uno de los tantos pergaminos que yacían sobre su escritorio. Mojó la pluma en la tinta y escribió con letras grandes y elegantes la palabra contrato.

–¿Ah, sí? –preguntó, sin mostrar interés alguno. Por solo un instante, levantó la vista y, si no fuera lo suficientemente lista, creería que estaba increíblemente feliz. Aliviado–. En ese caso, sugiero que encuentres una solución al problema. Quieres ser una niña con dinero, ¿no es así, Louisa? Quieres tener tu venganza...

–Eso no es lo único que quiero –se quedó quieto y sus ojos brillaron nuevamente, demostrando interés.

–¿Ah?

–Mis planes, ¿no recuerda? Quiero que Chijioke y Poppy sean libres. Y Mary también, si alguna vez regresa. Sé que tienen algún tipo de acuerdo con

usted y la Sra. Haylam. Me gustaría que Lee también viniera con nosotros. Debe haber alguna forma de liberarlo de la mansión.

El Sr. Morningside movió la cabeza hacia un lado y luego cerró los ojos.

–Déjame pensar... Ah sí, Chijioke y Poppy firmaron un contrato por trescientos años para trabajar con nosotros. Están obligados a servirle al libro negro mientras este se encuentre en la mansión. Todavía no han pasado trescientos años, Louisa. Estás pidiéndome que me deshaga de todo mi personal.

–¿Y? Reemplácelos. Estoy segura de que puede encontrar alguna otra Hada Oscura para hacerle su oferta, ¿no es así? –soltó una risa burlona al escuchar eso.

–En realidad, los de tu tipo *no* son fáciles de reemplazar. Pero ya veo tu problema. Una simple carta a tu padre no es un gran premio, supongo. Y debo admitir que admiro tu tenacidad. Regateando con el Diablo. Esto no se ve todos los días –con una sonrisa burlona, colocó la pluma sobre el papel.

»La Sra. Haylam es fanática del orden, todo esto la pondrá muy mal. ¿Sabes cómo se trabaja en este lugar, Louisa? ¿Cómo trabajamos nosotros? Es un pequeño ecosistema en equilibrio. Mis trabajadores y yo recolectamos las almas de los malvados; el pastor se encarga de cuidar las almas de los buenos y, ocasionalmente, de los que no son necesariamente tan malvados. Estos contratos permiten que toda la maquinaria funcione con suavidad... Me estás pidiendo que acabe con un sistema que está cuidadosamente balanceado.

Tragué saliva, consciente de que rechazaría mi pedido

–Pero pensándolo bien, me parece un trato justo. Después de todo, sin la traducción, estaría aún más bajo el escrutinio de mis pares, y eso es algo que no deseo en lo absoluto –miró alrededor de la oficina, reposando sus ojos sobre una de las aves más cercanas–. No, eso definitivamente no es una

opción.

Esperé en silencio mientras él redactaba el contrato. No era para nada largo o complicado y lo leí varias veces; mientras tanto, él esperaba paciente, dándome la espalda y jugando con sus aves. Una de ellas se subió a su brazo y él acarició su cuello lleno de plumas.

Yo, Louisa Rose Ditton, por medio del presente, acuerdo celebrar el presente contrato de por vida con H. I. Morningside, a cumplir dentro de un plazo razonable acordado de buena fe por ambas partes, mediante el cual me comprometo a realizar las siguientes actividades, a saber:

Una traducción completa por escrito del diario acordado.

Un informe testificando su precisión.

Mantener el secreto en relación a su contenido a menos que H. I. Morningside estipule lo contrario.

La segunda parte, H. I. Morningside, se compromete a traer, en la medida de lo posible, por la fuerza o mediante cualquier otro método, al Sr. Croydon Frost a la Coldthistle House por un período de tiempo que yo considere apropiado. Su alojamiento, comida y acceso al mobiliario será provisto gratuitamente por la Coldthistle House. La eliminación de cualquier cadáver o elementos de índole similar será llevada a cabo por H. I. Morningside o sus socios. La traducción completa del texto provisto también anulará los contratos de Chijioke Olatunji, Poppy Berridge, Mary Caywood y Rawleigh Brimble, con su debido consentimiento.

El incumplimiento de realizar la traducción del diario

resultará en su inmediata consumación.

En prueba de conformidad, ambas partes se comprometen a cumplir con las estipulaciones del presente contrato bajo legislación mundana y de otro tipo, a los 29 días del mes de mayo del año 1810.

Tomé la pluma entre mis dedos y leí el contrato una vez más, buscando el indicio de alguna trampa que estuviera usando para engañarme. La parte sobre la rescisión sí parecía un poco preocupante, por lo que coloqué el contrato sobre su escritorio y señalé esa parte, esperando a que volteara y lo viera. Pero no lo hizo.

–*Consumación* –le dije–. ¿Se refiere a que me dejará ir de la mansión si no termino la traducción?

Finalmente, volteó, todavía jugueteando con el ave que tenía sobre su brazo. Era un cuervo común y corriente, pero sus ojos emanaban cierta inteligencia poco natural. El Sr. Morningside no me prestó mucha atención y solo miraba ocasionalmente en mi dirección.

–Esa es tu interpretación. Simplemente dice “consumación”, sin especificar, ¿no es así?

–Ah, ¿entonces quiere decir que me sentenciará a una muerte segura por un simple diario? –empujé el contrato hacia él–. No, gracias.

El Sr. Morningside puso los ojos en blanco, llevando al cuervo de regreso a su pedestal. Este soltó un pequeño graznido y comenzó a limpiarse las plumas.

–Siempre tan dramática.

–¿Qué otro sentido puede tener? –lo increpé–. Quiero que esa línea sea más clara, o no firmaré.

–Está bien.

Mientras lo miraba, las palabras que explicaba la pena que recibiría por no cumplir con mi parte del contrato se desvanecieron y reacomodaron en la frase: *El incumplimiento de realizar la traducción del diario conllevará en una baja del salario y la incautación del broche provisto por H. I. Morningside.*

El broche. Me llevé la mano hacia el lugar en donde lo tenía sujetado a mi delantal. Ese pequeño objeto era lo único que me garantizaba mi libertad. Sería horrible perderlo, pero al menos parecía un castigo bastante justo y claro.

–Está bien –dije, respirando hondo. Al colocar la pluma sobre el papel me sentí un poco mareada y temblorosa. Mis nervios quedaron plasmados en la calidad de mi firma. Pero ya estaba firmado. Lo había hecho. Solté la respiración y me paré, mirando fijo al Sr. Morningside. Asintió levemente con su cabeza y tomó el contrato, agregando su elegante firma junto a la mía.

Con un chasquido de sus dedos, fijó las firmas para que no se borrarán con el tiempo, y dobló el contrato, sobre el cual colocó un sello de cera que tomó del desorden que tenía sobre su escritorio. Colocó la cera negra sobre una vela y la meció de un lado a otro. Mientras tanto, observaba atónita cómo se derretía lentamente, hasta que comencé a sentir un vacío en mi estómago. ¿Acaso acababa de hacer un pacto con el Diabolo? ¿Me había vuelto completamente loca?

–Ahora, con esto ya finalizado, creo que podemos empezar a trabajar, ¿no lo crees? Veamos... ¿Qué te parece si lo terminas en una semana? Me parece tiempo suficiente.

Y ahí estaba la trampa que tendría que haber visto venir. *Niña estúpida.*

–¡Una semana! ¡Eso no es para nada razonable! Tiene que entender que soy muy nueva con todo esto...

–Y también totalmente capaz. ¡Ten un poco de confianza, querida! ¡Un poco de orgullo! La Corte se reunirá en cualquier momento y es algo urgente, Louisa. Es una tarea que no le asignaría a cualquiera. Una semana será suficiente si le pones dedicación.

–¿La Corte? –pregunté—. ¿Esto tiene algo que ver con su juicio?

Sonrió y, mostrando sus dientes, colocó la cera derretida sobre los dobleces del contrato, donde luego presionó con su anillo para dejar su marca.

–Quizás. ¿Acaso te hace cambiar de parecer? Aunque no es algo que sea importante ahora, claro; ya *firmaste*.

–*Ya sé que lo hice* –cerré mis ojos y me cubrí el rostro con ambas manos. Dios, quería estrangularlo. Una semana. Si podía encontrar la manera de utilizar mi poder de Sustituta de forma más constante, entonces quizás sí sería tiempo suficiente. Pero si no...—. Haré lo que pueda.

–Eso es todo lo que te pido, Louisa –el Sr. Morningside tomó el diario y lo empujó hacia mí sobre el escritorio, esbozando una radiante sonrisa acompañada de un gesto de su cabeza en dirección a la puerta—. Ahora, veamos si podemos encontrar algún escondite acogedor para ti y este librito lleno de secretos.



Capítulo
Once





mi idea de un lugar acogedor obviamente difería de la del Sr. Morningside.

Me llevó hacia la antecámara circular fuera de su oficina y luego hacia la derecha. Nunca antes había mirado hacia esa parte, ya que para mí solo era una pared vacía, producto de la espiral de la escalera. Para cualquier otra persona despistada que pasara por aquí, lucía completamente normal, hasta que uno notaba la cortina que allí colgaba. Era de un color rojo oscuro y con la parte inferior decorada con un tramado plateado en forma de llaves y cerraduras.

El Sr. Morningside caminó hacia la cortina con el diario de cuero bajo su brazo y corrió la tela carmesí, revelando de esta forma un corredor interminable. Era imposible. Parecía seguir hasta la eternidad, con muchas puertas pesadas de metal a cada lado.

Parecía, francamente, una hilera de celdas.

–Pero ¿cómo...? –musité, vacilando frente a la cortina. No se veía mucho, dado que el único haz de luz que bañaba el corredor provenía de la antecámara en donde estábamos parados.

–Solo una pequeña parte de mis artefactos y posesiones caben arriba en la mansión –me explicó el Sr. Morningside, haciendo un ademán para que avanzara–. Un hombre con mis gustos e intereses requiere un gran lugar de almacenamiento.

Con cuidado, di algunos pasos hacia el corredor oscuro y, al igual que la primera vez que visité la oficina del Sr. Morningside, los candelabros a cada lado se comenzaron a encender. Un fuego azul pálido comenzaba arder a nuestro alrededor a medida que nos adentrábamos más y más en el pasillo, lo

cual me hacía saltar del susto con cada destello. Pasamos varias puertas y comencé a contarlas por mera curiosidad.

–Aquí está bien –dijo, finalmente.

Nos detuvimos frente a la sexta puerta, pero claramente había muchas más por delante, que se perdían en la oscuridad que el resplandor azul de las velas no podía abarcar. El Sr. Morningside simplemente tocó la puerta con su palma y un mecanismo abrió la cerradura. Las bisagras chillaron al jalar de la manilla y nos vimos envueltos en una ráfaga de aire frío, lleno de encierro.

–Como regla, yo solo tengo permitido ingresar aquí –me advirtió el Sr. Morningside, sosteniendo la puerta para darme paso–. Pero ese broche te permite hacer muchas más cosas que solo salir de la propiedad.

–Entonces, ¿podría haber venido aquí cuando quisiera? –pregunté.

–Claro. Si hubieras sabido de su existencia –me aclaró–. Pero no habría dejado que lo supieras, Louisa. Como sabes, hay peligros acechando a la mansión y no puedo asegurarte que merodear por cada rincón y grieta sea bueno para tu salud.

Enseguida pensé en la habitación de arriba y en el libro negro que yacía allí, protegido por los sombríos Residentes. Comencé a sentir un hormigueo en mis dedos al recordar eso. Era una sensación de calor justo en donde había tocado el libro, algo que debería haberme matado, pero que solo dejó una marca permanente. Eso realmente había sido suerte y, si bien nunca perdería mi curiosidad, era mejor tratarla con cuidado. Por lo tanto, di un pequeño paso hacia el cuarto, permitiéndole al Sr. Morningside cerrar la puerta detrás de nosotros para adentrarnos en la habitación oscura.

Al hacerlo, desapareció en la densa oscuridad, hasta que oí un chasquido y una chimenea se encendió a mi izquierda con un fuego zafiro en su interior. El frío del aire desapareció lentamente y, a medida que el Sr. Morningside se

acercaba hacia mí, los candelabros en las paredes también se encendían. La luz creciente reveló un estudio enorme y mucho más ordenado que la biblioteca de arriba, con estantes que ocupaban paredes enteras repletos de antigüedades. Me moví con cuidado bordeando una de las paredes hacia la chimenea, topándome con urnas, dagas, flores secas, un tarro con dientes y una pequeña calavera. Incluso había también instrumentos musicales que no conocía, uno que parecía una flauta pero con forma curva, y velas de todos los colores, apagadas y con marcas de runas y hechizos. Recostado sobre uno de los armarios había un retrato sin terminar de cuatro figuras. Las paredes detrás de los estantes lucían como las de una cueva, como si esta maravilla subterránea hubiera sido cavada hacía cientos de años. Una colección encantadora de alfombras muy distintas entre sí cubría el suelo de tierra, lo cual no impedía que en todo el lugar abundara el aroma a lodo.

El Sr. Morningside me esperó junto a un escritorio que se encontraba junto a la chimenea. Por detrás había una silla enorme que lucía bastante cómoda, la cual movió hacia mí. Colocó el diario sobre el escritorio y se cruzó de brazos, dando pequeños golpes con su pie, impaciente.

–Supongo que me dirá que no toque nada –le dije, tomando asiento en la silla.

–Oh, no, Louisa, todo lo contrario, por favor, busca entre mis pertenencias personales –dijo, bufando–. Hurga bajo tu propio riesgo, pero recuerda que cada segundo cuenta. ¿No te gustaría liberar a tus amigos antes?

Soltó el diario de cuero sobre el escritorio y se alejó, cruzando rápidamente en dirección a la puerta.

–Le diré a la Sra. Haylam que te deje algo de comida en la puerta si no te ve por mucho tiempo. Tienes papel y plumas nuevas en el escritorio, pero no dudes en pedirme más si necesitas...

–Espere –lo interrumpí, girando sobre la silla. El Sr. Morningside se detuvo frente a la puerta y volteó hacia mí; tenía un mechón de cabello cayendo frente a sus ojos de gato–. Este lugar... el diario. ¿Por qué me confía estas cosas? Poppy y Chijioke podrían ayudarlo. O incluso la Sra. Haylam. ¿Por qué yo?

Rio suavemente y movió la cabeza de lado a lado, quitándose el cabello que colgaba frente a sus ojos.

–Poppy y Chijioke no son Sustitutos. La Sra. Haylam tiene la vista de un ratón. Y encima, un ratón tuerto. Tú eres la única adecuada para esta tarea y verás que me fascina la efectividad.

No era suficiente y, quizás, él también lo sintió así, porque no se fue de inmediato.

–¿Usted realmente no puede hacer esto? –le pregunté, apuntándole el diario–. No parece estar bien; después de todo, usted es...

–*Yo* soy muchas cosas, pero efectivamente no soy la herramienta correcta para este trabajo –me interrumpió, y su impaciencia había regresado. El Sr. Morningside estaba haciendo una mueca con su boca, pero no era de placer, por lo que dejó su mirada fija en mí como un dedo acusador. De pronto, sentí el frío en mi interior nuevamente, convirtiendo la sangre en hielo de la misma forma que lo había hecho con la presencia de Pinzón y Sparrow.

»Además, necesito que parezca que todo en la mansión fluye con normalidad. Hay ojos nuevos que nos están observando ahora. Tú eres especial, quieras aceptarlo o no –agregó, con un dejo a desesperación en la voz–. Las Hadas Oscuras son especiales. No se lo pedí a los otros porque no son Sustitutos. Quizás sea para mejor que puedas conocer a tu padre algún día. Quizás cuando lo conozcas comprendas por qué quedan tan pocos de ustedes y por qué tus dones son tan únicos.





Capítulo
Doce



Era imposible trabajar con la cabeza divagando en mil direcciones distintas. Una parte de mí quería perseguir al Sr. Morningside y demandarle más respuestas, pero la otra me recordaba que ya había hecho una promesa y que debía cumplirla para poder obtener esas respuestas. También, si el destino lo permitía, me daría una manera de proteger y liberar a las personas que había llegado a considerar mis amigos.

De hecho, si mi padre es también un descendiente de las Hadas Oscuras, entonces sabrá más de los de nuestro tipo que el Sr. Morningside. La idea me motivaba y estimulaba mi voluntad frente a algo que sabía sería un arduo trabajo. Usar magia lo dejaba a uno exhausto, y ahora tendría que combatir el cansancio para traducir este extraño diario. Tal como lo dijo, había grandes cantidades de papel y tinta para usar en una gaveta en el escritorio, pero primero tendría que aprender a conjurar mis poderes de una forma más consciente. *Una parte*, me dije a mí misma, *solo traduce una parte y el Sr. Morningside tendrá que cumplir su parte del trato.*

Tomé el diario y lo abrí en la primera página. ¿Esperaba encontrarme con algo distinto? Obviamente, no tenía introducción. No había nada en inglés. Los dibujos de las pequeñas serpientes, líneas ondeantes y aves llamaron mi atención por un momento. ¿Qué debía sentirse pensar de esta forma? ¿Escribir con dibujos y no con palabras? Aunque, pensándolo bien, quizás para el autor estas *eran* palabras. Incluso, parecía más fluido, más emotivo, a comparación de lo que estaba acostumbrada a leer. Los párrafos con los dibujos pequeños estaban seguidos de otros bocetos más grandes, los cuales podía descifrar sin problemas, sin la necesidad de usar mis poderes de Sustituta. El Sr. Morningside debió haberlos visto también; quizás eso fue lo

que lo convenció de que este diario era una reliquia de interés.

Pero todo el tiempo que observé detenidamente las serpientes y los ríos, permanecieron con esa misma forma. Mi concentración desvariaba. Era una habitación peligrosa, llena de distracciones. Concentración. Determinación. Tenía trabajo que hacer. Pero ¿cómo?

Aparentemente, la llave para desbloquear mis poderes siempre que los necesitaba estaba al alcance de mi mano. Mi mente comenzó a deambular y, al hacerlo, la ira se apoderó de mí rápidamente. Mientras mis ojos vagaban entre las rarezas y tesoros acumulados quién sabía desde hacía cuánto tiempo, mi pulso comenzó a acelerarse ante la idea de tener un lugar así para mí sola. Y quizás lo tendría. Podría haber hecho muchas cosas grandiosas si hubiera tenido la infancia y crianza que Croydon Frost me debía.

Bueno, pero sí había algo que podía agradecerle a mi padre de sangre: era una fuente interminable de ira y la usaría hasta el final, hasta que estuviera parado frente a mí, listo para revelarme todo lo que sabía.

Pero hasta entonces: el diario.



Año uno



Diario de Benmu, quien corre

Antes, ninguno de estos libros existía ni eran necesarios. Creo que era un niño feliz en ese entonces, hasta que ya nada fue igual.

Meryt y Chryseis me convocaron en el lugar de siempre, y sabía que era una ocasión especial, dada la hora. Por lo

general, nuestras oraciones eran a la medianoche, pero esta vez el pequeño ratón espinoso se había escabullido por la hendidura en mi puerta con una nota atada a un collar de abalorio en su cuello, apenas pasado el amanecer.

Me necesitaban. Había llegado la hora.

Nos encontramos en el lugar de creación del libro. Había emergido del agua, húmedo pero sin daños aparentes, para reposar allí como una roca bajo el calor del sol. Apareció el día en que la luna se antepuso al sol, durante los últimos días de Akhet, cuando el río desbordaba con su creciente. No teníamos palabras para describir su naturaleza al principio, sus páginas no eran papiros ordinarios, sino algo más suave, y el idioma que albergaba en su interior era un completo misterio. Meryt propuso que lo llamáramos “Hechizos” o “Libro”, a lo cual estuvimos de acuerdo. Si fue enviado por uno de los dioses, entonces seguramente estaba repleto de hechizos para que aprendamos algún día.

Mis pies conocían el camino hacia ese lugar junto al agua, por lo que me dejé llevar en silencio y descalzo sobre la fría arena y la ribera herbosa. Una serpiente con rayas reptaba a mi lado, a la cual se le sumó otra, pero no les presté atención. Si bien el aire albergaba cierta sensación de frío antes de que Apep la hiciera desaparecer, me sentía acalorado por el miedo, haciéndome sudar desde los brazos hasta los dedos.

Algunas palmeras de dátiles cubrían el punto de encuentro, en donde plantas de helechos crecían frente a una choza de rocas no más alta que una persona. Las serpientes siguieron

mis pasos a medida que caminaba sobre el terreno enlodado, donde la tierra húmeda succionaba mis pies con cada paso que daba hacia el refugio. Las dos mujeres me estaban esperando arrodilladas, con la cabeza baja en dirección al libro, el cual todavía lucía brillante y húmedo, a pesar de haberlo sacado del río hacía ya varias semanas. Cuando lo tocamos, se sentía cálido como cuero de ternero.

Estaban meditando y lo han estado haciendo casi constantemente desde que encontraron el libro.

Esperé, impaciente, sin quitar la vista de la cosa extraña entre ellas, con su portada reluciente, labrada con lo que parecían ser ocho óvalos. Quizás, ojos.

De pronto, ambas comenzaron a convulsionar. Los temblores eran terribles y les hacía contorsionar su cuerpo en todas direcciones, como si de pronto sus huesos hubieran desaparecido y dejado de ser humanos de carne y sangre para convertirse en un saco de piel vacío. De repente, una espuma densa y violeta comenzó a brotar de sus bocas, deslizándose por su rostro hasta caer sobre sus atuendos blancos. Meryt se comenzó a balancear de atrás hacia adelante, sacudiendo los brazos de un lado a otro y llevando el rostro tan abajo que su frente apenas rozaba el libro. Estaba embrujado, pensé. Una cosa maldita traída desde el río para engañarnos.

Me acerqué a Meryt a toda prisa para tomarla con fuerza por sus hombros café.

—¡Regresa! —grité, sacudiéndola, pero el hechizo la había hecho más fuerte, lo cual hizo que me aventara contra la

pared, aturdido.

Con la misma rapidez con la que comenzaron, terminaron. Chryseis fue la primera en abrir los ojos, parpadeando repetidamente como si acabara de despertar de una larga y profunda siesta. Se limpió la espuma que tenía en su barbilla y la analizó detenidamente moviendo la mano de un lado a otro, pero no se vio impactada en lo más mínimo.

–Me asustaron –agregué, poniéndome de pie.

Era asombroso. Volvía a ser ella, con ese color saludable sobre las mejillas. Tenía incluso su cabello castaño claro trenzado a los lados de su rostro, lo cual la hacía parecer más como una diosa.

–¿La viste? –le preguntó Chryseis a Meryt, quien también acababa de despertar y no convulsionaba más.

–Sí –musitó, con los ojos bien abiertos, maravillada–. Era hermosa.

–Increíblemente hermosa –agregó Chryseis–. Imposible de describir...

–Pero ¿qué vieron? –les pregunté–. ¿Se encuentran bien?

–No hay tiempo –sentenció Meryt, levantándose. Me tomó de la mano y nos encaminamos hacia un rincón, en donde yacía su bolsa personal junto a un brasero. Aún tenía restos de la espuma violeta sobre su barbilla, pero no parecía importarle, por lo que vació la bolsa y regresó al medio de la habitación, en donde tomó el extraño libro para guardarlo allí.

–¿Qué haces? –le pregunté–. ¡No debemos moverlo!

—No está a salvo aquí —me explicó Meryt con mucha seguridad. Chryseis se nos unió y nos ayudó a cerrar el morral y a levantarlo sobre mi cabeza. Era increíblemente pesado, lo cual me hizo hundir por su peso sobrenatural.

—Debemos llevarlo lejos —agregó Chryseis—. La voz dice que debes marcharte, Bennu, debes llevar el libro hacia el norte y procura que nadie te vea. No hay tiempo que perder; debe reunirse con su esposo.

—¿Quién? ¿Quién les dijo esas cosas? —comencé a sentir algunas lágrimas salir de mis ojos. ¡Pasó todo demasiado rápido, no era justo! ¿Por qué debía abandonar a mi familia? ¿Por qué me había elegido para hacer esto? ¿Y quién lo había hecho?

—Ella se presentó ante nosotras, una mujer hermosa vestida solo en púrpura —Chryseis explicó, volteándome hacia la puerta—. Y en ese momento, me sentí completa. Perfecta. Como si todo a mi alrededor estuviera hecho solo de amor puro.

—Las serpientes, aves, arañas, el gato, el perro —agregó Meryt—, ella es la madre de todos ellos.

—Desearía haberla visto —respondí, asombrado, mientras me quejaba por tener que abandonar la choza. Mis hombros comenzaban a doler a causa del cruel peso del libro—. Yo también he protegido siempre a las criaturas de aquí y adorado a aquellos que las hicieron. ¿Por qué solo se presentó ante ustedes?

Meryt me guio hacia la oscuridad de afuera, empujándome

con firmeza por la espalda.

—Tu tarea es la más importante de todas, Bennu. Hay otras fuerzas que quieren ver nuestra orden destruida, demonios oscuros con alas. Tienes que llevarla al norte, ahora, antes de que la encuentren.

—Pero ¿cómo sabré el camino? —le pregunté, con los pies ya sobre la fría arena—. Solo he llegado hasta Tanis y he visto los barcos con sus velas ondeantes en el mar, pero nunca he subido a uno.

—Tendrás ayuda —me comentó Chryseis. Sus ojos brillaban con cierta aura de urgencia—. Cuando la luna llena se adueñe del cielo, tendrás ayuda. Nuestra señora te enviará un guía, bajo la luz blanquecina de la luna; nos prometió que así sería.

—¡Ve! —gritó Meryt, con voz ronca, empujándome nuevamente. En la oscuridad, la mancha violeta en su barbilla se veía como sangre.

—¡Ve! —secundó Chryseis.

Lo siguieron repitiendo a medida que me alejaba de la choza, cargando con el pesado libro sobre mis hombros. Solté algunos quejidos de dolor y casi caigo al río, sintiendo que la conmoción y el miedo se apoderaban de mis pies. Afuera de la choza había tantas serpientes y arañas que resultaba casi imposible encontrar un lugar seguro para pisar. Mi estómago estaba revuelto. Todo el terreno parecía una sábana de colas negras y patas. Ninguna de ellas se movió o intentó morderme, parecían embelesadas o encantadas en sumisión. Finalmente, cuando comencé a abrirme paso entre los helechos

que rodeaban la choza, cada una de ellas comenzó a reptar lentamente para observarme ir.



Capítulo
Trece



Un atardecer de un púrpura vivo oscurecía el horizonte cuando finalmente salí del sótano. El Sr. Morningside no estaba en su oficina, por lo que solo me quedé parada allí lista para mostrarle los primeros frutos de mi labor. No significaba que estuviera dispuesta a entregar esa primera parte con tanto entusiasmo; es que solo tenía una sensación de ansiedad abarrotada en mi estómago, una molestia general que no podía comprender.

Era tentador clasificar lo que había leído en el diario como puro sinsentido, pero también había creído que el libro del Sr. Morningside era una tontería hasta que comprendí que todo lo que decía allí era verdad. Si ese libro fantástico tenía algo de verdad, entonces quizás este diario también. De todas formas, la única conexión que había encontrado entre mi amo y este diario era la mención de ese libro extraño; el tomo que yacía en el ático de Coldthistle estaba lleno de garabatos ilegibles y también quemaba al tacto. El Sr. Morningside incluso afirmaba que todo aquel que no pertenecía al Inframundo moriría con solo tocarlo. Quizás había otros similares, ya que el nuestro estaba decorado con un solo ojo.

Cansada, me vi forzada a dirigirme hacia la puerta de la cocina, en donde encontré tranquilidad bajo los últimos rayos de luz del atardecer. Cerré los ojos y disfruté del calor del sol luego de haber pasado tanto tiempo en ese depósito subterráneo. El jardín estaba lleno de gente; el Sr. Mason Breen y su prometida jugaban sin mucho entusiasmo una partida de bolos césped contra Sparrow y Pinzón a pocos metros de la tienda; Chijioke, por su lado, estaba sentado no muy lejos de la puerta de la cocina, tallando un trozo de madera sobre sus rodillas.

Enrollé mi traducción y la coloqué por debajo de uno de mis brazos para salir a caminar bajo el crepúsculo del atardecer y acercarme a Chijioke. Con cada corte furioso que le hacía a la pequeña madera, volaban esquirlas en todas direcciones, todo sin quitar sus ojos avellana de Sparrow y Pinzón. Ella se había cambiado la ropa a algo más apropiado para jugar a los dardos de césped, un vestido ligero y casual color marfil que la hacía lucir adecuadamente angelical. Estaba claro que ella y su hermano iban ganando, pero a juzgar por las risas de Amelia, perder no era algo que les preocupara. Solo tenían ojos para ellos, Mason y Amelia prácticamente ignoraban a los mellizos y, por lo visto, su puntería.

–¿Tienes idea de dónde puede estar el Sr. Morningside? –le pregunté, mirando cómo una de las esquirlas caía sobre mis botas.

–Apostaría que en su lugar habitual –dijo, refunfuñando. Observé cómo el cuchillo entraba y salía de la madera, formando lo que parecía ser una aleta. Lentamente, comprendí que estaba comenzando a lucir como un pez.

–No está allí, ya miré. ¿Cómo puedes tallar tan rápido sin mirar?

–No lo sé, muchacha, simplemente me ayuda a relajarme –incrustó el cuchillo otras dos veces, agregándole algunas escamas delicadas. Finalmente, apartó la vista del juego de bolos, pero no para mirar su trabajo, sino para mirarme a mí, y fue entonces cuando comprendí que había estado observando su labor con demasiada rudeza. Ni bien me miró, cambió la vista rápidamente y lo oí suspirar.

–Es para Mary. Para cuando regrese. Solía decir que los peces son de buena suerte; siempre llevaba consigo un dije con forma de pez en su bolsillo.

–Es muy lindo –le comenté–. Ustedes dos... o sea, ¿había alguna especie de entendimiento entre ustedes dos?

Fue la primera vez en la que el cuchillo no cortó la madera, sino que siguió

de largo y apenas rozó su pulgar.

–¿Entendimiento? No... Bueno, quizás. Alguna palabra aquí y allá, pero nunca las correctas. Ese fue mi error –se aclaró la garganta–. Habría sido lindo tener eso. Entendimiento.

La ausencia de Mary me hacía sentir miserable, a pesar de haberla conocido por poco tiempo. Chijioke y los demás, en cambio, debían haber estado sufriendo terriblemente. Un contrato de trescientos años. ¿Hacía cuánto tiempo que estaban aquí? Era demasiado egoísta de mi parte no pensar en eso y cegarme por otra obsesión tan rápidamente. Aquí estaba él, tallándole un adorable obsequio, mientras yo no hacía más que planear mi venganza contra mi padre adinerado que nunca antes había conocido.

–No te culpo, lo sabes –me aclaró, mientras seguía tallando con la vista sobre Pinzón y Sparrow otra vez–. Ella tomó su elección también. Alguien estaba herido y ella quería arreglarlo, y nada ni nadie la habría hecho cambiar de parecer. Simplemente esa es su forma de ser. Era.

–*Es* –traté de sonar decidida. Nos quedamos en silencio por un momento, pero aún no estaba lista para ir en busca del Sr. Morningside. Esto también era importante. Mary, Chijioke... Ellos se habían convertido en mis amigos, les debía mucho más que simple consideración pasajera. Esperaba poder cambiar la idea que tenían de mí bastante pronto–. Hice todo lo posible para traerla de regreso.

Mi voz vaciló, no porque dudara de lo que decía, sino por la vergüenza de haber fallado.

–Seguí las instrucciones del Sr. Morningside al pie de la letra. Era el mismo manantial, la misma persona de los acertijos, el mismo deseo... No sé qué pudo haber salido mal, Chijioke, lo siento.

Levantó los hombros y dejó de tallar la madera. Luego, oí otro suspiro,

esta vez más triste que el anterior.

–Te creo, jovencita. Las de su especie son bastante antiguas y muy poco conocidas. Alguien puede que la haya necesitado más que tú esta vez. ¿Quién dice? Tal vez Mary regrese cuando esté lista, ¿no lo crees? Lo único que puedo hacer ahora es esperar a que estos bastardos del Supramundo se vayan para ese entonces.

–¿Por qué los odias tanto? –le pregunté, acercándome a su lado y arrodillándome sobre el césped frío en donde no caían las esquirlas de la madera. El sol lanzaba sus últimos destellos de luz a medida que se escondía en el horizonte, por lo que nuevamente me cubrí los ojos para observar cómo Sparrow hacía un tiro perfecto.

Chijioke musitó algo oscuro e incomprensible antes de escupir sobre los restos de madera que tenía a su derecha. Volvió a mirar a las criaturas del Supramundo y retomó su tallado a ciegas.

–Los Adjudicadores son criaturas peligrosas y extrañas, al igual que nosotros, pero con la diferencia de que ellos y sus seguidores apestan a arrogancia. ¿Nosotros somos los malos? Todo es basura. La justicia es justicia, ya sea que ellos la ejecuten o nosotros. Tomamos las almas y ellos también, solo que nuestro método es un poco diferente.

Seguí su mirada llena de ira hacia los mellizos y pensé que, si bien su presencia me hacía sentir escalofríos en mi interior, era difícil imaginarlos como asesinos. No era justo, claro; había aprendido a dejar de juzgar a las personas solo por sus apariencias. Sparrow se quedó parada detrás de su hermano, poniendo los ojos en blanco al notar que Amelia había perdido otro tiro fácil.

–¿También tienen una mansión como Coldthistle? –pregunté–. Creí que los ángeles y los de su tipo estarían en el Cielo, o algo así.

Soltó una pequeña risa y giró la cabeza, mirándome de reojo.

–Olvidé que todavía te queda tanto por aprender, jovencita.

–Lo intento –respondí, claramente frustrada–. En verdad no ayuda para nada que me hayan criado con la Biblia e historias que no encajan con nada de lo que he visto.

–Bueno, parece que *sí* estás con desventaja –contestó Chijioke. Con el trozo de madera a medio terminar señaló a Amelia, quien obviamente estaba vestida de rojo, y a su futuro esposo–. ¿Qué ves cuando los miras a ellos?

–¿Debo contestar? –soltó una risa nuevamente, o más bien, un resoplido, y asintió.

–Dame el gusto, jovencita.

–Está bien –puse los ojos en blanco y luego posé mi mirada sobre Amelia y Mason por un momento. Ambos estaban jugando muy mal a los bolos y, de los dos, Mason parecía ser quien tenía mejor puntería, aunque a veces hacía un mal tiro por culpa de Amelia, quien insistía en colgarse de sus brazos–. Veo a dos tontos que ignoran por completo que van perdiendo y que si llegaran a apostar algo, seguro lo perderían.

Pensativo, Chijioke se tocó la barbilla con el pez de madera y movió la cabeza de lado a lado.

–Está bien. Sí. Pero yo veo a dos personas que están tan perdidamente enamoradas que no les importa perder el juego o dinero. Veo verdadero amor.

–¡Oh, santo Dios! –levanté la vista hacia él y noté que su mirada estaba caída. Incomprensible–. ¿Has pasado siquiera un momento a solas con la Srta. Amelia Canny?

–No.

–Bueno, primero, no es algo que pueda recomendar. Segundo, ya me confesó que ha hecho algo horrible para ganar el amor de ese hombre –le

expliqué—. ¿Cómo crees que puede ser verdadero amor?

Su sonrisa se ensanchó y me guiñó el ojo, colocándome el pez sobre la frente.

—Están las cosas que los humanos ven y escriben, y las que realmente suceden. Nunca nadie dijo que debían ser lo mismo.

—Oh, ya veo lo que quieres decir —agregué. Aparentemente, Pinzón había notado que los estábamos mirando, por lo que abandonó el juego y se encaminó hacia nosotros a un paso relajado. Me puse de pie y pude sentir que Chijioke comenzó a actuar como un sabueso nervioso mientras se acercaba—. Entonces, ¿qué es la Biblia? ¿Un malentendido? ¿Un error del clero?

Chijioke se paró a toda prisa junto a mí, sin detener su trabajo sobre el pez de madera para Mary.

—Es lo mejor que pudieron hacer para describir lo que el resto no podía ni quería ver. Todos cometemos errores, Louisa, algunos simplemente son más grandes. Mucho más.

—No le clavarás el cuchillo, ¿no es así? —musité. Decir eso al menos lo hizo esbozar una pequeña sonrisa, pero solo por un momento, ya que enseguida volvió a fruncir el ceño nuevamente.

—Los Adjudicadores siempre son tres, Louisa, mantente alerta.

—¿Tres? —pregunté, desconcertada, mientras observaba cómo Pinzón disminuía la marcha conforme se acercaba a nosotros—. Sparrow podrá pensar que soy completamente estúpida, pero *sé* contar. ¿Dónde está el tercero?

—No tengo ni la más mínima idea —me respondió—. Por eso estoy nervioso.

—Entonces, ¿eso significa que lo acuchillarás?

—Quédate detrás de mí —agregó Chijioke, colocándose por delante—. Si intenta hacer algo, recibirá una paliza.

—Pero no parece buscar ningún tipo de problemas... —mover la cabeza en

señal de negación.

–Oh, sí, eso es porque nunca antes presenciaste un Ajusticiamiento.

–¿Un qué?

Chijioke no contestó. Sea lo que sea que Pinzón haya visto en nosotros o cerca, lo hizo cambiar de parecer. Se detuvo abruptamente, bajó la mirada y volteó hacia el campo de bolos. Finalmente, comprendí qué fue lo que vio cuando sentí su presencia a mi lado, lo cual también hizo aparecer mi incomodidad. El Sr. Morningside nos había encontrado y se alzaba imponente junto a mí.

Asintió con cortesía a Chijioke y esbozó una brillante y blanca sonrisa. El sol ya casi había desaparecido por completo detrás del horizonte y Amelia comenzó a quejarse mientras terminaban el juego justo a tiempo para darse un baño y prepararse para la cena. Vagamente, oí a Mason felicitar a Pinzón y Sparrow por haberles ganado, pero no pude escuchar nada de lo que ellos le respondían.

–Un juego de bolos césped entre amigos –alardeó el Sr. Morningside mientras se acomodaba su fino traje de seda. La luz tenue hacía ver su cabello negro con el brillo de las alas de un cuervo, mientras soltaba un fuerte y profundo suspiro por su nariz–. Una noche fresca. El esplendor de la naturaleza. El encanto desvanecido de la primavera... Qué vista tan satisfactoria.

Extendió sus manos hacia adelante. Pero no estaba mirando el horizonte o los árboles, ni siquiera el juego de bolos césped o mi rostro. Tragué saliva, sintiéndome arrinconada al aire libre. El Sr. Morningside había visto el trozo de papel que llevaba bajo mi brazo y toda su atención estaba centrada en él.



Capítulo
Catorce



El comedor estaba iluminado por el suave resplandor de las velas acompañado por la melodía de los cubiertos contra los platos y la vajilla de cristal subyacente a las voces. Habían pasado varios meses desde la última vez que serví una cena tan formal, por lo que tuve que esforzarme para seguir cada detalle del protocolo. Lee, la Sra. Haylam y yo nos encontrábamos cerca de la mesa de servicio, atentos al momento justo para salir a toda prisa con más vino o para levantar del suelo algún pañuelo.

El ritmo de la situación me irritaba. Por su parte, Lee tampoco parecía estar muy cómodo, puesto que no se quedaba quieto a mi lado. Mientras, observábamos cómo la Srta. Canny, su prometido y su padre, junto con un socio de negocios, tomaban una sopa blanca de lomo de cerdo rostizado con algunos dientes de ajo, la cual impregnaba la habitación de un aroma tan delicioso y tentador que hacía rugir mi estómago. Nuestra cena, por el contrario, consistía de una simple taza de estofado recalentado que por supuesto que nos llenaba, pero no estaba ni cerca del despliegue que había sobre la mesa.

Esa noche, Amelia llevaba unos broches deslumbrantes sobre el cabello, que hacían juego con su vestido escarlata. No podía dejar de mirarla y preguntarme qué se debería sentir tener tanta ropa para elegir para cada momento del día. Mason Breen y su padre, por su lado, estaban vestidos con tonos grises y castaños más sobrios, aunque el corte de sus trajes y la calidad de la tela daban indicios de su riqueza. El padre de Mason, el Sr. Barrow Breen, lucía como un marinero, con la piel bastante bronceada y curtida, y los nudillos levemente deformados. Era normal ver ese tipo de hombres en donde había crecido, lo cual me llevaba a pensar que podría pertenecer al grupo de

los nuevos ricos, tal vez una persona que había amasado su fortuna gracias a las exportaciones. Ambos guardaban rasgos muy similares entre sí, con su cabello dorado y ojos de un gris claro. Mason era bastante atractivo, con una complexión delgada y austera, y su padre simplemente se veía como una versión más envejecida y cansada de él.

Su socio de negocios, Samuel Potts, tenía una tez un poco más morena, también con algunas quemaduras de sol que hacían ver su piel más curtida, y una cabellera descuidada que poco a poco iba desapareciendo, en contraste con una barba monstruosa. Su traje, si bien era elegante, le quedaba extraño, como si fuera un oso con chaleco.

—En verdad encuentro a ese joven Sr. Pinzón muy simpático —comentaba Amelia, quien se las había arreglado para desviar el tema de conversación en la mesa, lo cual no pareció molestar a ninguno de los hombres. Todos la escucharon atentamente mientras bebían con la misma intención. Lentamente, las mejillas de Mason comenzaron a tomar un color más rojizo oscuro.

—Su hermana no es para nada... Bueno, verán, es un poco obstinada, ¿no lo creen? —el Sr. Potts refunfuñó mientras tomaba su vino, ondulándose el bigote.

—¿De dónde dijeron que venían? —preguntó Mason Breen, sirviéndose otro trozo de carne de cerdo.

—Londres —irrumpió la Sra. Haylam para nuestra sorpresa. La habitación se quedó en silencio tras haberse escuchado esa única palabra. Esbozó una pequeña sonrisa falsa y tierna—. Es como una especie de Calcuta. Pero me temo que no tanto.

Amelia se recuperó del susto que le había provocado la interrupción de la Sra. Haylam y soltó una risita.

–Ahora bien, es una pena. Es excelente hacer nuevos amigos, incluso pueden asistir a la boda...

–No, eso está fuera de discusión –la interrumpió el Sr. Barrow Breen–. ¿Cómo puedes considerarlo?

–Bueno, era solo una simple sugerencia –respondió Amelia, pero escondió el rostro, dejándolo fijo sobre el plato de comida–. No veo qué mal pueden hacer...

–Muchachita, ya sé lo que ves; ves cómo quieres gastar todo mi dinero –sentenció. El corredor retumbó con el estallido de su voz y tanto Lee como yo nos encogimos del miedo, para luego compartir una mirada. Él levantó ambas cejas y giró los ojos lentamente hacia la mesa. Por mi parte, traté de no reír.

–Al menos no tendremos que soportar esto por mucho más tiempo –susurré, y pude ver que esbozó una sonrisa.

–¡No te permitiré que le hables a mi prometida de esa forma! –intervino finalmente Mason, levantándose a toda prisa y golpeando la mesa. El vaso de vino que estaba casi al borde de la mesa cerca de Samuel Potts se volcó sobre él, lo cual lo hizo gritar de la sorpresa y levantarse rápidamente en busca de algo para limpiar la mancha de su camisa.

–Rápido, ahora –nos ordenó la Sra. Haylam, haciendo un chasquido para que entremos en acción–. Atiende al Sr. Potts, Louisa.

Volteé hacia la mesa de servicio y tomé un pañuelo limpio de una pila, el cual sumergí en un tazón de agua antes de salir disparada hacia el sujeto peludo. Me quitó el pañuelo de las manos y me hizo un gesto para que me fuera, mientras fregaba furiosamente la prenda.

–¡Esta boda ya era totalmente absurda y ahora lo único que falta es que esa descerebrada invite a unos extraños a meterse en nuestras vidas! –exclamó Barrow Breen levantando un dedo frente al rostro de su hijo, quien

inmediatamente lo corrió.

Mason era tan alto como su padre, por lo que se puso de pie para imponerse sobre él.

–¿Cómo... cómo se atreve, señor? ¿Cómo se atreve? –giró y le hizo un gesto a Amelia–. Vamos, Amelia, no tenemos que soportar esto.

Ella hizo una pequeña mueca de tristeza y rodeó la mesa de puntillas hacia Mason, a quien tomó por el brazo para salir de la habitación.

Y desde ese momento, solo hubo silencio. El Sr. Bree respiraba tan erráticamente que podía ver cómo sus hombros se movían de arriba abajo, tratando de recobrar la compostura. Samuel Potts, por su parte, continuaba limpiando su camisa sin éxito alguno, lo cual lo hizo enfurecerse y arrojar el pañuelo contra la mesa.

–Un poco de postre, entonces –agregó la Sra. Haylam con alegría, como si nada hubiera pasado.

Tanto Lee como yo la miramos con recelo, e inmediatamente nos dirigimos a levantar los platos, junto con la sopa y cerdo de la mesa. El postre consistía de un *trifle* de frutas y pudín, el cual los hombres apenas tocaron luego de los remanentes de esa tensa situación. Cuando servimos el té, lo ignoraron por completo, hasta que finalmente se marcharon, dejando un ambiente tranquilo como si la tormenta ya hubiera pasado.

–Un grupo adorable –musitó Lee, mientras limpiábamos la mesa y ayudábamos a la Sra. Haylam a regresar todo a la cocina.

Siempre me había gustado el comedor, ya que me parecía cómodo y mucho más humano que el resto de las otras habitaciones de Coldthistle, aunque ahora estaba manchado, como si la familia hubiera dejado su impronta de melancolía. La Sra. Haylam se quedó en la cocina para ordenarle a Poppy que se encargara de ver qué podíamos rescatar de las sobras para

guardar en la despensa. Con Lee, en cambio, nos quedamos en el comedor, limpiando y barriendo.

–No me gustaría casarme para pertenecer a una familia tan miserable – comenté, retirando el mantel. Exhalé al notar la enorme mancha de vino que había en uno de los lados, pensando en todo el tiempo que me tomaría limpiarla–. No me importa cuán ricos sean.

–A Amelia obviamente sí le importa –agregó Lee. Barrió debajo de la mesa y las sillas, para luego juntarlo cerca de la puerta. El comedor estaba en la parte trasera de la residencia, casi por detrás de las escaleras y de cara al norte del jardín y el manantial. La mansión estaba bastante tranquila, a excepción de los pasos que podía escuchar arriba, lo cual me llevaba a preguntarme si Amelia estaba teniendo problemas para dormir luego de la discusión.

–Ella solía ser pobre –le expliqué–. Eso lo hace a uno un poco más inquebrantable.

–¿Ah, sí? –preguntó suavemente, pero entendí la acusación implícita.

–Sí –respondí con determinación–. Te puede llevar directo a estrellarte contra el suelo, a no tener nada, no es algo noble o romántico; es humillante ver villanos como el Sr. Barrow, que nadan en riquezas y, aun así, siguen siendo completos sinvergüenzas.

Lee continuó barriendo en silencio por un momento, hasta que se detuvo y levantó la mirada hacia mí, que me encontraba doblando el mantel para lavarlo.

–¿Y si tú tuvieras todo ese dinero? ¿Serías diferente?

–No lo sé –le respondí–. Probablemente, aprendería a odiarme a mí misma.

–Tú harías lo correcto –me aseguró, y continuó barriendo las migajas de

comida hacia el vestíbulo principal—. Me gusta pensar que harías algo bueno.

Lo estoy intentando, pensé, considerando silenciosamente mi pacto con el Diablo. *Y lo haré.*



Para cuando la Sra. Haylam nos dejó ir, estaba exhausta. Lee se marchó enseguida de la cocina hacia la profunda oscuridad fuera de la mansión. Por poco, no ve a Poppy y Bartolomé, quien se desplomó a descansar mientras la Sra. Haylam terminaba de cerrar todo.

Como había sobrado bastante postre, nos dejó llevar un trozo del *trifle* de frutas a cada uno a su recámara. Era lo mejor que había comido en mucho tiempo, pero apenas pude probarlo. Mientras luchaba contra la fatiga que acechaba mi mente, pensé en lo que me había dicho Lee. ¿Realmente haría algo bueno con una fortuna propia? En verdad, no lo sabía... Claro que era tentador imaginarse a una como benefactora que renuncia a los lujos y vive una vida modesta de filantropía, donando dinero a orfanatos y ayudando a aquellos que lo necesitaran. Pero no podía decir con seguridad que esa fuera mi verdadera intención oculta. Quizás era simplemente que quería tener algo propio, poder gastar dinero de la forma en que yo quisiera, ser dueña de una enorme mansión y llenarla de vestidos y baratijas.

No lo sabría hasta que pudiera hacerlo realidad. Croydon Frost y el dinero que me debía era una realidad, una que cada vez estaba más cerca conforme el Sr. Morningside leía la primera parte de mi traducción.

Lee tenía razón, me dije a mí misma. Tomaría el dinero de Frost y ayudaría a mis amigos. Si no querían vivir conmigo entonces podría comprarles una casa propia a cada uno. Qué mejor que darles el regalo de la libertad.

Por la mañana lo molestaría para que trajera a mi padre a la residencia, pues en ese momento solo deseaba dormir. Terminé de comer el *trifle* de frutas dándole una última cucharada a la crema antes de entrar a mi habitación. Cerré la puerta y me apoyé relajada sobre esta. En el corredor, podía escuchar el andar familiar de un Residente que comenzaba sus patrullas nocturnas. Caminé hacia la cama y dejé mi pequeña taza vacía sobre la mesa, luego me puse la ropa de dormir sin mucho esfuerzo. Una vez en la cama, moví las cortinas a mi derecha para mirar las estrellas un momento, dejando que la suave luz de la luna bañara mi rostro.

Me parecía haberme dormido enseguida, pero este sueño se vio interrumpido por algo que sonaba como un grito. Me senté en la cama, corrí la cortina de la ventana y miré hacia la oscuridad afuera. Desde allí, solo podía ver el lado este del jardín, una parte del granero y la tienda que había sido levantada recientemente. No había nada allí, por lo que esperé un momento, atenta, pensando que quizás habían sido los caballos moviéndose en los establos o algún halcón que había encontrado un ratón en la pradera. Pero el grito volvió a sonar y esta vez fue mucho más claro y humano.

Me arrodillé y presioné mi rostro contra el frío vidrio, entrecerrando la mirada para ver mejor. Me pareció ver movimiento entre la arbolada detrás de la tienda. Estaba segura de lo que veía. Esperé un poco más hasta que finalmente volví a escuchar el grito, pero esta vez fue más duradero y doloroso. Era la voz de una niña. ¿Acaso Poppy había salido de la mansión y estaba en problemas? No sonaba como ella, pero no podía imaginar quién más podría estar en el bosque gritando de esa forma. La Sra. Haylam nos había advertido que fuéramos cuidados, que nos quedáramos en la mansión, pero ignoré por completo su advertencia. Coloqué mis pies descalzos sobre las frías tablas de madera y me puse un abrigo. Me habían dado un salto de cama

viejo y acolchado que estaba un poco desgastado por el uso, pero como el verano estaba cerca, sería más que suficiente.

Me envolví en el abrigo y caminé hacia la puerta, la cual abrí lentamente para asegurarme de que no hubiera ningún Residente cerca. Al fondo del corredor, noté los pies de uno que tomaba las escaleras hacia al piso de arriba. Aguardé un momento y corrí hacia allí, en donde bajé a toda prisa hacia el vestíbulo principal, deseando haber sido lo suficientemente cautelosa como para que no notara mi presencia. Si bien no era normal que deambulara por la mansión en total oscuridad, confiaba en que ir hacia la puerta de la cocina sería la mejor opción. Además, era más probable que estuviera vacía, ya que la Sra. Haylam y Poppy tenían sus habitaciones en otro lado. Coldthistle estaba en completo silencio, impregnada con una tensión incómoda que se apoderaba del lugar al caer la noche.

La cocina estaba vacía, pero la puerta que daba al exterior estaba cerrada. Era obvio. La Sra. Haylam era bastante paranoica con la seguridad luego de la visita de los seres del Supramundo. Tomé la cuchara que colgaba de mi cuello y cerré los ojos, tratando de controlar la respiración. No pensé en mi padre, sino en quien fuera que necesitara mi ayuda afuera. Mis pensamientos se disparaban en todas direcciones. ¿Qué tal si Poppy estaba husmeando entre la arbolada? ¿Los del Supramundo realmente intentarían lastimarla? O quizás Amelia y Mason se habían escapado para ir a hacer alguna travesura junto al manantial y ella se había torcido el tobillo... No importaba quién o qué fuera, de lo que estaba segura era de que no podría volver a dormir con alguien gritando fuera de mi ventana.

La cuchara comenzó a sentirse más caliente hasta que tomó otra forma, la de una llave. Abrí la puerta y salí hacia el jardín bañado por la luz de la luna. Estaba mucho más iluminado de lo normal, lo cual me daba suficiente luz

como para poder ver mis pies sobre el césped. No noté ninguna conmoción dentro del granero cuando pasé junto a este, pero sí un nuevo grito tenebroso que provenía del bosque. Esta vez, pude discernir algunas palabras...

¡Ayuda! ¡Por favor, ayuda!

La muchacha estaba llorando. Sonaba tan desconsolada, tan solitaria... Una sensación familiar se apoderó de mi corazón. Conocía esa voz, podía *jurar* que conocía la voz. Por lo que me acerqué a la entrada del bosque con cuidado, dejando la tienda atrás a mi derecha, con la Coldthistle asomándose por encima de mi hombro izquierdo. No había ningún camino hacia el bosque en esta parte, dado que el único sendero que había estaba más lejos a mi izquierda y solo llevaba al manantial. A medida que me acercaba al bosque podía escuchar el agua burbujeante del manantial en la distancia, acompañado por el canto de las ranas y grillos que se juntaban cerca sobre la tierra húmeda y llenaban el aire con una canción. De pronto, pisé una rama y me quedé quieta, sosteniendo la cuchara con ambas manos. Sin querer, la cuchara que antes se había convertido en una llave ahora, a causa de mi miedo, era un cuchillo.

Está bien, pensé, ignorando la suave voz en mi cabeza que me decía que regresara de inmediato a la cama. Pero luego, otra voz se unió a la primera, la misma que había aparecido cuando conocí a Pinzón y Sparrow por primera vez.

El bosque no es lugar para ti esta noche, niña. Regresa.

Ciertamente, no disfrutaba tener la voz fantasmal de una mujer dentro de mí que incluso no me había protegido de nada en particular. Sparrow y Pinzón no me habían hecho daño, aunque esto sí aparentaba ser una situación mucho más peligrosa. Vacilé por un momento, sujetando el cuchillo y preguntándome si sería hora de hacerle caso a esa voz antes de que fuera

demasiado tarde. Un escalofrío subió por mi espalda, lo cual me hizo voltear hacia la Coldthistle. Nadie me había seguido y no parecía haber ningún Residente observándome desde las ventanas. El lugar parecía muerto, una mera silueta oscura y sombría, tan hostil como el bosque. Las ranas y los insectos comenzaron a cantar aún más fuerte, chillando como el arco de un violín sobre una cuerda muy tensa. De pronto, los cabellos en la parte trasera de mi cuello se erizaron. Peligro. Pensé que sería mejor regresar, que finalmente le haría caso a esa voz de advertencia.

Pero luego el grito regresó, y me hizo tomar una bocanada de aire, asombrada. De inmediato, voltéé y me adentré en el bosque.

Mary.



Capítulo
Quince



Las ramas afiladas me rozaban el rostro, pero conocía mi propósito y nada iba a detenerme.

Mary estaba herida. Estaba en peligro. No la abandonaría. Con el cuchillo aún en mi mano (vaya uno a saber qué la había hecho gritar y llorar), seguí el sonido de su voz cada vez que la oía. Había dejado de pedir ayuda y, en su lugar, solo lloraba suavemente. Mi corazón latía a toda prisa, ignorando el calor que crecía en mi pecho y las ramas afiladas que raspaban mis mejillas.

El bosque era más grande de lo que se veía en la distancia, pero pronto llegué a un pequeño claro. Gracias a Dios que la luz de la luna bañaba la noche, de lo contrario me habría caído y quebrado un tobillo con el pequeño pozo que había en la tierra. Allí, entre rocas desparramadas sobre el claro, estaba Mary arrodillada, sujeta a uno de estos peñascos. Me acerqué a toda prisa hacia ella, exaltada y asustada, y me desplomé a su lado. Su rostro se iluminó al verme y enseguida me rodeó el cuello con sus brazos, aún con lágrimas en los ojos.

–¡Louisa! ¡Viniste! –me dijo, abrazándome con fuerza.

–¿Te encuentras bien? ¿Te caíste? –la sostuve a un brazo de distancia, inspeccionándola de pies a cabeza. Tenía el mismo cabello castaño salvaje y los mismos ojos verdes, con la nariz cubierta de pecas y el reconocible acento irlandés en su voz. Tenía la ropa completamente manchada por el viaje y la bastilla de su vestido, junto con sus botas, estaban cubiertas de lodo, como si hubiera caminado desde muy lejos. Tomó el manto liviano color lavanda que la envolvía desde el cuello hasta los hombros y se secó el rostro húmedo. Sus mejillas estaban muy hundidas, como si hubiera pasado épocas de hambre, lo cual hacía que sus ojos se vieran más grandes e inocentes.

–Tropecé –me explicó y soltó una pequeña risa–. Soy tan tonta, ¿puedes creerlo? Estaba tan cerca de la mansión y me enredo con mis propios pies.

–¿Tienes la pierna muy lastimada? –le pregunté. No lucía quebrada ni hinchada, pero su falda tapaba la parte inferior–. ¿De dónde vienes? Fui al manantial para traerte de regreso hace ya un tiempo; ¿algo salió mal?

Mary soltó una risa de alivio y se limpió aún más el rostro, luego se recostó sobre las rocas y me miró directo a los ojos. Se acercó y me acarició el cabello, lo cual me hizo sentir un poco de esperanza. No le había fallado por completo. Estaba de regreso y ahora todo sería un poco más normal, si es que existe algo normal en la Coldthistle House.

–Lo hiciste perfecto –aseguró Mary, tomándome de la mano y apretándola con fuerza–. Estaba atrapada en la Tierra del Crepúsculo, era insoportable, hasta que de pronto oí tu voz llamándome. Pero... No estaba lista para regresar. Necesitaba tiempo. Tiempo para mí misma.

Asentí y levanté la vista, sintiéndome un poco avergonzada.

–Entiendo. Soy... soy bastante entrometida, lo siento. Luego de lo que ocurrió con Lee... Bueno. Nadie podría esperar que regresaras saltando feliz ante la primera oportunidad. Estoy segura de que yo soy la última persona que querías que fuera a rescatarte.

Mary lucía tranquila mientras se levantaba sujetada de la roca, apoyando todo el peso de su cuerpo sobre su pie izquierdo. Enseguida, me acerqué y la ayudé, dejándola que se apoyara en mí mientras se paraba. Cerraba los ojos del dolor, pero de todas formas parecía lista para mantenerse de pie.

–Viniste –dijo suavemente–. Eso es lo que importa. Estoy segura de que mi pierna no está tan mal como creía. Es solamente que estoy cansada... Fue un camino muy largo. Creí que caminar me ayudaría, sabes, a organizar todo en mi cabeza.

–¿Viniste caminando desde Waterford? Es... ¿Cómo? –soltó una risa infantil y se apoyó sobre mi hombro.

–No, Louisa, tanto no. Quería caminar el último tramo para... –dejó su respuesta inconclusa por un largo tiempo hasta que finalmente se encogió de hombros–. Quería caminar por el campo, volver a sentirme como en casa.

–¿En medio de la noche? –le pregunté, inquisidora.

Su respuesta fue corta. Sus ojos se ensancharon al oír un llamado espeluznante que provenía de las profundidades del bosque. Nos congelamos, mirándonos una a la otra. Nunca había escuchado algo como eso; un aullido agudo que no parecía pertenecer a este mundo, similar al de un Residente pero menos vacío, lleno de la crudeza gutural de un animal. No era un lobo, o si lo era, uno bastante sobrenatural.

–Tengo un cuchillo –susurré–. Pero vamos, apresurémonos; no estás en condiciones de ahuyentar a un animal...

–Vamos –secundó Mary, esforzándose para subirse a mis hombros.

El estridente grito del animal volvió a escucharse, cada vez más cerca, lo cual hizo que sintiera un escalofrío por la espalda, poniéndome alerta; una sensación ancestral que me hacía preguntar *¿qué rayos era eso?* De pronto, unas pisadas fuertes comenzaron a sacudir el suelo del claro y los árboles por detrás, mientras hacía mi mejor esfuerzo para llevar a Mary hacia la mansión. La criatura estaba corriendo, lo cual hizo que Mary olvidara su herida y me llevara de la mano por el claro a toda prisa.

–Debemos apresurarnos –gritó, jadeando–. Haz algo, Louisa, debes cambiar de forma, a un oso, a cualquier cosa...

–¿Puedes usar tu escudo? –pregunté, entrando en pánico. ¿Un oso? ¿Cómo se suponía que hiciera eso? Apenas podía cambiar una cuchara para que fuera un pequeño y triste cuchillo–. ¿Estás muy exhausta?

–N-no puedo. No...

Finalmente, la criatura emergió entre los árboles hacia el claro, aplastando un retoño con facilidad con su pie enorme. Mi instinto de correr se vio superado por una sensación de miedo absoluto al ver cómo la bestia, erguida como un hombre pero con la apariencia de un lobo, apareció en el claro. Abrí la boca para gritar, recostándome contra Mary, quien también miraba boquiabierto a la criatura. Superaba a cualquier persona por casi un metro. Todo su pelaje oscuro estaba recubierto con marcas de heridas y su rostro puntiagudo lo hacía ver casi como un zorro. Tenía los ojos entrecerrados y brillantes, y resplandecían como si estuviera por elegir a su presa. Temblaba tanto que apenas podía mantenerme de pie, pero hice lo que pude, llevé a Mary detrás de mí, y la escudé con mi cuerpo tembloroso.

Mis ojos deambularon lentamente por su rostro hasta sus manos, las cuales también lucían como las de un hombre, pero más grandes y con garras que parecían cuchillas. En su cintura llevaba una cadena que se mecía conforme se inclinaba hacia nosotras, resoplando. Gritamos tanto que no podía oír mi propia voz, hasta que sentí su fuerte brazo golpear contra mis hombros, arrojándome al suelo.

Mientras intentaba levantarme, sentí un zumbido agudo en mis oídos, el dolor le había dado paso al miedo mientras me alejaba tambaleante del árbol contra el que había golpeado y tomaba el cuchillo. La criatura rodeó a Mary, ignorándome por completo, y levantó una de sus garras, lista para dar su golpe.

No puedo decir en qué momento el cuchillo se transformó en una pistola, pero así fue. El miedo que sentí mientras volaba por los aires debió haber forzado el cambio. Fuera lo que fuera que lo había provocado, no me importaba, por lo que levanté la pistola y disparé, tambaleándome hacia atrás

al notar que la bala raspó el rostro de la criatura. Me tapé las orejas con ambas manos, sorda, mientras observaba con horror mudo cómo la bestia giraba hacia mí, observándome con ojos aún más brillantes que la luna en el cielo.

Había llamado la atención de la criatura y no tenía idea de qué hacer; la pistola solo tenía un disparo, por lo cual luché por cambiarla otra vez por un cuchillo, una lanza, o cualquier cosa... Pero no estaba para nada concentrada, y ya tenía a la bestia sobre mí, olfateándome el rostro con su hocico antes de estornudar y mostrarme sus colmillos.

Y habló.

Cerré los ojos, sintiendo cómo la muerte cercana emanaba una esencia a almizcle, césped y hojas atrapadas en su vestimenta. Un solo mordisco y mi garganta estaría desgarrada en mil pedazos. La sangre goteaba de la herida que la bala había abierto en una de sus mejillas.

–*Nebet, aw ibek* –dijo con su voz gutural, o algo similar a ese rejunte de palabras.

Cómo era posible que hablara, no lo sabía, pero la voz parecía provenir de las mismísimas profundidades del Infierno, impregnada de maldad y un temblor sobrenatural. Se alejó de mí, pero no sin antes quitarme la pistola de las manos y destrozarla con su inmenso puño. Arremetí contra él, tratando de impedir que se llevara la única arma que había servido contra la bestia, pero de pronto un haz de luz nos encegueció a todos.

La criatura volvió a rugir y, cuando finalmente pude ver a través del resplandor dorado que iluminaba todo el claro, vi a la cosa marcharse en cuatro patas a toda velocidad hacia el bosque. El suelo temblaba con su paso y los árboles se quebraban y chillaban, como si estuviera derribándolos en su retirada. Me refregué los ojos solo para encontrarme con que Mary ya no estaba sola.

Pinzón se cernía sobre ella, con su par de alas blancas brillando a sus espaldas, las cuales enseguida replegó para hacerlas desaparecer. A su alrededor quedaba cierto brillo remanente, la obvia fuente de luz que había hecho que la bestia se marchara. En ese momento, me llevé la mano al cuello para sentir la herida que me había provocado la bestia al tomar la cadena con mi amuleto. Ya no estaba; la cuchara, el cuchillo, la pistola, sea lo que fuera, ya no estaba.

—¿Qué era esa cosa? —musité con voz ronca, exhausta.

Mary se levantó lentamente con la ayuda de Pinzón, quien aún estaba vestido con su traje de color gris, pero cuyo cabello denotaba que había estado durmiendo.

Con el ceño fruncido, volteó y observó el camino de destrucción que había dejado la criatura en su afán por escapar.

—No lo llegué a ver por completo —dijo finalmente, guiando a Mary para que se recostara sobre su hombro—. Pero con el ruido que hizo fue suficiente. Creí que era mejor enceguecerlo primero y ver de qué se trataba después.

—Era... era como un lobo, o un zorro, pero mucho más grande —traté de explicar. Me dolía la espalda a causa del golpe contra el árbol, y mis manos aún seguían temblorosas por la conmoción del momento—. ¿Qué tal si regresa?

—Entonces me encargaré otra vez —agregó Pinzón. Lucía tan seguro, aunque noté cierto nerviosismo en su mirada, la cual se movía de un lado hacia otro mientras ayudaba a Mary—. Debemos regresar a la mansión.

—¿Estás herida, Mary? —pregunté, al notar que no dejaba de mirar hacia el claro con mucha atención.

—Creo... creo que no —respondió—. Pero temo que mi pierna no me dejará volver caminando.

–No hay problema –añadió Pinzón, quien señaló su espalda–. Sujétense a mi espalda. Las pondré a salvo enseguida.

–Puedo caminar –dije, suspirando–. Además, no creo que sea posible que nos puedas llevar a ambas.

–No seas ridícula –agregó Mary, quien se sujetó a la espalda de Pinzón y envolvió sus brazos alrededor de su cuello. Enseguida, me tomó con sus brazos y despegamos. Ninguna de nosotras tuvo tiempo a reaccionar, dado que esas mismas alas blancas y gigantes aparecieron en su espalda sin verse tan pesadas, como si estuvieran hechas solo de pura luz.

Solté un grito de sorpresa, trepándome para sujetar sus hombros a medida que nos elevábamos del bosque, dejando el suelo bastante abajo. El aire de la noche nos cubría con su frío, a medida que mi corazón latía cada vez más rápido por el miedo. Era mucho más que una sensación de sorpresa, era también angustia y terror lo que me provocaba su presencia. Bueno, y también el hecho de que nunca antes me había cargado en el aire un ser con *alas*.

Aterrizamos a salvo sobre el jardín cerca de la cocina. La puerta aún estaba abierta, pero ahora la Sra. Haylam se encontraba parada junto a ella. Su rostro, completamente enfurecido, pronto se desvaneció al notar que no éramos solo Pinzón y yo, sino también Mary. Con un movimiento torpe, me solté de los brazos de Pinzón, y me envolví en mi salto de cama, mientras la Sra. Haylam corría hacia Mary y la abrazaba con todas sus fuerzas.

–Al fin –repetía una y otra vez la Sra. Haylam. Era lo más cercano que la había visto a expresar alegría y soltar lágrimas de felicidad–. Al fin regresaste. Debes estar muy agotada.

Mary lucía desanimada, exhausta.

–Mañana hablaremos sobre todo lo que ocurrió hoy –añadió la Sra.

Haylam en un susurro amenazador. Su único ojo sano se fijó sobre mí, lo cual me hizo presionar los labios—. Mary está en casa; eso me hará tener clemencia contigo por algunas horas.

A Pinzón le dedicó la misma mirada penetrante, hasta que finalmente se encaminaron hacia la cocina. Chijioke también estaba allí dentro, con el ceño fruncido de preocupación mientras ayudaba a Mary a ingresar y protegerla del frío nocturno.

—Con un “gracias” será suficiente —musitó Pinzón, luego de que la Sra. Haylam se había marchado.

—¿Qué tal mejor una taza de té y un “gracias”? —le ofrecí, marchando en dirección a la cocina.

—¿Estás segura de que está bien? Tu ama de llaves lucía furiosa.

—Ya estoy en problemas, ¿a quién más podría lastimar? —le hice un gesto para que me siguiera adentro, en donde me acerqué al brasero y encendí un fuego lento. Caminé por la habitación con una mecha y encendí algunas velas gastadas que coloqué sobre la mesa. Aún quedaba pudín en la despensa, por lo que lo tomé y ordené junto a otros platos de comida mientras buscaba la tetera.

La sensación de agujas frías clavándose en mi estómago era persistente, pero las ignoraba, dado que nos acababa de salvar la vida a Mary y a mí, por lo cual podría lidiar con la incomodidad durante una taza de té.

—Gracias —le dije de espaldas mientras servía las tazas—. Pero ¿cómo nos encontraste? Nadie más había escuchado toda la conmoción.

—Nosotros... —comenzó a decir pero se detuvo, y cuando volteé para mirarlo, me encontré con que estaba sentado junto a la mesa, sin mirarme a los ojos. Su cabello oscuro caía sobre sus ojos, mientras marcaba un círculo en la mesa con uno de sus dedos—. Con Sparrow estamos vigilando la mansión.

Es parte de lo que somos. Nosotros vinimos a observar, y sé que puede sonar increíblemente intrusivo, pero quizás puedes entender, dado que...

–¿Dado que un maldito lobo enorme acaba de atacarme en el bosque? – terminé por él–. Perdonado. Y si significa algo para ti, no me preocupa mucho. Los demás...

–Es una lástima. Una maldita lástima.

Escrutinio. El Sr. Morningside había mencionado que no le gustaba la idea de que estuvieran vigilándonos. Seguramente, se pondría furioso si se enteraba de que habían estado deambulando por la casa en la noche.

Esboqué una sonrisa cansada y serví el té, escuchando a Chijioke y a la Sra. Haylam discutiendo mientras llevaban a Mary a los cuartos de arriba.

–¿Tienes permitido maldecir?

–Oh, no te dejes engañar por las alas –dijo, guiñando un ojo–. Podemos ser peligrosos.

–Eso es lo que todos me han dicho. ¿Qué dirán ahora que me salvaste la vida?

Su alegría se desvaneció y se encogió, apoyando el codo sobre la mesa para colocar la barbilla sobre su mano.

–Hubo un tiempo en el que solíamos llevarnos bien, sabes. Eres muy nueva en nuestro mundo, entiendo que esto puede resultarte completamente confuso. Pero había más que solo cortesía pasajera en los viejos tiempos. Éramos aliados, aquellos de nuestro mundo y del de Henry. Teníamos que serlo. Pero ahora solo tenemos esta especie de... cortesía tensa. Y de verdad me gustaría mantenerlo así, pero me temo que no será posible.

–Es difícil imaginar a alguien como Chijioke llevándose bien con ustedes. No está muy contento con su llegada, ni siquiera un poco –llené las tazas y las dejé infusionar, sintiendo consuelo en la fragancia del agua que se oscurecía

con el té-. ¿Qué causó la...? ¿Cómo la llamarías? ¿Grieta?

La promesa del té había ayudado, incluso si mis manos aún estaban temblando. Al cerrar los ojos, recordé la mirada púrpura de la bestia y la profundidad de su boca. La voz infernal que por siempre atormentaría mis sueños.

Me acerqué a Pinzón en la mesa, agradecida por la comodidad que me proporcionaba la silla. Fue solo entonces que noté que mis manos se encontraban marcadas y lastimadas, y que la manga de mi salto de cama estaba manchada con sangre. La sangre de la bestia. Escalofríos.

–Podemos hablar de algo más alegre –propuso Pinzón, al verme.

–Como si fuera posible –le respondí. Mis manos sujetaron suavemente la taza de té, absorbiendo su calor–. He visto toda clase de cosas horribles aquí, pero nunca un lobo como ese.

Pinzón tomó su taza también y la sostuvo con ambas manos justo por debajo de su barbilla.

–No han habido lobos en Inglaterra desde hace cientos de años. Quizás ese sabueso que he visto merodear por la residencia se ha vuelto salvaje.

–Yo sé lo que vi –le contesté, severamente–. Era un lobo único, más alto que un hombre y con ojos brillantes, incluso podía *hablar*. En verdad no prestaste atención si lo confundiste con Bartolomé. Además, últimamente, ese perro está más interesado en dormir que en cazar.

Oí las botas de la Sra. Haylam acercándose a la cocina, hasta que ingresó. Había regresado para recoger una cubeta y algunos trapos, lo cual hizo, pero no sin antes demostrar su descontento. Desde la puerta, con la cubeta en sus manos, señaló la tetera con la cabeza.

–Limpia todo antes de la mañana –soltó con rudeza, y se marchó resoplando mientras se movía su falda.

–No te preocupes por mí, abuelita –dije irónicamente en su dirección–. Solo un par de golpes, nada de qué alarmarse.

Pinzón le dio un sorbo lento a su té caliente e inclinó la cabeza hacia uno de los lados, observándome.

–Me atrevería a decir, Louisa, que no eres como los demás aquí. Tengo el presentimiento de que no les harías caso a la Sra. Haylam o a Henry a ciegas.

Me encogí de hombros ante el halago. Hasta entonces, había hecho muchas cosas que el Sr. Morningside quería. ¿Qué pensaría Pinzón de mí si supiera que hacía tan solo un día había firmado un trato para ayudarlo? Bueno, pero era privado. No necesitaba saber de mi padre, además de que había prometido mantener el diario y su contenido en secreto.

–¿Cómo podría hacerlo? –miré la taza de té, esperando que no sintiera la mentira–. Se confundió con mi amigo Lee.

–Claro. Exacto. Perfecto; quiero decir, no que se haya equivocado, sino que es ideal para que lo menciones ante la Corte. Es importante que nos digan la verdad y que des un testimonio honesto.

–¿Testimonio? –reí–. El Sr. Morningside lo está tomando como una especie de fiesta...

–Lo hará. Dudo que alguna vez en su vida haya tomado algo en serio, lo cual es la razón principal por la que nos metimos en este problema en primer lugar. Lo único que tenía que hacer era cosechar almas y guiarlas... ¿Qué tan difícil puede ser eso realmente? ¿Por qué todo lo que hace tiene que ser un desastre?

Suspirando, me puse de pie y terminé mi taza de té; luego la llevé hacia el lavabo de porcelana que se encontraba junto al brasero. No había visto al Sr. Morningside guiando a las almas a ningún lugar más que al interior de algunas aves, quizás eso era lo que Pinzón quería decir. No dije nada para

contradecirlo. La silla de Pinzón chilló contra el suelo de mosaico y llevó su taza junto a la mía. El nudo frío de mi estómago dolía todavía más cada vez que se acercaba a mí.

–¿Dije algo que te ofendió? –me preguntó con suavidad.

–Estoy... cansada. Cansada de trabajar, cansada por lo que ocurrió en el bosque, cansada de que repitan lo mismo una y otra vez sin que pueda entenderlo –salió como una seguidilla de palabras, una atrás de la otra; borrando todo rastro de la paciencia que me quedaba. Me recosté sobre el lavabo y me cubrí el rostro con ambas manos. Me tomó un instante poder recobrar la voluntad y limpiar las tazas–. No era mi intención perder la compostura.

Pinzón regresó a la mesa y me alcanzó el resto de los utensilios de porcelana, incluyendo las cucharas. Tomé una que estaba manchada con té y me quedé mirándola, sintiéndome vacía al recordar que la criatura se había marchado por el bosque con lo único que Lee me había obsequiado. De pronto, otra sensación de cansancio se apoderó de mí, lo cual me hizo preguntar si la próxima vez que cerrara los ojos simplemente me quedaría dormida de pie.

–Estaría más preocupado si no estuvieras tan abrumada –me dijo, y por el rabillo de mi ojo, pude notar que hizo una leve reverencia antes de marcharse hacia la puerta de la cocina–. Trata de resistir, si puedes. Desearía poder decirte que todo será más fácil con el tiempo, pero no quiero darte falsas esperanzas.

Asentí y sequé las tazas con un trozo de tela, mientras oía sus pasos al marcharse.

–Así es, intentaré descansar –le respondí–. Buenas noches.

Buenas noches. Tuve que hacer una mueca de dolor al pensar eso; sería

lo mismo si me quedaba allí en el lavabo hasta que amaneciera y me necesitaran en la cocina nuevamente. ¿Cómo podía dormir tranquila sabiendo que ese monstruo estaba allí afuera? ¿Acaso alguno de nosotros podía hacerle frente? Temblé ante el pensamiento mientras ordenaba la cocina, luego cerré la puerta y perdí la mirada en el vestíbulo oscuro. Si esa cosa regresaba por Mary, esas simples puertas no la detendrían. Me tendría que conformar con la idea de que Pinzón y su hermana estarían vigilando la mansión y, quizás, si la bestia regresaba, la verían antes de que pudiera atacar.

Era un pequeño consuelo, y cuando regresé a mí habitación para recostarme sobre la cama, pasé un largo y solitario rato antes de poder perderme entre mis sueños y escapar.



Capítulo
Dieciséis





Año uno



Diario de Benmu, quien corre

Seguí el río hacia el norte mientras redactaba mensajes para mi familia en mi cabeza. No se preocupen, comenzaban, regresaré pronto.

Eran mentiras, pero no sería la primera vez que las decía. A mi madre y hermanas no les gustaba mucho mi ferviente

devoción a los dioses, ellas no los aceptaban ni respetaban. Ellas veneraban lo mismo que el resto y me creían tonto por hacerles reverencias al río, a las abejas y a las palmeras que protegían nuestra casa.

Si supieran que fue una visión compartida entre Meryt y Chryseis lo que me había llevado en esta misión, me encerrarían y harían desaparecer la llave.

Aun así. Redactar esos mensajes me hacía sentir mejor, porque si se me permitía escribir esas cosas o incluso volver a ver a mi familia, entonces significaba que había sobrevivido. ¿Qué tan lejos debía ir? ¿Cómo sabría que ya había llegado? El libro y el morral se sentían cada vez más pesados mientras caminaba por la ribera del río. El suelo se movía de arriba abajo con cada paso, algunas veces abarrotado de juncos y rocas, y otras veces completamente ardiente bajo los rayos del sol, en ocasiones protegido por la sombra de alguna palma de dátiles. ¿Acaso el guía con el que supuestamente me debía encontrar me estaba esperando en la siguiente aldea? ¿O la siguiente? Mi cuerpo exigía comida y algo para beber, dado que ya podía sentir sangre sobre las grietas reseca de mis labios.

Conforme caía la noche de ese largo primer día, me topé con una pequeña aldea a la ribera del río. Era una comunidad de agricultores; una vez finalizada la jornada laboral, los aldeanos regresaban a sus hogares para relajarse y beber cerveza de miel.

Mientras trataba de ahuyentar a los mosquitos moviendo

los brazos de un lado a otro, merodeé por la aldea en silencio en busca de alguna señal. A medida que me alejaba más del río, el terreno comenzaba a tener más colinas. Desde la ventana de una de las chozas podía escuchar la atrapante melodía del canto de una madre a su hijo. Ya con los pies en carne viva y el cuerpo al borde del colapso, noté un haz de esperanza. Divisé la pintura roja y blanca sobre una de las paredes de la casa de ladrillos. Era un lugar modesto, no mucho más que una pequeña choza, con el dibujo de una serpiente pintado del lado izquierdo de la puerta, el cual, si bien era antiguo y estaba erosionado por el paso del tiempo, guardaba un significado para mí.

Santuario.

—¿Hola? —pregunté, golpeando suavemente sobre la puerta de madera—. Soy un amigo. Rindo devoción junto al río, a los chacales. No visito templos, no utilizo sus nombres.

Dentro, estaba oscuro y me preguntaba si había alguien esperándome. De pronto, una luz y un ojo aparecieron a través de una hendidura en la puerta, seguidos de una voz ronca masculina.

—¿Estás perdido, niño? —sonriendo, levanté el paquete alto sobre mis hombros y le respondí.

—Mi andar está encaminado.

La puerta se abrió, como esperaba que ocurriera, e ingresé agradecido. El hombre que me dio la bienvenida era un anciano jorobado, que reposaba todo su cuerpo sobre un bastón que no era más que una rama. Incluso, en la parte superior

aún conservaba algunas de sus hojas. Con algo de dificultad, caminó sobre el suelo de paja hacia una mesa que se encontraba rodeada por tres banquitos. Tenía manos de granjero, fuertes y lastimadas, y si bien no había mucho para ver allí, del pequeño horno de ladrillos emanaba un aroma delicioso. Estaba claro que un hombre que adoraba toda la belleza de la naturaleza, al igual que nosotros, labraría la tierra de una forma especial. No me cabía duda alguna de que sus cultivos crecieran con mayor fuerza que los del resto.

–Gracias por su hospitalidad –le agradecí, bajando el morral y soltando un largo suspiro.

–Aún no me agradezcas, muchacho –me respondió–. Mi nombre es Meti, pero mi hija regresará en cualquier momento. No querrá verte aquí.

Vacilé junto a la puerta al oír mi estómago soltar un rugido bastante audible.

–Ja. Pero eso lo podemos arreglar –agregó Meti. Luego me hizo un gesto para que me acercara al horno–. Toma un tazón. Sírrete. Tenemos más que suficiente para comer.

–Madre y Padre siempre proveen –musité, caminando a toda prisa hacia el horno. Era grosero lucir tan desesperado, pero no tenía vergüenza de mostrar mi cansancio.

–Así es. Tiempos difíciles se avecinan para los otros –comentó Meti–. Pero no para nosotros.

Llené mi tazón y comencé a comer el estofado de pescado. Emanaba una fragancia a cebolla y ajo, la cual ayudaba a bajar con sorbos de la espesa y dulce cerveza. No era una

comida digna de un faraón, pero era suficiente para un viajero cansado.

Al terminar mi segundo bocado, la puerta se abrió de pronto y una joven muchacha ingresó, dándole a Meti una mirada incriminadora. Su cabello negro estaba atado con firmeza en la parte trasera de su cabeza, acompañando un gesto de enojo al notar mi presencia y la de mi bolsa.

—¡No, padre! —exclamó, soltando la cesta de cebollas que cargaba—. ¡Basta de esto! Estos visitantes solo traen problemas.

—Te lo dije —me recordó Meti, antes de soltar una carcajada—. Tráeme una copa de cerveza; también estoy sediento.

Su hija se acercó a toda prisa hacia mí y levantó un dedo frente a mi rostro.

—Termina de comer y beber esa taza, y márchate.

—Silencio, Niyek, silencio. Déjalo pasar la noche aquí.

—¡No! —giró hacia su padre, para alcanzarle la cerveza, la cual colocó sobre la mesa con todas sus fuerzas—. ¡Ya estás demasiado grande para esta gente ridícula y... sus fantasías!

El anciano señaló la cesta repleta de cebollas, cada una más grande y mejor que la anterior.

—¿Acaso eso te parece una fantasía, niña? Cuando la sequía no le hizo nada a nuestros cultivos, ¿eso también era ridículo?

Niyek se quejó y movió sus brazos por el aire.

—Eso es porque yo recé e hice ofrendas día y noche a Tefnut, no por tu culto.

El anciano no levantó la voz; simplemente bebió de su cerveza y encogió sus hombros llenos de nudos.

—Los otros aldeanos le rezan a ella. ¿Qué bien les trajo?

Afuera comenzaron a oírse algunos gritos. Se abrían y cerraban las puertas y podía oír la creciente confusión entre la gente que salía de sus chozas. Niyek corrió hacia la pequeña ventana en la puerta y observó hacia afuera, con la mano levantada por detrás para que permaneciéramos en silencio.

—Más extraños —dijo resoplando—. Más problemas.

Comencé a sentir la acidez de la cerveza en mi estómago, por lo que bajé el tazón de comida y la taza sobre la mesa que se encontraba cerca de Meti y me acerqué a la joven junto a la ventana. Me hizo a un lado enojada, señalando el morral.

—Toma tus cosas y márchate antes de que traigas más problemas a esta casa —me susurró.

El anciano se puso de pie con la ayuda de su bastón y se acercó a nosotros cojeando. Afuera se escuchaban gritos, acompañados por lo que parecía sonar como una ráfaga de viento que azotaba las ramas de un árbol. Era el zumbido que antecede a la tormenta. Alguien afuera estaba angustiado, gritando como si estuviera sufriendo.

—Vamos por la puerta trasera —dijo el hombre, tomándome del brazo y llevándome hacia una cortina cerca del horno de ladrillos—. Últimamente ha habido algunos saqueos; saben que nuestro granero tiene muchas provisiones.

—Quizás me siguieron —susurré.

—¿Por qué te seguirían? —preguntó Niyek, alejándose de la

ventana y acercándose a nosotros—. ¿Lo ves, padre? ¡Has traído a un criminal a nuestro hogar!

—Silencio, muchacha.

Meti hizo la cortina a un lado y me empujó hacia el frío de la noche. Podía sentir el olor a humo y el ruido incesante del fuego consumiendo la madera. La aldea estaba en llamas.

—Márchate de aquí —me dijo, desde el interior de la choza—. Sigue en tu camino. Madre y Padre te guiarán.

Y así, desapareció, discutiendo con su hija sobre qué tendrían que hacer. Me escondí detrás de la choza y corrí la cortina para observar hacia adentro, justo cuando la puerta se abrió por completo y una luz brillante me encandiló. Dos figuras enormes se abrieron paso al interior. Parecían hombres, pero eran demasiado altos y emanaban un haz de luz tan brillante que era difícil siquiera mirarlos por poco tiempo, hombres con cabello dorado y cuerpos que brillaban como brasas. En sus espaldas tenían alas blancas enormes que se desplegaron mientras arrojaban al suelo a Niyek y su padre.

—¿Dónde está el escritor? —las voces eran tan fuertes y penetrantes que me hacía doler la cabeza.

¿El escritor? Gran Serpiente, ¿acaso sabían del libro? ¿Se referían a mí? Pensar que había traído todo este mal a este grupo de gente inocente... Me buscaban a mí. Me acurruqué detrás de la cortina y comencé a rezar, preguntándome si tendría la fuerza suficiente para correr luego de un largo día de viaje y solo un bocado de comida. Mis pies estaban cubiertos con nuevas ampollas, al igual que mis hombros

doloridos y raspados por cargar con el libro. Niyek chilló y cuando volví a observar, una de las criaturas brillantes la estaba besando... No, besando no... Entre su boca y la criatura había una especie de luz, como si le estuviera robando el sonido de sus gritos.

—No confiesa. No saben nada —sentenció la otra criatura, que lucía disgustada.

—¡Claro que sí! —el hombre que sostenía a Niyek la sacudió una vez más y la luz que salía de su boca comenzó a tornarse cada vez más brillante... Meti pidió que tuvieran clemencia con ella, con ambos, llorando a medida que Niyek se tornaba cada vez más débil. La piel que rodeaba sus labios comenzó a burbujear y a quemarse, al igual que la brillante carne de su rostro que parecía derretirse como cera caliente.

Luego, una tercera figura apareció por la puerta, impregnada con ese mismo resplandor sobrenatural.

Sujeté mi estómago y solté la cortina, tambaleándome hacia los espinosos arbustos detrás de la casa. La calavera de Niyek iba y venía en mi cabeza; una maldición, había traído una maldición por haber buscado ayuda.

—¿Oyeron eso? —los hombres en el interior debieron haberme escuchado cuando me escondí entre los arbustos. Cargué el paquete sobre mis hombros y arrastré mis pies llenos de sangre por el suelo tan rápido como pude. Me encontrarían. Encontrarían el libro y yo también me convertiría en nada más que un charco de carne derretida, un destino que muy probablemente merecía.



Mi castigo la mañana siguiente fue pasar horas limpiando los establos. La Sra. Haylam me había enviado directo al granero por la mañana sin siquiera haber comido una rodaja de pan o tomado el té antes. Seguro sabía que me llevaría más tiempo limpiar a los caballos si estaba débil y hambrienta.

Era un castigo suave y estaba segura de que había sido por Mary. Dejemos que ella sea quien ruegue por mi consuelo. No había discutido cuando la Sra. Haylam me sentenció en la cocina, dado que no tenía idea de si merecía o no ser castigada por la situación de la noche anterior. Nos había advertido sobre salir de la mansión por la noche, y si bien había encontrado a Mary, no había podido protegerla. No podía hacer otra cosa más que preguntarme si parte de mi miseria había sido causada por el heroísmo de Pinzón.

Mi día no iba a mejorar. De hecho, limpiar los establos podría considerarse el mejor momento del día. Una vez que terminara, tendría que ayudar a Amelia Canny a elegir sus atuendos y adornos para la boda, una tarea que no le deseaba ni a mi peor enemigo. No tenía ningún interés en ella y en su prometido; cada hora que pasaba fuera del sótano era una hora perdida. Mientras más tiempo pasaba limpiando el estiércol, tendría menos tiempo para terminar de traducir el diario.

Dos horas después, terminé, por lo que enseguida limpié mis botas llenas de lodo y me solté la falda. Necesitaba darme un baño y buscar algo para comer. Una vez limpios, los establos tenían un fuerte aroma a caballo y heno, con cierto dejo a césped y tréboles. El día estaba bastante gris, con el último sol de la primavera perdiéndose por detrás de las densas nubes en el cielo.

Aun así, no hacía tanto frío y todavía sentía la humedad sobre todo mi cuerpo sudado.

Por lo menos tenía una excusa para darme un baño antes de encontrarme con Amelia; se quejaría mucho si su sirvienta apestaba a caballo.

Comencé a oír unas pisadas suaves en el piso arriba de mí, como si alguien acabara de subir al henal. Ese había sido mi lugar favorito durante todo el otoño, cuando me adaptaba a las labores de la Coldthistle House; no tenía idea de que otros lo estuvieran usando como escondite. En silencio, caminé desde los establos en dirección a la escalera que daba acceso al henal y noté que estaba baja. Había alguien arriba y sonaba como si estuviera llorando.

No había ninguna voz en mi interior en este momento que me advirtiera de algo, finalmente, pero aun así, había aprendido la lección de ir tras el sonido de un llanto. De todas formas, estaba a plena luz del día y, a juzgar por sus ronquidos, Bartolomé se encontraba durmiendo afuera, lo cual me hacía sentir tranquila al saber que se despertaría y alertaría a todos si algún lobo inmenso aparecía en el jardín.

Coloqué un pie sobre la escalera y esperé.

–¿Hola? ¿Te encuentras bien?

–Solo soy yo.

Fue Chijioke quien me respondió, con cierto dejo a dolor en su voz. Subí lentamente, dándole tiempo para echarme. Pero una vez arriba, no dijo ninguna otra palabra, mientras caminaba de un lado a otro en el ático con la cabeza baja y un rastro de lágrimas dibujado sobre sus mejillas brillosas.

–Me vendría bien algo de compañía –dijo, suspirando. Se detuvo frente a una de las ventanas triangulares y se recostó sobre una viga–. No tengo idea de qué hice mal, Louisa. O si... Mierda, ¿por qué todo tiene que ser tan complicado y confuso?

–¿Qué ocurre? –pregunté con amabilidad.

Apoyó la frente contra una de las vigas sobre la ventana y dejó caer sus hombros, pero no lloró.

–Mary... No entiendo qué hice para enfadarla.

–Solo la vi anoche en el bosque –le expliqué–. ¿Qué ocurrió? Dios, puedo entender si está furiosa conmigo después de todo lo que hice, pero ¡tú no tienes nada que ver con ello!

Chijioke movió la cabeza de lado a lado y se pasó la mano sobre su cabello negro, reposando la mano sobre su nuca.

–Esta mañana, luego del desayuno, fui a verla. Le di el pez que había tallado, ¿sí? Y ella... Oh, Louisa, me dijo que no lo quería y que estaba muy cansada para verme en ese momento.

Ahora sí sonaba como si estuviera al borde de las lágrimas, por lo que me acerqué a toda prisa hacia él y coloqué mis dedos sobre su brazo. Se acercó aún más, como si estuviera encogiéndose en una bola, mientras limpiaba de su rostro las lágrimas silenciosas que corrían por sus mejillas.

–No tenía idea de que ustedes dos fueran tan cercanos –le comenté–. Supongo que hay muchas cosas que no sé. Pero quizás simplemente debas creerle, ¿no? Si está muy cansada, entonces... Bueno, recuerda que ella *murió*. Apenas podemos culparla por querer descansar. Estoy segura de que volverá a ser como antes con el paso del tiempo.

Sacudió su cabeza de lado a lado con intensidad, mientras se alejaba de la ventana y volteaba hacia mí. Con el ceño fruncido, fijó la mirada en la nada sobre mi hombro izquierdo, como si tuviera vergüenza de mirarme a los ojos.

–No... No. La miré a los ojos cuando lo dijo, cuando me devolvió el regalo. No había nada allí. Nada. Como... como si no pudiera ver que estaba allí.

–Lo siento mucho –empaticé, sintiendo la presión crecer en mi pecho. Era mi culpa. Ellos estaban bien hasta que yo aparecí y, como una egoísta, les robé la felicidad al aceptar un trato que no comprendía por completo. Ahora ella estaba de regreso, pero era bastante obvio que había cambiado–. ¿Quieres que hable con ella? Déjame ayudar, por favor; si hay algo que pueda hacer, lo haré.

Chijioke tomó una gran bocanada de aire y luego la soltó, asintiendo y regresando la mirada hacia la ventana.

–Si *de verdad* hablas con ella, no le digas que yo te lo pedí. Me ayudará saber... Si son esperanzas pasajeras, me gustaría saberlo.

–Estoy segura de que no lo son –le aseguré, y nos encaminamos hacia la escalera. Sus lágrimas habían cesado–. Tú no viste a la bestia que nos atacó, Chijioke, yo apenas estoy cuerda, y al parecer estaba empeñada en lastimar a Mary, por eso debe estar aún muy conmocionada.

–Claro –dijo ayudándome a bajar por la escalera–. Había pensado consolarla.

–Todos enfrentamos el miedo de formas diferentes, quizás te necesite más adelante. Ya la perdiste una vez, y yo anoche casi la pierdo de nuevo.

–Lo sé, muchachita, oí que le disparaste a la criatura. Muy valiente de tu parte.

–No lo suficiente, fue solo desesperación –le respondí encogiéndome de hombros–. Fue Pinzón quien la ahuyentó en realidad.

Chijioke soltó un resoplido de indignación y me siguió con habilidad por la escalera. Ambos caminamos hacia las puertas del granero, en donde un leve haz de luz se abría paso entre las nubes. El sabueso de Poppy estaba esperándonos, olfateando el heno curiosamente con las orejas cayéndole sobre los ojos. Levantó la vista, nos vio y soltó un ladrido suave.

–La Sra. Haylam debe estar buscándonos –suspiré–. Se supone que debo encontrarme con Amelia, pero no sin antes darme un baño.

–No iba a decir nada sobre eso –dijo, burlándose–. Si quieres esperar un momento, puedo distraer a la Sra. Haylam para que te escabullas sin que te vea. Ya se me ocurrirá algo... ¿Qué demonios?

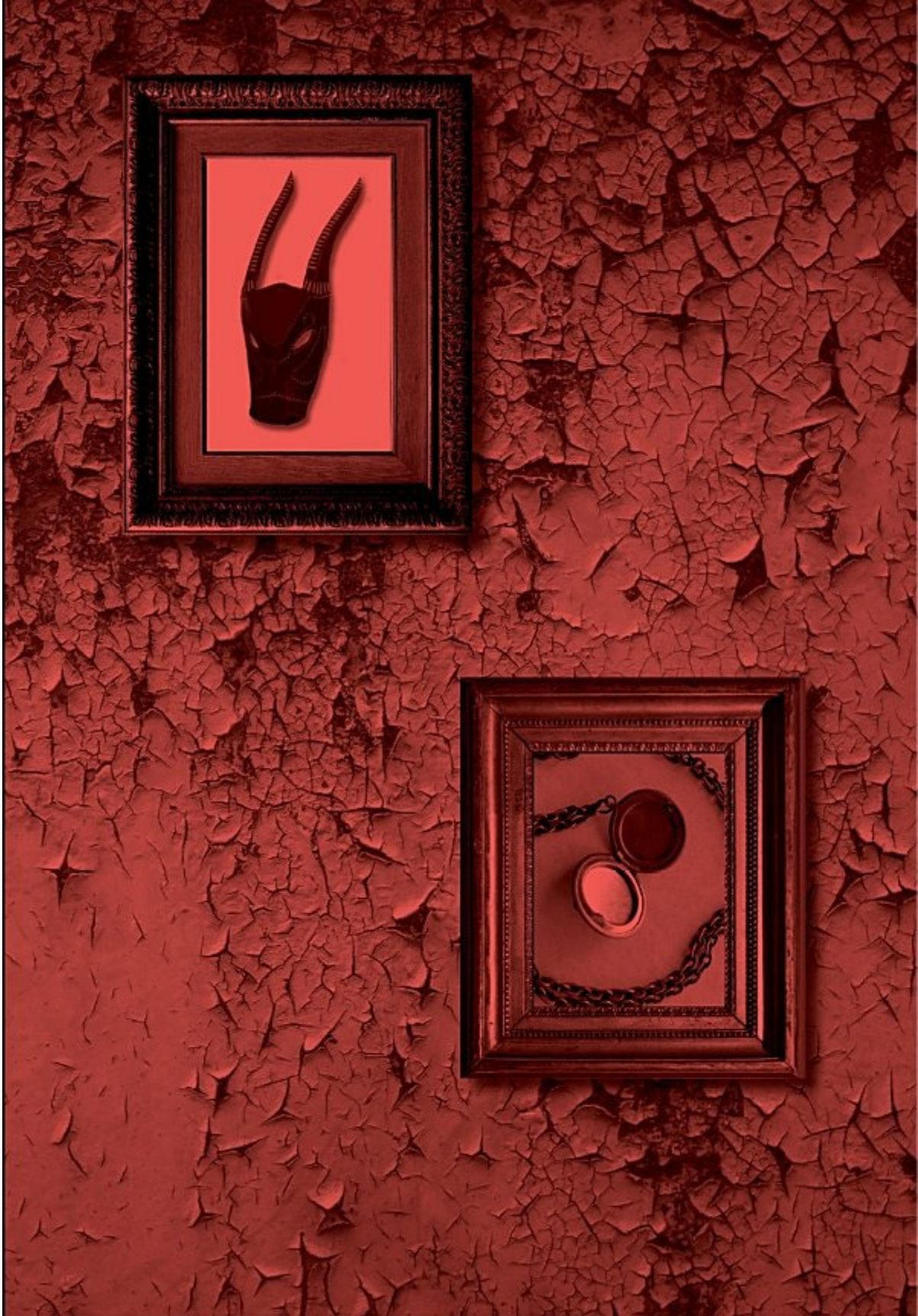
Chijioke salió del granero hacia el jardín. También había oído las pisadas y el jadeo; la pequeña Poppy se acercaba a toda prisa desde la cocina por el jardín en nuestra dirección, con las trenzas moviéndose de un lado a otro y las manos llenas de harina. Casi se lleva por delante al perro, pero logró detenerse a tiempo y se quedó mirándonos con los ojos bien abiertos.

–Tranquila –le dijo Chijioke, dándole pequeños golpecitos en la espalda–. ¿De qué se trata todo esto?

–Ambos deben... deben venir ahora mismo –soltó, jadeando, y señaló la mansión–. Amelia está muerta. Muerta.

–¿Un accidente? –Chijioke preguntó–. ¿Cómo ocurrió?

–No fue un accidente, la asesinaron –dijo Poppy, moviendo la cabeza de lado a lado–. Ambos deben ir adentro de inmediato.





Capítulo
Diecisiete



Fue más nefasto encontrarme con que Poppy no había exagerado. La Srta. Amelia Canny en verdad estaba muerta, recostada de espaldas sobre su cama, con las manos sobre su pecho como si fuera un insecto, y con un color gris extraño en su piel. Nunca había visto algo parecido. Era como si cada gota de humedad hubiera escapado de su cuerpo o sido absorbida por su boca, esa misma que estaba abierta en permanente terror. De sus ojos cerrados rezumaba un líquido denso por los pliegues.

Mientras la miraba, mi estómago comenzó a revolverse con intensidad, y la voz fantasmal de la mujer reapareció en mi cabeza, como si fueran mis propios pensamientos y no aquellos de una intrusa no deseada e invisible.

Esa serás tú, decía. Corre.

–Sus globos oculares *explotaron* –susurró Poppy. No podía decir si estaba horrorizada o asombrada–. No recuerdo haber tenido que limpiar algo como esto antes.

Definitivamente no. Me sentía cada vez más segura de que necesitaba encontrar una forma de proteger a Poppy, Chijioke, Mary y Lee, especialmente si había alguna especie de asesino suelto. El simple hecho de que fueran seres mágicos no significaba que no fueran vulnerables. Cerré los ojos, tratando de no imaginarme muerta y disecada en mi propia cama. Nos quedamos parados en un semicírculo alrededor de la cama con Chijioke en el medio. Soltó un quejido y se rascó la nariz.

–Maldición, esto no se suponía que ocurriera –musitó–. Se tenían que casar primero.

–¿Por qué? –pregunté–. ¿Por qué era importante eso? Moriría de todas formas, ¿verdad?

Poppy rodeó a Chijioke y se paró frente a mí con una mirada inquisidora.

–¿Tú lo hiciste?

–¡¿Yo?! –reí con exasperación–. Claro que no, estaba en el granero limpiando los establos y luego con Chijioke. No hay forma de que pudiera haberlo hecho.

–No fue ninguno de nosotros –me interrumpió Chijioke–. A menos que tengas algunos secretos que no conozco, Poppy. Esto no luce como obra tuya.

Se acercó de puntillas hasta el cuerpo y se inclinó sobre él. Tuve una sensación de escalofrío y debilidad al estar frente al cuerpo de Amelia. No me había simpatizado mucho, eso era seguro, pero tener un cuerpo sin vida frente a mí aún era algo que me daba náuseas. Además de que me resultaba difícil pensar que una muchacha tan joven pudiera merecer este destino. Lucía como un saco de huesos vacío, marchito y delicado.

Gradualmente, me percaté de que esto significaba que todos estábamos en peligro. Si ningún miembro del personal le había hecho esto a Amelia, entonces ¿quién había sido? ¿Qué les impedía venir por nosotros?

–Debemos avisarle a la Sra. Haylam e inspeccionar la mansión –les propuse, volteando de la escena horrible–. Debe haber algún intruso o...

–O es obra de uno de esos malditos Adjudicadores –soltó de pronto Chijioke–. Las probabilidades de que esto sea una de sus bromas son muy altas.

–Vamos –le dije con cierto enojo, señalando la cama–. ¿De verdad crees que Pinzón podría hacer algo así? Arriesgó su vida para ayudarnos a Mary y a mí anoche. Ya sé que no te agrada, pero...

–Sparrow es demasiado malvada –intervino Poppy–. Pudo haber sido ella.

–Exacto –secundó Chijioke, mientras comenzaba a caminar de un lado a otro, para luego dirigirse hacia el escritorio de Amelia y comenzar a hurgar en

este. Habíamos cerrado la puerta con llave ni bien ingresamos—. No los conoces, Louisa. No sabes de lo que son capaces.

—Ja. Está bien. Si los conoces tan bien entonces dime, ¿pueden hacer eso? — le pregunté, señalando a Amelia—. ¿Tienen fama de ir volando por ahí absorbiendo la vida de las personas?

Chijioke se quedó en silencio con una de las cartas de Amelia en su mano. Giró la cabeza hacia un lado, como si estuviera mirándome por detrás de su hombro.

—Yo... Quizás. No lo sé.

—¡Perfecto! —exclamé, levantando las manos y caminando a toda prisa junto a él. Era hora de alertar a todos en la residencia.

—Nunca he visto un Ajusticiamiento, pero sí pueden matar, Louisa, de eso sí estoy seguro —colocó la carta sobre la mesa de un golpe—. ¿Poppy? Quédate aquí. No dejes que nadie entre.

—Está bien —dijo suavemente, sentándose junto al cuerpo de Amelia mientras columpiaba sus piernas.

Cerramos la puerta y nos marchamos. Afortunadamente, el corredor estaba vacío. Los hombres se habían ido al manantial para darse un baño, lo cual nos daba tiempo suficiente para armar un plan. Dos Residentes bajaron por las escaleras y se acercaron a nosotros para quedarse flotando en la puerta de la recámara de Amelia como si estuvieran haciendo guardia.

—Necesito preguntarte algo y no quiero que me juzgues por ello —dije con suavidad, mirando con cautela a uno de los Residentes—. ¿Es... posible que haya sido Lee?

Me sentí culpable de siquiera pensarlo, ya que, si bien aún me preocupaba por él, una parte de mí pensaba en lo que esta mansión y sus oscuros secretos le habían hecho; en qué lo había convertido el libro. Quizás, encontrar una

forma de liberarlo del poder del libro era más para protegernos a nosotros que a él mismo.

Chijioke se mordió el interior de la mejilla y bajó a toda prisa por las escaleras conmigo. Al menos estaba contenta de que no se hubiera ofendido con mi pregunta. Antes de que Lee muriera y resucitara, solía ser un muchacho amable. Pero estaba claro que regresar a la vida lo había cambiado. No me gustaba mucho la idea de que fuera él quien estuviera matando a nuestros huéspedes al azar, claro, pero sí era tonto no considerar esa posibilidad.

–Esa es una pregunta para la Sra. Haylam –me contestó mientras nos acercábamos al vestíbulo–. Será mejor que te prepares para su furia. No será una tarde agradable.

–Es demasiado extraño –dije con un suspiro–. Ya les habíamos advertido a Pinzón y Sparrow que no se metieran en nuestros asuntos. ¿En verdad crees que son capaces de hacer algo tan... tan provocativo?

–Eso también se lo preguntaría a la Sra. Haylam, jovencita.

No la encontramos en la cocina, pero al salir y dirigirnos hacia el comedor, la oímos entrar por detrás de nosotros. Debió haber notado la urgencia en nuestros rostros, por lo que dejó de sacudirse las manos sobre su delantal y entrecerró la vista, antes de acercarse a nosotros.

–Ocurrió algo extraño.

–Amelia está muerta.

Ambos soltamos las palabras a la vez, para luego quedarnos de inmediato en completo silencio. No tenía idea de qué esperar de la anciana, pero en ese interminable momento le lanzó una mirada furiosa a Chijioke. Respiró hondo por la nariz y juntó las manos.

–¿Dónde está? –preguntó la Sra. Haylam. No fui lo suficientemente

estúpida como para confundir su tono de voz tranquilo por otra cosa más que profunda decepción. Su cuerpo entero estaba rígido, como un sabueso que acababa de olfatear un conejo.

–En su recámara –contestó Chijioke. También lo dejé que explicara todo–. Poppy la encontró, pero no fue ninguno de nosotros. No sé *qué* pudo haberle causado eso. Está completamente seca y arrugada, y sus ojos, bueno, explotaron.

Su ojo sano brilló al oír eso.

–¿Y el resto de los hombres?

–Todavía están tomando un baño –respondió.

Asintió durante prácticamente un minuto, hasta que tomó a Chijioke del brazo y lo acercó hacia ella.

–Irás al pueblo y buscarás a Giles St. Giles. Louisa, tú me ayudarás a redactar una carta. La Srta. Amelia tenía miedo y huyó de la residencia, no sabemos a dónde se ha ido. Eso mantendrá a los hombres ocupados mientras limpiamos este desastre.

–Pero ¿por qué? Morirán de todas formas –no me pude contener y esas palabras salieron estúpidamente sin pensarlo dos veces. La Sra. Haylam se movió hacia atrás, como si acabara de darle una bofetada–. ¿Por qué no lo hacemos ahora y nos olvidamos del asunto de una vez por todas?

–Así no es cómo funcionan las cosas aquí –me dijo, mostrándome los dientes–. Ahora, haz lo que te digo, niña estúpida.

Chijioke me dedicó una mirada de advertencia y se marchó. Decidí que sería mejor aceptar ese aviso, por lo que seguí a la Sra. Haylam hacia el vestíbulo y las escaleras. La puerta del frente se cerró y Chijioke se marchó, directo a preparar un carro hacia Derridon. Mientras subíamos por las escaleras, me fregaba las manos sobre mi delantal, sintiéndome incómoda por

no tener la cuchara en mi cuello.

–Me duele preguntar esto –comencé a decir, con cuidado–. Pero ¿Lee tiene poderes ahora? ¿Poderes que no hayamos visto antes?

La Sra. Haylam no rechazó mi pregunta; por el contrario, la analizó detenidamente, moviendo la cabeza de atrás hacia adelante mientras llegábamos al primer piso.

–El poder de las sombras puede ser impredecible –me comentó–. Te puede asegurar una vida extremadamente larga, fuerza sobrehumana. Pero nunca he escuchado de uno que convierta a un ser vivo en un saco de huesos.

–Pero no es imposible –la presioné.

–Se lo preguntaremos, muchachita –sentenció la Sra. Haylam, irritada. Tomamos otra escalera, y una más, hasta encontrarnos frente a la puerta cerrada de Amelia. El ama de llaves tomó su enorme llavero y buscó la correcta–. Y también tendré una larga charla con nuestros *huéspedes* del Supramundo.

Los Residentes que flotaban frente a la puerta se acercaron, como si fueran atraídos por su mera presencia.

–Vayan –les dijo con tranquilidad–. Avísenme cuando los hombres hayan regresado.

Las criaturas de sombras se marcharon en busca de alguna ventana o punto de observación. No me habían prestado nada de atención cuando se marcharon, pero sentí que el corredor se tornó más cálido con su ausencia. Observé cómo la Sra. Haylam colocaba la llave en la cerradura y le daba un empujón a la puerta con su hombro. Enseguida, el hedor a muerte salió de la habitación y se encontró con nosotras, lo que me provocó una mueca de repulsión.

–Chijioke dijo que puede ser algo llamado Ajusticiamiento –le comenté,

sin ganas de entrar y encontrarme con más y peores olores.

No tenía intención de molestar a la Sra. Haylam, quien cerró la puerta detrás de nosotras y se encaminó directo hacia la cama.

–Ha pasado mucho tiempo desde que observé un Ajusticiamiento – comentó, inclinándose sobre Amelia. La inspeccionó tan de cerca que me hacía sentir náuseas. No podía imaginarme a mí colocando el rostro tan cerca del cadáver por intención propia–. Los Adjudicadores buscan que confiesen y el alma juzgada lo hará sin importar nada. Toda mentira es revelada. No sé si la muerte ocurre por la extracción o por la mera sed de aniquilación del Adjudicador.

–Suenan horrible –susurré. Nuevamente, no podía imaginar a Pinzón haciendo algo así. Chijioke podría advertirme cientos de veces sobre él, y aun así solo seguiría juzgándolo por todas las acciones que tuvo conmigo. Teniendo eso en cuenta, no había sido nada más que amable.

–No te dejes engañar por las lindas palabras y su resplandor brillante – murmuró la Sra. Haylam, abriendo uno de los ojos de Amelia. No podía ver esa escena–. Son la mano ejecutora que el pastor utiliza para obtener justicia, buscadores y albaceas de la verdad. Los crímenes de Amelia Canny son suficientes para justificar su perdición de acuerdo a su parecer.

–Sus crímenes... –moví la cabeza de lado a lado, acercándome al escritorio de Amelia para observar las cartas y libros que allí yacían.

–Matar a su rival –agregó la Sra. Haylam con frialdad–. Su sirvienta lo vio y lo confesó ante un sacerdote. No le creyeron, obviamente. ¿Qué sabe una tonta sirvienta, no?

–Lottie –el diario de Amelia se encontraba sobre una esquina de su escritorio, pero no tenía apuro para leerlo. No quería saber qué pensamientos deambulaban por la mente de una muchacha tan retorcida que había

asesinado a alguien para casarse y obtener dinero—. Amelia la trataba muy mal; yo también habría buscado venganza.

—Poppy, ve y dile al Sr. Morningside lo que ha ocurrido. Por favor, asegúrale que todo está bajo nuestro control y que deberá darles un ave a Giles St. Giles y Chijioke —la Sra. Haylam se puso de pie y se dirigió hacia el escritorio, donde comenzó a hurgar entre las cartas en busca de un pergamino en blanco y una pluma.

—¿Chijioke fue a Derridon? —preguntó Poppy, bajando de la cama y encaminándose hacia la puerta.

—Así es; ahora, rápido, chiquita.

Al quedarnos solas, la Sra. Haylam tomó el diario de Amelia, lo abrió en una página en blanco y la giró hacia mí.

—Tienes un pulso más estable y joven —mencionó, acercándose la pluma y el papel. Ya me estaba comenzando a molestar esto de escribir para los dueños de la residencia—. Haz tu mejor intento. No demasiado, o notarán que hay algo mal con la letra.

Me senté y traté de pensar qué escribir, mientras la Sra. Haylam envolvía a Amelia entre las sábanas. ¿Qué diría si fuera ella y tuviera dudas sobre mi matrimonio? Pero Amelia no tenía dudas, ¿o sí? Había deseado a Mason y su fortuna tanto que incluso había matado para conseguirlo. Luego recordé la discusión que había presenciado la otra noche y me incliné sobre el papel para redactar una disculpa.

Mi querido amor, la indecencia de tu padre me ha dado algo en lo que pensar. ¿Por qué me odia tanto? Si soy parte de tu familia, exijo respeto. Debo tomarme un tiempo para pensarlo, Mason, mi amor. Debo estar segura de que esto es lo que

realmente quiero.

–Eso estará bien –salté del susto al notar la presencia de la anciana sobre mi hombro. Tenía un vial con el perfume de Amelia, el cual esparció un poco sobre la carta, antes de regresar a la cama. El cuerpo de la muchacha estaba envuelto en algunas sábanas.

La Sra. Haylam hizo un ademán con su mano para que me acercara; tomó el cuerpo por los hombros y yo no hice nada más que vacilar a los pies de la cama.

–Ayúdame a llevar esto a la cocina, Louisa, luego toma un baño. Apesta a estiércol.



Capítulo
Dieciocho





Año uno



Diario de Benmu, quien corre

Comencé a viajar de noche para escapar del calor del sol. Quizás era solo mi imaginación, pero el libro se sentía más liviano en la oscuridad. El extraño que había atacado a Meti y Niyek no me encontró esa noche cuando me escondí entre los

arbustos, y no volví a verlo de nuevo en mi camino hacia el norte.

Por cinco días mi andar fue lento pero tranquilo. Evitaba ingresar a las aldeas que me cruzaba, limitándome solo cuando comenzaba a desesperarme por comida o bebida; robaba lo que necesitaba hasta que caía el anochecer y regresaba a los campos desolados, en donde dormía bajo alguna roca con la protección de hojas de palmera y arbustos silvestres, tapado con una manta que también había tomado de algún lado. No era para nada cómodo o fácil, pero estaba a salvo. O al menos así lo estaba hasta que cometí un error garrafal.

Había asumido erróneamente que me sobraba tiempo para llegar a la costa antes de que comenzara la temporada de lluvia. Pero no fue así. De pronto, me vi sumergido en un aguacero que me tomó desprevenido justo al llegar a la división del Nilo. Empapado y con frío, me alejé del río y me encaminé hacia el pueblo más cercano. Seguramente, en Guiza encontraría algún lugar que me daría refugio y comida; allí, esperaré hasta que pasara la tormenta, para luego, cuando todo estuviera más seco, continuar hacia el mar. Ya habían pasado cinco días desde que los seres brillantes llegaron en busca del “escritor”; para este momento seguramente ya hayan abandonado la búsqueda.

Asumir algo así era tonto, pero estaba hambriento, mojado y cansado, cada hueso de mi cuerpo y nervio me dolía por el peso del libro. Y así y todo, me arriesgué a ingresar a las calles

de Guiza; con la cabeza baja, parecía uno más de los varios hombres que huían de la lluvia. Encontré un refugio a las afueras del poblado, no muy lejos de los puestos solitarios del mercado. En el suelo había algunas cebollas desparramadas, seguramente de alguien que las había abandonado para recuperar más tarde, como de costumbre.

El refugio, con la serpiente a rayas rojas y blancas marcada cerca de la puerta, estaba completamente abierto. En su interior estaba tranquilo, aparentemente abandonado, aunque aún quedaban algunas brasas que ardían lentamente y la esencia del incienso flotando en el ambiente. Era una construcción simple de ladrillos, al estilo de un templo, con un altar vacío en la habitación principal junto a una canasta repleta de ofrendas. En una habitación más chica en el otro extremo encontré una cocina y los remanentes de una cena sin comer pero aún caliente sobre el fuego. Debería haber sido más cuidadoso y no la mosca que tan impaciente se enreda en una telaraña. Pero el hambre y el frío hicieron añicos esa sensación, por lo que dejé el morral junto a la puerta y me acerqué a toda prisa para engullir ese trozo de pan y sopa que estaban allí, aparentemente, para nadie.

Debería haber sentido la punzada en el aire. Debería haber notado la presencia de la muerte, de los fríos susurros de las almas que recién partieron de sus cuerpos. Pero mi mente solo estaba atenta al alivio de un estómago lleno y la promesa de dormir en una cama cálida, lejos de la lluvia.

—Buen trabajo —oí las palabras abrirse paso como una

grieta en una roca desde las sombras detrás de mí, lo cual me hizo congelarme, aún con la boca llena de comida. Las palabras no eran para mí. Quien sea que haya abandonado la comida había regresado y estaba observándome, tres jóvenes mujeres con vestido de lino abrazadas entre sí, temblando con los ojos llenos de miedo y terror.

Las miré solo por un momento, dado que una figura enorme y jorobada se cernía justo fuera de la cocina. Me preguntaba dónde se había estado escondiendo esta criatura, dado su tamaño, lo suficientemente grande como para tapar a las jóvenes que se encontraban en el templo. Lucía como una mujer, pero con facciones más rudas, como si recién acabara de ser esculpida en arcilla sin mucho cuidado. Su vestimenta llevaba algunos rastros de azul y blanco desde sus hombros, acompañando una piel del color de los huesos quemados por el sol.

El morral con el libro estaba entre nosotros, pero no me podía mover. Ya había mirado a la criatura al rostro y, en el momento en que vi lo que allí había, mi cuerpo entero se paralizó no del miedo, sino de magia maligna. El vaso de cerveza que tenía en la mano se desplomó sobre el suelo, salpicándonos a ambos. La criatura se balanceó sobre mí, dejando al descubierto más facciones de su rostro al quedar bajo algunos rayos de luz. Su boca era como una pequeña ranura en un rostro alargado de ojos brillantes. No, ojos no, comprendí cuando se acercó: avispas.

Madre, protégeme, rogué, bajando la cabeza ante lo que creía

que sería mi lecho de muerte. Las alas de las avispas se movían como pestañas, todas al unísono, docenas de insectos rayados y que, de algún modo, le permitían a esta cosa ver. Se detuvo cuando alcanzó el morral, abriendo y cerrando las manos con el entusiasmo de un niño. Inclino su masivo cuerpo, dejando caer algunos mechones de cabello plateado sobre su frente, y soltó una risa gutural mientras ponía las manos sobre este y levantaba la vista hacia mí. Mi cuerpo se tornó cada vez más rígido al notar que las alas de sus ojos habían dejado de aletear, centrando toda su atención en mí.

—Cientos de sirvientes en cientos de cacerías, y finalmente el escritor es revelado.

—¿Escritor? —susurré, con la boca seca—. No soy el escritor...

—Silencio.

Las muchachas que se encontraban detrás de la criatura se sorprendieron y lloraron aún más fuerte, pero no pude hacer ningún otro sonido. La orden de la bestia me había dejado sin voz, con la garganta cerrada como si se estuviera llenando de arena. Si solo pudiera abrir los labios o pedir ayuda, o hacer cualquier otra cosa más que observar en mudo terror cómo la bestia se acercaba, tomaba el morral con una mano y con la otra se estiraba hacia mí lentamente, hasta colocar sus dedos calientes sobre mi cuello. Mis ojos casi se salen de sus órbitas y mis pulmones vacíos reclamaban desesperadamente algo de aire, la fuerza demoledora de la bestia y sus dedos destellantes frente a mis ojos.

Esos ojos de avispas horribles estaban cada vez más cerca,

tanto que podía oír el zumbido de su aleteo... un zumbido que parecía venir desde un pozo sin fondo. Un zumbido mortal, espantoso...

—Un nuevo amanecer —dijo entre dientes, extendiendo la última palabra con una lengua que se asomaba por una boca sin labios—. Observa cómo la oscuridad reemplaza tu sol.

Hubo un golpe y una de las muchachas gritó. Todo se tornó confuso y distante mientras me quedaba sin aire y sin voluntad para pelear. De pronto, era libre de las garras despiadadas de la criatura, y caí al suelo. Sentí el morral justo debajo de mí al caer, por lo cual lo cubrí con todo mi cuerpo, como si de esa forma pudiera protegerlo.

En un instante, comencé a oír el gorjeo de algunos chacales riéndose en mi oído; sentí un calor abrumador y húmedo sobre mi rostro y luego nada, la oscuridad misma arrastrándome al olvido.

Cuando abrí los ojos nuevamente, tenía el techo oscuro de ladrillos sobre mí y una cama debajo. Cada parte de mi cuerpo gritaba de dolor cuando me levanté y noté que estaba recostado en un rincón, con el amanecer afuera y algunas velas iluminando suavemente el altar desde donde emanaban algunas columnas tenues de humo de incienso. Las tres muchachas con sus vestidos simples se encontraban limpiando el suelo y las paredes con trapos manchados de rojo.

Charcos inmensos de sangre teñían de muerte el suelo frente a mí. En medio de la habitación yacía el cuerpo de la criatura de cientos de ojos, las avispas inmóviles, muertas. Algo o

alguien había destrozado por completo su mandíbula, dado que colgaba de una forma poco natural y con algunos de sus dientes amarillos rotos, como si estuviera dando un grito eterno.

Estaba demasiado exhausto como para levantarme, por lo que me recosté contra la pared y suspiré, aliviado al encontrarme con que el morral y mi perdición se encontraban junto a mí en la cama. Mi ropa también, aunque estaba cubierta de sangre y emanaba un olor horrible.

—Estás despierto, eso es bueno —dijo un joven muchacho, desnudo de la cintura hacia arriba, quien emergió de la cocina. Era alto y de complexión fornida, con el torso marcado por viejas cicatrices que dibujaban la piel de su pecho. Pasando lentamente sobre el cadáver de la criatura, se acercó hacia mí, mientras estiraba una venda con sus dientes para cortarla con su brazo derecho—. ¿Cómo está tu garganta, amigo?

—¿Estás perdido, niño? —toqué mi cuello, sintiendo la crudeza de mi voz.

El hombre se detuvo, soltando la venda de su boca. Se reclinó hacia atrás y rio. La luz del altar hacía que su piel oscura se viera como oro. Luego, noté una serie de tatuajes sobre sus brazos y hombros, hileras e hileras de jeroglíficos delineados sobre su piel por alguna mano experta.

—Mi andar está encaminado. No te preocupes, Bennu, estoy aquí para cuidarte y guiarte por el resto del camino.

Suspiré y di las gracias en silencio. Se marchó y al momento

regresó con un pequeño tazón en su mano; tenía un aroma a flores y leche de cabra, y podía sentir su calor cuando me lo entregaba. Arrodillado a mi lado, esperó hasta que sujetara el tazón con fuerza.

—Toma eso, aliviará el dolor.

Tenía acento norteño, uno bien distinguible, como si hubiera sido criado y educado en una de las residencias del reino del norte.

—¿Meryt y Chryseis te enviaron? —le pregunté.

—De cierta forma. Vamos, bebe —sus ojos eran extraños y de un color púrpura profundo, muy distinto al color castaño con el que esperaba encontrarme—. Eres un joven difícil de encontrar, Bennu, y eso es bueno. Están buscando por todas partes; siempre lo están haciendo. Nuestros templos y refugios desde Buben a Maydum han sido saqueados. Fue gracias a la suerte de Madre que pude encontrarte.

—¿Saqueados? —enseguida, el té, o lo que sea que haya sido, calmó mi garganta ardiente. El dolor en mi espalda y pies se alivió también, por lo que seguí bebiendo para mantener esa comodidad—. ¿Acaso los sacerdotes de los viejos dioses enviaron a los suyos en nuestra contra?

—No, esto es algo nuevo —me explicó—. Algo peor. Estas criaturas no se parecen a nada que hayamos visto antes. Le rinden tributo a alguien llamado Roeh, quien toma la forma de granjero, aunque de simple campesino no tiene nada. Cada vez más vienen del este, estos Nephilim y Adjudicadores de Roeh.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Cómo debo llamar al hombre que mata bestias de ojos de avispas?

Esbozó una sonrisa y se llevó con suavidad las manos hacia su frente y cabello, el cual era negro y estaba peinado con esmero, bastante pegado a su cabeza.

—Khent —respondió, inclinando la cabeza con elegancia. Su barbilla y nariz respingada me recordaban a una estatua—. Habrá tiempo para presentaciones más tarde, Bennu. Ahora debes descansar y recobrar fuerzas. Saldremos en tres horas, la tarea es urgente y tenemos un largo camino.



Mientras trabajaba duro en mi traducción en el sótano, sentí una conmoción tomar lugar arriba, en la residencia.

Los hombres habían regresado de su baño en el manantial y encontraron la nota de Amelia, haciendo que cada habitación en la Coldthistle House se llenara del llanto demente de Mason Breen y los gritos furiosos de su padre. Incluso a través de las varias capas de madera, ladrillos y alfombras podía escuchar sus pasos; Mason estaba fuera de sí, angustiado y planificando una búsqueda. El Sr. Breen, por otro lado, estaba tratando de olvidar todo el asunto y seguir hacia Londres.

Nadie se iría, de eso estaba segura, pero esperaba que pronto se marcharan hacia el bosque a buscar a Amelia y nos dejaran en paz. Con algo de suerte, el odioso Sr. Breen y la criatura con forma de lobo de ojos púrpuras se encontrarían y resolverían el asunto con facilidad.

Aunque pensándolo bien, no quería que el monstruo regresara. No,

deseaba que estuviera muy lejos, asustado por la luz brillante que emanó Pinzón para que nos dejara solos para siempre. A pesar de la humedad y oscuridad, agradecía la soledad de la biblioteca subterránea. Había tenido demasiada excitación para una sola mañana, y me estaba comenzando a preocupar que una semana no fuera tiempo suficiente para terminar la traducción para el Sr. Morningside.

“Por lo menos”, me dije a mí misma, escribiendo el punto al final de una nueva entrada, “no es aburrido”.

Estaba muy atrapada en las aventuras de este joven Bennu. El interés del Sr. Morningside en este diario se hacía cada vez más evidente conforme lo leía; había varias menciones sobre los Adjudicadores y podía asumir que Bennu había sido parte de un enfrentamiento ancestral y, aparentemente, aún vigente. Pinzón había hablado sobre guerras y peleas, lo cual me hacía preguntarme si este diario contenía algunos secretos útiles sobre los enemigos del Sr. Morningside. Aún no tenía muy en claro cómo estaba relacionado con el juicio o cómo sabía que este diario era importante en un principio, pero la única forma de hacerlo era seguir trabajando en él.

Mis ojos se habían comenzado a cansar de trabajar con nada más que la tenue luz azul de las velas que me hacían compañía. Las horas pasaron y la residencia arriba se tornó más tranquila cuando los hombres salieron en búsqueda de Amelia. Probablemente, ya se encontraba camino a Derridon en el carro, directo a una cita con Chijioke y Giles St. Giles para hacer que su alma resida en una paloma encantada.

“Espero que elijan un buitre”, dije, alejándome del escritorio para ponerme de pie. Un poco de ejercicio me vendría bien, por lo que hice algunas vueltas por la habitación, estirando mis dedos acalambrados y revisando detenidamente los extraños objetos escondidos del Sr. Morningside.

Podría haber pasado semanas enteras inspeccionando cada rincón de ese lugar. Había libros en idiomas que nunca antes había visto, jarros con líquidos que se escapaban de mí hacia el fondo del contenedor cada vez que me acercaba. Al parecer, también le había parecido necesario guardar un tomo masivo con nada más que espinas prensadas. Deambulé junto a la chimenea y llegué al rincón de la biblioteca, no muy lejos de la puerta. Nuevamente, observé el retrato de cuatro figuras que se encontraba recostado sobre uno de los estantes, y decidí acercarme con cuidado, como si por alguna especie de magia, las personas allí dibujadas pudieran verme desde el otro lado del lienzo.

Me incliné para observarla mejor y noté que estaba parcialmente recubierta con una manta para el polvo, un viejo brocado que colgaba y le daba a la escena un tono más dramático. Tomé una de las puntas de la tela y la levanté para estudiar la pintura y a los extraños sujetos. Había tres hombres y una mujer. La última estaba vestida en lo que parecía ser la vestimenta de una estatua romana. Era extremadamente bella entre esos colores magenta de su ropa; su piel incluso tenía cierto tinte rosáceo. El hombre por detrás estaba parado bastante cerca suyo, como si fuera un familiar, el esposo o su hermano quizás. Llevaba una capa negra que cubría gran parte de su cuerpo, acompañada de una máscara hecha de madera adornada con algunas enredaderas que contorneaban los ojos y la boca.

Los otros dos hombres estaban más separados, uno de pie y el otro sentado sobre un sofá de color marfil pequeño. No podía decir mucho del hombre que estaba parado, ya que, si bien tenía cabeza, no tenía ningún rasgo pintado. Era solo una marca de piel sin ojos, nariz o boca. Me parecía algo horrible de admirar, desagradable. Un hombre debería tener rostro, y la pintura de uno sin rasgos faciales no debería provocarle a una muchacha tanta incomodidad.

Sentado junto a la persona sin rostro había un anciano, alegre y regordete. Tenía un aire similar al pastor que me había cuidado cuando traté de escapar de la Coldthistle House. Y, si bien en ese entonces me había tratado con amabilidad, al ver esta recreación suya se me erizó la piel. No era una sonrisa benigna la que esbozaba, sino hambrienta, acompañando una mirada apenas marcada por la locura.

–Espantoso, ¿no lo crees? No es la clase de cuadro que uno quiere tener colgado en el vestíbulo principal –me paré de golpe, asustada, colocando las manos frente a mí instintivamente. El Sr. Morningside había ingresado en silencio y me observaba desde la puerta con los brazos cruzados sobre su traje oscuro a rayas, y añadió, riendo–: Mucho trabajo, ¿verdad?

–Necesitaba descansar las manos –le expliqué, encogiéndome levemente de hombros–. Pero ya terminé de traducir varias entradas.

–¡Ah! ¡Al fin buenas noticias! –caminó con entusiasmo hacia el escritorio y se inclinó para inspeccionar mi trabajo–. Buen trabajo, Louisa, muy refinado. Casi que me siento mal por haber dudado de ti.

–Ya lo veo –contesté, con sarcasmo–. ¿Cómo tomó las noticias el prometido de Amelia?

El Sr. Morningside puso los labios como un caballo que está a punto de relinchar y movió la cabeza de un lado a otro, mientras leía mi trabajo.

–No muy bien, como uno esperaría, pero por suerte nadie comenzó a soltar puñetazos. Es un trabajo sucio el que hacemos nosotros, pero podemos y debemos mantenerlo lo más normal posible –no dije nada, conteniéndome de decir algo más descarado–. No te sientas mal por Mason, Louisa. No está aquí por su trabajo de caridad.

–Lo sé –dije, de mal humor–. No opino nada de él.

–Bien. ¿Qué piensas de ella?

–¿Perdón? –su cabeza seguía sumergida en las páginas, escaneando el texto rápidamente.

Con una sonrisa, el Sr. Morningside inclinó la cabeza hacia la izquierda y luego hacia atrás, lo cual me hizo comprender con cierta inquietud que se refería a la pintura.

–La obra de arte. Parecías bastante perdida en ella hace tan solo un momento –me sonrojé al comprender que me había atrapado husmeando.

–¿Quiénes son? Reconozco al pastor, pero ¿quiénes son los demás?

–Reliquias, todos ellos –dijo, sin vacilar–. Remanentes de una época pasada.

Por un momento, lo miré fijo, tratando de comprender qué había detrás de esa sonrisa relajada.

–El que no tiene rostro es usted, ¿no es así?

Finalmente, levantó la vista y casi deseé que no lo hubiera hecho. Lo reconocí por lo que era; un depredador examinando a su presa, como si esta se hubiera revelado y atacado al cazador.

–Qué deducción tan interesante –dijo.

–No es una deducción. Los retratos afuera de su oficina... todos ellos son usted, ¿no es así? Cada persona lo ve distinto. Para Poppy, es un anciano, y otra cosa para la Sra. Haylam, aunque no sabría decir bien qué –le contesté, levantando la barbilla. Volteé y señalé la pintura–. Ese es usted y el otro es el pastor. ¿Quiénes son los otros dos?

El Sr. Morningside me examinó lentamente por un momento y luego tomó los papeles con sus manos, acomodándolos en una pila sobre el escritorio. Como un maestro muerto de aburrimiento de su estudiante, caminó hacia la pintura y levantó el cobertor.

–Fueron mentores, en cierta medida –me explicó. También parecía estar

perdido en la pintura, observándola con atención de la misma forma en que yo lo había hecho antes—. Nunca los conocí del todo, no tanto como al pastor. En aquel entonces, era muy joven, apenas una idea hecha manifiesto.

Colocó nuevamente el cobertor sobre la pintura con bastante rudeza y se acercó hacia mí desesperado, tomando la traducción y mirándome con aires de superioridad detrás de su respingada nariz.

—Ya no importa, Louisa; ya no están aquí.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que murieron? —pregunté. Él soltó una risita y negó con la cabeza.

—Nadie puede matar a un dios, muchacha, solo convencerlo de que seguir existiendo no sirve de nada.

Quería saber más, mucho más, y traté de elegir mi siguiente pregunta con cuidado, dado que haría todo lo posible para evitar todo tipo de respuesta directa. Antes de poder decir alguna otra palabra, el Sr. Morningside hizo una mueca de dolor, juntando los papeles y llevándoselos al pecho como si estuviera sufriendo un puntazo repentino. Su rostro se vio teñido de un color verde, al igual que un hombre al borde de una enfermedad.

—Maldita sea, ya está aquí —musitó, respirando hondo.

—¿Quién? —pregunté, siguiéndolo hacia la puerta.

—El pastor —gruñó el Sr. Morningside. Pero luego me miró con lástima, o quizás tristeza. Su mirada se suavizó, tanto que casi parecía compasivo. Era difícil imaginar algo que aturciera al Diablo mismo, pero claramente podía notar el miedo en sus ojos—. Supongo que nos tendremos que apresurar, Louisa; mi juicio está por comenzar.



Capítulo
Diecinueve



Ni bien subimos la escalera, Chijioke ingresó por la puerta principal a toda prisa. El caos que ocasionó la desaparición de Amelia aún seguía presente, pero ahora había un asunto más importante que tratar. En la cocina, oí los gritos de la Sra. Haylam dándole órdenes a Poppy y algunos ladridos de Bartolomé para quitar su frustración. Chijioke había perdido su abrigo en algún lado, ya que se acercó a nosotros solo con su camisa y con la frente brillante por el sudor. Por la puerta abierta pude ver el carro y los caballos esperando en la entrada.

—Señor —dijo, sin aliento—. Están aquí, los...

—Sí, Chijioke, ya lo sé —el Sr. Morningside esbozó una cálida sonrisa y le dio algunas palmadas sobre el hombro, no sin antes voltear para mirarnos—. Ahora, ustedes dos, por favor háganle saber a la Sra. Haylam que volveré enseguida. Debemos permanecer tranquilos, no será nada más que una pequeña formalidad, gracias a Louisa.

Chijioke volteó hacia mí, confundido.

¿Realmente era tan sorprendente haber sido útil?

—No espero que tome mucho tiempo. Chijioke, si fueras tan amable, por favor, acompaña a los familiares de la Srta. Canny a que suban al carro hacia Derridon. Se rumorea que la vieron por esa zona y, ciertamente, querrán investigar esos rumores.

Asintiendo, Chijioke se dirigió hacia las escaleras. Arriba, podía oír a los hombres discutir y, a juzgar por su proximidad, lo estaban haciendo en la recámara de Amelia.

—¿Qué tal si no regresan? —pregunté. El Sr. Morningside comenzó a reír, una y otra vez, para luego mover la cabeza de lado a lado como si fuera una

niña que dijo algo fuera de lugar.

–Siempre regresan –dijo, tocándome ligeramente en la nariz con los papeles que tenía en las manos, antes de regresar hacia la puerta verde que lo llevaba a su oficina–. Necesitaré revisar esta traducción y cambiarla por algo más adecuado. Dile a la Sra. Haylam que prepare algunos refrescos en el jardín para el pastor y su séquito. Haré mi mayor esfuerzo para no hacerlos esperar mucho.

Le di un pequeño saludo de cortesía como de costumbre y me dirigí a toda prisa hacia la cocina, en donde casi tropiezo con Poppy, quien saltaba de un lado a otro entre el horno y la gran mesa en el centro de la habitación. Mi mensaje sería horriblemente innecesario, dado que la mesa ya estaba repleta de tortas para el té, sándwiches y tazones de frutas. Incluso había una lujosa piña, decorada de tal forma que parecía un pavo real con algunos clavos de olor sirviendo de ojos y algunas flores frescas para simular su cola majestuosa.

–No te quedes allí parada sin hacer nada, niña, ¡ayúdanos! Mary todavía se está recuperando, así que necesitaremos otro par de manos –la Sra. Haylam, para mi sorpresa, lucía nerviosa, quizás por primera vez en su vida. Se movía tan erráticamente como Poppy mientras cargaba las bandejas con tartitas de carne y tazas de té deslumbrantes.

–El Sr. Morningside dijo que llevemos algunos refrescos al jardín –le comenté, sin saber en dónde pararme entre tanto caos.

–Bueno, ¿qué crees que estamos haciendo? –agregó la Sra. Haylam, pellizcándome el lóbulo de la oreja al pasar junto a mí–. Ayuda a Poppy con el té, por favor, y busca algo de brandy también. Corta algunos limones con mucha delicadeza, niña, eso será lo que el pastor tomará con su té.

Encontré a Poppy luchando con el peso de una tetera sobrecargada y la ayudé a sostenerla, colocándola suavemente sobre la mesa. Tomé algunos

limones de la despensa e hice mi mejor esfuerzo para cortarlos tan fino como fuera posible para exponerlos sobre un plato con azúcar y crema.

Desde la escalera del vestíbulo principal pude oír varias pisadas pesadas que bajaban a toda prisa. Al notar que la Sra. Haylam estaba ocupada tratando de quitar una mancha de su delantal, me asomé y vi a Mason, su padre y Samuel Potts marchando sobre la alfombra desgastada hacia la puerta principal. Apenas había visto a Mason desde la desaparición de Amelia, por lo que me sentí asombrada al encontrarlo caminando como si nada hubiera pasado. De hecho, estaba perdido en el collar que cargaba en sus manos, un relicario abierto sobre el cual frotaba su pulgar con cariño. No tenía sentido adivinar qué había en su interior, pero quizás era un retrato de Amelia que llevaba como recuerdo. Me pareció notar que se percató de que lo estaba mirando, lo cual lo hizo levantar su cabellera dorada bruscamente y guardar a toda prisa el relicario en el bolsillo de su saco.

–Seguro volverá pronto –le dije con amabilidad, haciendo un saludo de cortesía para ocultar mi rudeza.

–Sí, claro. Gracias –replicó, pero había perdido todo rastro de esperanza y bondad.

Era mejor que nada. Me sentía mal por haberle mentido y dado falsas esperanzas. Los hombres se marcharon junto con Chijioke. Suavemente, mientras la puerta se cerraba, lo oí explicándoles el camino hacia Derridon y dándoles algunas sugerencias sobre dónde buscar a Amelia.

Al cabo de un momento, el despliegue de “refrescos” que habíamos preparado ya estaba listo para ser presentado. Tenía un nudo en el estómago mientras llevábamos la comida desde la cocina hasta el jardín. Cuando salimos hacia la bruma matutina, Chijioke ya había terminado de colocar una serie de sillas de mimbre y tres mesas bajas de exterior. Me detuve con una de

las bandejas de pasteles de crema y analicé a aquellos que habían venido para el juicio.

No lucían particularmente intimidantes, pero el Sr. Morningside ya se había asegurado de introducirme en la cabeza que las apariencias engañan. Aun así, la escena frente a mí podría haber sido una reunión de amigos un domingo; el pastor se había cambiado la camisa de frisa tipo leñador y llevaba un traje un poco más formal, pero aun así estaba a años luz del gusto indiscutible del Sr. Morningside. De hecho, incluso había traído su gorro desgastado, un complemento contrastante con su saco castaño veraniego. Su hija, Joanna, también lucía más formal con un vestido de muselina celeste atado por la cintura con una lazo rosa de satén. Su cabellera rubia estaba peinada y trenzada bajo una capota de rafia bastante adorable.

Joanna ayudó al pastor a sentarse en su silla y se quedó parada a su lado, examinando la mansión con curiosidad. También vinieron acompañados de su perro pastor, el Gran Earl, quien tenía el día libre de ovejas para cuidar por su dueño, pero solo miraba a Bartolomé, quien se paseaba de un lado a otro bajo la sombra del granero.

Pinzón y Sparrow también estaban allí, claro, con sus prendas veraniegas de tonos grises y verdes claros; Sparrow llevaba pantalones nuevamente, acompañando a su larga cabellera oscura recogida con las trenzas entrelazadas con lazos del color del césped primaveral.

Lo primero que pensé al acercarme fue que todos ellos, a excepción de Sparrow, lucían felices de verme. Conforme el sol se asomaba, el día se tornaba cada vez más caluroso, por lo que seguramente debía lucir cansada y transpirada cuando dejé la primera bandeja, lo cual hizo que Pinzón se parara a ayudarme.

—No es necesario —le dije, suavemente—. Son nuestros invitados.

–Louisa... –el pastor se inclinó hacia adelante en su silla, con las mejillas rojizas por el calor. Me esbozó una sonrisa, pero no lo suficientemente marcada—. No me sorprende que aún sigas trabajando aquí. De todas formas, es gratificante saber que te encuentras bien. Mmm, ahora bien, a él no lo conozco...

Miré detrás de mi hombro y noté que Lee salía de la cocina con el té. Parecía estar molesto por el sol, con el cabello descuidado y su vestimenta arrugada. Traté de darle una sonrisa alentadora mientras Pinzón le explicaba al anciano quién era exactamente Lee y las extrañas circunstancias que lo habían llevado a ser parte del personal permanente de Coldthistle.

El pastor mostró indignación, y se apresuró para dejar en claro su punto antes de que llegara Lee.

–Ya veo, las cosas están cambiando bastante rápido. Henry tiene mucho que explicar.

Ese dolor frío en mis huesos regresó y el nudo en mi estómago se intensificó. No quería pensar en la idea de testificar en contra del Sr. Morningside, particularmente si involucraba a Lee. No, Lee no era parte de la Coldthistle House, *era* un error, mis acciones le habían provocado la muerte y su posterior resurrección. Sabía que hablar sobre eso en voz alta me llenaría de arrepentimiento y vergüenza, pero quizás era lo que merecía sentir.

Más allá de eso, me parecía absurdo ponerme en contra del Sr. Morningside cuando ya había aceptado realizarle la traducción que probaría su inocencia. No tenía intención de jugar para los dos bandos, pero, inconscientemente, lo había hecho.

–¿Te encuentras bien, Louisa? –me preguntó Pinzón, acercándose y colocando una mano sobre mi codo, lo cual me hizo encoger del miedo—.
Luces increíblemente pálida.

–Es solo el calor –musité, alejándome para ayudar a Lee con el té. Había visto el gesto amigable de Pinzón sobre mi brazo, lo cual lo hizo fruncir el ceño con desprecio.

–Ignóralo –le susurré a Lee, tomando la bandeja vacía y encaminándome hacia la residencia. Él me siguió por detrás.

Dios, todo era un desastre. Quería desaparecer. Quizás nadie notaría si seguía de largo por la cocina y me dirigía arriba hacia la habitación de Mary. Podría esconderme allí y hablar todo el día sobre ella, sobre el lugar en el que había estado, sobre todo menos este maldito juicio.

Cuando llegamos a la cocina, la Sra. Haylam estaba saliendo. Se las había arreglado para quitar la mancha de su delantal y tranquilizarse, reemplazando esa actitud preocupada por una más regia, con la frente en alto mientras salía hacia el jardín con las manos vacías, dejando a Poppy a cargo de preparar una fuente con bollos.

–Esto es ridículo –dije refugiándome en la fresca sombra de la cocina. Todavía quedaba mucho para llevarles a los invitados, por lo que me apoyé sobre la mesa, haciendo tiempo. Lee se dirigió hacia el fregadero y lavó sus manos ya limpias, y luego se las llevó hacia el pelo para suavizar su cabellera salvaje.

–Deseo que se vayan –me contestó, todavía dándome la espalda–. El solo hecho de estar cerca suyo me hace sentir mal.

–El Sr. Morningside asegura que se irán pronto, pero suena como un mero deseo. Quién sabe cuánto tiempo durará este supuesto juicio y cuál será la sentencia. El Sr. Morningside parece bastante preocupado con todo este asunto, como si hubiera una posibilidad de que salga mal.

Lee soltó una risa cruel al oír eso y volteó para mirarme. Era extraño verlo tan furioso, como si la dulzura de su rostro protestara con esta nueva

personalidad. Sus labios solían tener una sonrisa casi innata, razón por la cual su ceño fruncido y sus gruñidos se veían completamente ajenos a él.

–Bien. Espero que sufra –se dirigió hacia la mesa y tomó una bandeja con sándwiches. Suspiré y me acerqué, tocándolo en el brazo.

–No, Lee, no quieres eso –sentencié–. No porque no se lo merezca, porque sí lo merece, sino por lo que significaría para nosotros. Dice que están aquí para vigilarnos y Pinzón mismo confesó haberlo estado haciendo. No se irán. Pinzón, Sparrow, o ambos se quedarán para observarlo. Así es cómo Pinzón nos encontró a Mary y a mí la otra noche; patrullan alrededor de Coldthistle todo el tiempo.

Eso lo hizo hacer una pausa y bajar la bandeja un momento. Se quedó mirando fijo mi mano sobre su brazo y su ira disminuyó por un instante. Teníamos la misma expresión indefensa. Triste.

Bajó la cabeza y cuando la volvió a levantar hacia mí, sus labios lucían firmes, con determinación.

–No quiero esas cosas aquí, Louisa. Me hacen sentir el estómago revuelto, como si estuviera a punto de vomitar. Me resulta... muy difícil dormir, y ahora lo es mucho más con ellos cerca.

–Lo siento.

–No –dijo con fuerza–. Solo ayúdame a encontrar una forma de hacer que se marchen.

Asentí y le solté el brazo para ayudarlo a levantar la bandeja con sándwiches y me encaminé para buscar otra para llevar por mi cuenta. Pero no le dije eso, estaba tratando de encontrar una forma para que *ambos* nos marcháramos.

–El Sr. Morningside quiere que declare a su favor y Pinzón quiere lo contrario. Podría... mentir, pero no estoy segura de que sea una buena idea.

—¿Por qué no? —me presionó, caminando lentamente hacia la puerta conmigo. Por primera vez desde su regreso, lucía optimista. Entusiasmado—. ¿Qué importa con tal de hacer que se marchen?

Me detuve en la puerta. Algunas nubes habían abarcado el cielo y lo cubrían como una cortina gris densa. Pinzón nos vio y nos saludó desde lejos junto a su hermana.

—Porque no estoy segura de que mentir sea una opción, Lee. No creo que me permitan inventar historias y, si lo llegara a hacer, temo no salir con vida.





Capítulo
Veinte



El Sr. Morningside no se presentó en ningún momento del mero “refresco” que había en el jardín, y ya estaba oscureciendo cuando la Sra. Haylam les propuso a los visitantes ingresar a la tienda. Lo había planificado perfectamente; el pastor y sus amigos desaparecerían en la enorme tienda blanca justo para cuando Mason Breen, su padre y Samuel Potts llegaran desde Derridon.

Por eso, me enviaron a preparar la cena en el comedor mientras Chijioke y Lee acomodaban el desastre que había quedado en el jardín y guardaban los muebles de mimbre. Todo fluyó con mucha delicadeza; un grupo desapareció justo antes de que el otro pudiera notarlo, haciendo que reacomodar dos fiestas distintas fluyera con total suavidad.

Mientras llevaba el jamón y una bandeja de ensalada hacia el comedor, no pude evitar preguntarme qué era lo que le estaba tomando tanto tiempo al Sr. Morningside. ¿Acaso no había ido a cambiarse la ropa solamente? ¿Era esto alguna especie de truco fríamente calculado para hacer esperar al pastor y demostrar su poder? Fuera lo que fuere, me daba cierta esperanza de que ya fuese demasiado tarde para llevar a cabo el juicio esa noche. Ya había trabajado durante todo el día y no estaba segura de poder ser más lista que un Adjudicador cuando lo único que quería era dormir.

El Sr. Breen y Samuel Potts se quedaron rato suficiente como para tomar algunos trozos de carne y copas de vino antes de retirarse de mal humor, salpicados con lodo, hacia sus habitaciones. Afuera, en el vestíbulo principal, podía oír a Poppy caminando a toda prisa en busca de ropa limpia y un cuenco para ambos mientras continuaba sirviéndole a Mason Breen. Estaba completamente en silencio, mascando muy despacio y bebiendo de su vino

con poco interés y con movimientos exhaustos que parecían causarle dolor. Era como si estuviera moviéndose en el lodo.

–Supongo que debemos ir a Malton mañana –dijo finalmente, suspirando al comer un trozo de jamón. Su brillante cabellera dorada estaba cernida sobre el plato mientras hurgaba entre la comida–. Después de todo lo que... Después de tanta confusión. No puedo creer que Amelia me humillara de esta manera. Siempre la defendí. *Siempre* la defendí.

Por favor, ve a dormir, ve a dormir, ve a dormir...

–Señor, si me permite...

–Claro –me interrumpió, resoplando–. ¿Acaso luce como si tuviera a alguien más para conversar?

Me dirigí hacia la mesa de servicio y tomé un poco más de vino para servirle en su copa. Si seguía tomando ese vino de Burdeos a este ritmo, en cualquier momento subiría las escaleras y se iría a dormir enseguida. Resopló, agradecido, mientras rellenaba su copa, la cual comenzó a beber de inmediato.

–No conocí muy bien a la Srta. Canny –comencé, dando un paso hacia atrás con el decantador en mis manos–. Para nada; de hecho solo hablamos una vez, pero recuerdo que me había parecido una mujer fuerte y decidida. Ambas crecimos en un lugar bastante cercano, por lo que me comentó, en la pobreza.

Mason comenzó a moverse con más nerviosismo al oír eso, girando la cabeza rápidamente hacia mí. Tenía una pequeña marca roja de vino sobre sus labios.

–¿Ah, sí?

–Sí, señor, mi acento ya no es como antes, pero Dungarvan y Waterford no están muy lejos –le comenté–. Toda esta nueva riqueza, unirse a una familia como la suya... Puedo imaginar que fuera... que sea intimidante para

ella. Sé que sería difícil cambiar tanto; se sentiría como si estuviera traicionando a mi antigua familia, a mis viejos amigos. Sería como convertirse en una nueva persona.

Lentamente, Mason esbozó una sonrisa, un hoyuelo apareció en su mejilla mientras me miraba un poco ebrio.

–No lo había pensado de esa manera. Mi única obsesión ha sido su odio hacia mi padre, pero uno apenas puede juzgarla... Lleva tiempo agradarle, es un gusto adquirido. Solo quiere lo mejor para mí, pero no se da cuenta de que Amelia me quiere por lo que *soy*, y no por mi dinero. O al menos eso creo. Al diablo con todo, ¿por qué tuvo que huir de esta forma?

Maldijo en voz baja y alejó la copa de vino, enseguida alcanzó el bolsillo de su saco y tomó el relicario con el que lo había visto jugar más temprano. Al abrirlo, suspiró y se quedó admirando la pequeña pieza de joyería. Ahora podía verla bien y noté que en un lado llevaba una pequeña pintura suya y en el otro, la de una joven muchacha. Una mujer pelirroja que no se parecía en lo más mínimo a Amelia.

La rival de Amelia, aquella que tuvo que matar para ganar el amor de Mason.

–¿Quién es? –pregunté, suavemente. Cuando levantó la vista hacia mí, le esboqué la sonrisa más tonta y vacía que podía darle-. Es bastante bonita.

–Enid –soltó en un suspiro. El vino lo había puesto al borde de las lágrimas-. La adoraba. Mi *padre* la adoraba. Se cayó por las escaleras y se quebró el cuello en nuestra casa de campo. La encontré cuando fui allí para cazar. Fue el peor día de mi vida.

No dije nada y lo miré bajar la taza de té y presionar el relicario entre sus puños. Apresurándome, le serví otro poco más de vino, el cual bebió de un trago.

–Pero Amelia siempre estuvo allí –dijo con cierta dificultad. Ahora se le habían formado los dos hoyuelos cuando me miró con ojos soñadores. Pobre bastardo. Estaba perdido–. Solía ser tan fiel, tan comprensiva. Sufrí por Enid durante varios meses, pero Amelia nunca se molestó. Incluso luego de aquel suceso horrible en Nueva Gales del Sur, siguió a mi lado. Me gustaba eso. Nunca fue tan linda o completa como Enid, pero me amaba con una especie de desesperación que me hacía sentir seguro. ¿Has sentido eso alguna vez? ¿Alguna vez alguien te ha amado de esa manera?

–No –contesté, inexpresiva. ¿Quería siquiera tener algo así? Sonaba cansador–. Es muy afortunado por haber encontrado a dos mujeres así.

–Por Dios, tienes razón –dijo guardando el colgante y poniéndose de pie, aunque inestable, sosteniéndose de la mesa para mantener el equilibrio camino a la puerta–. *Soy* muy afortunado. Amelia regresará. Así es ella, devota. Completamente devota. Gracias, esto... Necesitaba esto. ¿Es mucha molestia si me llevo lo que queda del vino?

Sonreí y le entregué el decantador.

–Solo tenga cuidado con las escaleras, señor, son bastante empinadas.

–Y me mataré, lo sé, no hace falta recordármelo –dijo Mason, con hipo. Volteó y se abrió camino hacia el vestíbulo, reuniendo la poca concentración que le quedaba en tratar de no soltar el vino. Que llegara entero a su recámara parecía algo más difícil de que ocurriera.

Era un alivio estar sola, por lo que me tomé mi tiempo para ordenar el desastre que habían dejado. Cuanto más tardara, más tarde se hacía, por ende, menos posibilidades de ir a la cama sin que primero me pidieran hacer alguna otra cosa. Pero no nací para tener esa suerte. Al apagar las últimas velas y limpiar la cera, una sombra oscureció la habitación. El Sr. Morningside. Esperó bajo el arco que se abría hacia el vestíbulo, reconocible por su

inconfundible silueta alta y delgada.

–Louisa –dijo, con aspereza–. Termina con esto y luego dirígete a la tienda del jardín. No ingreses, ¿de acuerdo? Espera que yo llegue.

Mis ojos se cerraban del cansancio al acercarme hacia él con los brazos llenos de papeles sucios y el mantel.

–¿Cuánto tiempo debo esperar?

–Lo necesario –me respondió el Sr. Morningside. Se desvaneció antes de que pudiera alcanzarlo, aunque claramente lo había visto llevar los papeles de mi traducción. No vi nada más que la cola de su saco mientras me dirigía lentamente desde el comedor hacia la cocina. Bartolomé era el único que estaba allí, recostado sobre su espalda con las cuatro patas hacia arriba.

Le acaricié el cuello al pasar y guardé los cubiertos en la despensa, no sin antes colocarme un nuevo delantal. Era un gesto vacío, pero ponerme algo limpio me hacía sentir mejor y más despierta. Comí una de las tartas de carne y me encaminé hacia la tienda en el jardín. En la entrada había dos antorchas flameantes que, si bien no eran lo suficientemente brillantes como para iluminar el jardín entero, me daban un rumbo más claro. Disfrutaba del aire fresco que arrastraba consigo la esencia de césped y pino húmedo en sus ráfagas suaves. Aunque no hubiera lluvias o heladas, Coldthistle siempre lucía más siniestra al anochecer. Los angostos parapetos y las pequeñas ventanas se tornaban más oscuras que la noche misma. La residencia no era lo que realmente representaba a plena luz del día, ya que por la noche se veía más grande, como si absorbiera las sombras para hacerse más poderosa.

No volteé para ver la ventana a medida que me acercaba a la tienda, aunque sí esperaba que Mary no estuviera sola allí. Me preocupaba que aún no supiéramos la identidad del asesino de Amelia, y Mary, aún en reposo, no estaría en condiciones de defenderse de algún ataque. Poppy había ido a

buscar agua caliente para los huéspedes y seguramente la Sra. Haylam había sido lo suficientemente lista como para ordenarles a los Residentes que estuvieran alerta. Todo parecía ocurrir a la vez; la Corte, los huéspedes, el regreso de Mary, las criaturas en el bosque, la muerte de Amelia, mi pacto con el Sr. Morningside y la venganza que de allí devendría. No había duda de que estaba al borde del colapso en cualquier momento; era suficiente para marear a cualquiera.

Pero mi propósito en ese momento era claro o, al menos, debía serlo. Recordé el rostro esperanzador de Lee al mencionarle que buscaríamos una forma de deshacernos de los Adjudicadores. Ya había atravesado demasiados cambios, lo menos que podría hacer era liberarlo del dolor que le causaba su presencia. Y eso requería mentir, mentirle a Pinzón, que ya me había escuchado decir que el Sr. Morningside se había equivocado con Lee. Había reglas que todavía no comprendía; ¿acaso eso significaba que debía ser infalible? Pues claro que era eso. Chijioke y Poppy tienen demasiada confianza en sus decisiones... ¿Se replantearían su devoción ahora que sabían que se había confundido una vez?

Al llegar a la tienda, sentí escalofríos y pensé en lo que había leído en el diario de Bennu. No había duda de que lo que él había visto eran criaturas como Pinzón y Sparrow usando sus poderes para dictar una sentencia. *Siempre vienen de a tres*, me había dicho Chijioke y eran tres los que había contado Bennu en su diario. Si llegaba a mentir, ¿uno de ellos se encargaría de obtener la verdad y con ella, mi vida?

Me paré cerca de una de las antorchas y esperé, con las manos apretadas entre sí, moviéndolas nerviosamente. No había nada que hacer; tendría que mentir, le debía eso y mucho más a Lee, pero me reservé el derecho a anticiparme al momento con ansiedad. Inquieta. Impaciente. Oí las voces

desde el interior de la tienda, lo cual me hacía tornar cada vez más curiosa sobre lo que podrían estar hablando dentro. Al mismo tiempo, comenzaba a percatarme de la oscuridad que me rodeaba. La pequeña isla de luz que dibujaba la antorcha se sentía segura, pero conforme el sol desaparecía por el horizonte, no podía soportar alejarme mucho, prestando atención a cualquier señal de movimiento a la entrada del bosque y los campos del este.

Una ráfaga de viento fuerte comenzó a soplar desde el oeste, lo cual hacía mover los árboles del bosque, que sonaban cada vez más fuerte y arrastraban consigo la esencia de humo de madera que llenaba mis sentidos con nostalgia de la infancia. Se sentía como casa. *Casa*. O como cualquier otro momento ocasional de paz que hubiera experimentado allí, la mayor parte del tiempo a solas o con mi amiga imaginaria. Cerré los ojos ante ese sentimiento. Cuando los abrí nuevamente, la antorcha a mi lado luchaba contra el viento. Otro sonido, el de una brisa sobre las hojas de los árboles, comenzó a susurrar en el bosque. La cercanía de la antorcha me dificultaba ver en la distancia, por lo que decidí alejarme por un momento, esperando que mi vista se acostumbrara a la oscuridad, y luego comencé a notar que los arbustos y pequeños árboles se sacudían como si algo estuviera moviéndose entre ellos.

Mi piel se erizó. Fuera lo que fuera que se estuviera moviendo con tanta prisa, oculto en la oscuridad y la densidad de los arbustos, se estaba acercando. Nadie más que yo estaba afuera, por lo que decidí regresar hacia la antorcha nuevamente. ¿Qué tal si era esa criatura lobo? Era demasiado vulnerable al aire libre de esa forma, totalmente indefensa. Caminé de puntillas hacia la entrada de la tienda, lista para ingresar a toda prisa si el monstruo se volvía a presentar.

La luna brillaba suavemente, recubierta por una especie de manto a medida que una nube densa la tapaba y disminuía su luz. No, solo tendría la

antorcha para protegerme. La tomé y la mantuve frente a mí sin quitar la vista de las sombras, para así comenzar a avanzar. Fuera lo que fuera lo que se estuviera moviendo entre los árboles, cada vez estaba más cerca, intensificando tanto el ruido de las hojas que lo sentía sobre mi cuerpo como el miedo y peligro subiendo por mi cuello. La antorcha ardía a mi lado pero mi piel continuaba fría del miedo. Ninguna ardilla podía hacer que los árboles se movieran de esa forma. De pronto, una figura no más alta que un hombre emergió del bosque, desde donde se acercó hacia mí a toda prisa.

Entré en pánico, sin aliento y retirándome hacia la seguridad de la tienda con la antorcha en la mano, preparada. Fuera lo que fuera, estaba corriendo hacia mí con la destreza y habilidad de un ciervo o un zorro, para nada igual a la de un humano. Supe desde el momento en que la criatura me vio que tenía la ventaja, ya que yo estaba engeguada por la luz de la antorcha que ardía cerca de mi rostro. Pero se había percatado de que la había visto, por lo que se detuvo de pronto y regresó a la seguridad del bosque.

Me pareció escuchar un golpe seco contra el césped. Me había *arrojado* algo.

Quizás como un gesto muy tonto de mi parte, di unos pasos hacia adelante. Las voces en la tienda se tornaban cada vez más suaves a medida que me alejaba, moviendo la antorcha de aquí para allá, buscando el objeto entre los matorrales. Las hojas en la entrada del bosque comenzaron a moverse de un lado a otro nuevamente, por lo que miré hacia arriba, congelada, pero era solo la persona escondiéndose entre los arbustos.

“¿Hola?”, llamé. “¿Puedo verlo! ¿Está escondido allí! ¿Quién es? ¿Qué quiere?”. Nada. Solo el quebradizo sonido de la antorcha en mi mano y el ulular de un búho. “¿Manifiéstese!”.

Me adelanté con pasos inseguros, atenta a cualquier movimiento en el

bosque. Todo lucía tranquilo, pero avancé de todas formas. Me sentía valiente ahora que era yo quien lo acechaba. De pronto, mi pie golpeó con algo que yacía en el suelo, por lo que me agaché y pasé la mano por el césped hasta que mis dedos se encontraron con un bulto, una hoja enorme.

Estaba enrollada en algo y atada con un trozo de césped seco. Me paré y, colocando el paquete bajo la luz de la antorcha, comencé a abrirlo. Casi lo suelto sorprendida al ver lo que había dentro.

Una cuchara. *Mi* cuchara. Estaba torcida y doblada en formas extrañas, como si un gigante hubiera intentado usarla. Obviamente, alguien había intentado descifrar sus secretos sin éxito alguno. La cadena estaba enroscada en una especie de espiral rota en una de las puntas de la cuchara. La tomé y la guardé en mi bolsillo, desconcertada, y regresé hacia la tienda, casi ignorando lo que había escrito en la hoja.

La desenvolví y la estiré con fuerza para evitar que se cerrara otra vez. Quien fuera que la hubiera encontrado y devuelto había escrito un mensaje en la superficie rugosa de la hoja. Parecía tener el trazo de un niño hecho en lodo:

LO CIENTO

Lo siento. Levanté la vista de la hoja y volví a mirar hacia el bosque, confundida.

—¿Hola? —volví a llamar, preguntándome si quizás con un intento más obtendría una respuesta.

—¡Louisa! ¡Allí estás!

Guardé el mensaje a toda prisa en mi delantal junto con la cuchara y voltee para acercarme al Sr. Morningside, quien caminaba hacia mí. Había salido de la tienda y se lo notaba con bastante buen humor. Entrecerró los ojos e inspeccionó el bosque detrás de mí, y luego rio.

–¿Qué haces aquí? La Sra. Haylam no quiere que andes deambulando después del susto que se dieron en el bosque, y tampoco lo quiero yo. No es seguro estar aquí ahora, y lo sabes –colocó una mano sobre mi hombro y me guio de regreso a la tienda–. No me digas que estabas pensando escapar.

–No... No, es que me pareció ver algo –musité.

–¿Algo te asustó? ¿Quieres tomarte un momento antes de entrar?

–Estaré bien. Pero ¿qué se supone que haga? –pregunté. Ya estábamos de regreso en la entrada de la tienda. Los banderines que se encontraban sobre nosotros se mecían en el viento de un lado a otro conforme ponía la antorcha de regreso en su lugar.

Ahora, a la luz del fuego, noté que el Sr. Morningside se había vestido exquisitamente para la ocasión, con un traje de rayas con detalles iridiscentes en rojo y plateado, combinado con un pañuelo de seda color ébano y un broche de rubí con la forma del cráneo de un ave. Me sentía completamente diferente, ahora con el delantal nuevo manchado con hollín y aceite de la antorcha. Nos acercamos a una de las aberturas en la lona de la tienda manteniendo un brazo de distancia, aparentemente ignorando cómo estaba vestida.

–No durará mucho esta noche, Louisa. Sé que estás cansada –él ingresó primero y me esperó a que lo acompañara–. Solo tendrás que responder algunas preguntas cortas, principalmente sobre la naturaleza de la traducción que has estado haciendo para mí. Si te sientes nerviosa o tienes miedo, solo di que necesitas más tiempo para pensarlo.

–Espere –susurré mientras él sostenía la lona con su mano, con la cabeza baja para pasar por la pequeña entrada–. ¿Debo decir la verdad? ¿Qué tal si digo algo incorrecto?

El Sr. Morningside esbozó una enorme sonrisa blanca y movió la cabeza

de lado a lado.

–Solo di la que crees que es... bueno, *tu* versión de la verdad. La verdad de uno es la mentira de otro, lo que tú ves no es necesariamente lo que yo veo, y lo que yo creo no es lo que tú crees. ¿Está más claro?

–No –dije, suspirando–. Para nada.

Su risa desapareció dentro de la tienda con él, por lo que respiré hondo y lo seguí hacia el interior. Ese solo paso dentro de la tienda se sintió como si hubiera saltado de un acantilado, y era apropiado, dado que lo que encontré allí dentro me dejó perpleja y confundida.



Capítulo
Veintiuno



No esperaba encontrarme con una tienda ordinaria, pero esto era mucho más que increíble. Se sentía como si acabara de ingresar en un lugar de fantasía, oscuro y frío, con orbes de luces destellando en todos los colores a nuestro alrededor. No estaban sujetos a nada, simplemente deambulaban con su resplandor azul, rosa y amarillo buscando algún otro rincón para iluminar. Incluso los bordes del sitio eran difíciles de describir, ya que no parecía haber paredes ni techo, solo un velo de neblina oscura que nos envolvía en un aire que olía como la dulce miel de una colmena.

Cuando recobré la compostura, quedé impresionada por la gran cantidad de asistentes. ¿De dónde habían venido? El sitio desbordaba de actividad, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, algunos con capas largas y oscuras, y otros con vestidos brillantes color marfil. A mi izquierda había una larga mesa de madera con numerosas copas y decantadores, pero no veía que hubiera mucha comida. Sobre esa mesa colgaba una bandera con una versión bordada del broche que usaba para entrar y salir de la propiedad. Sin embargo, a esta le faltaba la inscripción soy la ira, reemplazada por meras serpientes. Aquellos que merodeaban alrededor de esa mesa llevaban capas negras; y aquellos en la mesa al otro extremo de la tienda, junto al estrado, vestían de blanco. Esa mesa tenía un banderín con un escudo de armas simple: cuatro partes, dos con alas y otras dos con ovejas. A mi derecha había una tercera mesa, pero estaba completamente vacía. Nadie se acercaba a ella. Por encima, tenía un banderín negro y viejo, como si hubiera sido olvidado.

Nuestra llegada no pareció ponerle fin a la estruendosa conversación, por lo que comencé a observar detenidamente alrededor en busca de algún rostro conocido. Finalmente, pude divisar a Chijioke entre el mar de sacos negros.

Su traje era mucho más brillante, de un color escarlata, de hombros y mangas anchas y con un patrón romboidal al frente. También llevaba un sombrero redondo, el cual se cernía sobre sus ojos rojizos como el carbón encendido, tan brillantes como cuando lo había observado realizar la ceremonia de partida de las almas en Derridon.

Me acerqué a él a toda prisa, sorprendida por su apariencia. Cuando me vio, también lucía igual de asombrado.

–Oh, jovencita, tenía mucha curiosidad por ver cómo lucirías en la Corte – dijo con una sonrisa indescifrable.

–¿Cómo luciría? –pregunté, confundida.

–Aquí dentro uno no puede ocultar lo que realmente es –me explicó, levantando la mano para que mirara a mi alrededor–. No hay magia ni encanto más fuerte que pueda ocultar tu naturaleza. Es por eso que me muestro como realmente soy, y por qué *tú* apareces como eres.

Me sentí como una tonta al bajar la mirada para ver mi propia vestimenta. Me encontré con que ya no tenía el uniforme de sirvienta y el delantal, habían sido reemplazados por un vestido de noche de una seda verde con un patrón de pequeñas enredaderas. Alrededor de mi cuello tenía un pañuelo de gaza que reemplazaba el áspero y simple que tenía antes. Chijioke soltó una risa estrepitosa ante mi asombro.

–¿Qué? ¿Ya has hecho esto antes? –volteé para verme en el reflejo de alguna copa sobre la mesa.

–No, pero tu reacción ha sido la mejor que he visto hasta ahora. Ten –me entregó una copa y la sostuvo frente a mí para que pudiera verme en el reflejo.

Mi cabello también había cambiado, ahora estaba recogido y entrelazado en la parte superior con un peinado de hojas y astas. Y mis ojos... estaban completamente negros, dilatados y alarmantes, lo cual me hizo dejar de mirar

mi propio reflejo por repulsión. Había cientos de otras cosas y personas por las cuales asombrarse. Chijioke se quedó a mi lado y luego me entregó otra copa, pero esta vez rellena con algo que sabía a vino de miel helado.

—¿De dónde salieron todos? No vi a nadie ingresar por el jardín.

—Eso también me tomó por sorpresa —respondió Chijioke—. Pero hay una puerta en el otro extremo, justo por detrás del asiento del juez. Lleva a... bueno, muchachita, a muchos lugares. Creo que el pastor quiere asegurarse de que haya gran cantidad de testigos en caso de que el Sr. Morningside intente evadir el juicio.

Casi había olvidado que estaba allí para declarar. Entre toda la multitud, divisé al Sr. Morningside y me quedé mirándolo caminar por el sitio hacia el estrado al otro lado de la tienda. Su traje magnífico no había cambiado, pero *él* sí, ahora su figura titilaba como si uno estuviera pasando las páginas de un libro a toda prisa y pudiera ver solo destellos de las ilustraciones que allí albergaban. En un instante era un anciano con una barba enrulada; en otro, la persona que había conocido, y el siguiente era un joven con las mejillas rosadas. Ante mis propios ojos, el Diablo mostraba sus cientos de rostros.

—¿Puedo esconderme aquí contigo? —musité—. No quiero que me interroguen.

—No te culpo, Louisa —dijo, tomando su copa—. Pero mi hora también llegará pronto.

—¿Y les dirás toda la verdad? —lo presioné—. ¿Sobre lo que ocurrió con Lee y su tío? ¿Sobre el error del Sr. Morningside?

La sonrisa innata de Chijioke se desvaneció y bajó la mirada hacia sus pies, emanando cierto resplandor de sus ojos rojizos.

—No... no lo he pensado. Decir la verdad parece ser lo más sensato.

—Lo parece hasta que no lo es —dije, exhalando—. ¿Qué tal si dejan a los

Adjudicadores para vigilarnos porque el Sr. Morningside no está haciendo su trabajo correctamente? ¿No crees que, sea cual sea la sentencia, también nos afectará a nosotros?

Asintió lentamente y se llevó la copa a sus labios, dejándola allí por un rato como si el líquido de su interior pudiera darle las respuestas que necesitaba.

–Lo pensaré, eso es seguro. No voltees, pero creo que te están llamando.

El parloteo en la tienda había cesado. En ese silencio, volteeé y encontré un camino que se abría paso justo frente a mí. Una figura líquida, enorme y dorada se paró frente a nosotros. Era una criatura sin género ni edad, solo la silueta de un hombre o mujer cuya piel ardía como el fuego abrasador.

–Louisa.

Era Pinzón, reconocible solo por su voz. Cuando miré detrás de él, pude notar la presencia de otras figuras como él, sin rasgos tan reconocibles más que una apariencia dorada, esperando sobre el estrado. Sentados allí por encima de ellos en un trono de madera ornamental se encontraba el pastor. No había cambiado en lo más mínimo.

–Sí, está bien –musité, colocando la copa de regreso en la mesa y volteeé rápidamente hacia Chijioke–. Deséame suerte, ¿supongo?

–No la necesitarás –dijo con una sonrisa–. Tienes tu astucia.

No estaba tan segura de eso. Me sentía desorientada, invadida desde todas direcciones con imágenes extrañas. Era como si hubiera naufragado en tierras lejanas y se esperara que aprendiera el idioma y las costumbres en cuestión de minutos. ¿Podría quedarme quieta un segundo y tratar de asimilar todo? ¿Conocer mi rumbo? No, estaba caminando por la tienda con todos los ojos fijos sobre mí.

Pinzón no me dio ninguna palabra de aliento; simplemente caminó delante de mí y me señaló el lugar vacío a un lado del Sr. Morningside.

Gradualmente, la conversación detrás de nosotros volvió a comenzar, aunque ahora sabía que era sobre mí.

–Bien, bien, bien –levanté la vista hacia el Sr. Morningside, cuyos ojos cambiantes deambularon por las astas en mi cabeza hacia el dobladillo de mi vestido de seda verde–. ¿Estás lista?

Incluso su voz era extraña, el mero reflejo de los distintos rostros que aparecían sobre él, haciendo que cada palabra fuera pronunciada por un hombre joven o un anciano.

–¿Tengo opción?

–No realmente –me guiñó el ojo, o al menos una de sus caras lo hizo, y luego se aclaró la garganta, llevándose la mano hacia atrás de la cabeza mientras miraba al pastor. Las tres figuras de oro se unieron a él en un lado del trono, flanqueándolo como un pequeño ejército.

–¿Ese es el tercer Adjudicador? –susurré.

–¿Mm? Oh, no, ese es el perro –me aclaró el Sr. Morningside, girando los ojos hacia arriba. No me respondía susurrando, sino que hablaba lo suficientemente fuerte como para que toda la habitación lo escuchara–. Siempre me pareció irónico, enmascarar la voz de Dios en un perro. ¡*Guau, guau, acata mis órdenes!* ¡*Guau, guau, fuego y azufre!*

¿Realmente esa cosa era el Gran Earl? El brillante hombre alto que se encontraba a la derecha del pastor se enderezó.

–Los perros son las criaturas más nobles de todo el reino. Es un privilegio tomar su forma.

–¿Un privilegio orinar en la cerca y olerse su propio trasero? Como digas.

–*Suficiente* –sentenció el pastor, levantando la mano y haciendo que ambos callaran. La única diferencia que podía detectar, con los ojos puestos sobre el anciano, era que su voz sonaba más llena y fuerte, como el estruendo

de un carruaje jalado por caballos.

Soltó un largo suspiro y dio un discurso no con fuerza, sino con una especie de melancólica decepción.

–Estamos aquí reunidos para determinar si Henry Ingram Morningside es culpable de negligencia en su labor. Hace mucho tiempo, en un intento de establecer la paz entre nuestros mundos, acordamos que él se encargaría de la partida de las almas de los malvados y villanos, y que al hacerlo saciaría su naturaleza oscura y lo mantendría alejado de otras urgencias más crueles. Por nuestra parte, acordamos cuidar las almas de los buenos e intervenir con los malvados solo en situaciones extremas. Esas eran las condiciones básicas, pero llevaban un peso poco común. Este equilibrio que hemos alcanzado puede romperse, Henry, y las consecuencias por tal desequilibrio nos afectan a todos –volteó sus ojos blancos hacia mí desde el trono en el que se encontraba sentado, sus piernas demasiado cortas como para tocar el suelo–. ¿Tú estás aquí por voluntad propia, jovencita?

Oh. Era mi turno de hablar. Me hacía sentir pequeña y frágil estar bajo la presión expectante de tantos ojos. Pero levanté la barbilla y traté de responder lo más fuerte que pude.

–Así es, sí.

–Pinzón me ha comentado que tienes algo interesante que contar –dijo el pastor, con una sonrisa petulante–. ¿Te comprometes a decir tu verdad aquí cuando se te pida hacerlo y hablar con honestidad e integridad? Puedes negarte, Louisa, si esa es tu preferencia.

–N-no –dije, maldiciendo el tartamudeo–. Me comprometo.

El pastor se inclinó hacia mí y, en solo un instante, esa sensación horrible y fría regresó a mis huesos, tan aguda e intensa que me hizo poner rígida, sintiendo que mis rodillas podrían ceder en cualquier momento. Luché por

mantener los ojos abiertos mientras me hablaba con claridad de a ratos.

–Si sospechamos que estás mintiendo, serás sometida a un Ajusticiamiento para obtener la verdad. ¿Está claro? Haremos uso de nuestros acuerdos ancestrales de cualquier forma necesaria.

–Yo... yo... –el frío era terrible y estaba casi convencida de que podía ver mi aliento salir como nubes blancas mientras me quejaba. Ajusticiamiento. Sabía lo que significaba. Sabía lo que una mentira podría ocasionar, el dolor y la muerte que podría acarrear.

–No será necesario –intervino el Sr. Morningside. Levantó los papeles que había traducido, manteniéndolos bien en lo alto para que todos pudieran verlos–. Presento aquí mi propia evidencia. Gracias a las asombrosas dotes de Louisa para la traducción, pronto tendré la locación del tan buscado tercer libro.

Le entregó la pila de pergaminos al pastor, quien se reclinó hacia atrás en su trono, alejándose como si los papeles le fueran a hacer daño.

–Eso es imposible.

–¡Es ridículo! –exclamó Sparrow, quien se acercó a toda prisa para tomar los papeles, pero el Sr. Morningside los apartó de su vista–. ¡Mentiras, puras mentiras! ¡No es nada más que una distracción obscena!

–Por el contrario –intervino el Sr. Morningside con suavidad–. Es completamente relevante para el proceso. Estamos aquí para determinar mi idoneidad, ¿no es así? ¿Mi competencia? El libro y la Orden Perdida están conectados, y yo se lo probaré.

Volteó y se dirigió al pastor directamente.

–¡Usted no puede dudar de la competencia de un hombre que ha hecho todo en lo que usted falló durante siglos!

El pastor se levantó y el tumultuoso ruido de los presentes se apagó

enseguida. Se alejó de su trono sin quitar la vista del Sr. Morningside y por un momento ya no lo vi como un anciano, sino como un guerrero, envejecido quizás, pero desbordando de furia en su resplandor blanco al igual que las figuras a su alrededor. Me encogí de hombros, preocupada y lamentando haber elegido este lado, o siquiera haber tenido la oportunidad de elegir uno.

Silencio. Luego el pastor lo rompió con un aplauso estruendoso y algo en la habitación crujió.

–Entrégamelos –la tensión desapareció. El Sr. Morningside entregó mi trabajo y no dijo nada, ni un insulto o burla.

–Si lo que dices es verdad... –comenzó el pastor.

–¡No! –interrumpió rápidamente Sparrow–. ¡No! No puedes siquiera...

–*Si* lo que dices es verdad y este descubrimiento es auténtico –continuó, desestimándola con la mirada–, cambiará de cierta medida la naturaleza de esta Corte. Estudiaré lo que tienes aquí, Henry, y determinaré cuál será la mejor medida a tomar. Eso es todo.

La Corte explotó en indignación y agitación. La reacción estaba obviamente dividida en dos partes, las quejas más fervientes venían de Sparrow, quien caminaba de un lado a otro en el estrado, retando a su hermano por no haberle advertido sobre eso. No podía hacer otra cosa más que sentir lástima por Pinzón, quien no tenía idea de lo que el Sr. Morningside estaba planeando. Quizás ella estaba esperando que él me sacara algo de información, pero lo único que había confesado fue el error con Lee, algo completamente insignificante comparado con lo que había callado.

–Vámonos –me dijo el Sr. Morningside entusiasmado, tomándome por el brazo y guiándome entre la multitud prácticamente alborotada–. No me serviría que alguien te arranque la cabeza antes de que puedas terminar con el diario.

–¿Debería preocuparme? –pregunté, esquivando las miradas curiosas y penetrantes de los extraños, que se acercaban a medida que intentábamos salir de la tienda. Me encogía del miedo, deseando poder desaparecer en silencio, no del brazo de la persona que acababa de causar una ola de ira y cuestionamientos.

–¿Por Sparrow? No. Quizás. Siempre fue una lunática, impredecible, aunque todo empeoró cuando Spicer se marchó –comentó. Finalmente, llegamos a la salida y parecía como si me empujara hacia la oscuridad del exterior. Él siguió por detrás y en un instante su apariencia volvió a ser la misma de antes, con su cabello negro salvaje y sus ojos dorados–. Lo que me hace pensar en qué andaré ese imbécil.

–¿Él es el tercero? –pregunté–. ¿Spicer? Conozco ese nombre de algún lado...

–Sí, él es *el tercero* –el Sr. Morningside dijo impacientemente. Se encaminó hacia la residencia y lo seguí por detrás, preocupada de que Sparrow viniera a buscarme si me quedaba sola–. Su ausencia es evidente y no me gusta no saber a qué se debe. Es probable que lo hayan enviado a revolver tierra en algún otro lado o, quizás, se marchó en busca de la Orden Perdida. Sea lo que sea, es sospechoso.

Estaba muy cansada para comprender lo que estaba diciendo. Una vez dentro de la cocina, despertamos a Bartolomé. Había estado durmiendo junto al calor del horno. Me detuve al verlo y me arrodillé para acariciarle las orejas hasta que soltó un resoplido y levantó su nariz hacia mi barbilla. *Las criaturas más nobles de todo el reino.*

–¿Qué haces? ¿Acaso te permití que te marcharas? –el Sr. Morningside volteó y se paró junto a nosotros con las manos sobre su cadera.

–Quiero que duerma en mi habitación esta noche, o al menos en la puerta

–dije con decisión–. ¡Hay un monstruo en el bosque, alguien asesinó a Amelia y esas enfermas personas doradas quieren absorberme el alma si miento! Perdón si la idea de dormir sola me resulta imposible.

Sus ojos se mostraron más compasivos y alejó la mirada, asintiendo en su camino hacia el vestíbulo principal.

–Tranquila. Tranquila, Louisa. Por supuesto. Llévate al perro. Supongo que he sido... un poco negligente con la residencia. La Sra. Haylam ya se está encargando, pero yo también haré mi parte. Llévate a Bartolomé; iré a recorrer los alrededores. Si hay algún lobo o asesino en nuestras inmediaciones, lo encontraremos.



Capítulo
Veintidós



Era tarde cuando abrí los ojos y me encontré con que la puerta de mi habitación estaba entreabierta. Seguramente, Bartolomé se marchó y me había dejado completamente sola. Temblé en la oscuridad. Una de las velas que había dejado encendida aún luchaba por mantenerse viva, ya que solo era una mancha de cera que alimentaba una llama parpadeante a un lado de la cama. Todavía me sentía muy cansada y muy distante de mí misma, a pesar de haber dormido, como si mis pensamientos estuvieran todo el tiempo fuera de mi cuerpo a un brazo de distancia.

Risas. Risas distantes. Era demasiado tarde para que alguien estuviera despierto a estas horas... Deseaba volver a la cama a dormir, pero me sentía atraída hacia el sonido de una celebración. Cristalería tintineante. Charlas amistosas. ¿Acaso los invitados en la tienda se quedaron y llevaron su festejo a la mansión? Dudaba de que la Sra. Haylam fuera a permitir semejante cosa. Tomé el pequeño candelabro y me envolví en un chal antes de bajar de la cama y salir hacia el corredor.

La cola andrajosa de la vestimenta de un Residente desapareció justo sobre mi cabeza. Había tres de ellos. Todos se dirigían por la escalera hacia el vestíbulo principal. Pasé junto a las pinturas de aves colgadas en la pared, aunque todo se veía difuso con mis ojos cansados. Un frío intenso cubría la mansión, como si los meses más cálidos hubieran acabado y hubieran sido reemplazados por las profundidades del invierno. Podía ver mi aliento en el aire y sentir la piel pellizcándome de la misma forma en que lo hizo momentos antes de que el cielo rompiera en nieve.

Seguí a los Residentes, siempre manteniéndome varios pasos por detrás, observándolos flotar delante de mí en dirección a la cocina. Quizás ellos

también habían sentido algo fuera de lugar. La risa volvió a sonar más lejana, como si se moviera cada vez que me acercaba. Con los pies descalzos y congelados crucé el vestíbulo y miré hacia el interior de la cocina, en donde solo vi la silueta de un Residente que salía por la puerta hacia el jardín. ¿A dónde diablos estaban yendo? Nunca había visto a uno salir de la mansión excepto a Lee. A toda prisa, lo seguí, cubriendo la llama de la vela con una mano para que no se apagara.

El aire afuera era punzante, pero las risas comenzaban a ser más claras. Oh, de verdad sonaba como una reunión bastante agradable. Los Residentes se movieron a toda prisa por el jardín, como figuras negras que, sin vacilar, se acercaron a la tienda e ingresaron sin escrúpulo alguno. Mi corazón comenzó a doler. Me sentía como una broma fuera de lugar, como un susurro en la habitación de al lado, una conversación que uno sabe que es puro chisme sobre ti. Dejé de prestarle atención a la vela y comencé a correr a toda prisa por el jardín, antes de que la cordura se apoderara de mí y me llevara de regreso a la cama.

Cuando ingresé a la tienda, esta estaba completamente iluminada, aunque teñida de un tinte azul plateado. Toda la belleza había desaparecido y había sido reemplazada por un aire sin vida y un olor horrible que me hacía tener arcadas y taparme la boca con las manos. Habían removido las mesas con caballetes. La tienda parecía ser interminable, un lugar horrible, largo y apestoso. Era peor que el muelle cuando bajaba la marea. Peor que los establos en un día caluroso. Era la carne rancia y vieja en un carro de carnicero en pleno verano. Flotaba a mi alrededor, densa como la neblina, pero al menos pude encontrar la fuente de la risa.

Allí, al fondo de la tienda, estaba la reunión. Pude reconocer a todos desde sus espaldas; el Sr. Morningside, obviamente, Chijioke, la Sra. Haylam y

Poppy, pero también Pinzón, Sparrow, el pastor y su perro. ¿Qué podría estar haciéndolos tan feliz? ¿Y por qué elegirían ese lugar para tener una reunión en medio de la noche?

Estaba mal. Era un sueño, una pesadilla, y lo sabía, pero, para mi horror, no podía despertar. Estaba encerrada en ese camino sin fin y no despertaría a menos que lo atravesara.

Y comencé a correr, sin aliento ni esperanza, convencida de que nunca alcanzaría mi destino. Estaban riendo cada vez más fuerte, desenfrenadamente, y el olor era tan agresivo que solo podía respirar con el chal tapándome la boca, y aun así aquel hedor se impregnaba en mi garganta. Finalmente, todo terminó y el tiempo se ralentizó, era como si todo estuviera bajo el agua; oía sus voces distorsionadas y graves, y esa risa enfermiza, forzada, para mi propio beneficio.

Me detuve enseguida. Era una broma de la que deseaba nunca haber sido parte. Sus rostros estaban llenos de sangre; habían estado devorando algo con mucho entusiasmo. Mi cuerpo yacía en la mesa frente a ellos, destrozado, reconocible solo por mi rostro, el cual no tenía ojos. Poppy era quien los tenía en su mano; soltó una risita inocente de placer y se los metió en la boca.

—¡Sus ojos explotaron! —rio, un jugo gris desbordaba de su boca.

No quedaba prácticamente nada de mí, solo la cabeza con las cuencas oculares vacías, el Gran Earl hurgando entre las vísceras sobre la mesa con el hocico lleno de sangre. Incluso el pastor había estado comiendo y tenía sus labios teñidos de rojo, una mirada salvaje y un estado eufórico mientras mascaba una y otra vez.

Intenté alejarme, sintiendo cómo fallaba mi estómago y mis extremidades se debilitaban, pero el Sr. Morningside me tomó del hombro y me acercó. Podía sentir el hedor que emanaba de él, y ver las manchas sobre su traje

impecable.

Frunció el ceño, consternado a medida que sus dedos llenos de sangre me levantaban la barbilla y me estudiaba lentamente. El Sr. Morningside hizo una mueca con sus labios y dejó caer su cabeza hacia un lado. “¿Estás perdida, niña? *¿Estás perdida?*”.

–¿Estás despierta, Louisa? ¡Louisa! ¡Despierta!

Lo estaba. ¿Lo estaba? Extrañamente, mis ojos ya estaban abiertos, pero la vista tardó en llegar. Y aún me estaba asfixiando con mis arcadas. Tosí, fuerte, casi al punto de golpearme la cabeza contra un par de ojos preocupados. Poppy y Bartolomé estaban sentados en la cama, lo suficientemente cerca de mí como para que pudiera sentir su aliento en mi rostro. Mi barbilla estaba húmeda. No podía dejar de toser. ¿Qué me ocurría? ¿Podía un sueño ser tan poderoso? Me limpié la barbilla, esperando encontrarme con restos de saliva de la noche, pero en su lugar mi mano terminó impregnada con una espuma rosada.

Mierda.

–¿Por qué tienes esa espuma rosa en la boca? –preguntó Poppy, tocándome la mano–. No es normal, Louisa. ¿Estás enferma? ¿Quieres que llame a la Sra. Haylam? ¡Ella sabrá qué hacer!

–¡No! –le respondí, bastante fuerte y demasiado asustada. Tomé el chal que estaba sobre la mesa de luz y me limpié furiosamente la boca. Dios, había demasiada–. Es... una cosa de Sustituta.

Poppy levantó las cejas confundida. Bartolomé no lucía convencido.

–¿Ah sí? Debe ser muy molesto.

–Oh... sí, lo es –le contesté, forzando una sonrisa–. Ehm, ocurre cuando tenemos un mal sueño. He querido preguntarle sobre esto al Sr. Morningside; ya que sabe mucho sobre cosas del Inframundo.

–Es una gran idea –respondió Poppy riendo. Saltó de la cama y el perro la siguió, aunque con mucho menos entusiasmo. Mi regazo estaba completamente caliente en donde Bartolomé había pasado la noche cuidándome. Cerré la puerta, temblando y convencida de que aún podía sentir ese hedor horrible, como si hubiera traspasado el sueño para perdurar en mi boca.

–¡Oh! –la pequeña Poppy se detuvo en la puerta, recostándose sobre el marco con un puño entre sus dientes. Sus ojos se movían nerviosamente por la habitación–. Sobre por qué vine a despertarte. Sí, bueno, realmente deberías apresurarte y limpiar ese rostro. Tienes una visita, Louisa.

–¿Una visita? –subí la sábana, ocultando el chal manchado por debajo–. ¿Quién vendría a verme?

–Tu padre, tonta. ¡Está esperando abajo!



Había pedido esto; sin embargo, era lo último que necesitaba.

Espuma rosa. Espuma. Al igual que el diario, las dos muchachas... Oh, Dios, y ahora mi padre, mi verdadero padre. Mi padre real, el que me había abandonado para sufrir en la pobreza y degradación, quien me había abandonado con un alcohólico descerebrado cuyos abusos y regaños tenía que soportar. Oh, Dios. Oh, Dios.

Me tomó más de lo usual vestirme, dado que no solo quería ganar algo de tiempo, sino también lucir presentable. Había poco que pudiera hacer para decorar un uniforme simple de sirvienta, con falda y cuello de encaje, pero al menos podría asegurarme de que mi delantal estuviera sin arrugas y mi cabello, trenzado cuidadosamente. Mientras mis nervios se juntaban como

una tormenta en el horizonte, intentaba sentir una pizca de satisfacción al hacerlo esperar. Croydon Frost. ¿Qué esperaba yo? ¿Qué esperaba *él*?

De seguro no una muchacha amargada, con el cabello liso y ojos negros. La mayoría de los padres debían imaginar a sus hijas como bellezas. Dios, vaya que le esperaba una sorpresa.

Caminé con calma a través del corredor cuando ya estaba lista, o lo suficientemente lista, recordándome no demostrar mucho entusiasmo. Debo confesar que había una parte de mí que estaba consumida por una curiosidad vertiginosa. Incluso si era un perro malo y ausente, no podía evitar sentirme un poco entusiasmada. Era un misterio resuelto, un regalo de Navidad; o quizás no. Quizás sería el susto de una serpiente escondida entre los matorrales lista para morderte.

La puerta de Mary estaba cerrada y, al pasar junto a ella, me detuve un segundo antes de llamar. No oí nada en el interior, por lo que volví a intentarlo.

“Prometo visitarte luego. Hay muchas cosas que necesito contarte. Descansa bien, Mary”.

Estaba retrasándome, y lo sabía. Pero también tenía una ventaja al estar en el piso de arriba. Desde allí podía observar el vestíbulo principal, ya que ambos compartían las mismas paredes y techo, y el mismo arte horrendo de aves. Por lo que me acerqué lentamente hacia el barandal, desde donde me asomé de a poco, tratando de avistar al hombre antes de que él lo hiciera conmigo. Sentía que me debían eso, un vistazo de él, uno que durara lo que sintiera necesario. Quizás desvanecería el miedo. Quizás me daría coraje.

Y allí estaba. Mi primera impresión fue que era extraordinariamente alto. Se había quitado un sombrero brillante, dejando al descubierto su cabello negro ondulado con ciertos destellos plateados. Llevaba puesto un largo saco

negro con detalles en verde y con una capa que colgaba desde sus hombros. Tres maletas de un tamaño modesto se encontraban alineadas a un lado, y bajo el brazo llevaba una pequeña jaula, aunque no llegaba a ver ningún ave en su interior. Su rostro era... Bueno, no como el mío exactamente, pero podía notar cierto parecido. Sus ojos también eran oscuros, incluso más que los míos, y también tenía un rostro delgado, en el cual resaltaba su nariz pronunciada, demasiado grande algunos dirían, pero equilibrada por su barbilla recta y con hoyuelo. En definitiva, no lucía necesariamente atractivo, sino llamativo, y tenía una forma de erguirse que lo hacía verse casualmente autoritario, como si, luego de haber estado solo por unos pocos segundos en este lugar, le perteneciera.

Cambió la jaula de mano y dejó que sus ojos inspeccionaran el lugar, y fue allí cuando me vio.

Era hora de bajar y salir de mi escondite. Traté de aparentar que no lo había estado espiando, pero era obvio debido a que mis mejillas pálidas ahora estaban rojas de vergüenza. Eso no bastaría. Me paré más recta y bajé por las escaleras como una reina a punto de comenzar sus tareas protocolares. Él había enviado una carta arrastrándose por mi aceptación, después de todo, y eso significaba que yo tenía la ventaja. Había comenzado a preguntarme si estaba sufriendo de alguna terrible enfermedad y quería enmendar las cosas antes de su muerte. Los hombres siempre se preocupan por su reputación cuando la muerte acecha.

–Allí estás –dijo a medida que me acercaba a los últimos escalones. La severidad de su rostro cambió, y soltó un suspiro bastante profundo, relajando las cejas.

–¿Sabe la Sra. Haylam que estás aquí? –pregunté, manteniendo una distancia segura. Crucé las manos con delicadeza frente a mi cintura. Hoy no

habría nada de abrazos desesperados.

–Así es –respondió. Bajó la jaula con cuidado hacia el suelo y dio unos pasos hacia mí, haciendo un gesto con su sombrero–. Yo... le dije que no preparara nada todavía. Es tu decisión que me quede o me vaya.

Había esperado que tuviera un acento como el mío, pero los viajes o el tiempo lo habían hecho cambiar tanto por algo que no sonaba a irlandés o algo parecido, sino algo propio.

–Entonces, el Sr. Morningside te envió una invitación –le contesté–. No tenía idea de que la recibirías tan pronto; todo esto es muy... apresurado.

–¡Oh! Oh –se mordió el labio inferior y pasó la mano con cierta preocupación por el borde de su sombrero–. No hubo ninguna invitación, Louisa. Vine por mi cuenta.

Debió haber visto la creciente furia en mi rostro dado que mantuvo las manos en alto como si estuviera protegiéndose de que arremetiera contra él.

–Por favor, no te enojés. Por favor. Solo necesitaba verte con mis propios ojos. Si quieres que me marche, lo haré.

Cerré los ojos, sintiendo cómo mis manos se cerraban en puños y las uñas se me clavaban en las palmas. El descaro de este hombre. El increíble descaro. Respiré profundo y me prometí que no valía la pena ponerme nerviosa por él. Todavía. Estaba lastimada, demasiado, con dolor en un lugar en mi corazón que no sabía que existía. Respira. *Respira.*

–¿Cómo me encontraste?

–Contraté algunos hombres –dijo encogiéndose de hombros–. Comenzaron en Waterford y fueron expandiéndose desde allí. Encontraron tu vieja escuela, pero la directora les comentó que no te habían visto desde hacía meses. Solo quedaban unos pocos pueblos lo suficientemente cerca como para ir caminando, por lo que comenzaron desde allí nuevamente.

–Me cazaste como a un ladrón –musité con frialdad–. Qué halagador.

–Cómo luciría todo eso cuando te encontrara no era mi mayor prioridad –respondió, recobrando un poco de su severidad. Pero se retractó, relajando la cabeza y jugando a ser un padre atormentado–. Creo que debí haberlo pensado mejor. Solo me iré.

–¡No! –me odié por haberle respondido tan rápido, por el poco control que demostré–. No... no todavía. Hay cosas que quiero saber, cosas que quiero escuchar de ti, y luego sí podrás seguir tu camino.

–Esperaba que te marcharas conmigo –confesó–. Suena tonto, lo sé, pero uno puede soñar. ¿Qué clase de padre no quiere consentir a un niño que merece haber sido consentido todo este tiempo?

–No me conoces –le repliqué–. No sabes lo que merezco.

–Bueno, en tal caso, me gustaría cambiar eso –mi padre, porque era eso (no podía ignorar el parecido, especialmente ahora que lo había visto más de cerca), se acercó. Se detuvo frente a mí e hizo una leve reverencia–. Croydon Frost; nos debíamos este encuentro y esta introducción. Desde hace más de lo que uno podría siquiera imaginar.

–Sí puedo imaginarlo. Estuve viva todo este tiempo –hice un pequeño gesto de cortesía y suspiré, pasando junto a él e inspeccionando su equipaje. Una esencia a perfume de pino emanaba de sus pertenencias–. No esperes que, no lo sé, te ame o algo parecido. O actúe como tu hija.

–Está bien.

En la cocina, vi a Poppy y a la Sra. Haylam espirándonos con bastante atención. Ni siquiera aparentaron ocultar su interés.

–Y cuando te pida que te marches, será mejor que lo hagas.

–Entendido –respondió, pero pude notar la tristeza en su voz.

–Tengo trabajo que hacer, así que no puedo estar todo el día contigo.

Estoy bastante ocupada, sabes, no esperes cortesía –se quedó en silencio, pero fue para aceptar las condiciones. Tomé una de sus maletas y le hice un gesto a Poppy–. La Sra. Haylam decidirá dónde te quedarás. Bienvenido a la Coldthistle House.



Capítulo
Veintitrés



—¿Puedes creerlo? Es... No sé si hay palabras para esto, Mary, ¡es increíble! —estaba caminando de un lado a otro en la habitación de la pobre Mary, quejándome sobre la aparición repentina del Sr. Croydon Frost—. ¡Venir sin mi consentimiento! ¡Enviar esa carta ridícula para pedir permiso e ignorarla por completo! ¡Y pensar que lo invitaría, solo para robarle claro, pero aun así! Lo odio, Mary. ¡Ya lo odio!

El momento de ira terminó conmigo desplomándome junto a ella en la cama, en donde se encontraba tapada entre sus sábanas con la espalda contra la pared junto a la ventana y con un libro abierto sobre su regazo. Lucía mucho mejor, sus mejillas habían recobrado un color más saludable y rosado. Fue algo bueno para ella que casi haya olvidado mi ataque de furia.

—Cálmate —me dijo, tomándome de la mano y apretándola con fuerza. Podía decir que estaba a la corriente con los rumores, pero sus ojos verdes destellaban de interés—. Conoces al hombre desde hace cinco minutos; quizás es demasiado pronto para juzgarlo.

Lo único bueno que podría obtener de todo esto era la fortuna que nos sacaría a todos de los horribles peligros de la Coldthistle House. Sería una vida solitaria vaciar a mi padre solo para gastarlo en soledad, sin amigos con quien compartir la riqueza. Le esboqué una sonrisa y moví la cabeza de lado a lado.

—Eres demasiado buena, Mary, nadie te merece. Excepto quizás Chijioke —al decir eso, sus mejillas se enrojecieron más y su expresión cayó—. ¡No, olvida lo que dije! Lo siento, de verdad, no me tengo que entrometer...

—Te contó sobre la pieza de madera —dijo, mirando a través de la ventana—. Deseo que no lo hubiera hecho.

–No tenía idea de qué estaba ocurriendo entre ustedes dos y sé que no es algo que me involucre. Lo único que *sí* diré es que él ha sido un amigo maravilloso para mí durante estos últimos meses. Lee decidió ignorarme, lo cual está en todo su derecho, y me habría sentido terriblemente sola sin la compañía de Chijioke –le comenté–. Solo... Bueno, aquí estás tú diciéndome que le dé tiempo a las cosas, y ahora te diré lo mismo a ti.

Mary asintió y me dio una palmada en la mano.

–Entonces, seguiré mi propio sabio consejo.

Me levanté de la cama y me encaminé hacia la ventana, e hice la cortina hacia un lado para ver hacia abajo. Mason y su padre se encontraban en el jardín hablando, aunque no parecía ser una conversación amigable a juzgar por los gestos fervientes del muchacho. La ventana estaba un poco entreabierta y desde allí podía sentir una esencia a madera en el aire.

–Parece que aquí nadie tiene suerte con las relaciones familiares –dije suavemente–. Le diré que se marche. Odiarlo es cansador.

–Puedes intentar perdonarlo –sugirió Mary.

–No –suspiré–. Eso también suena cansador. Además, no creo en el perdón. Algo puede molestarte o no; el perdón es para la otra persona, para hacerlos sentir mejor sobre su crueldad y egoísmo.

–Y aun así, estoy segura de que te gustaría que Lee te perdonara.

–Eso no ocurrirá, ni debería ocurrir –dije. Dolió, pero tenía razón.

Mary cerró su libro y colocó las manos sobre este. Podía sentir su mirada penetrante, pero no quitaría la mirada de Mason y su padre.

–¿Por qué estás tan determinada a sufrir?

–No lo sé –susurré–. Desearía saberlo.

Clanc.

–¡Ey! –me alejé de la ventana. Alguien había arrojado una roca que por

poco da en el vidrio.

–¿Qué fue eso? –preguntó Mary, levantándose de la cama.

Corrí la cortina y abrí la ventana, dejando que una ráfaga de aire húmedo entrara con cierto dejo al aroma sulfúrico del manantial.

–¿Necesita algo, señor? –grité hacia afuera. Los dos Breen eran las únicas personas que podía ver en el jardín, por lo que uno de ellos debió ser quien arrojó la roca.

Mason buscó entre todas las ventanas para ver de dónde provenía la voz hasta que me encontró.

–Hola. ¿Qué dijo? –preguntó, frunciendo el ceño y cubriéndose los ojos del sol.

–¿Necesita ayuda, señor? Oí la roca que arrojó hasta aquí...

–¿Roca? –movió la cabeza de lado a lado y miró a su padre, quien lucía igual de confundido-. ¡Debe ser un error! Quizás se desprendió de las paredes o fue el viento.

Sí, claro, las paredes.

–Mis disculpas por molestarlo, señor –le grité, apoyándome sobre el alféizar de la ventana para verlos más de cerca. Si intentaban engañarme nuevamente, lo sabría.

–Qué extraño –dijo Mary, mirándome confundida-. ¿Crees que está mintiendo?

–Claro –musité-. Allí tienes a otros dos hombres a los que no me molestaría pedirles que empaquen y se marchen.

Desde la puerta cerrada de la habitación de Mary podía escuchar la voz de la Sra. Haylam. Estaba llamándome, o mejor dicho, gritando mi nombre. Apoyé la cabeza sobre la pared, frustrada. ¿Acaso no podía tener un momento de tranquilidad a solas con Mary? ¿Era mucho pedir?

–El deber llama –me dijo con tristeza, como si estuviera leyendo mis pensamientos.

–Como siempre. ¿Te molesta si me marcho? Prometo regresar pronto, amiga. Te extrañé demasiado, me hace bien saber que te estás poniendo mejor.

Mary extendió su mano y le di la mía, apretando sus pequeños dedos cálidos mientras esbozaba una sonrisa.

–Solo me molestaré si te marchas por mucho tiempo.

–Eres un ángel –le dije, volteando para marcharme–. O... bien, el equivalente que exista para, ya sabes, los de nuestro tipo.

Su risa entusiasmada me acompañó hasta la puerta e intenté aferrarme a ella, tratando de utilizarla de escudo. Finalmente, ella se estaba recuperando; todo lo demás podía ser extraño y confuso, pero su resolución me daba un halo de esperanza.

Caminé a toda prisa, consciente de un vacío extraño en la mansión. Además de ese sueño horrible, no había visto a ningún Residente en todo el día. Siempre solían estar en la puerta de Mary, principalmente para protegerla de quien quiera que haya asesinado a Amelia, pero ahora ya no estaban allí. Luego recordé mi conversación con el Sr. Morningside y me pregunté si quizás habían salido en busca del monstruo lobo en el bosque. Eso tenía sentido, considerando que podían recorrer más terreno que nosotros a pie y mezclarse entre las sombras de los árboles sin levantar sospechas.

La Sra. Haylam me estaba esperando, repiqueteando su pie, en el vestíbulo principal. Lucía ojerosa, cansada, con notables manchas púrpuras debajo de sus ojos, y con el rodete más ajustado que lo normal. Todas malas señales.

–¿Has limpiado la habitación del Sr. Breen? –preguntó sin siquiera saludarme.

–Sí, señora –respondí obediente. No estaba de humor como para discutir y, claramente, ella tampoco.

–Y la ropa limpia de ayer, ¿la colgaste?

–Sí, y la despensa está limpia –agregué, sin mucho entusiasmo. El único ojo sano de la Sra. Haylam me inspeccionó como si estuviera detectando si la estaba engañando o no. Asintió y señaló la puerta verde detrás de mí.

–El Sr. Morningside quiere que regreses a trabajar. Puedes sociabilizar más tarde.

Le di un saludo de cortesía y me encaminé hacia la puerta, en donde me detuve y volteé antes de que regresara a la cocina.

–Gracias por darle a mi... por darle a Croydon Frost una habitación.

–No me lo agradezcas a mí, muchachita. Si fuera por mí, estaría durmiendo en el granero.

–No lo discuto –le contesté, y oí la carcajada antes de que pudiera abrir la puerta verde y dejar que me tragara por completo.



Año uno



Diario de Benmu, quien corre

Llegamos a tierra en Knossos justo antes de pasar hacia Pylos en un navío mercante ateniense. Nunca había estado en el mar y, al principio, el vaivén constante de las olas me hizo

sentir enfermo durante horas. Para cuando llegamos a Pylos, me sentía todo un marinero, acostumbrado al movimiento de la cubierta y disfrutando la esencia salada del aire fresco.

Nada podía prepararme para la belleza de Pylos, con sus aguas cristalinas y las casas blancas visibles sobre la costa rodeada de abetos y cipreses de un verde explosivo como un manto denso de esmeraldas. Al llegar durante el anochecer, observamos cómo las farolas de la ciudad comenzaban a iluminarla, y el fuego alumbraba el camino mientras subíamos con el viento frío del mar que golpeaba nuestras espaldas.

—Nos vendrá bien volver a dormir en tierra firme —le comenté a mi compañero. Ambos llevábamos capuchas voluminosas de color marfil sobre nuestras cabezas, ajustadas a nuestro cuello. Nos servía para ocultar sus tatuajes inusuales y mi pesado morral.

Khent me observaba desde lo profundo de su capucha, sonriendo.

—Nos vendrá bien comer carne de cerdo otra vez. Estoy cansado del pescado.

Había notado sus peculiares hábitos de comida en Knossos. Casi no comía cebollas y sacaba la carne del fuego mucho antes de lo que consideraría comestible. Me parecía un sujeto bastante extraño en general. Usualmente oía cosas que yo no, y tenía el sueño muy ligero, ya que se despertaba hasta por el sonido más mínimo. Pero, a pesar de todo, era un compañero de viaje amigable y estaba agradecido de no tener que

enfrentar todos estos peligros solo.

Nos tomamos nuestro tiempo para entrar a la ciudad, dado que nuestras piernas se habían acostumbrado al mar y se sentía bien poder caminar y estirarse, mirar a nuestro alrededor y ver mucho más que solo un mar turquesa en todas direcciones. Ya estaba casi sin aire y listo para descansar cuando pasamos por unas rejas. Eran tiempos de paz, por lo que no nos interrogaron, lo cual nos permitió perdernos entre la multitud y salir del puerto.

—Será más difícil encontrar un refugio aquí —me advirtió Khent—. Madre y Padre son adorados por todos lados, pero aquí los templos de los antiguos dioses están más atentos. Estaremos mejor en una posada.

—Nuestros refugios están siendo vigilados —secundé—. Ya dejaron de ser seguros.

Khent asintió y ambos nos abrimos paso entre la multitud que ocupaba las calles. El mercado había comenzado a cerrar y los vendedores y compradores comenzaban a regresar a sus hogares.

—No sé qué tan lejos ha llegado la influencia de Roeh, pero el Señor Oscuro tiene sirvientes por todas partes; nigromantes y demonios de dedos venenosos, hermosas mujeres que te seducen para destrozarte en el seno de la noche... Nos acecharán desde todas direcciones, amigo mío. El mar fue un alivio temporal, pero ese refugio ya pasó.

—El Señor Oscuro —musité. Khent estaba concentrado mientras buscaba refugio, revisando cada puerta que

pasábamos en busca de alguna posada. También parecía como si estuviera olfateando más, como si su nariz pudiera guiarnos a un lugar seguro—. Meryt y Chryseis lo nombraron una vez, pero solo en susurros. No sé cómo alguien puede adorar a una criatura tan maligna.

—No somos muy diferentes —me contestó. Mientras salíamos del mercado, rodeados en todas direcciones por construcciones blancas y brillantes, la multitud comenzó a disminuir, dándole lugar al aroma más intenso de la comida. Mi estómago rugía del hambre, cansado de tanto pescado seco y pan duro—. Madre y Padre controlan los árboles y algunas criaturas, seres maravillosos que emergen del agua y del aire. Pero también lo hacen con los jabalíes, que en ocasiones matan a los cazadores, y la adelfa que envenena a nuestros sabuesos. Se dice que los siervos del Señor Oscuro solo vienen en busca de los más malvados entre nosotros, pero sus sirvientes son nuevos para este mundo, por lo que dudo de que esto siga así para siempre.

—El mal contra el mal —musité, pensativo—. No suena tan mal.

Khent rio. Tenía una risa contagiosa, un sonido frívolo que era completamente único de él. A veces me recordaba al sonido con el que las hienas se llamaban las unas a las otras.

—¿Acaso no somos malos a sus ojos ahora mismo? Somos siervos de otros amos, más poderosos, y si Roeh y el Señor Oscuro quieren verlo destruido, entonces tendría que molestarme en llamar a alguno de ellos “amigo”. ¡Ah! Aquí.

Nos detuvimos frente a una pequeña posada. El letrero estaba casi destruido, pero como no conocía el idioma, no sabía qué decía. En su interior, estaba muy ruidoso, lleno de ciudadanos embriagados, el lugar perfecto para que dos viajeros tranquilos desaparecieran. Nadie nos oiría entre todo el escándalo, principalmente marineros, quienes alardeaban de sus experiencias y jugaban dados, insultándose y listos para pelear.

Encontramos al posadero durmiendo en un rincón mientras su esposa e hija corrían a toda prisa para llenar las copas y entregar los cuencos de estofado de pescado, aceitunas y pan a los marineros.

Khent gritó y golpeó su puño sobre la mesa justo frente al rostro del posadero y asumí que le pidió una habitación. El hombre se despertó de un sobresalto; tenía el rostro amarillento y caído, con cabello negro y una barba desarreglada.

Negociaron por un momento, el posadero mirándonos con cierta sospecha, hasta que finalmente le entregó una llave y tomó la moneda de la mano de Khent antes de que pudiéramos cambiar de parecer.

—Un sujeto agradable —dijo irónicamente Khent, y me llevó hacia la mesa junto a la chimenea—. Mantén la voz baja; no sabemos quién puede estar merodeando entre esta gente.

—De todas formas, estoy demasiado débil como para hablar mucho —le comenté, sentándome en la pequeña mesa como un saco de ladrillos. Las tiras del morral habían dejado una marca importante en mi hombro, un magullón púrpura y

negro que solo empeoraba con el paso del tiempo. En algunas ocasiones, Khent se había ofrecido a cargarlo por mí, pero era una tarea que me habían asignado a mí, por lo que nunca permitía que lo tuviera por mucho tiempo.

—No, supongo que solo tomarás ese pequeño diario y comenzaras a escribir —bromeó. Le hizo señas a la hija del posadero, quien se corría un mechón de cabello con un soplido mientras se acercaba a nosotros. Khent le habló con suavidad y amabilidad, lo cual hizo que en solo un instante, la expresión en su rostro cambiara; definitivamente estaba agradecida de tener a dos clientes tranquilos. Le entregó una moneda y eso también la complació—. ¿Por qué escribes tanto en esa cosa? ¿No es suficiente cargar con un solo libro?

—No lo sé —le contesté, mirando el fuego—. Solo quiero recordar que fui parte de esto, que yo... que fui útil. Al principio, era solo un diario de las cosas que hacía, pero ahora siento que es algo más que eso. No quiero que esta historia, mi historia, nuestra historia, desaparezca. Hemos visto cosas maravillosas y terribles, y todo eso debe quedar escrito.

Khent asintió, sonriéndole a la muchacha cuando regresó con dos jarras de cerveza. Ella se sonrojó con su atención, y no era difícil comprender por qué.

—Bueno, tu letra es un desastre —dijo cuando la joven se marchó—. ¿Qué clase de maestro te enseñó a escribir? ¿Uno ciego?

—No es un desastre —le respondí, a la defensiva—. Nadie puede leerla. Es un idioma propio. Taquigrafía. Todas estas

curiosidades y secretos deben perdurar en el tiempo, pero no para todos.

Levantó las cejas sorprendido al oír eso, y sus ojos púrpura oscuros brillaron por detrás de su jarra de cerveza.

–Nada mal, Bennu. Estás lleno de sorpresas.

–Al igual que ti, amigo mío –la cerveza no estaba lo suficientemente fría pero sabía maravilloso, lo suficiente como para quitar el gusto salado que permanecía en mi boca por nuestro viaje en el mar–. ¿Qué son esas marcas en tu brazo? ¿De dónde vienes? Luces como el hijo de un noble y no suenas como nadie que conozco en mi aldea. Hablas perfecto griego. ¿Qué clase de maestro te enseñó a ti?

Soltó esa risa extraña nuevamente y bebió otro sorbo de su cerveza.

–Me caes bien, Bennu, el Corredor, me caes muy bien. Y con respecto a tu pregunta; fue uno de la realeza quien me enseñó, y eso es todo lo que debes saber por ahora.

Nos quedamos en esa posada por dos noches, dos benditas y relajadas noches. Khent continuaba siendo muy inquieto al dormir, pero no me molestaba. De hecho, estaba agradecido de tener a alguien tan alerta a mi lado. El libro acarreaba tanta mala suerte de la misma forma en que la miel atrae a los insectos, y su estado de alerta me permitía conciliar mejor el sueño. Apenas habíamos salido de la posada, lo cual me permitió curar el hombro más rápido, dado que no tenía que cargar la bolsa. Pero no podíamos quedarnos allí para siempre, y eso se tornó obvio la tercera mañana, cuando

desperté de una pesadilla con una espuma rosa saliendo de mi boca.

Khent lo vio, dado que siempre se levantaba antes que yo, y enseguida se calzó su saco de viaje.

–Es hora de seguir camino –dijo con solemnidad.

–¿Qué significa? –pregunté, levantándome de la cama sin mucho entusiasmo y limpiándome la barbilla con un trapo húmedo–. Ya lo he visto antes. Las mujeres que me enviaron en esta travesía, estaban orándole al libro y tuvieron visiones...

–Es Madre hablándote –me explicó mientras me entregaba mi saco–. Significa que debemos irnos.

Y eso hicimos por la puerta del norte, en el carro de un pastor de cabras adinerado que nos llevó a través de los caminos más montañosos y peligrosos a las afueras de la ciudad. Mis pies le agradecían al pastor, pero solo nos podía llevar hacia el campo, una planicie más verde de lo que había visto antes, con colinas rocosas repletas de ovejas y cabras pastando. Esa noche, nos refugiamos en una choza abandonada de algún pastor junto a la sombra de unos pinos altos. Era extraño estar tan lejos de casa, mirar hacia afuera y ver colinas verdes en lugar del caudal serpenteante del Nilo.

Khent tomó algunos manojos de césped de los matorrales que se encontraban atrás nuestro y me ayudó a acomodarlos como una especie de cama. Luego hizo un fuego en la puerta de la choza y nos quedamos sentados mirando cómo aparecían las estrellas mientras comíamos el queso de cabra que nos

había dado el amable pastor. Una figura apareció en el cielo mientras comíamos, una figura serpenteante que se arrastraba entre las estrellas, mucho más alto que cualquier otra ave, pero no por mucho. Era enorme, negra, con rayas amarillas y rojas. Suspiré asombrado y la señalé, con la boca llena, a medida que se movía sin mucho esfuerzo.

–Una Serpiente Celestial –agregó Khent, esbozando una sonrisa–. Un buen augurio; mi corazón se alegra de verla. La seguiremos cuanto antes; debemos marcharnos mientras tengamos la protección de la noche.

Me acobijé bajo mi saco y traté de dormir, pero la colina se tornó más fría, tanto que hizo que nuestro fuego débil se apagara, haciéndome sentir vulnerable dentro de esa choza que nos tenía acurrucados en su interior. No recuerdo haber dormido hasta haber escuchado la canción.

Era débil al principio, atrapante, como el canto de una madre con cierto dejo de aflicción. Triste. La mujer que cantaba sonaba como si estuviera llorando la pérdida de alguien. Pero era hermosa y, por un momento, descansé como si estuviera en su interior, consolado y mecido por sus suaves versos. Entonces, oírla en el sueño no fue suficiente por lo que me desperté, fresco. No podía decir cuánto tiempo había pasado, pero había luna llena, brillante en el cielo.

La Serpiente Celestial había desaparecido, pero la canción continuaba, por lo que trepé por debajo de mi saco y me puse de pie. No parecía correcto dejar el morral, dado que era yo quien debía protegerlo, por lo que lo tomé y lo cargué en mi

hombro, haciendo una mueca de dolor, el cual traté de evadir y continuar camino en busca de la canción. Me sentía compenetrado a encontrarla, de la misma forma en que una gaviota busca el mar. Me adentré en el bosque, sintiendo las ramas de los arbustos sobre mis mejillas mientras buscaba a ciegas, usando solo mis oídos como guía.

La canción sonaba más fuerte. Tenía letras y a la vez no, o quizás no las comprendía; se mezclaban entre sí. La mujer luego cantó una nota, una muy alta, una que atravesó mi corazón, estimulando un anhelo que allí yacía que casi me hacer llorar. ¿Por qué estaba tan triste? Tenía que encontrarla.

Un pequeño arroyo se abría paso entre los árboles, y mis pies salpicaron en el agua al pasar sobre él. El arroyo llevaba a una enorme roca redonda en donde ella se encontraba sentada. Nunca antes había visto a una mujer tan hermosa. Tenía la piel morena y era un poco regordeta, con ojos grandes como un gato y completamente desnuda, solo su cabello negro que caía como un velo alrededor de sus pies. Sus rodillas estaban levantadas hacia su pecho mientras pasaba los dedos por su largo cabello y cantaba con sus labios brillantes como si estuvieran pintados con oro.

—¿Estás perdida? —pregunté.

—No —interrumpió la canción con una sonrisita burlona y dejando esos ojos hermosos y negros puestos sobre mí—. ¿Tú?

Me hizo señas para que me acercara y así lo hice, ciertamente enamorado. Nunca antes había deseado tanto a

una persona, desear esas ganas de presionar su cuerpo contra el mío, conocer su piel, su esencia... Sus ojos me habían lanzado un anzuelo y, mientras trepaba sin problemas a la roca en la que se encontraba, sentía como si unas enredaderas suaves y extrañas se estuvieran enrollando en mis piernas. Solté el morral. ¿Qué importaba el libro si este ser existía?

—¿Cómo te llamas? —pregunté, desesperado—. Debo saberlo.

Colocó un dedo bajo mi barbilla y sonrió, mostrándome tres hileras de dientes filosos. Eso también era hermoso, y el simple toque de su dedo se sentía como si pudiera curarme de todos los males.

—Talai —murmuró con admiración—, pero solo vivirás lo suficiente para decirlo una vez.

Su largo cabello negro estaba enrollado en mi tobillo. Podía sentir su presión, su agarre, y cómo subía lentamente por mis brazos hasta mis hombros, atrapándome como una telaraña suave y negra.

—Talai —repetí, pero su encanto comenzaba a romperse. La presión de su cabello sobre mis piernas y brazos me hizo volver a la realidad, y comencé a forcejear de un lado a otro para liberarme. Ella solo esbozaba una sonrisa más amplia ante mi pánico y lágrimas, la luz de la luna iluminando sus numerosos dientes.

Comenzó a moverme más y más cerca de ella, y nada de lo que hiciera me soltaría de sus garras. Por el rabillo del ojo, noté otro mechón de cabello enroscarse alrededor de mi morral y tomarlo. Estaba fuera de mi alcance, por lo que grité,

esperando que Khent en su estado de alerta despertara y viniera a ayudarme. Nos había fallado a ambos por mi torpeza, ahora esta criatura tenía el libro...

Su aliento, nauseabundo y penetrante, me abordó. Me dieron arcadas y cerré los ojos, sin voluntad de mirar el horror de su rostro acercarse. Esa enorme boca estaba sobre mí a punto de devorarme, de aferrarse a mi rostro como una sanguijuela con sus dientes filosos listos para desgarrar mi piel. Me estaba silenciando, para siempre, aunque todavía podía gritar una y otra vez dentro de su garganta.

El suelo del bosque tembló y, por un momento, me sentí aliviado. La criatura se congeló con el beso punzante y suave de sus dientes sobre mi carne. No podía respirar el aire ácido y caliente que emanaba de su boca, pero al menos se había distraído por el ruido. Y luego, el clamor regresó, una y otra vez, con los árboles a mi alrededor moviéndose como si fueran derribados por un gigante. Desde atrás, sonó un grito desgarrador, el rugido de un canino que sonaba como cientos de chacales al unísono.

Tum. Tum. Tum.

Pisadas. ¿Qué otro horror había venido a acabar conmigo y este monstruo a la vez? Me relajé mientras aún seguía bajo las garras de la criatura, gritando más fuerte a medida que sentía temblar la roca debajo de nosotros, como si estuviera a punto de quebrarse y dejarnos en el suelo. Pero no me caí; de hecho, me levantaron, no los cabellos sobrenaturales de la criatura que cantaba, sino una mano enorme y fuerte, casi

inhumana.

Y así me arrojó hacia un lado; atrapado por una criatura y arrojado por otra. Rodé sobre el césped primaveral del bosque y respiré entrecortado, mientras me ponía de espaldas y buscaba esconderme bajo la protección de los árboles. La cosa que me había salvado era más alta que el hombre más alto que hubiera visto, estaba cubierta con un pelaje gris y negro con una raya que corría por toda su espalda y tenía orejas puntiagudas. Bendita Tierra, era imposible creer lo que estaba viendo, pero ya había visto a esa cosa cientos de veces antes, miles, podría decir. Era el mismísimo Anubis, no de roca, sino de carne y hueso. Más extraño aún, sus hombros y brazos, con músculos como los de un humano, tenían unas marcas leves debajo del pelaje. Las marcas de Khent.

Talai gritó y se puso de pie sobre la roca, sin demostrar miedo y enseñándole los dientes. El chacal (Khent, o al menos eso esperaba, dado que no quería ser la siguiente víctima) atrapó a Talai con total facilidad por su cuello y lo presionó, mientras ella soltaba algunas arcadas. La estrelló contra la roca y, si bien estaba algo atontada, se volvió a poner de pie y se alejó hacia los árboles, quejándose con un sonido sibilante. Su cuello lleno de magullones.

La reencarnación de Anubis la siguió en la oscuridad. Oí un aullido horrible y otro grito, luego el sonido de su batalla se fue tornando cada vez más suave, hasta que solo quedó el sonido burbujeante del arroyo. Ensangrentado y aterrorizado, me puse de pie y me abrí paso en busca del morral, el cual

levanté con ambas manos y llevé de regreso a la choza del pastor.

La encontré destrozada, sin nada más que nuestra ropa entre los restos.





Capítulo
Veinticuatro



Necesito que vayas al final.
— El Sr. Morningside pasó las páginas de mi última traducción mientras se deleitaba con un pastel congelado de limón que tenía frente a sí, comiendo algunos bocados mientras analizaba mi trabajo.

—Está todo bien, excelente, de verdad, pero debo saber dónde termina — comentó, golpeando los papeles sobre el escritorio frente a mí. Me dolían los ojos de haber forzado la vista a la luz de las velas por tanto tiempo y tenía las puntas de los dedos manchadas con tinta. Me senté de nuevo y me quedé observando el diario, con la cabeza llena de preguntas—. ¿A dónde fueron? ¿En dónde se detuvieron? Encuentra eso y tradúcelo. El resto es solo la cereza del postre, querida.

Al decir eso último, el Sr. Morningside levantaba una ceja y le daba otra cucharada a su postre. Alcé la vista, molesta por su alegría.

—Mi padre está aquí, ¿sabía eso? —le pregunté, cruzándome de brazos—. Nunca le escribió...

—Planeaba hacerlo.

—Nunca le escribió —repetí, enojada y apartando la mirada de él hacia las llamas azules que ardían en la chimenea—. No puedo creerlo.

—¿Qué parte? —preguntó, terminando el pastel y lamiendo algunos restos de sus dedos.

—*Todo* —me rendí, colocando los brazos sobre el escritorio y apoyando la frente sobre ellos.

El Sr. Morningside me dio una palmada condescendiente sobre el hombro y se levantó de donde estaba sentado en el escritorio.

—Tú lo querías aquí, y aquí está, Louisa. Realmente no veo el problema.

¿Quieres que intente hablar con él?

–No –musité–. Solo lo empeorará.

–Eso duele –se paró frente al escritorio; podía oír sus pisadas corretear sobre la alfombra–. ¿Esto será una distracción para ti? No importa cuán persuasivo sea el diario para el pastor; en algún punto, se te pedirá que hables y necesito que estés en tu mejor estado.

Levanté la vista y le di mi mirada más vacía.

–¿Acaso luzco en mi mejor estado? –silencio. El Sr. Morningside se llevó la mano hacia su barbilla.

–Muy bien. Veo que he estado pidiéndote demasiado. La Corte no puede retrasarse mucho, pero ¿qué necesitas?

Me tomé un momento para pensar la respuesta.

–Un día. Solo... un día para resolver el asunto con mi padre y terminar este trabajo para usted. Un día sin hacer las tareas de la Sra. Haylam o tener que asistir a su extraño juicio. Un día como ese y quizás me sienta... –*¿mejor? ¿Humana? ¿Normal? ¿Cómo me sentiría?*–. Lista.

Asintió y se movió a toda prisa hacia el escritorio, en donde golpeó con una mano.

–Un día, entonces. Mañana será, Louisa; harás lo que quieras –este trato sí parecía complacerlo, o al menos satisfacerlo. El Sr. Morningside pasó a mi lado a toda prisa y se encaminó hacia la puerta que llevaba al interminable corredor y a su oficina–. ¡Oh! Y ya tienes algo menos de qué preocuparte.

–¿Qué quiere decir? –giré la silla para estar frente a él.

–Ya sé quién mató a Amelia –al oír eso, me senté recta en la silla.

–¿Fue Pinzón? ¿Sparrow?

–¿Sparrow? ¡Ja! No, querida, fue Mary. Ah, bueno, Amelia nos iba a dejar de todas formas; ahora tenemos que decidir qué hacer con el resto...

Cerró la puerta al decir eso y me hizo levantar de la silla a toda prisa y correr hacia él.

—¿Mary? —solté, sorprendida—. Pero ¿cómo es posible?

El Sr. Morningside esbozó una sonrisa y me miró desde una abertura en la puerta, dejando ver solo su ojo dorado brillante.

—No pretendo conocer siquiera a mis más viejos amigos, Louisa, y tú tampoco deberías.



Ya no estaba segura de muchas cosas, pero algo que sí sabía desde el fondo de mi corazón era que Mary no podía ser una asesina. Nada sobre su apariencia gentil y bondadosa me decía que era capaz de convertir a Amelia Canny en un saco de piel vacío con los ojos reventados. En lugar de liberarme de una preocupación, el Sr. Morningside simplemente había añadido otra más a la pila.

Mary, una asesina. Esas tres palabras giraron en mi cabeza durante todo el día, yendo y viniendo mientras les servía el almuerzo a Mason, su padre y Samuel Potts, y mientras ayudaba a Chijioke a juntar leña en la entrada del bosque, incluso mientras me quedaba sentada, en silencio y pensativa, durante la cena. Mary no comió con nosotros; solo tomaba un poco de sopa por la mañana y antes de irse a dormir, pero siempre desde su habitación para descansar. Tampoco había visto a mi padre, aunque Poppy había comentado durante el almuerzo que él sabía mucho sobre flores y le había dado una clase emocionante sobre el diente de león y sus propiedades médicas.

“Qué bien por ti”, le había comentado, aturdida.

La Sra. Haylam la calló, quizás porque pensaba que no quería que me molestaran con historias de mi padre, lo cual era verdad, pero mi distracción

real era Mary. No tenía sentido. ¿Por qué atacaría a Amelia? Ni siquiera se habían conocido, y nada de lo que había aprendido sobre Mary o sus habilidades me llevaba a creer que ella podría asesinar a alguien de esa manera. *No pretendo conocer siquiera a mis más viejos amigos.* ¿Había sabiduría en esas palabras? Mis ojos deambularon por la mesa, posándose primero en la Sra. Haylam, luego en Poppy y finalmente en Chijioke. No aseguraba conocerlos por completo, pero ¿realmente sabía tan poco sobre las personas en este lugar?

Me gustara o no, había aprendido a confiar en Poppy y Chijioke, particularmente en él, y quizás ese fue el error. Si Mary puede absorber la vida de una joven muchacha y no decir ni una palabra sobre eso, quizás todo el mundo era así de cambiante e impredecible también.

Esa noche, me retiré a mi recámara con la cabeza llena de preguntas incómodas. Ahora temía por las pesadillas, convencida de que cada vez que dormía, una pesadilla nueva y vívida me esperaba. Pero esa noche pasó relativamente pacífica, solo con sueños difusos de la voz de una mujer en la distancia; sonaba asustada y triste, pero nunca supe qué era lo que intentaba decirme. Era una bendición despertarse luego de una noche de descanso y me lograba persuadir de que el resto del día sería igual de agradable. Me vestí rápidamente y bajé a toda prisa para tomar un desayuno rápido. En mi camino no me crucé con ningún Residente.

La Sra. Haylam me alcanzó un plato de lomo de tocino y pan con mantequilla sin decir nada.

Preparé la mesa yo misma, oyendo a Chijioke cantar para sí mismo una melodía mientras guiaba a los caballos hacia el granero, haciendo que su canción se abriera paso desde el jardín hacia la cocina por la puerta abierta. Parecía que sería un día caluroso y húmedo, la residencia ya mostraba rastros

de una calidez pegajosa.

–¿Chijioke irá al pueblo hoy? –pregunté distraída. La Sra. Haylam limpiaba una vieja jarra en el lavabo de espaldas a mí.

–Los Breen quieren ir a Malton –respondió–. Creen que los rumores sobre Amelia en esa zona son prometedores.

–Ah. ¿Y los Residentes? –añadí–. ¿Dónde están? No los he visto últimamente.

–Los envié al bosque y a las pasturas aledañas –me explicó la Sra. Haylam con un poco de aspereza–. Están deambulando tan lejos como mi magia lo permita, en busca de tu misterioso hombre lobo.

Me detuve a medio mascar, recordando con claridad la entrada del diario que acababa de terminar para el Sr. Morningside. La descripción de Bennu en sus escritos coincidía casi con exactitud con lo que había visto, lo cual me llevaba a pensar que nos habíamos encontrado a la misma criatura. Mi silencio perturbó a la Sra. Haylam, dado que volteó lentamente para observarme con su único ojo sano.

–¿Alguna otra pregunta? –preguntó en voz baja.

–Solo me parece extraño –le respondí, tomando mi tocino y girando mi taza de té mientras organizaba mis pensamientos. No se suponía que hablara del trabajo que estaba haciendo para el Sr. Morningside, pero obviamente ella sabía que estaba tramando algo con él. Quizás decirle algo de verdad sería suficiente–. He estado leyendo bastante, para tratar de aprender más de este mundo nuevo en el que me encuentro... Los libros del Sr. Morningside son bastante educativos.

–De verdad lo son.

–¿Será posible que el monstruo que me atacó sea, no sé, uno de nosotros? –pensé en la cuchara destrozada que guardaba en mi bolsillo y en la pequeña

nota que decía lo ciento, con una letra insegura y descuidada. Algo no encajaba—. ¿Se podrá razonar con él?

—¿Razonar? —caminó a mi alrededor, perdiendo su temperamento. Su nariz se ensanchaba con cada respiración, un tendón que se movía furioso a un lado de su rostro mientras me señalaba con la jarra mojada—. Esa cosa trató de matar a Mary. Si no hubieras recobrado la cordura por ese solo instante y no le hubieras disparado, ¿quién sabe lo que habría ocurrido?

—Bueno, en realidad fue Pinzón quien...

—*No me importa quién hizo qué, solo me importa que ustedes dos sobrevivieron* —fue lo más cercano a demostrar su preocupación por mí desde hacía mucho tiempo. Quizás, desde siempre. Su frenesí disminuyó y volteó hacia el lavabo para seguir lavando la jarra con tranquilidad—. Sé que no aprecias que hay, o había, un orden para todo aquí, pero algunos de nosotros estamos haciendo lo mejor para mantenerlo. Ese orden no tiene lugar para un pulgoso miserable...

No pude comprender el resto de la oración, pero vaya que sonaba como si supiera lo que era el monstruo. Incluso, como si supiera su nombre. Alejé mi plato a medio comer y me puse de pie, encaminándome lentamente hacia la puerta que daba al vestíbulo principal. Si la Sra. Haylam sabía lo que era esa cosa, entonces el Sr. Morningside también, y si ella no estaba dispuesta a ayudarme, entonces quizás él sí. De hecho, tenía la ventaja: su preciada traducción.

—Será mejor que empiece con mi día —le comenté, mientras salía, sintiéndome un poco malvada y triunfante al haber dejado un pequeño desorden para limpiar.

—Eso espero —soltó, levantando los hombros, claramente irritada—. Disfrútalo mientras dure, jovencita.



Disfrutar era una palabra fuerte, pero de hecho sí intentaba aprovechar al máximo mis pocos momentos de libertad. Hasta entonces, había evitado a mi padre, pero el enfrentamiento no debía ser demorado ni un poco más.

Me dirigí al salón oeste junto al vestíbulo. Por lo general, ese lugar se solía usar como sala de lectura o para el té de la tarde, y era solo cuestión de tiempo hasta que Croydon Frost me encontrara allí. Poppy mencionó en el almuerzo que había pasado la mayor parte del día escribiendo cartas y leyendo detenidamente un libro de poesía. Mientras esperaba junto a la ventana, me quedé compenetrada en las nubes que se cernían sobre el bosque. El pequeño sendero que llevaba al manantial siempre se encontraba oscuro, como una grieta en un acantilado que se abría hacia una oscuridad profunda. Por lo general, evitaba el manantial, dado que a los huéspedes les gustaba reunirse allí, pero ahora estaba con mucho menos interés en visitarlo. Los Residentes en verdad estaban deambulando entre los árboles, y los observaba moverse en silencio patrullando la zona en busca de la criatura que acechaba a escondidas.

Comenzaba a sentir una presión creciente y calurosa sobre mi frente, y entendí a qué se debía; miles de preguntas y el miedo penetrante. Los marineros solían quejarse de sufrir dolores antes de una tormenta, y esto no era muy distinto; algo horrible esperaba en el horizonte, podía sentirlo, pero ya no tenía poder contra mi inexorable desliz hacia la calamidad. No creía que el juicio al Sr. Morningside terminara como él esperaba, y no creía que Mary hubiera asesinado a Amelia. Una tormenta se estaba armando sobre nosotros y nadie parecía notar las nubes furiosas.

–Es un proceso realmente delicado, el *enfleurage*...

Me alejé de la ventana y encontré a Croydon Frost caminando por la alfombra hacia mí. Estaba vestido con tanto lujo como el Sr. Morningside,

sin siquiera intentar ocultar su riqueza, con un traje esmeralda oscuro de corte en terciopelo y unas botas de equitación brillantes. Su pañuelo de seda tenía un patrón de rosas color verde musgo.

–Uno intenta preservar cosas delicadas, recrear algo efímero y evanescente. El sebo debe estar imbuido con la vida de la flor una y otra vez, la grasa estará sedienta de absorber esa fragancia, y no terminará hasta haber devorado docenas, incluso a veces, cientos de pimpollos –se detuvo a mitad de la habitación y sacó un pequeño frasco de vidrio de su bolsillo. Lo levantó y la botella cristalina brilló bajo la luz del sol. Algo se movió en su hombro, brillante y extraño, pero no sabía decir qué era hasta que estuviera más cerca.

»Y luego, cuando la grasa ya absorbió todo el líquido, llegamos a esto –abrió el corcho en el vial y se acercó hacia mí, entregándome el pequeño frasco con perfume. Incluso antes de que alcanzara mi mano, ya podía sentir la indeleble y hermosa esencia de la lilas. Parecía casi de otro mundo la perfección con la que había capturado la esencia de la flor. Mis ojos se cerraron y sostuve la botella justo por debajo de mi nariz, oliendo la esencia de puro verano.

»Un regalo –dijo suavemente–. Una mujer no está completamente lista hasta que tiene su propio *parfum*.

Abrí los ojos y miré la botella. No había duda de que esto lo había vuelto rico. Me preguntaba cuánto podría costar este pequeño vial mientras lo guardaba en el bolsillo de mi delantal junto a la cuchara machacada.

–Gracias –respondí–. Es muy... Oh, *Dios*, ¿qué es eso?

La cosa en su hombro se escabulló desde detrás de su cuello hasta el brazo más cercano a mí. Era una araña, enorme y peluda, casi del tamaño de un ave, de un color púrpura brillante y rosa, como si la hubieran teñido para combinar con un traje de gala llamativo, y alrededor de su cintura llevaba una pequeña

cadena que funcionaba como correa. Francamente, era el objeto personal más espeluznante que podría imaginar. ¿Llevar una maldita araña en una cadena a todos lados? ¿En verdad estaba emparentada con esta persona?

Me recuperé del asombro y me acerqué hacia la ventana, en donde coloqué la cortina por delante de mí.

–Oh, ¿esto? –preguntó Croydon Frost riendo mientras el arácnido avanzaba desde su brazo hasta la palma de su mano, donde parecía estudiarme con sus múltiples ojos y con una de sus patas peludas levantada en el aire–. Es inofensiva, lo prometo, solo una criatura asombrosa que encontré en uno de mis viajes.

–No luce para nada inofensiva –musité, acobardada.

–¿Realmente crees que la dejaría caminar sobre mí si fuera a picarme? –esbozó una sonrisa y la extendió hacia mí–. Vamos, no es como el pelaje de un gato. Es completamente única.

No tenía ningún deseo de tocarla, pero al verla con mayor atención me pareció una criatura mórbidamente fascinante; tenía un patrón en espiral sobre su espalda y no podía creer lo brillantes y hermosas que se veían sus rayas rosas y púrpuras a la luz del sol. Con cuidado, extendí un dedo y toqué una de sus patas peludas.

–¡*Aaay!* –retiré mi mano horrorizada–. ¡Me picó!

–Mis disculpas –se alejó, escudando a la araña con su otra mano–. Nunca... Ella no es así.

Se sentía como la picadura de una abeja y mi dedo inmediatamente comenzó a inflamarse y a tomar un color rojo justo en el lugar en donde me había picado.

–¿Es venenosa? Oh, Dios, ¿voy a morir? –de inmediato, comencé a sentir el cuerpo más caliente mientras presionaba la mano contra el pecho. Perfecto.

Cerré los ojos del dolor y me quedé quieta, escuchando cómo la voz de la mujer que había estado escuchando antes aparecía de nuevo, suavemente, como música de una habitación cercana.

Corre, jovencita. Corre, el sueño ha terminado.

–No, no, cálmate, no son venenosas, estarás bien una vez que la inflamación baje –explicó Croydon. Casi no lo pude escuchar, ya que estaba concentrada completamente en la voz que no venía de afuera, sino de mi interior. ¿Quién era? ¿Por qué seguía escuchando sus palabras de advertencia? Había acertado la última vez, por lo que me alejé un poco de Croydon.

Suspiró y guió a la araña de regreso a su brazo, desde donde parecía observarme, para luego caminar hasta su cuello con sus pequeños ojos negros destellantes de interés. O hambre. Quizás había sido un bocado agradable para ella.

–Y con esto pretendía ganarme tu confianza –se acercó a la ventana y se paró a mi derecha, desde donde colocó su mano sobre su cadera mientras observaba el jardín.

–Solo intenta no traer una araña la próxima vez –susurré.

–Al menos, ahora sabemos que soy una falla espectacular en todos los sentidos –bromeó Croydon, pero realmente sonaba miserable–. La consistencia es importante.

–No esperes que sienta lástima por ti. Nadie te obligó a fallarnos a mí y a mamá, eso lo hiciste tú solo –inspeccioné mi herida, preguntándome si me dejaría una marca como la que dejó el libro. No dijo nada, pero sentí su mirada desesperada. Perdón. Eso es lo que quería, lo que todos queríamos, pero no tenía ninguna intención de dárselo–. Diecisiete años de rechazo no se pueden enmendar con una botellita de perfume.

Caminé hacia él, tomé el vial del bolsillo de mi delantal y lo presioné

contra él.

–Puedes quedarte con esto. No quiero tu soborno, solo quiero que respondas mis preguntas.

–Y dinero, supongo que también quieres mi dinero –sonaba más frío, enojado. Sus ojos negros se entrecerraron mientras me contemplaba con aires de superioridad por detrás de su nariz puntiaguda–. No tienes que estar avergonzada de eso. Eres mi hija, tienes mis ojos, mi maldición, y también tendrás mis vicios.

Era extraño verlo, realmente observarlo, y saber que compartíamos cierto lazo familiar, dado que no sentía nada por él en lo absoluto, ni el amor de una hija, ni una conexión familiar.

–¿Por qué nos abandonaste? –le pregunté, demandante, mirándolo al rostro. Si mentía, lo empujaría por la maldita ventana, con araña y todo.

–No sabía en qué te convertirías, si serías extraña como yo –me contestó Croydon, sin emoción–. Sin mí... Sin mí había más posibilidades de que tuvieras una vida normal.

–¡Una vida pobre! ¡Una vida miserable con un padre alcohólico! –le recriminé, empujándolo y ocasionando que se tocara el pecho como si le quemara–. Entonces, ¿tú *en verdad* eres un Sustituto?

Croydon Frost consideró la pregunta por un largo momento y sus ojos se tornaron vacíos, casi muertos, como si hubiera entrado en un trance momentáneo. Luego, con velocidad, antes de que pudiera reaccionar, me tomó de la mano y la levantó. Estudió la picadura en mi dedo, el cual brillaba con un tono rojizo, y la soltó.

–Quiero darte mi herencia –susurró. Había regresado la vida a sus ojos negros, turbulenta y ardiente vida.

–Eso no contesta mi...

–Pero tendrás que elegir, Louisa –me interrumpió Croydon con aspereza–. Puedes tener riqueza o conocimiento, y uno es infinitamente más valioso que el otro. Esa es una promesa con la que puedes contar.

Negué con la cabeza, esperando que viera el mismo fuego determinante en mi mirada.

–No –repliqué, resolutiva–. Quiero ambos.

–Ambos –repitió en un susurro profundo. Lo que vi en su mirada en ese entonces me provocó miedo. No estaba indignado por mi avaricia ni intimidado por mi postura; en cambio, parecía disfrutarlo, una especie de fuego enfermizo ardía en su mirada, como una tetera a punto de soltar su silbido–. Entonces ambos tendrás, hija, pero no aquí. No ahora. Te encontrarás conmigo en la tienda del jardín esta medianoche, y vendrás sola; allí obtendrás respuestas a todas tus preguntas, y más. Algunas, sospecho, desearás olvidar.



Capítulo
Veinticinco





Año dos



Diario de Benmu, quien corre

Podía percibir los meses de viaje sobre mi rostro, en la cicatriz

circular alrededor de mi boca y en la barba oscura que había comenzado a crecer y oscurecía toda mi quijada. Cuando vi mi reflejo en el lodo, ya no vi a un jovencito inocente, sino a un hombre, cambiado por un año de peligros interminables.

A Khent también le había crecido la barba, aunque debido a su extraña naturaleza, era más gruesa y salvaje que la mía, con manchas que combinaban con su pelaje de bestia. Podía soportar el invierno con bastante facilidad, y parecía tornarse más dura contra las heladas y el viento que constantemente nos azotaba cuando cruzamos un canal angosto en bote y continuábamos rumbo al norte bordeando la costa de esta extraña isla. A sus habitantes se los veía bastante robustos, pero amigables, aunque vestidos de una manera burda de acuerdo a nuestros estándares. Tenían unas extrañas marcas azules sobre sus cuerpos y enterraban a los muertos en campos verdes. Cuando necesitábamos negociar, nos comunicábamos con ellos pero solo por medio de gestos de nuestras manos. Caminamos por esas zonas a toda prisa sin llamar mucho la atención y con cuidado de no pisar los montículos de tierra que los locales habían creado. Cada vez que la Serpiente Celestial aparecía en el cielo, la seguíamos, pero cuando nos eludía, descansábamos en refugios improvisados con ramas y rocas.

—¿Crees que somos los primeros de nuestros reinos del sur en encontrar este lugar? —le pregunté a Khent una mañana. Sentíamos que el final de nuestro viaje estaba cada vez más cerca, pero ¿cuántas tierras extrañas nos quedaban por cruzar?

Llovía bastante. La capucha de Khent desde hacía rato estaba completamente empapada, prácticamente inservible.

—Creo que no importa, porque nunca volveremos a casa para contar la historia.

Decir algo así algunos meses atrás me habría lastimado, pero pude captar la sabiduría en tal escepticismo. Apenas habíamos sobrevivido para llegar adonde estábamos; regresar nos mataría por completo, incluso del cansancio.

—Un descanso largo —dije suavemente—. Eso es lo que necesitamos.

—Podría dormir para siempre —agregó Khent resoplando—. Por el amor de Madre, he olvidado lo que se siente la comodidad.

—Y yo he olvidado lo que se siente estar seco. Pronto estaremos entre amigos —le comenté—. Y allí podremos dormir, para nuestro placer.

Nunca antes había visto días tan húmedos. Incluso durante la temporada de lluvia en mi hogar, las tormentas solo ocurrían de a ratos, nunca durante días y días de interminable humedad. Mantenía los campos verdes y abundantes, lo cual nos hacía desear que las numerosas rocas que allí había fueran ovejas enormes que se encontraban pastando y que nos miraban mientras pasábamos. Había muy pocos pueblos y se encontraban muy dispersos, aunque algunos tenían muchas más casas de piedra e incluso mercados, que permanecían abiertos a pesar de la persistente neblina y lluvia.

La mañana pasó lentamente y la vista no parecía cambiar, mostrándonos solo campo tras campo y planicie a nuestro alrededor; de pronto, en la distancia divisamos lo que parecía ser una especie de fuerte. Al acercarnos, noté que solo era un conjunto de pilares acomodados de forma artística, algunos parados y otros recostados, incluso había algunos sobre los pilares de roca, casi como si actuaran como techo.

—Un lugar sagrado —susurró Khent. Ambos nos habíamos detenido para admirar el círculo de rocas—. Luce como un grupo de... no sé, puertas. Portales.

—Quizás debemos ir en otra dirección —sugerí—. Si es sagrado, no estaría bien que nos adentráramos.

Pero me ignoró, soltando sus pertenencias y señalando por encima de nosotros.

—Allí. ¿Lo ves? Quiere que vayamos en esta dirección.

Suspiré, molesto. Me había vuelto más fuerte con el pasar de los meses, pero la carga que llevaba continuaba siendo bastante pesada y dejaba marcas y magullones que nunca desaparecerían.

—La envió Madre para guiarnos, ¿mm? Simplemente, parece ser lo correcto.

Las veteadas rocas grises se cernían como portales enormes para gigantes. Ya estaba asombrado por la grandiosidad de nuestras esfinges y pirámides, pero esto también era maravilloso, simple, estoico, pero inspirador. Khent siguió adelante y recorrió con su mano una de las rocas masivas, y se colocó debajo de uno de los portales.

—Nos podríamos refugiar aquí —dijo, mirando hacia el cielo gris.

—No me gusta —contesté, mirando en todas direcciones—. Está al aire libre. Además, si es sagrado...

—Está bien, Bennu, tú ganas. Encontraremos otro lugar —se quejó—. Si tan solo esta maldita lluvia se detuviera.

Pasamos por debajo de uno de los portales de piedra y nos adentramos en el claro del centro. Aquellos que habían construido el círculo sagrado habían dejado marcas en el suelo y restos de roca, espirales y círculos, intrincados y precisos. Me preguntaba si estaba bien que camináramos sobre ellos, pero a Khent parecía no importarle, ya que tenía su completa atención en la Serpiente Gigante que se mecía sobre nosotros, siguiéndola sin mirar el suelo.

—¿Puedes ver cómo se mueve más rápido? —Khent señaló hacia arriba—. Debemos estar cerca. Luce ansiosa de llevarnos allí.

—¿Ansiosa? Ja. Si quiere llegar rápido, nos podría aventar allí.

—Ese es el espíritu —bromeó—. Tú eres Bennu, el Corredor, ¿cierto? No Bennu, el Volador.

—¡Tú me llamaste así! No tengo ninguna razón para atenerme a eso.

Ambos reímos y mi corazón agradeció el sonido y el pronto cambio de la suerte a nuestro favor; la lluvia fue disminuyendo hasta convertirse en una llovizna más tolerable. Cuando nos quedamos nuevamente en silencio, pude

oír el zumbido distante de las abejas y me lancé a la búsqueda de las colmenas. Durante la lluvia, había habido pocos insectos, pero ahora podía escuchar lo que sonaba como un enorme enjambre.

Khent levantó una mano sobre mi pecho y choqué contra ella, deteniéndome mientras él inclinaba su cabeza hacia un lado. También lo había oído. Todavía no habíamos cruzado el círculo de rocas. ¿Acaso habíamos enojado a los locales o invocado alguna especie de maldición?

—¿Un enjambre? —susurré, aferrando el morral con mis manos temblorosas—. ¿De dónde viene?

—Allí, del sur; ¿ves esas figuras que se mueven entre las nubes como grullas?

—Mucho más grandes que grullas —musité—. Y más hábiles, también.

En verdad, eran criaturas del aire, aunque tan grandes como un hombre y se dirigían hacia nosotros a toda velocidad. Antes de que pudiera verlas con claridad o decir una palabra, Khent me tomó del echarpe y me jaló para que comenzara a correr.

—Mira arriba de ti, amigo. ¿Ves la luna? No estamos en condiciones para enfrentarlas, no a la luz del sol —dijo, enojado. Era más rápido que yo, por lo que me costaba seguirle el paso. Estirándose hacia mí, tomó el morral de mi hombro y me sentí mucho más aliviado para continuar corriendo.

—No podremos escapar —dije, jadeando, mientras miraba hacia atrás con el corazón latiendo a toda prisa, no solo por la

huida, sino por los tres monstruos alados que nos acechaban. Grité y agaché la cabeza al sentir que uno pasaba volando muy cerca de mí, rozándome la cabeza con una de sus garras.

Nos zambullimos bajo uno de los portales de roca, en donde pudimos ponernos a cubierto de nuestros perseguidores.

Khent soltó el morral en medio de nosotros, con la espalda sobre uno de los pilares, desde donde me tomó para que me colocara a su lado.

—Ese sonido —susurró, mirando aterrorizado hacia arriba, mientras las cosas aladas volaban en círculos y emanaban un zumbido lo suficientemente fuerte como para silenciar el resto de los sonidos del valle—. Avispas. Alas. Sirvientes de Roeh, no hay duda alguna de eso, pero nada parecido a algo que haya enfrentado antes.

—Están cantando —respondí, acobijándome contra su hombro—. ¿Qué dicen?

—No lo sé —Khent se agachó y soltó su bolsa, de la cual tomó un cuchillo de bronce que había conseguido hacía algunos días—. Y no me importa. Cantar no detendrá la sangre.

No compartía su confianza, solo un terror mudo. Había tres de ellos, cada uno con seis enormes alas blancas. Las plumas lucían más como cuchillas que algo suave. Un par de alas salía desde sus hombros y les cubría el rostro; el par inferior los cubría para ocultar sus pies, casi con modestia, sus torsos cubiertos con un sudario blanco tramado en oro.

Su llegada no fue improvisada. Cada uno empuñaba una larga espada de plata pura.

Sanctus, sanctus, sanctus...

El canto era como una vibración constante que se entrelazaba con el zumbido creciente de las abejas. El sonido emanaba de su interior, como si se mantuvieran en vuelo gracias al poder de cientos de pequeñas criaturas. Khent blandió su cuchillo desafiando a uno a que se acercara.

–Cuida nuestras espaldas –me dijo en voz baja–. No debemos dejar que nos acorralen.

–Khent, nos superan en número. Mira esas espadas.

–Ya vi las espadas, Bennu; ¡cuida nuestras espaldas!

–¡Sanctus! –gritó una de las criaturas, aún con el rostro cubierto, en lo que parecía ser un llamado penetrante de alerta. Sentí el viento del batir de sus alas sobre mi rostro cuando comenzaron a descender hacia nosotros con las espadas en lo alto. Al acercarse, las alas que cubrían sus rostros se abrieron, lo cual me hizo caer hacia atrás contra uno de los pilares de piedra. Era el rostro de un hombre, o eso parecía, a pesar de sus fauces, más grandes y hambrientas que la de cualquier otro hombre normal. No tenía ojos, ninguno en absoluto, solo una corona dentada que salía de su cabeza, impregnada de oro.

–¡Atrás! –gritó Khent, embistiéndolo con su cuchillo, pero la horrible criatura alada lo esquivó.

Intercambiaron algunos golpes hasta que Khent, con un golpe de suerte, tomó a la criatura por el brazo que sostenía la espada y la forzó a gritar su cántico mientras se tapaba la herida. Fue solo una victoria temporal, dado que los otros dos

llegaron enseguida, repitiendo su canto cada vez más fuerte, mientras lanzaban zarpazos ciegos con su espada.

—¡Ah! —exclamó Khent, cayendo sobre mí, con un corte—. El libro. Protege el libro...

—No dejaré que mueras —grité, tomando el cuchillo mientras trataba de ayudarlo a levantarse.

Pero eran demasiado fuertes. La criatura a la que Khent había lastimado descendió nuevamente, pero esta vez mostrando sus garras afiladas y espantosas. Se arriesgó a volar lo suficientemente bajo como para pasar por debajo del portal de piedra, hasta que chocó con nosotros con tanta fuerza que me hizo sentir como si mis pulmones fueran a estallar. Estábamos siendo aplastados por la roca, mientras Khent rasgaba y golpeaba la espalda de la criatura. De pronto, comenzó a revolver la tierra a nuestro alrededor con sus garras hasta que encontró el morral. Nos soltó, salpicándonos con toneladas de lodo y tomó el morral con una de sus garras, para luego levantar vuelo nuevamente.

—¡No! —exclamé, arrastrándome por el suelo tras la criatura a toda prisa, con los brazos moviéndose para todos lados mientras gritaba, una y otra vez—: ¡No!

¡Habíamos llegado tan lejos! ¿Cómo podía ser que llegáramos hasta aquí solo para perder el libro? Un año. Un año de esquivar la muerte y el hambre, naciones y tribus que nos topábamos en el camino, mares tempestuosos, solo para caer con la victoria a la vista. Mis rodillas cedieron y caí, derrotado, indiferente a la idea de que las criaturas me

partieran en pedazos.

Por detrás, Khent gritaba en agonía. Lo matarían.

Me levanté y decidí enfrentarlas; si moría, prefería hacerlo defendiendo a mi amigo y de pie. Las criaturas habían descendido y se movían de un lado a otro, esquivando el cuchillo, cortándolo con cruel facilidad en donde podían. Khent se encontraba recostado contra el pilar, sangrando, y podía notar cómo su fuerza se desvanecía con cada golpe que daba con su arma.

—¡Déjenlo en paz!—grité, arrojándome frente a Khent.

Esbozaron una enorme sonrisa en sus enormes bocas mientras preparaban sus espadas, listos para dar el golpe mortal. Los cuatro nos detuvimos, dado que el sonido de las abejas había disminuido con la partida del monstruo que había robado el libro. Pero de pronto, el sonido regresó, inesperadamente rápido. En un instante, una bola blanca se estrelló contra el suelo junto a nosotros, inundando el ambiente con una nube de plumas blancas.

El libro se desprendió de sus garras, abandonado e intacto sobre el lodo.

Pero ¿cómo? No iba a soltar a Khent, por lo que nos quedamos agazapados hasta que finalmente una sombra comenzó a cubrir el círculo de piedra. Al descender, soltó un aullido que me ensordeció, como si se tratase de un halcón del tamaño de una montaña gritándoles a sus crías. Con los ojos entrecerrados, pude ver su colosal cola roja y negra moteada con reflejos amarillos. Vi sus garras, sus alas del tamaño de las

nubes, su rostro puntiagudo, su pico como Horus, un despliegue de plumas y escamas alzándose desde su frente.

Desde su nariz desprendía un sinuoso vapor gris hacia el aire.

La Serpiente Celestial. Golpeó el suelo e hizo temblar los pilares. Los ojos de Khent giraron hacia el cielo y fue allí que me dio un empujón, débil, pero con vida.

—El libro —susurró—. Corremos. Ahora.

Me arrastré hasta el libro y lo tomé, poniendo todas las fuerzas sobre mis piernas para alejarnos de las rocas hacia el campo. No había lugar adonde ir teniendo a la Serpiente Celestial desatando toda su ira. Por detrás, oí los cánticos de las criaturas hasta que vi cómo eran arrojadas por el aire. La Serpiente Celestial estaba jugando con ellos ahora, al punto de tomar a uno con su pico, levantarlo y cortarlo a la mitad de un solo mordisco, soltando una lluvia de un líquido dorado que salpicaba las rocas sagradas abajo.

—No puedo... No puedo seguir más —dijo Khent, resollando mientras se recostaba de espaldas sobre el césped húmedo. Tenía cortes por todos lados. Tomé mi echarpe y comencé a cortarlo en pedazos para tapar las heridas lo mejor que pudiera mientras continuaba oyendo cómo las rocas se quebraban cada vez que la Serpiente Celestial estrellaba a uno de los monstruos contra un pilar. Fue una buena decisión haber corrido, ya que el portal en el que nos habíamos estado refugiando colapsó de manera tal que la roca de la parte superior se tumbó y se estrelló contra el suelo, pulverizando a

una de las bestias aladas con su peso.

–No me iré sin ti –le dije–. Encontraremos una aldea y descansarás hasta que te encuentres bien.

–No seas estúpido, nos tomaría demasiado tiempo. Debes marcharte ahora, Bennu, debes llevar el libro al norte.

–¡No!

Esa misma sombra masiva giró hacia nosotros nuevamente y observé a través de la cortina de lluvia cómo la Serpiente Celestial se elevaba por los aires y se acercaba hacia nosotros volando al ras del suelo, hasta aterrizar suavemente, aunque la tierra tembló como si hubiera caído un rayo. Bajó la cabeza mientras nos observaba con sus ojos inteligentes de ave, soltando un sonido agudo y vibrante desde su garganta.

–Gracias –le dije a la criatura. Se había acercado lo suficiente como para que la pudiera tocar, por lo que, cuidadosamente y con mi pulso nervioso, coloqué mi palma sobre las plumas que tenía justo por encima de su pico negro.

La Serpiente Celestial corrió mi mano y acercó su largo cuello hacia Khent, a quien tocó en la cabeza con la punta de su pico. Lo tocó tan gentilmente como pudo y volteó, como si estuviera señalando su espalda con su pico.

–Creo... que quiere que vayamos con ella –murmuré–. ¿Puedes pararte?

Khent se quejó y tosió, por lo que me puse de pie y me acerqué a ayudarlo, con el libro en una mano y él en otra. Mi ropa estaba completamente impregnada con su sangre y, mientras lo ayudaba a subirse al lomo de la Serpiente

Celestial, no podía evitar notar que tenía la vista perdida. Colocó una mano sobre su panza escamosa y recubierta de plumas, y esbozó una sonrisa débil y exhausta mientras le daba algunas palmadas en señal de agradecimiento.

–Bueno, amigo, parece que después de todo serás Bennu, el Volador –dijo con pocas fuerzas y subió al lomo del animal. Inmóvil, su respiración no fue más que una leve vibración. La sangre corría por la espalda de la Serpiente Celestial mientras Khent mantenía la vista fija en el cielo lluvioso, muriendo lentamente.



Capítulo
Veintiséis



Los Residentes regresaron a la mansión. Los oí arrastrarse fuera de la puerta de mi habitación, moviéndose hacia arriba y abajo por los corredores, como de costumbre en sus patrullas nocturnas. Ansiosa, me saqué la venda que tenía sobre mi dedo. La araña no me había provocado más que una pequeña herida, y por suerte el dolor había cesado, aunque sí me causaba una comezón de locos. Era hora de tener mi cita con Croydon Frost, y lo único que esperaba era que dejara a su horrible mascota en algún otro lugar.

“Vete”, respiré hondo, miré por la rendija en mi puerta, esperando a que el Residente que merodeaba del otro lado se aburriera y se marchara. “Solo vete”.

No me había separado mucho tiempo para ir a la tienda afuera. La Corte se había pospuesto por esa noche para darle tiempo al pastor de revisar la traducción que el Sr. Morningside le había entregado. Por lo que sabía sobre juicios, este parecía funcionar bastante similar; lento e ineficaz, con pausas y reanudaciones. Me resultaba perfecto. Aunque sí temía por el momento en el que me llamaran para mentir o decir la verdad.

Finalmente, el Residente se retiró por el corredor, aunque se detuvo por un momento frente a la habitación de Mary antes de seguir su rumbo hacia la escalera, en donde giró hacia la derecha y se encaminó hacia los pisos superiores, fuera de mi vista. Con sutileza, abrí la puerta y salí de puntillas lo más rápido que me animaba. Era difícil escapar de la sensación de estar siendo observada en la Coldthistle House, pero ese sentimiento era ahora más drástico. Los Residentes habían estado particularmente alerta desde que la Sra. Haylam les asignara encontrar al monstruo del bosque. Yo también me detuve frente a la puerta de la recámara de Mary, contra la cual presioné mi

oreja para escuchar algo, aunque sin resultado alguno, ni siquiera un ronquido. Ah, bien, con suerte significaba que estaba durmiendo profundo.

Giré en la escalera y me encaminé hacia el vestíbulo abajo, esforzándome lo suficiente para ser lo más silenciosa posible al pasar frente a la puerta verde. Las nubes se habían agrupado en el cielo al anochecer y parecían amenazar con lluvia, lo cual, sin la luz de la luna, me hacía difícil ver en la oscuridad en mi camino hacia el exterior. De pronto, comencé a escuchar unos susurros que provenían de la puerta de la cocina. Justo había decidido ir en esa dirección, ya que era el camino más directo hacia el granero y la tienda, pero me detuve cuando noté las voces. ¿Cómo demonios se suponía que saliera ahora? La enorme puerta del frente era agonizantemente ruidosa como para abrirla.

Por lo que esperé y me acerqué a la puerta de la cocina para escuchar la conversación, en donde reconocí las voces de la Sra. Haylam y el Sr. Morningside. Los había encontrado en medio de una discusión, y el Sr. Morningside no sonaba del todo contento.

—...es realmente increíble que me cuestiones, Ilusha. Vi lo que vi, y sé lo que significa para nosotros. Lo que significa para ella.

¿Ilusha? ¿Acaso ese era el verdadero nombre de la Sra. Haylam? Parecía... demasiado *bello* para ella, pero bueno, todos fuimos jóvenes alguna vez. Ella tardó en contestar hasta que su voz salió como un murmullo feroz que casi no pude comprender.

—Tiene las marcas de tus engaños por todos lados, *maskim xul*, y no me gusta que me dejen en las sombras cuando se trata de algún plan tuyo. ¿Qué me harás hacer? ¿Secuestrarla? Somos más que eso.

El Sr. Morningside resopló y oí que comenzó a caminar de un lado a otro. Me acerqué aún más a la puerta con la esperanza de poder ver hacia adentro y

leer su lenguaje corporal. Pero solo podía fiarme de mis oídos. El tiempo pasaba. Necesitaba salir de la mansión y dirigirme hacia la tienda, pero mis instintos me decían que me quedara más tiempo a escuchar y que fuera paciente. No me iría hasta saber de quién estaban hablando, aunque muy dentro de mí ya sabía a quién se referían.

–¿Encontró algo en el diario? Ha estado haciendo preguntas sospechosas.

El Sr. Morningside respondió riendo.

–El *Abediew*. Lo sabe. El Corredor encontró uno y lo describió.

–*Henry*.

–¡Lo sé! ¡*Lo sé!* –estaba casi gritando–. Aun así, no tengo idea de cómo llegó hasta aquí. Ya se encontraban extintos para cuando ocurrió la División.

–Te advertí que sospechaba de ella, pero te negaste a escucharme. Estoy comenzando a pensar que quizás este juicio sea necesario después de todo. ¡Esto está excediendo tu control y no pondré en peligro esta mansión y a todos a quienes elegimos cuidar, solo para que tú puedas apaciguar tu consciencia culposa y satisfacer tus caprichos! –ya había oído cientos de veces a la Sra. Haylam enojada, pero esto era distinto. Sonaba desesperada. Asustada–. Si es quien realmente dices que es. Solo en ese caso, ¿qué haremos?

–Entonces tomaremos los recaudos necesarios. *Tabalu mudutu*. No podemos arriesgarnos –contestó él.

Oh, Dios, se estaba marchando justo en mi dirección. Me moví de espaldas hacia la pared que se encontraba a un lado de la puerta, con la esperanza de que cuando la abriera no me viera.

–Yo *protegeré* esta mansión –le dijo la Sra. Haylam al Sr. Morningside mientras él se acercaba a la puerta–. Hemos sobrevivido por tanto tiempo. ¿Por qué estar en peligro ahora?

Había movimiento en la escalera al otro lado del vestíbulo. Lee. Apareció en silencio con su apariencia espectral sobre el último escalón, desde donde solo podía ver el brillo húmedo de sus ojos entre la oscuridad. Lo vi abrir la boca como si fuera a decirme algo y rápidamente le hice señas para que se quedara en silencio, negando con la cabeza. *No. ¡No, no me delates!*

Mi corazón casi se detuvo por completo. La bisagra crujió con el abrir de la puerta, la cual golpeó con toda su fuerza sobre mi pie. Sujeté la manija de la puerta antes de que esta rebotara y golpeará al Sr. Morningside, y delatará mi posición. Aun así, algo en la puerta pareció llamarle la atención y volteó para inspeccionarla...

–¡Señor! –era Lee. Bendito sea. Sus pies se movieron a toda prisa sobre las alfombras y le habló una vez que se paró justo a un lado de la puerta–. Necesito, ehm, hacerle una pregunta, señor, sobre los Residentes.

–Eso debes tratarlo directamente con la Sra. Haylam –musitó el Sr. Morningside. Sonaba exhausto–. ¿Qué es?

–¿Sr. Brimble? ¿Qué está haciendo afuera a estas horas?

Ahora todos se encontraban en el vestíbulo y Lee se aclaró la garganta, tratando de buscar una explicación.

–Bueno, es solo que... Es solo que vi algo en el tercer piso, creí que les interesaría verlo.

–¿Ahora? –preguntó la Sra. Haylam luego de una pausa.

–Sí. Sí, ahora, claro. Es... urgente y todo eso.

¿Acaso me había convertido en la pared? Había dejado de moverme, de respirar. La actuación de Lee no era exactamente digna de una ovación de pie, pero la Sra. Haylam exhaló y le pidió ir a ver de qué se trataba. Las voces se tornaron cada vez más suaves a medida que subían las escaleras, y un momento después oí la puerta verde cerrarse. Sola.

Gracias, Lee.

Pasé por la puerta y avancé a toda prisa por la cocina, con la esperanza de no tropezarme con Bartolomé y hacerlo aullar. La Sra. Haylam todavía no había cerrado la mansión, por suerte, por lo que me pude ahorrar el tiempo que me tomaba convertir la cuchara en una llave. Moverse a toda prisa manteniendo la elegancia era todo un reto, al haberme asegurado de que ya había pasado la medianoche. Pero quería aprovechar la distracción de Lee lo mejor que pudiera, por lo que me las arreglé para salir por la puerta trasera sin alertar a nadie. El césped estaba frío y húmedo, y no dejaba de estar alerta a la presencia de algún Residente deambulando por el terreno.

La tienda era visible solamente por su color blanco brillante. Sin la poca luz de la luna era casi imposible diferenciar la mansión del bosque. Una sola luz quedaba encendida en la Coldthistle House; era en el tercer piso, quizás el resultado de la mentira improvisada de Lee. Le debía otra. Me mordí la parte inferior de mi labio mientras caminaba en dirección a la tienda; ahora sabía, con total seguridad, que si se presentaba la oportunidad de mentir y salvar la reputación del Sr. Morningside, ya fuera solo para hacer que los Adjudicadores se marcharan, lo haría. No tenía idea de si Lee seguía siendo mi amigo, pero se merecía una forma de retribución por su ayuda. Ayuda que ciertamente yo no merecía.

Fue cuando me encontré a pocos metros de la tienda que noté susurros suaves elevarse de la tierra. Comencé a detenerme de a poco y me levanté la falda para poder ver mejor el suelo a mis pies. *Oh, Dios.* Me llevé ambas manos a la boca para evitar soltar un grito. Serpientes. Serpientes de jardín. Cientos de ellas habían emergido de sus escondites y se arrastraban por el césped húmedo, todas en dirección a la tienda. Hice un paso con miedo absoluto, tratando de no pisarlas. Mis botas pisaron algo. Varias cosas.

Lentamente, aterrorizada de lo que encontraría, me arrodillé para mirar el suelo más de cerca y lo que había aplastado con mis pies.

Era algo peor que las serpientes. Arañas. Mi estómago se revolvió.

Corre, jovencita. Lárgate de este lugar.

Oh, pero cuánto ansiaba escuchar la voz de la mujer en mi cabeza. Cuánto ansiaba la protección de mi cama. Dios, incluso cambiaría uno de esos sueños lúcidos por todas estas serpientes y arañas que se juntaban frente a la tienda como si las estuviera llamando un canto inaudible. Y había visto, o leído, algo así antes. ¿Acaso Bennu no había presenciado algo similar?

Claro que todo lo que se decía en el diario no era pura coincidencia, ya me había percatado de eso hacía bastante tiempo, pero ver primero a la criatura con forma de lobo, luego la espuma rosa que salía de mi boca y por último esto... Me envolví en mis propios brazos, vacilante frente a la entrada de la tienda con escalofríos en la piel, al estar parada entre los seres de ocho patas y escamas. Parecía como si de cierto modo estuviera continuando el viaje de Bennu, reviviendo los pasos de su odisea hacia... ¿Hacia dónde? Me quedaba tan poco para traducir. Deseaba haberme quedado más tiempo en el sótano terminando todo.

Hacia mi padre.

Había señales de alerta por todas partes. Revisé el bolsillo de mi delantal para asegurarme de que la cuchara siguiera allí. Su pequeño peso me resultaba reconfortante, ya que me había salvado la vida varias veces en el pasado. Luego de haber estado en completa oscuridad durante tiempo suficiente, decidí adentrarme en la tienda. Ya fuera que me matara o me hiciera alcanzar la iluminación, necesitaba saber cómo todo esto, el Sr. Morningside, el diario y la Corte, encajaba. Su conversación secreta con la Sra. Haylam me había tornado más decidida. Hablaban sobre mí. Había oído el temor en su voz.

Ella tenía miedo de *mí*.

Di un paso largo sobre la alfombra arrugada bajo mis pies e ingresé a la tienda. Era como la recordaba y eso fue un alivio, aunque estaría completamente vacía de no ser por una sola figura. Las mesas seguían en su lugar, cada una con su banderín, y el estrado se cernía en el otro extremo con dos tronos, el espacio a la derecha notablemente vacío. Comencé a notar un tamborileo grave que no había oído antes. Parecía provenir de una cortina detrás del estrado y me recordaba el ronroneo de un gato.

Croydon Frost se paró en el extremo opuesto de la tienda, mirando el estrado y el espacio vacío que allí había.

Caminé hacia él lentamente, con luces danzantes meciéndose sobre mí, lo cual hacía que mis manos destellaran con color. Mi ropa, ahora transformada en el vestido de gala verde, se arrastraba suavemente sobre la gruesa alfombra en el suelo. Las mesas del banquete me impactaron más ahora, ya que lucían tristes y desoladas sin las personas a su alrededor. Y los banderines también me dieron cierta melancolía, particularmente el que era completamente negro. Lucía más como un funeral que una celebración.

El camino que me guiaba hacia mi padre parecía durar una eternidad. Sin invitados, la tienda se sentía excesivamente grande, cavernosa. Lúgubre. Miré hacia atrás, pero ninguna de las serpientes y arañas me habían seguido al interior.

Al acercarme, recordé que él también tendría otra apariencia, dado que la Corte desenmascaraba a todas las criaturas, forzándolas a mostrarse como realmente son. Asumí que luciría como yo, dado que también es un Sustituto, y así fue que noté que sobre su cabeza tenía un ornamento muy similar al mío, astas y hojas que se cernían en lo alto de su cabello. La suya era una corona mucho más grande, lo suficiente como para pertenecer al ciervo más grande.

Llevaba un saco negro largo y rasgado, adornado con algunas hojas, y sentí un poco de alivio al notar que la araña no deambulaba sobre sus hombros.

–¿No trajiste a la araña? Qué considerado –le dije mientras me acercaba–. Creí que la llevabas a todos lados.

–Ella no pertenece a este lugar –incluso su voz había cambiado; era más oscura, más resonante, no fuerte pero lo suficientemente poderosa como para hacer temblar el suelo. Me detuve de inmediato, con miedo. Volteó, a propósito, para que pudiera verlo por completo. Su rostro estaba recubierto con una máscara verde hecha de hojas y madera, una que había visto antes solo en dibujos. Se la quitó con fuerza y dejó al descubierto su piel de humo y fresno. Sus ojos eran más grandes y negros, con pequeñas pupilas rojas que me encontraron enseguida. La corona de astas no era para nada un accesorio, sino parte de su cabeza, y las manos que sostenían la máscara eran largas, como las mismas garras de un león.

»Ella no pertenece a este lugar –repitió, entregándome la máscara–. Y tampoco tú, hija mía.



Capítulo
Veintisiete



— ¿Qué eres?
Fue lo único que pude pensar. Su presencia, su voz, me dejaban sin aliento. Esta no era la persona que había visto dentro de la mansión. No me parecía posible que estuviéramos emparentados, que ambos pudiéramos ser lo mismo.

—Hay tantas respuestas a esa pregunta —comenzó, arrastrando su saco de hojas hacia el estrado. Croydon Frost colocó una mano sobre la madera y comenzó a rasgar profundo en ella mientras miraba con sus ojos negros el espacio vacío arriba—. Una respuesta te hará llorar. Otra te hará reír. Otra, sentir el fuego en tus venas, lista para la batalla. Te las daré todas y mucho más, pero primero debes hacer algo por mí.

—No te debo nada —le contesté, tratando de recordar quién había sido para mí. *Un padre negligente. Ausente. Cobarde*—. Yo... ni siquiera tengo que estar aquí para escuchar tus sinsentidos.

Esbozó una sonrisa y afuera oí un eco, las arañas y serpientes se movían de un lado a otro, haciendo su propia risa horripilante.

Estaba tan distraída por la conmoción afuera que casi no oí lo que me estaba preguntando con suavidad.

—¿Estás perdida, niña?

Estupefacta, miré la parte trasera de su corona, lo cual me hizo abrir y cerrar la boca del asombro.

—Mi andar está encaminado —le respondí, casi automáticamente, al haber leído la pregunta y su respuesta una y otra vez en el diario. En el diario. ¿Cómo podía saber él lo que decía allí?

»No entiendo —murmuré, alejándome—. ¿C-cómo sabes sobre eso?

–Debería haber un tercer trono aquí –me explicó Croydon Frost con frialdad, ignorándome por completo–. Aquí. En ese lugar vacío. Allí es donde mi trono debería estar, donde estaría, si no me hubieran arrebatado mi reino.

Di otro pequeño paso hacia atrás.

–De verdad odio todo este sinsentido críptico –dije–. Tú y el Sr. Morningside de verdad que son iguales cuando se trata de eso.

Sus hombros se abultaron y soltó lo que sonó como un feroz grito gutural.

–No me compares con ese *usurpador*.

–Está bien, no lo haré, pero me dijiste que esta noche obtendría respuestas, y hasta ahora solo me has hecho preguntas. ¿Quién eres? Y de verdad lo digo, ¿quién eres? No eres un fabricante de perfumes errante, eso es obvio. Estoy comenzando a dudar de que Croydon Frost sea tu nombre, o de que seas mi padre. No estás aquí por mí en absoluto.

Más risas, más susurros afuera. Temblé, terminando mi retirada, cuando lo vi voltear y mirarme fijo, con esos ojos rojos destellantes como el fuego de una vela. Su rostro lucía cadavérico y extraño, como si estuviera puesto sobre el cráneo de un ciervo.

–Por el contrario, vine aquí por ti en primer lugar, luego por Roeh, y por último por Aquel que espera en silencio.

Él. Roeh, el pastor. El que esperaba en silencio solo podía ser el Sr. Morningside. Bajé la mirada hacia la máscara verde que tenía en su mano y tragué saliva, consciente de que necesitaba elegir mis palabras con cuidado. Dios, había deseado que este hombre viniera a mí para avergonzarlo y robarle, y ahora era yo quien estaba en problemas.

–¿Dónde está la mujer? –pregunté, con inocencia–. Había cuatro en la pintura que vi. ¿Dónde está la cuarta?

El brillo rojizo de sus ojos se reavivó.

–Lejos –contestó simplemente, el humo que fluía desde sus mejillas se desvaneció por un momento–. Era pura y altruista, y este mundo lleno de oscuridad se la tragó por completo. Nunca habrá otra como ella. Ya no hay almas lo suficientemente puras como para merecerla.

Mentiras, mentiras, pequeña niña, puras mentiras...

La voz resonó entre mis huesos e intenté con todas mis fuerzas ocultar el efecto que tenía en mí. Nadie, mucho menos un extraño peligroso, debía enterarse de que estaba oyendo palabras de advertencia.

–Entonces, ¿cómo te llamo? –musité–. No soy lo suficientemente estúpida para creer que el nombre del Diablo es *Henry* o que tú, sea lo que seas, te llames Croydon Frost.

–Él sí existe, o al menos, sí lo hizo. Tomé una página del libro de tu amo y... me *apropié* de la vida de Croydon Frost, un mercante adinerado. Es un disfraz muy útil. Puedes llamarme Padre –respondió con un simple gesto de su cabeza–. Padre de todos los Árboles, si prefieres la formalidad, pero Padre será suficiente.

Él era a quien Bennu y su culto adoraban. Madre y Padre, solo que “Madre” estaba desaparecida, por lo que él decía.

–¿Eso te convierte en un dios? –pregunté. Esbozó una sonrisa, pero era algo horrible para ver.

–Ya no existen los dioses, mi niña, solo monstruos demasiado tercos para morir.

–Entonces, ¿un dios puede morir?

–¿Morir? No, pero debilitarlo, hacerlo rendirse, claro que sí –sus manos se cerraron en un puño al decir eso y parecía crecer, como si la ira acumulada en ese recuerdo lo alimentara. Luego, resopló y regresó a su tamaño real, aunque continuaba luciendo intimidante. Se acercó hacia una de las mesas con el

banderín negro por encima, el cual tomó y jaló, revelando una bandera más colorida que se encontraba por debajo. Esta contenía la calavera de un ciervo con varios ojos púrpura, rosa y verde, con ramas coloridas retorciéndose entre sus astas.

Colocando una mano sobre la mesa, se reclinó con fuerza sobre esta, como si estuviera perdiendo fuerza o estuviera cansado.

–Haz tus preguntas ahora, niña. Estoy débil de tantos años de sueño.

Acomodando las pequeñas ramas en mi vestido, mi mente comenzó a deambular por dos problemas a la vez. Había demasiadas preguntas para hacer, pero las reglas habían cambiado demasiado rápido, y ahora tenía que adaptarme y buscar una forma de sobrevivir a esto. Su llegada a este lugar significaba algo terrible, esa tormenta que sentía en el horizonte se acercaba a toda prisa. Incluso, por más que estuviera débil, era poderoso, peligroso y terrorífico. Me percaté de que ya estaba sobre nosotros, con sus truenos, relámpagos y vientos garrafales a punto de comenzar en cualquier momento. No sabía si podría controlar a este hombre, a este dios que se había transformado en un mero monstruo, pero al menos tenía que manejarlo.

Había gente inocente en Coldthistle, Mary y Poppy, Chijioke y Lee, y no tenía intención alguna de lastimarlos con la tormenta que acechaba desde arriba.

–¿Soy la única? –pregunté–. ¿Tu única hija?

–No –me contestó, sin dudarlo–. Pero eres la única que importa, la única que desarrolló el don.

–Entonces, ¿abandonaste a todos tus hijos? –murmuré.

Volteó y me analizó con uno de sus ojos negros y rojos desde atrás de su hombro.

–Sus vidas humanas y preocupaciones siempre me parecieron

insoportablemente insignificantes. Y efímeras. ¿Te parece ofensivo? Las vidas humanas pasan en un abrir y cerrar de ojos. Yo he estado dormido durante siglos; estaba demasiado dormido como para preocuparme por uno, dos o tres humanos.

–Ya veo. Soy útil ahora porque heredé algunos de tus poderes –le comenté. Casi se sentía bien comprender que este hombre, o *cosa*, era tan villano como había creído. Me resultaba más fácil odiarlo, y dentro de ese odio era donde encontraba la protección. No hizo ninguna objeción a mi observación, por lo que continué-. ¿Cómo haces eso? Adquirir la forma de otra persona. Yo puedo hacerlo con cosas pequeñas, cambiar mi cuchara por una llave o cuchillo, algunas veces por una pistola si realmente lo necesito, y puedo traducir también. Pero ¿acaso también podría convertirme en alguien más?

Y al oír eso, volteó su rostro por completo. Lucía como si lo hubiera tomado con la guardia baja; incluso, si entrecerraba los ojos, se lo veía triste.

–Él no te enseñó nada. Claro. Debe estar aterrorizado de ti, o en lo que te puedas convertir –sonriente, abrió su mano con forma de garra-. Tú eres mi única hija legítima, y sería un insulto a mi sangre si no pudieras hacer lo mismo que yo. Déjame ver, había un canto que los druidas solían utilizar. *Una gota de sangre, un mechón de cabello, el poder del Sustituto atrapado en tu cebo...*

–¿Necesito la sangre y el cabello de ellos para imitarlos? –lo presioné.

–Escupe la sangre de otro o haz que escupan la tuya, y ese es poder suficiente para imitar su imagen –me explicó-. Pero no *serás* ellos, solo te verás y sonarás como ellos. Es un espejo, niña, nada más.

Guardaría eso para después, un truco útil si aprendiera a manejarlo.

–¿Y qué hay acerca de la espuma rosa? Yo... tuve un sueño, y a la mañana siguiente desperté escupiendo una sustancia rosa oscura. ¿Qué significa? –

pregunté.

–Eso ocurre cuando los de nuestro tipo experimentan una visión particularmente fuerte –me comentó–. Sea lo que sea que hayas soñado esa noche, puede ser una profecía.

Oír eso me hizo estremecerme. ¿Profecía? ¿Mis amigos y amos comiéndome viva era una *profecía*?

Se acercó hacia mí, con el humo oscuro emanando de su rostro y vestimenta mientras caminaba. Algunos ecos suaves lo rodeaban, como si llevara una capa de voces ancestrales. Estiró una mano en mi dirección y me quedé paralizada por la rareza de sus ojos y el innegable poder de las terribles enredaderas que se desprendían de él. Sus garras tocaron el borde de mi boca, lo cual me hacía tener la respiración acelerada, tratando de no temblar o mostrarle miedo.

–Se acerca una guerra, Louisa. Los usurpadores creyeron que podrían mantenerme dormido por toda la eternidad, pero su magia es débil ahora y es hora de reclamar lo que perdimos. Desearía que hubieras visto nuestro mundo antes de que ellos lo destruyeran. Druidas, hadas, criaturas de niebla, agua y plantas, un palacio de raíces y piedra, protegido por la Serpiente Celestial y el Tocahtatl...

Asentí, sintiendo como si me hubiera puesto bajo su hechizo. Sonaba como una fantasía, como algo imposible, pero había visto demasiadas cosas durante este último mes como para cuestionar todo lo que había aprendido de niña.

–Yo... yo leí sobre eso. En el diario de Bennu.

Río, soltando otra ola de entusiasmo entre las serpientes y arañas afuera de la tienda.

–Eso fue solo una parte, la punta del iceberg. Imagina un reino revestido

en madera y hojas, con todos sus habitantes durmiendo, condenados a deambular en una pesadilla eterna. Luego imagina que la más anciana de esas personas se despierta. Hay un quiebre entre las ramas, un poco de luz lunar asomándose entre las hojas, y la gente en la pesadilla lentamente se despierta.

–¿Te pusieron a dormir porque no pudieron matarte? –pregunté. Se apartó de mi rostro y noté que frunció el ceño, con cierto dolor.

–No te dejes engañar por nada de lo que Aquel que espera en silencio te dice. No eres su amiga, Louisa, no eres su empleada. Eres solo una linda curiosidad para estudiar, eres una mariposa exótica en un frasco de vidrio – suspiró y sujetó su cintura con sus manos filosas–. Pero yo te sacaré de este lugar. Estarás a salvo antes de que la guerra comience.

Negué con la cabeza, manteniendo mi mano fuera de su alcance. Las marcas que habían dejado el libro no desaparecieron con la magia que albergaba la tienda.

–No puedo irme. Lo único que me permite entrar y salir es el broche que el Sr. Morningside me entregó. Estoy conectada con el libro.

Su melancolía se disipó, dejando al descubierto sus ojos llenos de interés.

–Entonces, lo has visto. Lo has tocado. Extraordinario. ¿Él te entregó ese broche? Así que sabe que puedes tocar el libro sin perecer –comenzó a caminar furiosamente, con las cejas tensas de concentración–. Tenemos mucho menos tiempo del que pensamos.

Se detuvo y volteó para mirarme de frente con sus ojos aún más brillantes.

–Debes traerme el libro, Louisa. Te liberaré de este poder oscuro, pero primero debes traérmelo sin que nadie se entere.





Capítulo
Veintiocho



De pronto, las arañas y serpientes fuera de la tienda comenzaron a inquietarse, y esta vez no tenía ninguna relación con las risas.

–Alguien viene –susurró Padre.

Me tomó de la muñeca y me arrastró hacia el frente de la tienda. Corrí a su lado, confundida, como si la nueva historia de este hombre y su reino fuera un nuevo peso sobre mí. ¿Podría ser verdad? ¿Podría realmente ser la víctima de alguna conspiración entre el pastor y el Sr. Morningside? Sonaba descabellado, pero no podía negar que el diario de Bennu confirmaba la historia. Él y el joven Khent habían sido perseguidos sin compasión, todo porque llevaban algo valioso para Madre y Padre.

Salimos de la tienda, con los arácnidos y las serpientes dispersándose como si hubieran sido disparadas desde un rifle. Al principio, no los vi, pero al seguir la trayectoria de las pequeñas criaturas, noté a Sparrow y Pinzón descender desde el cielo. Sus alas eran un simple haz de luz en donde aterrizaron, e instintivamente coloqué la mano sobre la cuchara que tenía escondida en mi delantal. Nunca antes me habían hecho daño, pero ¿por qué desconfiaba de ellos ahora?

–Estos tontos patéticos –susurró Padre–. Son tan ciegos y entrometidos como su líder, pero quizás más fáciles de borrar.

–Espera –le dije en voz baja–. ¿Borrar? Ellos siempre vienen de a tres; ¿acaso tú mataste al tercero?

–Silencio –ordenó con una sonrisa en su rostro–. Aún soy vulnerable aquí. Deben saberlo.

Sparrow descendió y se encaminó hacia nosotros. Habíamos regresado a nuestra apariencia menos glamorosa, y “Padre” era nuevamente Croydon

Frost. Le dedicó una sonrisa amistosa y un poco inocente, e hizo un saludo de cortesía desde su cintura. Mis huesos dolían del frío y me invadía una urgencia incontrolable de temblar, creciendo cada vez que se acercaban.

–Demasiado tarde para ir a dar un paseo –dijo ella presionando sus dientes–. ¿Qué se traen ustedes dos? Creí que el ama de llaves había impuesto un toque de queda para todos los sirvientes.

–No hay necesidad de ser tan hostil –murmuró Pinzón, tomando a su hermana del brazo y jalándola hacia atrás. Pero ella no quería moverse. Miré a mi padre y noté la tensión en su sien, sintiendo que si lo seguían molestando haría algo de lo que se arrepentiría. Ahora que sabía la verdad, que fue capaz de “borrar” a uno de los Adjudicadores, no tenía idea de cuáles eran los parámetros de su temperamento.

–Deja de darle a esta mocosa tanta libertad, hermano; es uno de ellos y nosotros estamos aquí para investigarlos, no para invitarlos a tomar el té y comer pastel –dijo sin quitarme los ojos de encima. Casi quería reír, porque estaba convencida de que yo era la que estaba causando problemas, cuando en realidad estaba parada frente a un dios, uno claramente obsesionado con obtener su venganza contra ellos.

–Tienes razón –respondí sin rodeos–. No somos amigos, y estoy rompiendo las reglas. ¿Quieres que busque una vara para que puedas castigarme?

–Eso sería un buen comienzo –sentenció ella, inclinándose sobre mí.

–No te hice nada –le contesté–. ¿Por qué me odias tanto?

–¿Odiarte? –rió y se llevó su cabello rubio y grueso hacia atrás sobre los hombros–. Fui creada con este propósito, encontrar la verdad y desenmascarar las mentiras. Han ocurrido algunas cosas en este lugar y sé que tú eres parte de eso, muchacha. ¿Qué estaban haciendo aquí ustedes dos?

–Sparrow, por favor, cálmate... –su hermano intentó tomarla por el hombro pero ella lo quitó de su alcance.

–Él es mi padre, ¿está bien? –suspiré. Decir eso parecía como si le estuviera dando a “Padre” una victoria. A mi lado, sonreía benignamente, una máscara impresionante—. No tuve oportunidad de conocerlo cuando era niña. Vino aquí a conocerme, a buscar a la hija que nunca pudo ver. Estoy segura de que no les importa en lo absoluto, entender que no soy solo una humilde muchacha del Inframundo, sino también ilegítima.

Los ojos color zafiro de Sparrow se entrecerraron en alerta y, en ese momento, no lucía tan angelical como antes. Antes de poder reaccionar o hablar, estiró su mano hacia mí y me tomó por el cuello con todas sus fuerzas. Traté de respirar y quitármela de encima, pero ella era mucho más fuerte. Su pulgar presionó con fuerza mi garganta al acercarme hacia ella.

–Esa es solo parte de la verdad, pequeña mentirosa, no me puedes engañar. Exijo el derecho a un Ajusticiamiento...

No oí el resto de lo que dijo. Sparrow abrió su boca y un haz de luz dorada salió de este. Muy en la distancia, sentí que tanto Pinzón como mi padre estaban gritando, pero ya no estaba allí. Solo había un haz de luz blanco y brillante, mientras flotaba en la nada misma. Cuando mi vista se acostumbró al destello, noté que me encontraba en una habitación blanca, con nada más que una mesa, sobre la cual me encontraba yo. Tenía una superficie que parecía hecha de agujas calientes y cada vez que intentaba moverme, sentía la penetrante sensación insoportable sobre mi piel.

Grité, pero no había nada que pudiera hacer; me encontraba atada a la mesa como Jesús en la cruz, con grilletes de metal sobre mis tobillos y muñecas. Sparrow estaba allí, podía sentirla, a mi alrededor como vapor. No era un lugar de piedras o ladrillos, sino una prisión dentro de mi cabeza.

—¿Qué estabas haciendo en la tienda?

Su voz emergió desde las paredes de la prisión mental, del mismo aire. Luché para respirar, en pánico. ¿Acaso las reglas del mundo eran las mismas que aquí? ¿Había alguna forma de escapar? Cerré mis ojos con toda la fuerza, luchando contra una necesidad interna de soltar la verdad. Cuando traté de hablar, me ahogué en mis palabras. Mentir. Mentir no serviría aquí... Pensé en la niña de la historia de Bennu, en su rostro derretido como cera burbujeante y caliente...

—¡Encontrarme con mi padre! —grité con voz desgarrada.

—¿De qué hablaban?

Era como si pudiera sentir el gusto de su voz, como si estuviera aspirándola con cada inhalación, dejando que se introdujera en los rincones más oscuros y secretos de mi alma y mente. Tenía que salir. No la dejaría ganar. Luché, moviéndome de un lado a otro, lo cual me lastimaba mientras me golpeaba contra las maderas de la mesa. Movía la cabeza de atrás hacia adelante, tratando de enfrentarla, pero no servía de nada. Me detuve, jadeando y retorciéndome ante la idea de que en cualquier momento sacaría toda la verdad de mí. Bajé la mirada desde mis hombros hasta mis manos, en donde pude observar dos cicatrices en las puntas de mis dedos y en donde también había una venda. La venda de la picadura de la araña.

Esta vez no tuve problemas en llamar al terror y la desesperación para transformarme. Padre dijo que era posible. ¿Cuál era la rima? *Una gota de sangre, un mechón de cabello, el poder del Sustituto atrapado en tu cepo...*

Por favor, funciona, ¡funciona!

Era agonizante convertirse en alguien más. *Algo* más. Era como el dolor de volverse adolescente pero más intenso y en reversa, como si mi carne y

huesos fueran demasiado grandes para lo que mis poderes me estaban forzando a convertirme. Estaba achicándose, con la piel como el fuego y los huesos crujiendo en mis oídos. Pero luego terminó y, si bien aún me dolía todo el cuerpo, no era la misma. Era pequeña y demasiado rápida, por lo que salté de la mesa. ¡Pude saltar! Dios, pude saltar.

Oí a Sparrow gritar furiosa y la luz me encandiló nuevamente, y en un instante, por milagro, era libre.

Increíblemente libre. Más libre de lo que jamás había sido. La mesa y la habitación se desvanecieron y me dejé caer sobre el césped con un golpe seco. Nuevas piernas. ¡Seis piernas más! El césped se sentía como terciopelo mientras corría en la noche, oyendo entre los latidos desesperantes de mi pequeño corazón la desesperación de Sparrow. La había enfadado y, mientras Pinzón trataba de tranquilizarla y mi padre tenía un ataque de risa, Sparrow se elevó por los aires. Salió en busca de mí.

No me adentré en el bosque, sino directo a la mansión. Había varias rendijas y ventanas por doquier para poder pasar mi cuerpo de araña hacia las sombras. Esta transformación era un truco maravilloso y excitante, pero ya comenzaba a sentirme agotada. La magia tenía un precio, y el cansancio pronto se apoderaría de mí. Corrí a toda prisa bordeando la mansión hasta llegar a la cocina. El jardín parecía un bosque enorme y temible, todo a mi alrededor era tan grande que me resultaba difícil asimilar. Finalmente, trepé hacia la puerta de la cocina y me adentré por una rendija entre esta y el suelo de piedra. Era un pasaje muy angosto pero me las arreglé, y al hacerlo, el cuerpo de araña desapareció para dar lugar al mío propio, ocasionando que me golpeará con la mesa y girara hacia un lado.

Desnuda. Completamente desnuda.

Claro. Una araña no necesitaba ropa o botas; debí haber perdido todo en el

césped ni bien escapé del Ajusticiamiento de Sparrow. Me tomé la cabeza cautelosamente y me puse de pie sujetándome de la mesa para mantener el equilibrio, y fue desde allí que vi directo el rostro de Lee.

–Oh, hola –dijo, jadeando. Estaba comiendo un pastel de jalea, el cual lentamente bajaba de su boca para limpiarse los restos que tenía sobre su barbilla.

Mi pulso seguía igual de agitado que cuando me encontraba en esa horrible habitación blanca y me preguntaba si mi corazón simplemente estallaría por la tensión. Con cuidado, coloqué un brazo sobre mis partes más importantes y me aclaré la garganta, intentando pararme casualmente en la sombra detrás de la puerta.

–Horriblemente tarde para la hora del té –murmuré, ruborizándome tanto que dolía.

Lee bajó su pastel y me saludó, cubriéndose los ojos con una mano.

–Te lo dije, no puedo dormir con esos seres del Supramundo merodeando por aquí.

–Cierto –susurré–. Creo que también me gustaría deshacerme de ellos.

–¿Acaso tiene algo que ver con, ehm, todo esto? –preguntó y podía oír una risita que contenía con todas sus fuerzas.

–Buena suposición –suspiré y caminé por la habitación hasta la puerta. Sparrow estaría lo suficientemente furiosa como para desatar la ira de la Sra. Haylam e inspeccionar la mansión, por lo que necesitaba poner tantas puertas, paredes y perros enormes entre ella y yo como fuera posible–. Y si de casualidad te encuentras con ella o Pinzón en algún momento cercano, no me viste. De hecho, si alguien pregunta, yo nunca estuve aquí y, de ninguna manera, desnuda.

Lee asintió, aún cubriéndose los ojos, pero podía notar una sonrisa

aparecer por debajo de su mano.

–¿También debo olvidar la parte en la que tenías el cuerpo de una araña?


Abrí la puerta y me deslicé hacia el vestíbulo principal.

–Sí –dije con una mueca y usando la puerta como escudo–. Sí, creo que eso será lo mejor.



Capítulo
Veintinueve



 l igual que Lee, no dormí en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos, me veía dentro de la habitación blanca de Sparrow, con su voz a mi alrededor, fuera de mí, dentro de mí. ¿Qué habría pasado si me quedaba para ser torturada? Mentir era imposible y solo mis poderes me salvaron de revelar la verdad. Ahora sabía por qué Chijioke me había advertido tanto sobre ellos; eran peligrosos, muy peligrosos, y para nada de fiar.

Pero entonces, ¿quién *sí* lo era?

El libro. Quería el libro. En el diario del Sr. Morningside había aprendido que su nombre era Elbion Negro, pero en mi mente solo veía la palabra libro con letras enormes y amenazantes. De mala gana, llamaba “Padre” en mi cabeza al hombre que había conocido como Croydon Frost, a medida que analizaba sus motivaciones y deseo máximo. Había venido aquí encubierto y ya me había repetido numerosas veces quién y qué era. Y que incluso había asesinado, o al menos incapacitado, al tercer compañero de Pinzón y Sparrow. El Sr. Morningside me había dicho con bastante claridad que poner en peligro el libro pondría en peligro su existencia, y que sin él, el mundo caería en el caos. ¿Acaso eso también había sido una mentira?

Me sentía tan cansada, tan dispersa. Todo el mundo quería algo. Pero el problema ahora era otro, ¿quién obtendría lo que quería? ¿Quién se convertiría en mi enemigo? Si ayudaba al Sr. Morningside a encontrar la locación de este libro que quería tanto, entonces le estaría haciendo daño a mi padre y, quizás, al mundo al que yo también pertenecía. Si Padre tenía razón, entonces existía un reino de las Hadas Oscuras y de criaturas similares allí afuera esperando ser descubierto, encantados en un sueño eterno por el Sr. Morningside y el pastor. ¿Ese lugar sería completamente destruido si

encontraba el libro que lo sostenía?

Luego del ataque de Sparrow, estaba más que claro que no le juraría lealtad al pastor. Pero tampoco sentía ningún tipo de alianza con mi padre. Quizás a otros les gustaría la idea de saber que un miembro de su familia es en realidad un dios, pero a mí solo me llenaba de miedo. Estaba envuelto en una disputa que llevaba siglos, lo cual significaba que yo, por extensión, también estaba involucrada en ella. Había mencionado una guerra, pero yo no pertenecía a ese ambiente. Ahora me pedirían que tomara un lado, y el más obvio era el del Diablo. Después de todo, había firmado un pacto con él, uno que me dejaría marcharme de la Coldthistle House de una buena vez. Pero ahora mi plan había cambiado, dado que no podía decir con seguridad si podría sacarle algo a mi padre.

Decidí que la mejor salida era exactamente eso: *salir, huir de aquí*. No solo para mí, sino para todos. Pero ¿acaso realmente confiaba en que el Sr. Morningside cumpliera con nuestro pacto? Había reconocido que liberar a todos sus empleados sería un inconveniente mayor. Quizás no tenía ninguna intención de cumplir con el trato.

Entonces, quedaba una sola opción a la que podría aferrarme con totalidad: necesitaba liberarme de este entramado rencor, engaño y magia. Sin embargo, esta liberación requeriría algo más que solo engaño. Tendría que forjar un nuevo trato, pero no con el Diablo, sino con mi padre: el Elbion Negro a cambio de mi libertad, y suficiente dinero como para llegar con tranquilidad a Londres, ¿y luego? A una vida normal.

Sería arriesgado entregarle el libro negro a mi padre, pero luego de eso, ¿qué tan lejos podría ir en el territorio de Coldthistle? Estaba rodeado de enemigos y, aunque llevara su disfraz cuando saliera por la puerta con el libro, la Sra. Haylam de seguro notaría que había alguien jugando con su magia.

Tomé la decisión cuando todavía no había amanecido. Aún quedaba un poco de la oscuridad de la noche, quizás suficiente para encaminarme hacia el piso superior, hacia el enorme salón vacío que tenía el único propósito de albergar el libro. Llegar allí sin ser vista era una tarea bastante difícil, claro, pero ahora tenía forma de hacerlo. O al menos, tenía forma de llegar hasta el libro, pero quizás no de salir.

Inspeccioné toda mi habitación, desde las ventanas hasta abajo de la cama, hasta que finalmente encontré lo que quería: una mosca.

Hizo un intento desesperado para escapar, pero rápidamente la aplasté contra el alféizar de la ventana con mi mano, disculpándome sutilmente por haberla hecho estallar en pedacitos. Limpié la mancha negra sobre la alfombra y me encaminé hacia la puerta, la cual abrí solo un poco. El corredor estaba vacío, pero sabía que en cualquier momento un Residente aparecería flotando en una de sus patrullas. Respiré hondo, me preparé para el dolor, y centré toda mi atención en la mosca, en su forma y tamaño.

De alguna forma, fue menos doloroso esta vez, o quizás fue porque estaba preparada y, con un leve estallido, mi piel y huesos se contrajeron, reacomodándose y encogiéndose hasta transformarme en una pequeña cosa zumbadora que deambulaba por el aire. Más que el dolor, el hecho de estar volando era lo que me desorientaba; las paredes, el suelo, el techo se veían inmensos y borrosos, incluso la mínima ráfaga de viento me hacía sentir totalmente fuera de rumbo. Mientras me abría paso entre el corredor, haciendo zigzag torpemente, casi vuelo directo hacia un Residente. Había aparecido desde la escalera que iba hacia arriba en completo silencio y se encaminaba en dirección a mi recámara.

Por poco pude esquivar su contorno borroso, lo cual provocó que la leve ventisca de su movimiento me hiciera mover descontroladamente hacia la

pared. Se detuvo con su fría y oscura presencia volteando lentamente hasta que sus pequeños ojos sombríos me encontraron. Se acercó despacio hasta que su rostro estaba al mismo nivel que el mío siguiendo mi trayectoria, flotando a mi lado mientras batía desesperadamente las alas en dirección a la escalera.

Por un momento me siguió, hasta que perdió interés y se marchó, llevándose consigo una sensación de incomodidad y miedo. El esfuerzo de volar y mantener esta forma comenzaba hacerse sentir con mayor intensidad. Luché contra el cansancio mientras volaba en dirección a las escaleras hacia arriba y, prestando atención a todas direcciones, me topé con otro Residente, aunque este no se acercó a inspeccionarme. Aun así, incluso con esta ventaja, me estaba quedando sin tiempo; en cualquier momento no podría soportar más y regresaría a mi forma real.

Mi vista estaba casi perdida por completo, oscurecida por el agotamiento, cuando llegué al enorme salón abovedado en el último piso de la mansión.

Volé tan lejos como pude, estimulada por la soledad de la habitación. ¡No había ningún Residente cuidando el libro! Hacían que esto fuera prácticamente demasiado simple. Sin mayor esfuerzo, me acerqué hasta el lugar en donde había contemplado el libro la última vez y me detuve. Enseguida, me desplomé sobre el polvo del suelo con mi forma humana.

Allí estaba, no el libro, sino su contorno estampado sobre la suciedad. Lo habían cambiado de lugar. Me puse de pie, desnuda y furiosa conmigo misma. Pero claro que lo habían movido. ¿Acaso no había oído la conversación entre la Sra. Haylam y el Sr. Morningside? Estaban nerviosos y el libro era demasiado importante como para dejarlo simplemente a la vista de todos con tantas sospechas en el aire.

Me crucé de brazos y temblé, sintiéndome miserable. Todo esto había sido por nada, y ahora tenía que encontrar una forma de regresar a mi recámara sin

nada puesto. Luego de dos transformaciones en una misma noche, comenzaba a sentirme cansada, con mi última reserva de energía casi agotándose. Volteé y me marché del salón en puntillas, maldiciendo mi estupidez pero también divagando en mi mente, tratando de encontrar un nuevo plan.

Mirando a escondidas hacia los corredores superiores, esperé a que algún Residente apareciera repentinamente y me encontrara. Fue en ese momento que noté que había uno al final del corredor esperando con su rostro horrible y de boca grande mirando hacia el lado contrario a mí. Aproveché la oportunidad y bajé a toda prisa, corriendo sin detenerme hasta llegar a mi piso. Dios, tenía mucha suerte, dado que no había ninguno a la vista, lo cual me permitió correr hasta mi puerta, en donde me quedé congelada porque, claramente, esa suerte no existe. Un Residente flotaba justo frente a mi puerta, esperando, aunque este también estaba centrado en mi habitación, como si notara que no me encontraba en donde debía estar.

La puerta a mi izquierda se abrió, y Mary emergió de ella, con una apariencia exhausta y un candelabro.

—¿Qué haces despierta? —tomó una bocanada de aire, sorprendida, al ver mi estado y se sacó su propia bata para colocarla sobre mis hombros, mientras me llevaba hacia el interior de su recámara—. ¿Por qué... por qué rayos estás caminando de noche por el corredor así?

La dejé alejarme de la puerta al cerrarla y traté de no sonar tan catatónica mientras me llevaba hacia su cama.

—Gracias, Mary, lo siento, no sé qué está ocurriendo conmigo. Yo... —*no tengo ninguna razón para darte*—. Debo ser sonámbula.

—¡Sonámbula! —rio, colocando la vela sobre la mesa y sentándose, dejando suficiente espacio como para mí—. Louisa, si eres propensa a tales cosas, creo

que deberías vestirme más apropiadamente antes de ir a dormir.

–Adelante, riéte –le dije, suspirando. Me acurruqué en el salto de cama calentito y traté de relajarme. No funcionó. Mi cuerpo estaba agonizantemente cansado, pero mi cabeza no dejaba de deambular por las incertidumbres que me acechaban–. Mary, sé que probablemente este no sea momento para preguntar, pero necesito saber algo...

–Amelia –agregó con tristeza. Sus ojos verdes se tornaron más apagados y dirigió la mirada hacia la ventana y la noche sin luna–. Ya estoy bien, Louisa, debería volver a trabajar, pero la Sra. Haylam ya no confía en mí. Cree que excedí los límites, sabes, que asesiné a Amelia. Pero ¡no fue así! Lo juro, no tengo nada que ver con ello.

Tomé su mano y la presioné con fuerza.

–¡Lo sabía! Ni por un segundo creí que tú fueras capaz de hacer algo así. Pero ¿acaso puedes hacer eso? Solo te vi proteger a las personas con tus poderes. Como lo hiciste conmigo.

Mary esbozó una sonrisa tímida mientras se llevaba las rodillas hacia el pecho. La vela hacía que su piel albergara un brillo tenue, y era un alivio verla tan descansada y bien, me daba cierta esperanza que hacía que hubiera un mundo de diferencia.

–Creo que solo necesitan culpar a alguien, y si evitan hacerlo con los seguidores del pastor, entonces podrán mantener la paz. No quieren comenzar una guerra, pero para eso supongo que debo ser castigada.

–Pero ¡eso es horrible! –solté, efusivamente–. Creo que fue Sparrow. Es horrible. Justamente hoy trató de hacerme un Ajusticiamiento, sea lo que eso sea, y si no hubiera sido porque encontré una forma de escapar, habría tenido éxito, y quién sabe, acabar con todo.

–Oh, Louisa, no debes confiar en ellos. Sé que sueno fría, pero hay una

razón por la que los de nuestro tipo nunca se llevaron bien con ellos. No somos iguales, por eso es que debemos mantenernos juntas –me dio una palmada suave sobre la mano. Sus ojos destellaron, lo cual la hacía lucir con un entusiasmo repentino–. Quiero decir, nosotras debemos mantenernos juntas, Louisa. Tú y yo.

–¿A qué te refieres? –pregunté–. Eres mi amiga, Mary, aunque yo algunas veces no sea tan buena.

–No digas eso –suspiró y bajó la vela para sujetarme con ambas manos–. Escúchame, somos diferentes, tú y yo. Chijioke y Poppy, son agradables claro, pero son del Inframundo.

Fruncí el ceño mientras miraba su rostro con pecas.

–Y nosotras también.

–No, Louisa; ellos nos acogieron, incluso nos protegieron, pero yo nací de un manantial de las hadas y tú descienes de las Hadas Oscuras, tan antiguas como el mismísimo tiempo. Esto –señaló hacia la habitación, la mansión–, les pertenece. Solo somos visitantes, al igual que el pastor y su ganado.

No estaba bromeando, ya que su ceño fruncido nunca se transformó en una risa burlona.

–¿Por qué nunca me dijiste eso?

–Porque... –se encogió de hombros, soltando mi mano–. Porque antes estaba a salvo y confiaban en mí. Ahora no sé qué hacer o a dónde ir. ¿Por qué querría estar aquí con gente que cree que soy capaz de cometer un asesinato por pura diversión? Además, ¿acaso importa? Te lo acabo de decir y eso es lo que vale, ¿cierto?

–Amelia iba a morir de todas formas –comenté–. Por eso es que estaba aquí.

–Pero no de esa forma. La Sra. Haylam dice que todo tiene un orden y

ahora cree que violé ese orden. Claro que no me echarán, pero nunca me verá de la misma manera –suspiró con tristeza y presionó sus labios con fuerza–. Odio eso.

Luego de un momento, me paré, con el impacto de mi cansancio golpeándome con todas sus fuerzas. Necesitaba al menos recostarme, aunque dormir me haría divagar entre preguntas. Sin saber qué hacer, me quedé allí, perdida, sintiendo lástima por ella, pero también miedo. Cada segundo que pasaba sabía cada vez menos de mí y sobre a qué lugar del mundo pertenecía.

–Si puedo encontrar una manera de salir y llevarte conmigo, ¿vendrías? –le pregunté. Los ojos de Mary se abrieron emocionados, acompañados por el abrir y cerrar de sus pestañas.

–Oh, sí. Por favor, Louisa, ¿podemos irnos? ¿A dónde iríamos?

–No... no lo sé todavía. Creo que encontré una forma de obtener el dinero más rápido; quizás podría usarlo para marcharnos. A Londres, o más lejos. Sé que suena un poco descabellado pero realmente lo estoy intentando, y hay varias posibilidades de que mi plan funcione.

Se bajó de la cama y se abalanzó sobre mí, dándome un fuerte abrazo. Caminé con ella hacia la puerta, en donde nuevamente me abrazó mientras giraba la manija y revisaba el corredor en busca de algún Residente. No había nadie allí, aunque podía sentir llegar el amanecer, lo que significaba que tendría poco tiempo para descansar.

–No hay nadie –le comenté y agregué, quitándome su salto de cama y entregándoselo–: Toma. Casi me marchó con eso, no quisiera robarme accidentalmente tu dije de la buena suerte.

–¿Mi qué? –había volteado para marcharse y comenzó a reírse.

–Tu dije de la buena suerte –repetí–. Chijioke me comentó que siempre lo llevas contigo para tener buena suerte.

–Ah –su ceño se frunció nuevamente pero luego sonrió de una forma extraña, con las mejillas ruborizadas. Me había olvidado de que estaba desnuda, consciente de que quizás la estaba poniendo nerviosa–. Cierto. La, la...

Estaba actuando demasiado extraña. *Me preguntaba...*

–La moneda –le aclaré, guiñándole el ojo con falsedad–. ¿Cómo puedes olvidarte, *Mary*?

–¡Sí! Claro. Mi cerebro debe estar dormido todavía, ¡ja! Mi moneda de la suerte, sí, ¡no te marches con ella! –sacudió el salto de cama como si estuviera jugando, por lo que cerré los ojos con fuerza, sintiendo cómo mi corazón se desplomaba en el suelo. Me quedé mirando la parte trasera de su cabeza cuando regresó hacia la cama y una ira fría y despiadada se apoderó de mí, suprimida solo por la hinchazón que tenía en la garganta.

Un pez. Su dije de la buena suerte era un pez.

Salí, caminando a toda prisa hacia mi habitación. Pero detrás de mí, oí su dulce voz hablándome.

–¡Buenas noches!

–Buenas noches –logré decir, abalanzándome de lleno contra la puerta de mi recámara. Me desplomé en un instante, acurrucándome sobre el frío y duro suelo. Las lágrimas comenzaron a caer de inmediato entre mis pensamientos.

Una gota de sangre, un mechón de cabello, el poder del Sustituto atrapado en tu cebo...

“¿Qué tomaste, Padre? ¿Sangre o cabello?”, susurré entre mis manos. *Mary*. Dios. ¿En dónde estaba la *Mary* real? ¿Qué le hizo? ¿Hacia cuánto estaba haciéndose pasar por ella?

Me paré y limpié las lágrimas en mis mejillas. La cama se sentía casi tan

fría como el suelo, dado que esa noche la comodidad no existía. Me tapé con las sábanas hasta la cabeza y presioné los dientes en la oscuridad.

“Más vale que haya sido un mechón de cabello, Padre. Por tu propio bien”.



Capítulo
Treinta



Ver a “Croydon Frost” temprano por la mañana fue insoportable. Le serví el té mientras él leía en el ala oeste de la mansión, con esa horrible araña rosa arrastrando su cadena mientras me observaba desde su hombro. Lucía con muchas ansias de saltar a mi rostro y propiciarme otra picadura.

Quizás tengo futuro como actriz, pensé, ya que fui capaz de esbozarle una sonrisa amable mientras esperaba a que eligiera un pastelito de la bandeja. Esa mañana llevaba un traje negro, simple, con un pañuelo verde pálido, adornado con una pequeña hoja de seda sobre los pliegues. A su vez, su ropa emanaba un aroma a pino. Estaba sentado con una pierna sobre la otra, revolvía su taza de té con una expresión pensativa mientras tomaba una decisión.

–Quiero proponerte algo –le dije con suavidad, inspeccionando la habitación para confirmar que realmente estábamos solos.

Esbozó una sonrisa al oír eso, decidiéndose por una galleta de la bandeja. Ahora, cada vez que miraba su rostro jovial y delgado, no veía nada más que la calavera de ciervo por debajo de este, como si la carne que llevara solo fuera un envoltorio delgado que se desprendería en cualquier momento, revelando el verdadero monstruo que yacía por debajo. Me tomó toda mi fuerza de voluntad no estallarle su propia taza en la cabeza.

¿Dónde está Mary? ¿Qué le hiciste?

Estaba intentando hacer un trato desde una posición poco favorable, dado que ni bien supiera que yo sabía la verdad sobre Mary, tendría una increíble ventaja. Había visto desde el principio cuánto la admiraba, y saber su verdadera ubicación era invaluable. Si no jugaba este juego con cuidado,

perdería antes de que siquiera comenzara.

–Te escucho –replicó, respirando profundamente.

No comió su galleta, la abandonó sobre su plato. Di un paso hacia adelante, odiando cada minuto que pasaba junto a su presencia. Mi plan había cambiado durante la noche, pero mi objetivo principal seguía firme. Debía salir de la Coldthistle House de una buena vez y evitar todo el desastre que él estaba determinado a ocasionar.

–El libro –susurré, dándole otra mirada conspirativa–. Encontraré la forma de traértelo, pero antes quiero algo por adelantado.

–¿Dinero? –claro que sabía, maldito bastardo, ya que lo había oído salir de mi boca la noche anterior. Esbozó una sonrisa, completamente orgulloso de sí mismo, lo cual hacía que su muerte a causa de un golpe en la cabeza con una taza fuera mucho más factible.

–No solo dinero –respondí sin retraso–. Una fortuna. Lo suficiente para tener un nuevo comienzo, lo suficiente para llevar conmigo a Mary y a mis amigos lejos de este lugar y comenzar una vida nueva.

–Intrigante –dijo suavemente–. Continúa.

–No importa si me das el dinero primero, ya que necesito que esta conexión con el libro se termine de una buena vez. No me iré hasta que tú me ayudes con eso, y eso requiere el libro –suspiré y puse mi mejor cara de niña asustada–. Es algo demasiado peligroso para mí, ¿lo entiendes? Estoy arriesgándolo todo para traerte el libro, así que nada de trucos. Una vez que yo tenga el dinero y tú lo que quieres, entonces estará todo terminado. No quiero formar parte de... de lo que hayas planeado.

Podía sentir algunas voces distantes en el vestíbulo, el sonido de algunos hombres hablando entre sí. Volteé y me dirigí hacia la mesa junto a la ventana con la tetera, esperando a que los Breen y Daniel Potts salieran por la puerta

principal. Al girar hacia mi padre nuevamente, lo encontré con la mirada vacía en la nada mientras mezclaba su té, perdido en sus pensamientos y demasiado lejos de allí.

–Desearía poder cambiar tu parecer. Cuando estos farsantes sean desterrados y el reino se vuelva a establecer, podremos descifrarlo juntos. Tú puedes irte a tu casa, a tu verdadera casa, y estar junto a otras criaturas como tú –sonaba sabio, pero no le creí en ningún instante.

–Mencionaste que se avecinaba una guerra y debo aclarar que no soy un soldado. No, una vida más tranquila me sentaría mejor. Quizás deba casarme, o tener un perro. ¿Puedo preguntarte por qué tú no puedes tomar el libro? –lo interrogué–. De seguro eres más poderoso que yo; seguramente podrías sobrevivir si lo tocas.

–Estoy débil, no tengo todas mis fuerzas –me explicó con tranquilidad–. Si duermes por miles de años te darás cuenta de que al despertar tendrás un leve calambre en el cuello y un andar bastante rígido.

Estaba mintiendo. Si era tan fuerte como para disfrazarse de Mary durante horas, entonces de seguro podría subir las escaleras y tomar el libro. Había estado limpiando el azúcar derramado sobre la mesa cuando me abarcó un pensamiento: él *podía* tomar el libro. De hecho, probablemente lo había intentado. Pero como lo habían cambiado de lugar, dependía de mí para que le revelara su ubicación.

–Hay una complicación –dije lentamente, sacudiendo el azúcar sobre mis manos.

–¿Y es?

–El libro... la Sra. Haylam lo cambió de lugar. Creo que sabían que algo extraño estaba ocurriendo y no sé cómo hacer para encontrarlo sin llamar la atención –sacudí las manos sobre la bandeja con la tetera y tomé el plato con

las galletas.

La silla crujió cuando se inclinó hacia delante y separó las piernas. Podía sentir su mirada por detrás, tratando de persuadirme en silencio para que volteara. Lo ignoré, preocupada por que el más mínimo movimiento, el más mínimo cambio en mi rostro me delatara.

–Debes ser lista, hija. Si es una propuesta honesta, y estamos por cerrar un trato justo, entonces debo recibir algo a cambio del dinero –sentenció–. Confían en ti aquí; utiliza eso a tu favor.

Me estás usando, al igual que usaste a Mary.

–No estás tomando el té –señalé suavemente–. ¿Tiene algo malo?

–Para nada –respondió–. Pero no quiero té ahora, querida hija, quiero venganza.

–Ya veo –contesté, esbozando una sonrisa falsa para él. Cuando volteé no se había movido en lo absoluto y no había tocado el té. La araña rosa y púrpura sobre su hombro seguía mirándome fijo y no podía evitar pensar que era demasiado extraño. Nunca había visto a una araña comportarse con tanta tranquilidad–. Y estoy segura de que la tendrás. Me temo que debo irme ahora, si no necesitas nada más. El Sr. Morningside está volviéndose muy ansioso con la traducción.

–Claro que lo está –respondió, riendo entre dientes con su voz profunda. Se reclinó hacia atrás en su silla y suspiró, relajado, finalmente tomando un pequeño sorbo de su taza–. No lo dejaría esperando. Oí que el ama de llaves estaba bastante inquieta sobre el juicio esta noche. Creo que merece saber el veredicto final antes de que su mundo se caiga a pedazos frente a sus ojos.



–Acabo de escuchar la mejor historia de ese ridículo lamebotas de Pinzón.

Era obvio que en el momento en el que me sentara a trabajar, el Sr. Morningside aparecería con su usual actitud arrogante en la biblioteca. Sin embargo, esta vez lucía como si no hubiera podido dormir, lo cual disfruté un poco, dado que ahora sabía que me había ocultado información crucial. Por más que no me gustara Padre, y de verdad me desagradaba, no podía evitar pensar que tenía razón en algunas cosas, una de ellas la manía del Sr. Morningside de tener mascotas. ¿Era eso lo único que era para él? ¿Un adorno encantador? ¿Una de las últimas Sustitutas y, por consiguiente, valiosa solo por la rareza de los de mi tipo? Si así fuera, ¿eso no significaba que odiaría que me marchara? Por alguna razón existían historias que advertían sobre hacer pactos con el Diablo. Estaba cada vez más preocupada de que rompería nuestro contrato, o encontraría algún agujero legal dentro de este para prevenir que hiciera lo que yo quería.

Se acercó trotando hacia el escritorio y se sentó sobre este, como usualmente solía hacer, esbozando una sonrisa burlona. Levanté la vista hacia él y suspiré. Sabía precisamente qué era lo que quería.

–No tiene nada que ver con arañas, ¿no es cierto?

–¿Cómo adivinaste? –el Sr. Morningside soltó una risa bastante entusiasmada y respiró hondo cuando terminó–. ¡Honestamente, desearía poder haber visto la expresión en sus rostros!

–Yo también –musité–. Pero lamentablemente, estaba ocupada tratando de escapar de la ferviente acusación de Sparrow.

Resopló y tomó un pañuelo que, obviamente, tenía bordadas sus iniciales, y se lo pasó con sutileza por la frente. Se había reído tanto que había comenzado a sudar.

–Es terca. Siempre lo ha sido. Si Spicer estuviera aquí, la mantendría bajo control, pero Pinzón nunca dice nada, demasiado devoto ese hermano. Aun

así, da lugar a la pregunta: ¿qué hacías tan tarde en la noche con tu padre?

Miré hacia otro lado, tratando de encontrar una mentira creíble. Durante mis días en la escuela de Pitney, había aprendido que las mentiras más creíbles no solo tenían algo de verdad, sino también un poco de información incriminadora. Una mentira con demasiada inocencia nunca engañaría a nadie.

–Estábamos caminando por el jardín –le expliqué–. Quería hablarme a solas sobre mi madre... sobre su amorío. Creí que conocerlo solo me haría odiarlo más, pero eso es algo que siempre me pareció intrigante. Es mi padre, después de todo; sería una lástima no conocer su parte de la historia. Y tampoco perjudicaría mi oportunidad de ser su heredera.

–No hace falta ocultar esas cosas o andar merodeando en la noche; no te castigaré por querer conocer más sobre tu sangre –me dijo, esbozando una sonrisa–. Pero sí me disculpo por el comportamiento de Sparrow. Me gustaría decir que estoy sorprendido, pero es algo totalmente esperable de ella. Spicer la habría tomado por el cuello; me aseguraré de que sepa todo esto.

Me encogí del miedo, preguntándome si tenía alguna idea de que Spicer seguramente estaba muerto. ¿Era necesario burlarse de eso? Mientras sopesaba mis opciones, el Sr. Morningside tomó una decisión por mí. Levantó su adorable chaqueta bermellón y colocó una mano sobre la mesa, soltando un suspiro lastimoso.

–Ya no son más de esa forma –murmuró. Nunca antes lo había visto así, inocente, casi *soñador*–. Spicer fue uno de los primeros sirvientes del pastor. Éramos amigos. Nunca desarrolló esa enfermiza veta moralizadora que tienen los otros. Nunca me juzgó por el simple hecho de ser del lado opuesto de las cosas. Ja, solo me juzgaba por mis muy malas decisiones. Las cuales eran, y aún son, varias.

Asentí, sintiéndome cada vez más enferma ante la mentira que se escondía en mi boca.

–Su nombre me suena familiar. Creo haberlo leído en su libro.

–Sí –fue la respuesta del Sr. Morningside al quitarse el pañuelo–. Esta era su copia, en aquellos tiempos mejores cuando nos visitaba. El pastor aparentemente lo había mandado a buscar el libro de Bennu casi desde el principio. El buen chico estará furioso cuando se dé cuenta de que era una misión imposible.

Ambos nos quedamos en silencio, sentados entre el crujir de las llamas en la chimenea y el eco de las voces que provenían desde arriba en toda la mansión. De hecho, lo disfrutaba, simplemente estar sentada allí, ya que me había comenzado a gustar esa biblioteca oculta, y se trató de un extraño momento en el que me trató como una amiga y no como una tonta manipulada. Era difícil imaginarlo como amigo de uno de los Adjudicadores, pero con el pasar de las horas aprendí cosas aún más extrañas.

–Este libro –comencé, tocando el diario de Bennu–, ¿por qué es tan importante? No estoy traduciendo a ciegas; también *en verdad* estoy prestando atención al contenido. Usted y el pastor, el Señor Oscuro y Roeh, eran enemigos, pero también lo eran de Madre y Padre, ¿no es así?

Esbozó una sonrisa con aires de superioridad, una que claramente denotaba que no había considerado mis habilidades investigativas. *Oh, sé mucho más, señor, solo espere.*

–Es por eso que hay una mesa vacía en la Corte. Si no hay nada en la mesa y tiene una bandera negra significa que desaparecieron o están muertos. Usted tiene un libro, el pastor tiene otro y ahora quiere el de ellos. ¿Por qué? – pregunté.

Al escuchar eso, levantó las cejas sorprendido y su sonrisa petulante se

desvaneció. Me miraba diferente ahora, como si realmente me estuviera viendo por primera vez.

–Es el principio de las cosas –agregó sin emoción alguna.

–No, claro que no –me quejé–. ¿Desde cuándo usted tiene principios?

–¡Ja! Muy graciosa. Está bien, pero la respuesta te sorprenderá –agregó, levantando un dedo frente a mí.

–Pruébeme.

–No me gusta lo que hicimos –el Sr. Morningside me explicó mientras una sombra opacaba sus ojos dorados–. Fue un trabajo sucio, brutal, y le hice caso al pastor cuando no debería haberlo hecho. Ellos fueron los primeros, ¿sabes? Madre y Padre eran seres muy antiguos para cuando nosotros aparecimos. Tenían tantos nombres, tantas encarnaciones, pero sus fieles seguidores simplemente los llamaban Madre y Padre. Al principio, creí que me llevaría bien con ellos. No necesitaba de sus fieles devotos y ellos no necesitaban los míos.

–Entonces, ¿qué cambió? –pregunté, reclinándome sobre el escritorio.

–¿Qué cambió? Todo. El pastor quería muchos más seguidores, más alabanzas, más poder. Fue en ese momento que nuestra rivalidad comenzó, cuando todo se dividió en Satán o Dios, Infierno o Cielo. Ambos estábamos reuniendo devotos tan rápido que dejamos de preocuparnos por cómo nos llamaban o lo que hacían en nuestros nombres. Hizo... que algo despertara en Padre, supongo. Era el dios de los engaños y problemas, la personificación del caos de la naturaleza. Y, mientras fijábamos nuestras diferencias, él crecía y se esparcía, desenfrenadamente. Había que hacer algo. Claro que hubo discrepancias; me había parecido cruel unirnos en su contra, pero ¿qué podía hacer?

–Pero allí hay cuatro. ¿Qué ocurrió con Madre? –pregunté, girando en la

silla y señalando con la cabeza en dirección a la pintura. El Sr. Morningside se encogió de hombros y movió la cabeza de un lado a otro rápidamente, mientras recorría su rostro con una mano.

–Desearía poder saberlo. Siempre me pareció que ella era la más sensible entre nosotros. Pero un día simplemente... se desvaneció. Es probable que Bennu la haya sacado de Egipto y llevado a cualquier otro lado, pero no había rastro de ella luego de eso. Las cosas con Padre solo empeoraron. Se volvió loco. Por tal motivo, establecimos un pacto de conveniencia con el pastor –su voz disminuyó hasta convertirse en un susurro ahogado, acompañando sus ojos grandes perdidos en un mar de recuerdos que se habían apoderado de él–. Fue un baño de sangre. No le dimos otra opción más que rendirse.

Luego de un momento, levantó los ojos hacia mí y me dedicó la mirada más honesta, vulnerable, que jamás había visto en él. Su mano parecía temblar mientras la pasaba por su rostro nuevamente.

–Es por eso que hay tan pocos de los de tu tipo, y por qué intenté con todas mis fuerzas recopilar las crónicas de las Hadas Oscuras y, bueno, traer a cualquiera que encontrara.

–Consciencia culposa –musité, usando las palabras de la Sra. Haylam.

–La culpa no es la palabra más adecuada para describir lo que siento, Louisa –el Sr. Morningside se paró y acomodó su saco, mirándome pensativo–. ¿Eso contesta tu pregunta?

No me presionó para que le respondiera, por lo que me tomé mi tiempo para sacar mi propia conclusión, una que me dejó perpleja.

–No quiere destruir el libro. Quiere protegerlo del pastor.

Una sonrisa débil apareció lentamente en su rostro, haciendo desaparecer la opacidad sombría de su mirada.

–Me alegra saber que al menos piensas eso de mí.

–Pero entonces, ¿para qué sirve esto? –pregunté, recorriendo el diario con mi palma–. Le está entregando la llave para destruir por completo a los de mi tipo.

La sonrisa del Diablo se profundizó al inclinarse contra mí, con los ojos puestos sobre el diario bajo mi mano.

–Astuta, Louisa. Siempre tan astuta. Es por eso que vine a verte. Ya sé que estás a punto de terminar la traducción, pero antes necesito que hagas algunos pequeños... *ajustes*.



Capítulo
Treinta y uno





Año dos



Diario de Benmu, quien corre

Llegamos al fuerte durante el amanecer, en donde descendimos en una especie de hueco rodeado de ramas por todos lados.

Lucía como si estuviéramos bajando por una enorme canasta de mimbre sin fondo. A medida que nos acercábamos al suelo, pude ver que el fuerte seguía incluso más hacia abajo por medio de una escalera en espiral que desaparecía en la tierra. Alrededor de estas paredes, había un bosque tan denso y verde que lucía como un mar eterno de esmeraldas.

Bajé del lomo de la Serpiente Celestial, empapado por la lluvia, pero sin darle importancia. Enseguida, ayudé a Khent a descender y a caminar ensangrentado y débil hacia... Bueno, en realidad no sabía hacia dónde se suponía que debíamos ir o si teníamos que esperar algo. La Serpiente Celestial se marchó antes de que pudiera darle algunas palmadas de agradecimiento, deslizándose su larga cola negra entre las nubes.

El jardín lucía desolado, silencioso, a pesar del ruido increíble de algunas ranas alrededor. Seguramente había alguna especie de río o pantano cerca, dado que sonaba como si estuviéramos parados en medio de un coral de un millón de criaturas cantantes. No había notado que el camino hacia abajo estaba protegido por una enorme puerta de bronce, la cual, con un crujido bastante ruidoso, comenzó a moverse para darnos paso.

—¿Puedes caminar? —le pregunté a Khent, pero hacía rato que había perdido la capacidad de hablar, por lo que solo hizo un sonido gutural y giró su cabeza sobre mi hombro.

Lo había arrastrado uno o dos pasos cuando dos figuras emergieron desde las profundidades del fuerte subterráneo. Al

estar demasiado cansado como para encontrar una respuesta, me quedé quieto con la boca abierta, sorprendido, al notar su apariencia, ya que ellas, al igual que otras tantas cosas que había visto en mi viaje, eran algo completamente nuevo para mis ojos. De la mitad para arriba, tenían los rasgos humanos de dos jóvenes mujeres, cada una con una armadura que lucía como madera suave adornada con hojas y tiras de telaraña blanca para asegurarla a sus brazos y cuellos. Su piel era de un color rosado y, si bien tenían ojos bastante grandes y hermosos, como toda mujer, cada una tenía seis más de los que deberían, cuatro de los cuales se ubicaban sobre su frente hacia su cabello blanco. Plumas largas de todos los colores colgaban de su cabello y llevaban algunas piezas de huesos sobre sus orejas y narices. Era extraño, pero más aún lo era la parte inferior de su cuerpo, ya que no lucía para nada humana, dada su disposición de ocho patas. Ocho enormes patas peludas con líneas rosas y púrpuras.

Era como si algún alquimista hubiera tomado la mitad de una mujer y la hubiera unido con precisión sobre el cuerpo de una tarántula. En la unión de ambos cuerpos, colgaba un largo trozo de tela pintado con una calavera de un ciervo con ocho ojos. El extraño diseño me recordaba al mismo libro que había llevado hasta allí.

Ambas criaturas llevaban lanzas de madera y, la que estaba a la izquierda, aquella que tenía el cabello más largo trenzado sobre uno de sus hombros, me apuntó con el arma.

—¿Quién es aquel que desciende de una Serpiente Celestial

en nuestras inmediaciones con su compañero ensangrentado? Hablen, extraños, o serán comida para el bosque –no necesitaba gritarnos, ya que la amenaza era más que suficiente. Su voz sonaba bastante ronca, con cierto dejo de ira, que lo dejaba ver con la tensión de sus labios.

–Mi nombre es Bennu –dije con voz temblorosa. Con cuidado, tomé el libro del morral y noté cómo ambas comenzaron a murmurar cosas entre sí–. Madre me envió. Seguí las señales desde una larga distancia. Por favor, venimos desde la otra mitad del mundo, no nos abandonen ahora.

–¡No! No... Son bienvenidos aquí –contestó la misma criatura, haciendo un gesto de cortesía bastante elegante a pesar de su extraña complexión. Asintió a su compañera, quien se escabulló de regreso en la tierra. Emergió un momento después con tres ayudantes, quienes lucían casi como yo, excepto por sus ojos completamente negros–. Cuidaremos a tu amigo y nos entregará este precioso regalo...

Los tres asistentes tomaron a Khent y lo llevaron antes de que pudiera decir algo. Me dio una última mirada, agitado y asustado, lo cual me hizo preguntarme si de verdad nuestras tribulaciones habían acabado. Al llevárselo, se pudo sentir una conmoción abajo y, enseguida, un grupo de hombres y mujeres vestidos de negro emergieron hacia el exterior. Sus rostros estaban pintados con diseños y tatuajes bastante elaborados con espirales verdes. Uno de ellos dio un paso hacia adelante, era un hombre mayor, quien con el codo, corrió a la chica con

cuerpo de araña.

Emanaba un aroma fuerte a madera de pino y ortiga, y cuando sonreía, podía ver que sus dientes estaban teñidos de un color verde espantoso.

—Será llevado a Padre enseguida. Tú vendrás con nosotros.

—¿Qué es todo esto? Regresa a tu pantano, Sanador Verde; la mismísima esencia de Madre está en esa cosa y primero deberá pasar por las manos de su sacerdotisa.

Levantó la lanza hacia él pero se la corrió, soltando una risa que parecía un ataque de tos.

—Tienes poco poder mientras ella esté entre esas páginas —susurró. Escupía al hablar y su ojo derecho se cerraba constantemente en ese rostro circular e incisivo que me recordaba al de una garrapata—. Padre sabrá qué hacer. Después de todo, él es quien está ansioso por reunirse con su esposa.

Me sentía mareado. Claro que sabía que el libro era irremplazable, pero ¿decir que había llevado a Madre misma? Mi alivio de haberla traído a salvo desde tan lejos lentamente fue desapareciendo. El Sanador Verde me quitó el libro de las manos y cayó hacia atrás, ya que no esperaba que fuera tan pesado. Las otras figuras de negro se pararon a su alrededor, mientras una de ellas regresaba hacia el fuerte.

—Es una atrocidad —una de las arañas guardianas musitó—. ¡No podemos permitirlo, Coszca! Madre no regresará a su forma real. No tendrá toda su fuerza hasta que sea liberada.

—Lo sé, Cuica, lo sé. Tú —la que me había apuntado con la

lanza, Coszca, me señaló nuevamente con ella e hizo un ademán con la cabeza hacia la escalera—. Síguenos. No confío en estos druidas; su devoción es para con Padre y temo que para él solo.

Bajamos a toda prisa por la escalera de piedra y me sentí aliviado al notar que el pasaje estaba iluminado gracias a algunas llamas que ardían en las paredes. Casi todo el fuerte estaba pintado con murales, la mayoría de paisajes del bosque, aunque algunos mostraban a la Serpiente Celestial o a los seres mitad araña, mitad mujer obteniendo la victoria en algunas batallas. Pude ver las imágenes sin mucho detenimiento, ya que mis compañeras eran mucho más rápidas que yo, y utilizaban tanto las paredes como las escaleras en sí para descender con total naturalidad. Luego de un rato, llegamos a un descanso amplio que albergaba una puerta que se abría hacia un lugar más oscuro que no podía ver bien.

Las mujeres corrieron a través de un arco, pero, un instante más tarde, las oí gritar a medida que me acercaba al claro. Los druidas las estaban esperando allí. Les habían arrojado unas redes y rocas. Ellas pelearon, soltando gritos penetrantes y fuertes, pero hermosos, mientras daban estocadas con sus lanzas, una y otra vez. Otro grupo de druidas me sujetó a mí con sus capas, levantándome y arrojándome hacia un lado.

No sé qué ocurrió con las mujeres guerreras, solo podía desear que hubieran tenido clemencia, ya que no hicieron nada más que demostrar devoción a Madre.

Por mi lado, yo también luché mientras los hombres y

mujeres de negro me llevaban a la fuerza por un camino oculto. El suelo cambió de rocas a lodo, lo cual ocasionaba que mis pies se hundieran con cada paso que daba sobre la tierra húmeda, ocasionalmente enterrándome hasta las rodillas. Sentía la vejez primaveral del bosque, el perfume de los árboles densos y de las hojas podridas acompañándome hasta que me soltaron y quitaron la capa de mi rostro.

Ante mí se erguía un árbol. No tenía palabras para describirlo, aunque mi vida dependiera de ello, ya que denotaba una apariencia tanto viva como muerta, negro pero no a causa del fuego, lleno de hojas con vida, excepto por las que parecían dagas venenosas. Los druidas me entregaron el libro que había llevado desde hacía tanto tiempo en mis manos y lo cubrí como un hijo. Hasta que desaparecieron, dejándome temblando en ese lugar, solo.

Y así, llegaron.

Emergieron de la tierra, entre gusanos que aparentaban ser raíces de árboles. Eran más sombras que carne y se abrían paso entre el crujir intenso del tronco en dirección al claro. Las raíces eran casi tan gruesas como un caballo, robustas y retorcidas, y daban la impresión de nunca haber sido tocadas o vistas por un humano. Al principio, las criaturas salieron gradualmente desde las raíces, pero a medida que la luz crepuscular se desvanecía en la noche, tomaron un ritmo más firme, un goteo lento que se convirtió en una humareda constante...



Padre era real. Madre era real. Todo era real. Pero seguía repitiéndome misma, una y otra vez, que todavía no había tomado un lado, que el Sr. Morningside había sido amable, pero también me había mentido, que el pastor había sido bueno, pero había enviado a sus crueles Adjudicadores, y que Padre me había dado la verdad, pero también sus mentiras.

No tenía aliados; entonces, ¿por qué era tan difícil elegir el lado que más importaba: el mío?

Necesitaba más. Más pruebas, más seguridad de que estaba haciendo lo correcto. No me tomó más que pasarle una nota a Lee durante el almuerzo para poner en marcha mi plan. Él no era necesariamente parte de dicho plan, pero necesitaba una última ayuda suya, un favor que esperaba pusiera fin a la larga lista de favores. Para ese entonces, ya se había esparcido el rumor de que había hecho enfadar a Sparrow, y que ella no había mostrado el rostro luego de ser humillada por una araña que evitó un Ajusticiamiento.

–Muchacha, eso fue arte puro –dijo Chijioke, mientras contaba la historia por tercera vez durante la comida. Reía a la par, pero sin mucho entusiasmo, ya que estaba segura de que esta comida podría ser la última que compartiría con ellos. Me dolía en el alma tener que contarle la verdad sobre Mary, aunque al menos lo haría sentir menos preocupado por el hecho de que lo hubiera ignorado. Había estado seduciendo al maestro impostor de mi padre, y no a la muchacha joven y tímida que a ambos nos agradaba. Pero ya habría tiempo para eso más tarde. No planeaba irme de la Coldthistle House sola. Si el Sr. Morningside realmente cumplía con su parte del trato...

La idea de reunir a Chijioke y Mary era demasiado pura, demasiado buena para entretenerme. Y era una gran posibilidad que aún yacía al final de un largo túnel lleno de espinas, trampas, giros y dioses enfadados.

–Simplemente: *¡bam!* ¡Una maldita araña rojiza sale de su delantal!

Legendario –contó Chijioke y estalló aún más de la risa. Poppy apenas podía respirar ya que le parecía todo demasiado gracioso. Incluso Bartolomé, despierto por una vez en la vida, resoplaba a los pies de la niña.

–Se lo merecía –agregó la Sra. Haylam desde el horno. Estaba tostando un último trozo de pan para ella, antes de girar hacia la olla de estofado para servirse un plato–. Tus poderes de transformación claramente han mejorado a pasos agigantados desde la llegada de tu padre. Parece que te ha enseñado mucho.

–Su presencia ha sido bastante instructiva –no podía leer su tono de voz, por lo que simplemente asentí y me centré en la comida.

Levantó la vista por detrás de su hombro y me miró detenidamente.

–La Corte terminará su trabajo esta noche. Espero que vuelva algo de paz y tranquilidad aquí una vez que se marchen.

–¿Qué hay de Mason y su padre? –pregunté–. ¿Se quedarán con nosotros por más tiempo?

–No, la Sra. Haylam dice que debemos cuidarlos hasta que Mary se haya recuperado por completo –me contestó Poppy, entusiasmada–. El malvado de Samuel Potts hizo cosas muy, muy malas a los ciudadanos de Juega Ales del Sur y es hora de que pague por ello. ¿No es cierto, Sra. Haylam?

–*Nueva Gales del Sur*, Poppy. Y sí. Necesitaré tener una charla o dos con Mary para poder volver a trabajar como de costumbre.

Casi me ahogo con la boca llena de estofado. Chijioke me dio algunas palmadas en la espalda para tratar de aliviar el ataque de tos.

–Un poco de agua te vendrá bien –agregó, levantándose y encaminándose hacia el grifo en el jardín.

Aproveché la oportunidad para pasarle la nota a Lee por debajo de la mesa, por lo que lo toqué en la pierna hasta que abrió los ojos sorprendido y su

mano se cerró sobre la mía. Nuestras miradas se cruzaron y nos quedamos así por un momento. Frunció el ceño, con cierta apariencia decaída, levemente exaltado, despeinado y sin el brillo azulino de sus ojos. No es que había dejado de ser atractivo, sino la rareza de la nueva vida que le había arrojado encima y que no le sentaba en lo absoluto. Lo que estaba por hacer era tanto para él como para mí. O al menos eso me decía a mí misma.

Lee leyó la nota y, con cuidado, la guardó en el bolsillo interior de su saco. Cuando Chijioke regresó, improvisé otra tos y acepté el agua que me había traído.

–Gracias –le dije, entregándole mi plato y mi vaso antes de hacer un saludo de cortesía para la Sra. Haylam–. ¿Puedo marcharme? La biblioteca necesita un poco de limpieza y el Sr. Bree dejó un desastre importante de libros ayer.

–Ve, entonces –suspiró–. Pero prepárate para el juicio. Comenzará a la puesta de sol.

Puesta de sol. Claro. Era tiempo más que suficiente. Miré nuevamente a Lee y le esboqué una sonrisa antes de marcharme por el corredor hacia las escaleras en dirección a la biblioteca, la cual no estaba tan sucia y desacomodada como antes. No importaba, solo necesitaba un lugar para hablar con Lee en privado. Podría haberles pedido a Chijioke o Poppy que me ayudaran, pero Lee era el que menos ligado estaba a la mansión y al Sr. Morningside, al menos en el aspecto emocional. Estaba ligado al libro para toda la eternidad, sí, pero esperaba poder cambiar eso, ya que de todas formas no parecía sentir ningún cariño por Coldthistle.

Lo que tenía para decir haría que Chijioke entrara en pánico y que Poppy contara todo, dada su personalidad charlatana.

Esperé unos segundos, caminando nerviosa junto a la ventana. El sol se había asomado tan brillante que había borrado todo el color del jardín, el cual

necesitaba de la lluvia, dado que había comenzado a secarse en algunas partes. Lee ingresó a la biblioteca y dio un golpecito suave sobre la pared para hacerme saber que había llegado.

–Allí estás –susurré–. ¡Cierra la puerta!

–¿Qué ocurre, Louisa? –preguntó, haciendo de mala gana lo que le pedí y mirándome con sospecha.

–Escucha, hay cientos de cosas que me encantaría decirte ahora, pero no hay tiempo para explicarlo todo –me acerqué hacia él a toda prisa y lo tomé de sus manos frías para guiarlo entre los estantes de libros hacia la parte trasera de la biblioteca, en donde una vez habíamos hablado sobre nuestras familias, de nuestras esperanzas truncadas y pecados del pasado. Había pasado casi una vida desde ese entonces, o eso parecía, dado que él ya no me veía con esa esperanza o alegría, sino con escepticismo–. Esto va a sonar una locura, pero debes confiar en mí. Mi padre no es quien dice ser; es un dios ancestral terrible y alguien muy, muy peligroso. No vino aquí por mí o para reconciliarnos; vino aquí para comenzar una guerra. El pastor y el Sr. Morningside lo vencieron hace tiempo y ahora quiere vengarse.

–Un... ¿dios ancestral? ¿Eso es posible? –entrecerró los ojos, desconfiando de que yo pudiera ser la hija de semejante cosa. No lo juzgaba–. ¿Cómo sabes todo esto?

–La tienda en el jardín; revela tu verdadera esencia, y pude ver lo que era cuando me encontré con él allí –le expliqué, pisándome con las palabras al hablar apresurada–. Todo lo que me contó está en el diario que el Sr. Morningside me está haciendo traducir. Vino hasta aquí para buscar problemas, y estoy atemorizada de que ustedes salgan heridos. Es por eso que necesito que te asegures de que Poppy y Chijioke no vayan a la Corte esta noche.

Lee retrocedió, estudiándome lentamente. Frunció el ceño e inclinó la cabeza hacia un lado.

–¿Por qué? ¿Qué crees que ocurrirá?

–Algo malo –respondí sin pensarlo–. Ocurrirá algo malo porque *yo* me encargaré de que suceda. No soy lo suficientemente lista o fuerte como para deshacerme de mi padre, pero el Sr. Morningside y el pastor sabrán qué hacer.

–¿Le clavarás un puñal por la espalda a tu propio padre? –se quejó Lee–. ¿No te parece demasiado cruel?

–No lo conoces –le contesté, cerrando los ojos con todas mis fuerzas–. No lo conoces, Lee; no es alguien a quien se le deba tener lástima o admiración. No me importa si es un dios o un cavador de tumbas, no es una persona de fiar. Se estuvo haciendo pasar por Mary.

–No... ¡No! –sus ojos se abrieron sorprendidos, mientras negaba con la cabeza.

–Así es. ¿Por qué crees que ella está encerrada en su habitación todo el día? ¿Acaso los has visto a ambos en el mismo lugar? Rechazó a Chijioke y olvidó su propio dije de la suerte. No es casualidad, Lee, *piensa*.

–Mary es tu amiga más cercana aquí –susurró–. Le debes haber contado todo...

–Precisamente. Pero me percaté de su engaño y, por lo que sé, no tiene idea de eso –le contesté rápidamente–. Quiere el libro, el Elbion Negro, a cambio de una fortuna y la libertad de las garras de ese libro.

Bajó la cabeza y se podía notar la impotencia en su rostro, por lo que lo tomé de la mano y la presioné con fuerza.

–No hagas eso –le dije, desesperada–. No se lo daré, Lee. No me arriesgaría a tanto. Pero debo saber qué quiere hacer con él, debo estar segura

de que traicionarlo es la mejor opción. Ahora mismo está abajo, en el ala oeste, leyendo. ¿Puedes mantenerlo allí?

–¿Qué pretendes hacer, Louisa? –me preguntó, alejando la mano–. No encontrarás el libro; lo han cambiado de lugar...

–Ya lo sé, Lee. No lo quiero. Solo necesito entrar a su habitación y echar un vistazo, eso es todo.

–La última vez que hiciste algo así casi mueres, y yo *sí* morí. ¿Por qué diablos crees que te dejaría intentarlo otra vez?

Dejé caer mi cabeza en un momento de exasperación, girando y caminando desde la ventana hacia él con el nudillo sobre mi boca.

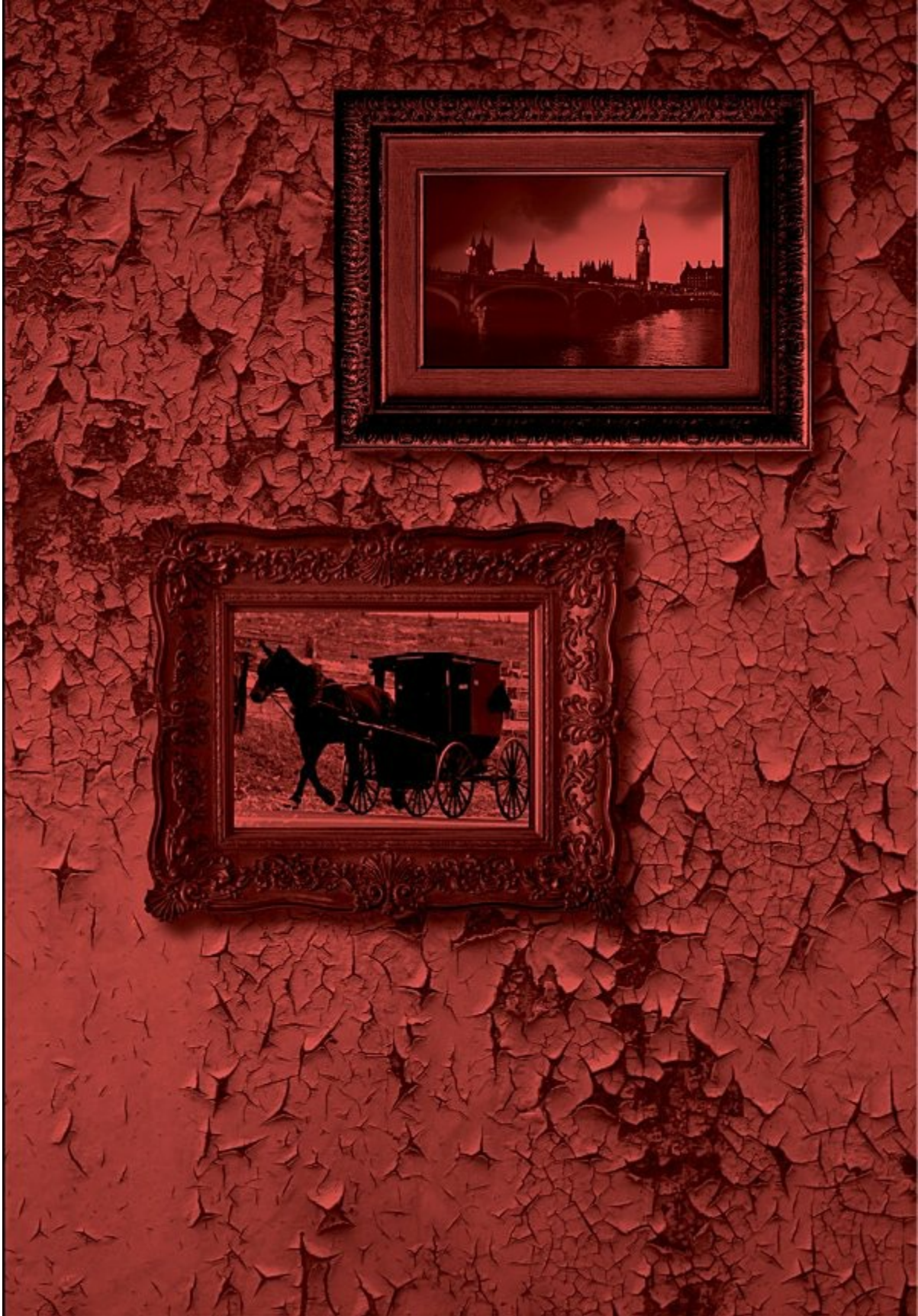
–Está bien. No lo distraigas; yo lo haré. Solo prométeme que mantendrás a todos a salvo en la mansión esta noche. Prométemelo, Lee; es importante. Pase lo que pase, quiero asegurarme de que todos ustedes estén a salvo.

Giró los ojos hacia arriba y me sujetó, acercándose hacia él para darme un fuerte abrazo. Solté un *uf* de sorpresa y le devolví el gesto.

–No te dejaré hacer esto sola. Que Dios me ayude, pero te creo. Nunca antes me has mentado. Sé que intentaste salvarme del Sr. Morningside, incluso si... no salió según lo planeado –se alejó a un brazo de distancia–. ¿Estás segura de que es la mejor opción? Estaré bastante furioso si haces que te maten.

Le esboqué una pequeña sonrisa y me aguanté las ganas de llorar.

–Solo estoy tratando de detener una guerra y ser más lista que un dios ancestral del bosque. ¿Qué tan difícil puede ser?





Capítulo
Treinta y dos



La habitación de mi padre era la mismísima definición del orden. Sus maletas estaban acomodadas en línea recta bajo la ventana, sus trajes, colgados en el guardarropa y un maletín de cuero con pequeños viales reposaba sobre el escritorio. La mayoría de las habitaciones en Coldthistle tenían una forma similar, un armario a la izquierda de la entrada, una pequeña área de baño conectada con una sala de estar a la derecha y un escritorio, frente al cual se encontraba la cama y una ventana en el centro.

El aire denso estaba impregnado de una colonia que ahora me resultaba familiar, aunque también otros aromas flotaban a mi alrededor. Mi corazón comenzó a acelerarse ni bien me acerqué al escritorio para inspeccionar el maletín oscuro de cuero. Había tres hileras de diez pequeños frascos, cada uno con una etiqueta escrita a mano que describía la esencia que contenía. Era el trabajo de toda la vida de Croydon Frost, un hombre que probablemente estaba pudriéndose en una fosa en algún lado, con su rostro y fortuna robado por un dios desquiciado.

Inspeccioné sus maletas pero no encontré nada de interés, simplemente jarros con insectos para su araña y ropa interior. Nada. Para ser un “hombre” con esos gustos y riquezas, su estilo de vida viajera era prácticamente ascético. Pero lo había visto con correspondencia, por lo que seguro debía estar guardada en algún lado. Regresé al escritorio para inspeccionar la maleta negra. Su fondo se veía bastante grueso, pero no había botellas por ningún lado, sin importar lo que hiciera. ¿Era un fondo falso?

Recorrí mis dedos sobre la superficie pero no obtuve ningún resultado. En la desesperación, comencé a tomar cada uno de los viales para observar por debajo de estos. Y allí estaba; en la segunda hilera de frascos, la tercera desde

la izquierda, había un pequeño hueco que lucía fuera de lugar. Lo presioné y oí el ruido que produjo el fondo falso al abrirse, desde donde se desprendió una bandeja debajo de los viales.

Aparecieron pilas y pilas de cartas y, sin dudarlo, me puse a inspeccionarlas al azar. La mayoría eran cartas del verdadero Croydon Frost, dado que la letra no se asemejaba en lo más mínimo a la de la carta que había recibido de Padre. Por debajo de estas notas, había un libro de gastos que estaba sobre una serie de papeles doblados. Lo abrí sobre el escritorio, mirando de reojo la puerta para recordarme que no tenía toda la tarde para hurgar entre sus pertenencias.

A primera vista, las páginas no tenían sentido, eran solo una lista de nombres con líneas dibujadas al azar en columnas. Pero luego, miré con más atención, solo para descubrir que no eran aleatorias, sino para organizar los nombres en grupos. Árboles genealógicos. Al principio de todo había escrito su propio nombre y de allí salían líneas hacia nombres de mujeres que había tenido como amantes a lo largo de los años. Y, si bien el registro se remontaba solo a veinte años aproximadamente, había demasiados nombres. Docenas. Pasé de página. Cientos. Mi estómago se cerró y me abarcó una sensación de dolor por todo el cuerpo conforme leía los nombres en busca del de mi madre. La mayoría de ellos estaban tachados, lo cual me llevaba a pensar que estaban muertas.

Lo más inquietante era notar la cantidad de nombres que estaban tachados y la aún más inmensa cantidad de hijos propios que misteriosamente habían muerto jóvenes.

Dios mío, durante los veinte años desde su despertar, ha estado teniendo hijos y eliminándolos.

Desesperadamente, busqué el nombre de mi madre y, al hacerlo, me topé

con un nombre que me sonaba dolorosamente familiar.

1793: Deirdre Donovan _____ Brandon Canny

Hija: ~~Amelia Jane Canny~~

Mary *en verdad* había matado a Amelia. La Sra. Haylam tenía razón, solo que no de la forma en la que creía. ¿Acaso era pura coincidencia que Amelia estuviera aquí también? ¿Que ella era, *Dios*, mi media hermana? Ese fue su último asesinato; había otras muchachas entre Amelia y yo, y otras que seguían en la lista después de mi nombre, pero ningún otro tenía un *círculo* alrededor. Solo yo.

No me había mentido sobre eso; realmente estaba aquí por mí. No tenía idea de si volvería a ver la lista, por lo que hice mi mejor esfuerzo por memorizar los nombres que aún no habían sido tachados. *Auraline Waters, Justine Black, Emma Robinson...* Nunca pude imaginar, ni en mis más terribles pesadillas, que tenía tantas medias hermanas. Maldito y miserable embustero.

Si mi plan esta noche no salía como lo esperado, quizás podría advertirles. Pero entonces, si eso ocurría, no seguiría con vida para escribir esas cartas. Pensé en todos los nombres tachados y me pregunté si a mí también me asesinaría una vez que consiguiera lo que estaba buscando. Necesitaba el libro y, quizás, de verdad estaba demasiado débil como para manipularlo, pero una vez que lo tuviera, yo ya no le sería útil.

Salí antes de ser descubierta, con un nuevo propósito por delante que me hizo apresurarme. Comenzaba a oscurecer en la tarde. No tenía mucho tiempo. Bajé las escaleras a toda prisa, rozando a uno de los Residentes, el cual no se sintió alertado por mi presencia en la habitación de mi padre. Después de todo, era mi trabajo cambiar la ropa de cama y vaciar el orinal cada vez que me lo pedían. Mi precisión fue perfecta, ya que me encontré con

Lee justo cuando salía apresurado del ala oeste.

–Oh, gracias a Dios –dijo con la respiración entrecortada–. No podía mantenerlo allí por mucho más tiempo, Louisa. La Sra. Haylam me necesita; aparentemente los Breen se están volviendo locos. Recorrieron Malton y Derridon y no encontraron nada, como era de esperarse, y ahora están convencidos de que nosotros sabemos algo sobre el paradero de Amelia. Quiere que los *atendamos* cuanto antes.

–¡No! –lo empujé contra la pared, bajando la voz hasta convertirla en un susurro–. Si Poppy intenta hacer algo, todos moriremos, ¿lo entiendes? Mary no está aquí para escudarnos.

Lee maldijo para sus adentros, asintiendo y marchándose hacia la cocina.

–Veré qué puedo hacer. ¿Todo fluyó, ehm, sin problemas?

–Encontré lo que estaba buscando –le contesté, resolutiva. Incluso estuve a punto de contestarle *Mi andar está encaminado*. ¿En qué me estaba convirtiendo?–. Recuerda, esta noche, nadie debe ir al juicio.

–Así es. Puedes contar conmigo, Louisa. Los mantendré a salvo.

Y se marchó por la puerta hacia la cocina. Yo también me fui por mi lado, hasta que doblé en una esquina y encontré a Padre todavía sentado, leyendo, con su fiel araña deambulando sobre su hombro.

–Tengo buenas noticias –le dije con alegría. Claro que, mientras volteaba y me miraba, revisé la habitación para asegurarme de que nadie estuviera espiándonos. Era estúpido, pero necesitaba hacer que pensara que estaba tramando un plan enorme para él y no *contra* él.

Al acercarme, esbozó una sonrisa voraz, un rostro dominado por una mueca de satisfacción.

–¿Cómo lo hiciste? –preguntó, frívolamente interesado.

Me incliné sobre su silla, atenta a su amiga arácnida.

–Amenacé a la Sra. Haylam con un cuchillo mientras preparábamos el almuerzo. Fue bastante fácil obtener lo que quería del Sr. Morningside después de eso.

Le guiñé un ojo y prácticamente lo hizo estallar de la risa. Temblé, recordando el horrible eco de arañas y serpientes que parecían reírse con él afuera de la tienda la noche anterior. Sus ojos brillaban y casi podía notar los destellos rojos allí detrás de su disfraz.

–Lo he escondido en un lugar seguro y, ni bien salga de la mansión, los Residentes lo sabrán, por eso debemos ser extremadamente cuidadosos. Lo llevaré conmigo a la Corte y lo dejaré bajo la mesa. *Nuestra* mesa –le expliqué, inventando todo sobre la marcha. Era una historia creíble y, aparentemente, una en la que cayó–. Esta noche, luego del juicio, te lo entregaré. Por eso, te recomiendo que vayas. Lo que tengo guardado para el Sr. Morningside te complacerá muy gratamente. Será una noche que nunca olvidaremos.

Y otro guiño.

–Eres la clase de hija que todo padre desea y muy rara vez obtiene –me dijo cariñosamente, riendo entre dientes. Se llevó la mano hacia el bolsillo de su abrigo y de allí sacó un largo trozo de papel. Un cheque–. Habrá más.

Me entregó el dinero y noté que era de un banco de Londres, y la suma era más de lo que podía esperar. Diez mil libras esterlinas. Una muchacha podría vivir con eso por el resto de su vida.

–Disfrútalo –agregó Padre.

Mientras puedas, añadí en silencio. Noté la frialdad en sus ojos al entregarme el cheque. Sabía que ese dinero no me pertenecería por mucho tiempo y que, ni bien obtuviera el libro, yo le sería inútil y, por lo tanto, una carga. Lo guardé en mi delantal junto con la cuchara.

–Esperaré afuera de la tienda o me arriesgaré a ser descubierto – murmuró–. No quiero que sepan de mi regreso tan pronto.

–Oh, créeme –comenté, esbozando una radiante sonrisa–. Nadie te buscará, no cuando haga quedar como unos tontos a nuestros enemigos. Pero sí me parece muy listo que permanezcas oculto. Quédate cerca así puedes oír mi señal.

Padre suspiró y acercó una mano a mi rostro, pasando su pulgar sobre mi barbilla. Me quedé quieta para evitar delatarme con mis movimientos.

–Mi hermosa hija, ¿qué hice para merecerte?

Nada, pensé, forzando una sonrisa. *Y todo*.



Si así era cómo se sentía una novia el día de su boda, entonces nunca quería casarme. Pero esto se sentía igual de permanente, igual de inevitable; había llegado el momento y mis nervios estaban enardecidos.

–¿Tienes miedo, querida? Estás temblando.

El Sr. Morningside estaba parado junto a mí, titilando con sus miles de caras, de cada color de piel, cada combinación posible. Traté de mirarlo, pero estaba atormentada por la incertidumbre; tratar de encontrar el coraje era vital ahora que estábamos en la tienda y la Corte se había reunido nuevamente. Por eso, me quedé con la mirada perdida en el estrado, en ese espacio vacío en donde debería haber un tercer trono.

¿Acaso me había vuelto una radical? ¿Una inconformista? Mi lugar no era el centro de tanta agitación.

–Sí –le respondí con honestidad–. Estoy aterrorizada. ¿Piensa que alguien nos creará?

Una de sus caras sonrió y contagió a todas las que la sucedieron.

–Toma coraje, Louisa, yo soy quien será Ajusticiado esta noche. Hemos hecho todo lo que pudimos. Nadie sabrá dónde está el tercer libro. Quemaste el diario, ¿verdad?

–Así es –y de verdad lo había hecho. Luego de nuestra última reunión en la biblioteca del sótano hice lo que me pidió el Sr. Morningside y arrojé el trabajo de Bennu al fuego en la chimenea. Por un largo rato, me quedé mirándolo arder, como si hubiera herido a un amigo que nunca había conocido.

–Bien –se quedó con la mirada fija sobre la tumultuosa multitud–. Entonces solo tú conoces el secreto. No lo habría querido de otra forma.

Hice una mueca de dolor. Esta no solo era la noche en la que traicionaría a mi padre, sino también la noche en la que quizás perdería el aprecio del Sr. Morningside. Para siempre.

–Solo no olvide nuestro trato –le recordé–. Cumplí con mi parte.

Una de sus caras menos suntuosas levantó una ceja al mirarme.

–¿Estás nerviosa de que te tienda una trampa, Louisa? Lo pusimos por escrito.

–Entonces, ¿nunca utilizó algún hueco legal para su propio beneficio? –pregunté, resoplando–. ¿En verdad los dejará libres?

Con un nuevo rostro (uno más travieso y atractivo), me guiñó el ojo.

–Tienes que confiar en mí, ¿puedes hacerlo? –se quedó en silencio y pensé que quizás la conversación había terminado, pero luego agregó en voz baja–. Aunque, *en realidad*, nunca cumpliste con tu parte por completo, sabes.

–¿*Qué?* –exclamé, girando hacia él.

–El diario –agregó lentamente–. Te faltaron algunas entradas.

–¡Porque usted me lo pidió! –le recordé.

–No entres en pánico, Louisa –me dijo el Sr. Morningside con una

sonrisa—. Solo digo.

El pastor se sentó sobre su trono con sus ángeles de oro líquido a su alrededor, todos ellos en medio de una acalorada discusión. La traducción que el Sr. Morningside le había entregado hacía algunos días se encontraba sobre el regazo del pastor, quien tenía su puño bajo su barbilla mientras lo asesoraban. Apenas podía verla. Mi mente estaba en otro lado. De acuerdo a lo que decía el Sr. Morningside, había roto el contrato, lo que significaba que muy probablemente no nos dejaría ir.

De pronto, mi compromiso de ayudarlo en su lucha contra el pastor perdió toda importancia.

El Sr. Morningside no había hecho ningún comentario sobre la bolsa que colgaba a mis hombros, ya que, o no la había notado o no le parecía relevante. Lo que tenía al frente no era una alfombra, sino el camino a un acantilado. Deseaba volver en el tiempo y hacer todo diferente. Debería haberle cerrado la puerta en la cara a mi padre desde el primer momento. Debería haber confiado en mí, en que un hombre que abandona a su hija pequeña no merecía ser escuchado o respetado. Podría haberle contado al Sr. Morningside sobre el secreto de Padre, pero mi arrogancia me llevó a asumir que podría manejarlo todo por mi propia cuenta. Si era verdad o no, estaba a punto de verse.

La tienda estaba más deslumbrante que nunca, con los orbes luminosos rebotando por doquier entre los presentes con sus hermosas vestimentas negras o vestidos color marfil. Incluso los ángeles en el estrado se veían adorables, bañando casi la mitad del lugar con su propia luz. La mayoría de los presentes bebía y reía, aunque parecían estar casi completamente relegados con los de su propia especie; no ocurriría ningún tipo de mezcla esa noche.

—Comencemos.

La voz del pastor se sintió por todo el lugar, lo que hizo callar a todos los presentes. Aproveché el momento de distracción para alejarme del Sr. Morningside. Él ya había comenzado a caminar hacia el estrado. Me acerqué a escondidas hacia la mesa vacía con el banderín negro y coloqué el libro en la bolsa de harina debajo de esta, y así, igual de rápida, me paré detrás del Sr. Morningside. Llegamos frente al estrado y oímos cómo los dobleces de la tienda se movían de un lado a otro. Miré hacia atrás por encima de mi hombro y suspiré.

No era Padre, como había esperado, sino Chijioke. Ingresó a la tienda e inspeccionó a la multitud con sus brillantes ojos rojos. Traté de voltear, pero ya me había visto y comenzaba a acercarse a nosotros, empujando a la gente fuera de su camino cuando no se movían lo suficientemente rápido para él.

—¿Qué haces aquí? —susurré, dándole un golpe suave en el brazo—. Lárgate. Ahora.

—Ja. Muchacha, en el momento en el que Lee nos pidió que nos quedáramos encerrados en la mansión, supe que estabas a punto de hacer algo estúpido. Lo único que quiero saber es: ¿de qué nivel de estupidez se trata?

Negué con la cabeza sutilmente, ya que el pastor estaba hablando sobre la traducción y sus ojos me buscaban entre la multitud.

—Vete, Chijioke, te lo ruego. Nada bueno saldrá de este juicio. Estoy tratando de protegerte.

—¿Estás metida en alguna especie de problema? —me preguntó en voz baja.

—Estoy metida en toda clase de problemas —lo tomé por los hombros y lo alejé del Sr. Morningside—. Me están llamando. Mírame. ¡No! Mírame. Chijioke, cuando empiece toda la conmoción, necesitaré que te marches de aquí.

—Louisa Ditton, al frente.

El perro del pastor me había llamado, por lo que le di una última palmada a Chijioke sobre su hombro antes de marcharme. Intentó tomarme de la mano pero yo avancé y me abrí paso entre la pequeña barrera de gente que me separaba del lugar vacío del frente, en donde tomé mi lugar, para bien o para mal, junto al Sr. Morningside.

Sentí una ventisca fría desplazarse por el aire y supe, sin siquiera mirar, que Padre había llegado. Sus ojos estaban sobre mí. Junté las manos para evitar que se notara que temblaban.

–He revisado estos escritos –comenzó el pastor. Lucía tan agotado como yo, pero sus ojos estaban alerta, alternándose entre el Sr. Morningside y yo–. Me parecen muy interesantes. Pero también incompletos.

–¿Dónde está el libro, maldita víbora? –era Sparrow, a juzgar por el odio en su voz. Nos acechaba desde el borde del estrado, señalándonos–. Tu preciosa mascota Sustituta se escapó cuando estaba por decirme la verdad pero no ocurrirá otra vez.

–Guárdate tus acusaciones para mí, Sparrow; esta muchacha no ha hecho nada más que obedecer mis órdenes, las cuales nos benefician a todos –intervino el Sr. Morningside con tranquilidad, incluso, con alegría. Tomó otra pila de papeles del interior de su saco y se acercó al estrado para entregárselos a Sparrow. Los tomó con un gesto brusco y furioso. Los observó rápidamente antes de pasárselos al pastor.

»Esa es la parte importante –agregó con una sonrisa, meciéndose con sus talones. Entre la multitud se sintió un murmullo de interés y podía notar que cada vez estaban más cerca de nosotros–. Ahora tenemos el lugar del tercer libro y, una vez que lo recuperemos, otra reunión de la Corte deberá llevarse a cabo para decidir qué hacer con este.

–Una pira funeraria es el destino que merece –musitó Sparrow. Podía

escuchar voces de acuerdo y disidencia entre la multitud—. Quizás el Elbion Negro deba irse con ese libro también, Bestia.

Eso hizo que toda la audiencia comenzara a agitarse. El pastor estaba leyendo los documentos a toda prisa, pasando hoja por hoja con sus ojos que se movían hacia arriba y hacia abajo. Su rostro gradualmente se fue tornando más sombrío, hasta llegar al punto en el que esa melancolía se transformó en ira.

—¿Qué es esto? —levantó los ojos lentamente desde la hoja para fijar su mirada, no en el Sr. Morningside, sino en mí—. Niña, ¿juras que esto es lo que leíste en el diario? No me mientas.

Tragué saliva y me enderecé, mirando directamente al dios a los ojos, mintiéndole. Me había vuelto buena en eso, al parecer, luego de toda la práctica que tuve con Padre. No me sentía bien al hacerlo, mucho menos cuando estaba más preocupada de que el Sr. Morningside rompiera nuestro trato.

—Juro que es la verdad.

—Así es —agregó el Sr. Morningside enseguida.

El pastor giró su mirada ciega hacia el Sr. Morningside gradualmente, entrecerrando los ojos.

—¿El lugar en el que se encuentra el tercer libro, la locación secreta por la que hemos buscado tan fervientemente durante siglos, es Stoke-on-Trent? ¿Es verdad?

—¡Absurdo! —gritó Sparrow. Las llamas de su cuerpo se encendieron, cada vez más grandes, cuando se acercó al trono, tratando de leer por detrás del hombro del pastor—. ¡Es una distracción! ¡Un engaño! Morningside sabe la ubicación real pero la quiere solo para él.

De pronto, se dejó caer de rodillas al suelo y colocó sus manos sobre las

rodillas del pastor.

–Déjeme invocar el Derecho a un Ajusticiamiento. Por favor, déjeme hacerlo. Sabe que es mi derecho.

Respiró hondo y lentamente. A mi lado, el Sr. Morningside se movía nerviosamente, pero sospechaba que solo se trataba de una actuación. Aun así, cuando lo miré, sí noté un poco de sudor entre sus rostros cambiantes. ¿En verdad estaba nervioso? ¿Acaso dudaba de que nuestro plan funcionara?

Mientras el pastor deliberaba y la audiencia se agitaba aún más, me arriesgué a voltear. Padre estaba esperándome afuera en algún sitio. El simple hecho de saber que estaba cerca me hacía encoger del miedo.

–Muy bien –dijo finalmente el pastor, poniéndose de pie, y podía ver algunas lágrimas de arrepentimiento asomándose desde el borde de sus ojos–. Un paso adelante, señor; se ha invocado el Derecho a un Ajusticiamiento. Nos darás la verdad y ninguna mentira quedará impune.



Capítulo
Treinta y tres



Pude ver sus rodillas temblar a medida que tomaba posición, arrodillándose frente al estrado con Sparrow brillando en oro desde arriba.

No había forma de saber qué había por debajo de su rostro tan brillante, pero estaba segura de que sonreía. De mi lado, no podía hacer otra cosa más que restregarme las manos con todas mis fuerzas mientras esperaba a que todo terminara. El lugar estaba en completo silencio, solo interrumpido por el zumbido del portal detrás del estrado. Incluso los grillos y ranas afuera estaban tranquilos, como si todo el mundo sintiera la seriedad del momento.

El Sr. Morningside soltó una risa entre dientes mientras Sparrow, con total dignidad y solemnidad, lo tomaba de la barbilla y lo hacía mirar hacia arriba.

–Besémonos, querida –dijo suavemente.

–Eres desagradable –contestó ella–. Voy a disfrutar ver cómo te retuerces.

–Como si hubiera habido alguna duda de eso –rio el Sr. Morningside–. Disculpa por el aliento a brandy en mi boca; como verás, fue una noche tensa.

Sparrow lo ignoró, pero estaba claramente agitada, se notaba por el pequeño temblor que tenía en la mano que lo sostenía de la barbilla. Luego, se inclinó hacia abajo y acercó su boca a la suya, y fue en ese momento, mientras veía los ojos del Sr. Morningside tornarse completamente blancos conforme su cuerpo se debilitaba, que sentí empatía por él, al recordar lo terrible que había sido el Ajusticiamiento de Sparrow. ¿Acaso me veía así cuando me hizo eso a mí? Era horrible. Si no comprendía la situación, creería que estaba muerto. Ocasionalmente, su cuerpo tenía espasmos, mientras sus ojos blancos titilaban una y otra vez, lo cual hacía reaccionar a la multitud con

cada pequeño movimiento.

Volteé y me encontré con Chijioke entre el mar de rostros. No hice más que presionar mis labios con fuerza para expresarle mi pena por la situación que tenía que presenciar. Si solo supiera lo que había hecho, que el Sr. Morningside tenía todas las posibilidades de pasar esta prueba. Que nosotros habíamos arreglado el juego. Que ahora era tan cómplice en estos planes diabólicos como el mismísimo Diablo.

El silencio era la parte más difícil de afrontar. La voz de Sparrow debió haber estado sonando por doquier en su cabeza, aunque afuera no se oyera nada. El pastor miraba intensamente desde su trono, inclinado hacia adelante, con los codos sobre sus rodillas, reaccionando también con cada espasmo del cuerpo del Sr. Morningside.

La tensión crecía mientras el haz blanco de luz que salía de la boca dorada de Sparrow se abría paso hacia el interior del Sr. Morningside; un gemido agudo, como el de un ave manteniendo una misma nota, emanó de la luz. Se tornó tan fuerte y penetrante que la mayoría de los presentes nos tapamos los oídos con las manos. Pensé que mi cabeza estallaría en cualquier momento conforme el haz de luz se intensificaba, volviéndose cada vez más intenso como para mirarlo y con un sonido que parecía cortarme el cerebro como una navaja.

–¡Ah! –el hechizo finalmente se rompió y el Sr. Morningside volvió a la normalidad, tomando una bocanada de aire al caer al suelo jadeando.

–¡No! –gritó Sparrow, caminando en círculos–. Él... ¡Debe estar mintiendo! ¡Tiene que ser así! ¿No puede ver que es otro de sus trucos? ¿Cómo hiciste eso? ¿CÓMO LO HICISTE?

–Suficiente, Sparrow, déjalo. Ya obtuviste la verdad –gritó el pastor, haciendo un gesto con sus manos por el aire. Ya no lucía como un granjero

viejo y desaliñado, sino como un anciano sabio y dominante—. Debemos aceptar la respuesta del Sr. Morningside, por más improbable que sea.

Respiré hondo, aliviada mientras observaba a Henry ponerse de pie. Se acomodó el traje y su pañuelo y le hizo un pequeño saludo de cortesía petulante.

—Un gran momento, querida. Repitámoslo en alguna otra ocasión.

—Entonces, partiremos hacia Stoke —intervino Pinzón, acercándose a su hermana y ayudándola a regresar al estrado—. Es información muy valiosa la que nos otorgó. No podemos castigarlo por haberla compartido con nosotros. Ha obtenido lo que ninguno de nosotros pudo y, de seguro, eso demuestra sus capacidades. No había necesidad de compartirla pero, así y todo, lo hizo. Eso, más que cualquier otra cosa, demuestra su lealtad a nuestro acuerdo ancestral.

La multitud parecía compartir lo que decía Pinzón. El Sr. Morningside comenzó a caminar de forma engreída hacia mí y lo tomé por la muñeca, apretándola fuerte.

—Cumpla con nuestro trato —susurré—. Hágalo ahora. Dígame que los contratos están disueltos.

—Ahora no —contestó, encogiéndose de hombros—. Deberíamos estar celebrando...

—Necesito saber que cumplirá con su promesa.

Pero el Sr. Morningside rio. Quizás no había notado mi seriedad o simplemente no le importaba.

—Está por escrito, Louisa, ¿qué más puedo decir?

—Dígame que no se desvinculará por una brecha legal —sentenció.

—Claramente no me conoces tan bien como crees, siquiera imaginar que soy capaz de prometerte semejante cosa —estaba riendo nuevamente, lo cual me enervaba la sangre. ¿Estaba mintiendo y conspirando a *su* favor y este era

el trato que recibía?—. Se rompió el trato, Louisa. No diré nada más.

—No —contesté. Solté la mano del Sr. Morningside y volteé. Me faltaba la convicción que quería y nadie me había notado caminar hacia el estrado—. ¡No!

Grité otra vez, pero esta vez la multitud se calló. La sonrisa del Sr. Morningside se desvaneció abruptamente y me miró con desprecio.

—¿Qué estás haciendo, Louisa? —preguntó en voz baja.

—Él dijo la verdad —agregué. Mis manos sudaban profusamente. La tierra se sentía como si se estuviera moviendo a mis pies, como si en cualquier momento me fuera a desplomar, enferma. Mi garganta se comenzaba a cerrar del pánico, pero proseguí, determinada a seguir con mi plan, no con el de Henry—. Él dijo la verdad, señor, pero yo no.

—Lo *sabía* —exclamó Sparrow, efusiva, acercándose a mí a toda prisa con una risa rasgada.

—Cállate —ordené, mirándola fijo—. La verdad es que el Sr. Morningside no sabe la ubicación del libro, pero yo sí.

Los ojos de Henry se toparon con los míos mientras sacudía la cabeza nerviosamente, diciéndome cosas por lo bajo que no podía ni quería obedecer.

—Le mentí a él —expliqué, y eso también era mentira. Me había pedido que no revelara la ubicación del libro, que me la quedara para mí misma hasta que él me la pidiera. Esto, al menos, lo absolvería—. Es por eso que pudo pasar el Ajusticiamiento, Sparrow. Él de verdad no conoce otra ubicación.

—¿Por qué harías esto? —preguntó el pastor. No sonaba precisamente enojado, sino triste.

—Porque el libro desapareció —grité. La audiencia en la tienda soltó una expresión de asombro al unísono—. Se fue para siempre. Solo una persona tiene su conocimiento porque se lo ha devorado. Está dentro de él, en su

mente y sangre, y se los he traído a ustedes. Hoy.

La multitud dejó de lado su asombro y comenzó a lanzar gritos de ira. *¡Mentirosa!*, era lo que más me gritaban. Me quedé quieta absorbiendo todo, dejándolos insultarme y maldecirme. Por una vez, Sparrow se quedó en completo silencio.

—Allí —dije, volteando y señalando. Una parte de mí creía que Padre se iría una vez que adivinara mis intenciones. Pero no, allí estaba, moviéndose hacia el centro de la tienda. Todos los ojos estaban fijos en él y una sensación de miedo y entusiasmo siguió a su descubrimiento. Se quedó allí parado, amenazante por su altura y con el humo oscuro emanando de su rostro, mucho más siniestro de lo que lo recordaba. Los orbes luminosos que flotaban en el ambiente parecían apagarse a su alrededor, como si estuvieran escapando de su presencia.

—Maldición —musitó el Sr. Morningside, girando hacia mí y tomándome por el brazo—. *¿Qué intentas hacer, Louisa?*

—Suelta a mi hija —dijo Padre, tan suavemente que estoy segura de que casi no pude escucharlo. Pero todo estaba en silencio, dado que todo el mundo quería oír lo que tenía para decir. Acompañando esa curiosidad, una sensación de miedo apareció en el ambiente, y noté a más de una persona entre la multitud acercarse hacia nosotros, listas para huir por el portal.

—Fuiste vencido —el pastor habló con voz temblorosa, rodeado de sus ángeles—. Tu reino fue puesto bajo el sueño eterno.

—¿Seguro? —alardeó Padre, mientras tomaba el saco de harina y el libro que este contenía para levantarlo sobre su cabeza—. La noche cae, el sueño se rompe y ahora aquellos a quienes traicionaste despiertan. Mi hija es una de ellos, una de los míos, la primera y última, y me ha traído un regalo maravilloso.

Su mirada se posicionó sobre el Sr. Morningside, quien no había soltado su mano de mi brazo y que, de hecho, continuaba presionando con demasiada fuerza.

–Siento tu miedo, tú, Aquel que espera en silencio; aléjate de mi hija o destruiré este libro frente a ti.

El Sr. Morningside me soltó ante tal amenaza, y dio un enorme paso hacia atrás. Podía oír cómo tragaba saliva del miedo, por lo que decidí mirarlo, con mis labios temblorosos de la vergüenza.

–¡Imposible! –exclamó Chijioke saliendo de la multitud. Su rostro estaba dolorido, sus ojos llenos de lágrimas–. ¡Louisa!

–Hazlo, viejo bastardo –lo increpó el Sr. Morningside–. No tienes el coraje.

Y ante eso, la multitud estalló en gritos mientras trataban de encontrar una salida, empujándome de un lado a otro. En un instante, el lugar estaba completamente despejado frente a Padre, dejando a la vista un suelo de alfombra que nadie se atrevía a pisar.

–¡Defiéndannos, defiéndannos a todos! –gritó el pastor y sus Adjudicadores regresaron a la vida, volando por encima nuestro con sus enormes alas blancas y sus cuerpos totalmente resplandecientes.

–¿Cómo pudiste hacernos esto? –preguntó Chijioke, casi suplicando, mientras me tomaba de la mano y la sacudía–. ¿Por qué?

–Tranquilízate, viejo amigo –el Sr. Morningside regresó hacia nosotros entre el mar de cuerpos que se encaminaba hacia el portal. Golpeó a Chijioke en el hombro y me guiñó el ojo–. Estás subestimando a nuestra querida Louisa.

–*Nos traicionó* –exclamó Chijioke, lo cual casi me rompe el corazón.

–¿Estás seguro? –le preguntó, aún con la mano sobre su hombro, y volteó

hacia Padre y el tumulto.

Los ángeles estaban descendiendo sobre él, con sus brazos dorados transformados en guadañas y escudos. Se reagrupaban frente a él, listos para descender con sus armas en lo alto. Padre parecía tornarse más grande y furioso, pues la niebla a su alrededor se agrupaba como una especie de armadura de humo. Sparrow soltó un grito intenso y se precipitó en picada hacia él, blandiendo su guadaña. Padre golpeó su brazo contra el escudo dorado, esparciendo esquirlas de metal brillante sobre los últimos presentes que intentaban huir. Todos gritaron al presenciar esa escena, aunque fue ella la que más fuerte gritó. Las garras de Padre se cerraron sobre su cuello y la arrojaron hacia el otro lado de la tienda. Se estrelló contra uno de los pilares cerca de nosotros, haciendo temblar todo el suelo y la tienda con su cuerpo debilitado.

—¡No! —exclamó el pastor y bajó a toda prisa del estrado para dirigirse adonde se encontraba ella. La tomó por la cabeza mientras ella no dejaba de sollozar.

Pinzón fue el siguiente en soltar su grito de batalla y cargar contra Padre, por lo que hice un ademán para unirme, pues no deseaba que alguien que me había tratado tan bien saliera lastimado. Pero, enseguida, el Gran Earl se le unió con sus garras con forma de lanzas. Pudo dar una estocada pero Padre los golpeó a ambos, arrojándolos por la tienda sobre nuestras cabezas.

Chijioke lucía como si estuviera a punto de unírseles, pero antes de que pudiera hacerlo, lo tomé de la parte trasera de su traje y lo arrastré hacia atrás.

—¡No, no lo vale!

—¡El libro! —gritó—. ¡Debemos recuperarlo!

—Te atreves a enviar a tus polluelos hacia mí —gritó Padre, tomando la bolsa nuevamente y blandiéndola como una daga—. ¡Pagarás, pagarás por lo

que me debes, la sangre de los que amas, la sangre de tu gente, los mismísimos cimientos de tu reino temblarán antes de caer!

Chijioke se agachó como si estuviera escudándose mientras Padre soltaba una risa horrible y arrojaba el saco de harina hacia sus espaldas. Levantó el libro, negro, viscoso, decorado con un ojo tachado, y todos aquellos que aún permanecían en la tienda exhalaban sorprendidos. Incluso el Sr. Morningside se quedó quieto a mi lado, hasta que finalmente el encanto se desvaneció. Mis poderes de Sustituta no podían soportar más la fuerza de ese lugar, lo cual reveló todo en su verdadera naturaleza.

—Ohh —el Sr. Morningside se levantó, haciendo un gesto de aprobación con la cabeza. La expresión en el rostro de Padre se desvaneció; debió haber sentido que el libro había cambiado en peso y tamaño, pues ya no se trataba del libro negro ni nada de esa importancia—. *Bardos ingleses y críticos escoceses*. ¿Eso es de mi biblioteca? Buena elección.

Arrojé el libro por el aire directo hacia mí. No tuve tiempo de esquivarlo y me golpeó en el estómago. Me retorcí con una expresión de dolor en el rostro y Chijioke me sostuvo.

—De verdad creí por un momento que eras un total pedazo de mierda —me dijo, soltando una risa de alivio—. Otra obra de arte.

—Aún no es tiempo para alardear —agregué, respirando con dificultad—. Sigo pensando ponerme en contra de Henry, y recuerda que Padre sigue siendo un dios ancestral...

Sí, así era, y pronto aprenderíamos las consecuencias. Cientos de raíces emergieron desde el suelo de la tienda y nos sujetaron por los tobillos, haciéndonos caer al suelo. Padre se acercaba a nosotros, caminando por la tienda con sus garras que destellaban, listas para atacar.

—¡Tú, impostora desagradecida y traidora! —vociferó. Su voz abarcó cada

rincón de la tienda, haciéndola sacudir, mientras las raíces comenzaban a jalarnos con su terrible ira hacia debajo de la tierra. Nos sofocaría hasta la muerte, pero estaba segura de que mi destino sería mucho peor. Le había creído cuando me dijo que era débil y ahora pagaría el precio por haber confiado ciegamente. Chijioke luchaba contra las raíces a mi lado. Fue en ese momento que llevé la mano a mi bolsillo y tomé la cuchara para cambiarla a mi voluntad. Si solo pudiera convertirla en un cuchillo por un segundo lo suficientemente largo como para liberarme de estas raíces... Pero no podía hacerlo. La tienda estaba en mi contra, pues no me permitía hacer ni la más básica de las transformaciones.

Incluso el Sr. Morningside estaba indefenso contra las garras de la tierra. Podía notar que intentaba transportarse hacia otro lado pero cada vez que lo hacía, otra raíz se desprendía y lo sujetaba.

Padre estaba sobre nosotros, con su capa de niebla y hojas ondulando a su alrededor. Sus ojos negros y rojos estaban centrados solo en mí, acompañándolos con una sonrisa maléfica en su calavera horrible.

—¡Ibas a matarme de todas formas! —grité, desafiante—. ¡Ahora es tu oportunidad!

—Sí, niña tonta, te daré el gusto...

La neblina me envolvió en su frío paralizante, como si me fuera a asfixiar mientras las raíces me daban el último abrazo aniquilante. Chijioke estaba aferrado al suelo, resollando mientras intentaba en vano sujetarse de algún lado y combatir la furia de la naturaleza. En la distancia, olía el humo, acompañado de un golpe suave y rítmico. Padre levantó sus garras destellantes en tonos rojos, púrpuras y amarillos, listas para encontrarse con mi rostro.

Logró dar un solo golpe, un leve rasguño en mi mejilla que me hizo sangrar un poco. Pero entonces, hubo una explosión, tan clara como un rayo,

y fue en ese instante en el que Padre se quedó congelado sobre nosotros por un momento, para luego colapsar hacia un lado.

Un muchacho joven, brillante como el bronce, se hallaba parado junto al cuerpo caído, respirando con pesadez. Estaba vestido solamente con un trozo de tela, considerablemente rasgado, con tatuajes extraños que cubrían todos sus brazos y hombros. ¿Acaso me estaba volviendo loca? Era imposible...

No había tiempo para preguntas o para hablar, pues una flor roja comenzaba a crecer a nuestra izquierda. Seguida del humo. Y luego, del fuego.

La tienda estaba completamente en llamas.



Capítulo
Treinta y cuatro





El humo recubrió el suelo de la tienda a medida que los bordes de la lona comenzaron a arder, las llamas llegaban tan alto que se esparcían por la parte superior. Las raíces de pronto perdieron toda su fuerza, por lo que miré hacia Padre solo para notar que todavía seguía inmóvil. Me puse de pie con la ayuda del misterioso joven que había venido en nuestra ayuda.

El pastor se acercó hacia nosotros mientras llevaba a Sparrow. Pinzón y el perro del pastor se encontraban lo suficientemente bien como para caminar, por lo que se acercaron a nosotros para ayudarnos a levantarnos. Maldiciendo, el Sr. Morningside corrió hacia el frente de la tienda, pero se detuvo y cambió de parecer, lo cual lo hizo voltear y regresar hacia nosotros.

–Está... está demasiado caluroso. ¡No podremos salir!

–¡Por atrás! –gritó Chijioko, haciendo un ademán para que lo siguiéramos–. Y si eso no sirve, tomaremos el portal.

–¿A dónde nos lleva? –pregunté mientras nos movíamos como un grupo lento entre las mesas, el estrado y el mismísimo final de la tienda.

–El castillo de Leeds –gritó el Sr. Morningside por encima del crujir de las llamas–. Lo cual es apenas mejor que morir quemado.

El muchacho de los tatuajes que se encontraba a mi lado me tomó de la mano con fuerza. Estaba negando con la cabeza mientras trataba de hablar con nosotros, pero era imposible comprender su idioma. No se parecía en nada a algo que hubiera escuchado antes, por lo que miré al Sr. Morningside, resignada.

–¿Qué dice? –le pregunté desesperada.

Habíamos llegado al portal, el cual no era más que una puerta con una cortina al frente. Podía sentir el zumbido detrás de la tela y me preguntaba

qué había más allá. Pero la parte trasera de la tienda aún no había sido consumida por las llamas, por lo que Pinzón se adelantó y cortó un trozo de la tela con su brazo afilado para abrir una salida. El humo era cada vez más denso, más asfixiante, y provocaba que mis ojos y mi boca ardieran por el calor que nos rodeaba desde todas direcciones mientras se esparcía hasta este último rincón.

–Algo, algo nos rodea, no lo sé. Mi egipcio ya no es lo que era –musitó el Sr. Morningside, guiándonos a través de la abertura en la lona–. Sí, mi amigo, las llamas nos *están* rodeando, gracias por notarlo. Vamos, ¡sea lo que sea puede esperar!

Pero el extraño estaba decidido a que lo escucháramos, entre los crujidos del fuego y los gritos del Sr. Morningside para que abandonáramos el lugar mientras pudiéramos. Tropezamos hacia la noche, con dificultad para respirar el aire limpio a medida que nos alejábamos de las llamas.

–¡No! –grité–. ¡Debemos sacar a Padre!

Chijioke me sujetó y evitó que me encaminara hacia adentro nuevamente.

–Colapsará en cualquier momento, es una locura volver a entrar.

–Tiene el libro –le expliqué, liberándome de sus manos–. Y sabe dónde está Mary, ¡debe saberlo! Utilizó un cabello suyo o sangre para hacerse pasar por ella. Así es cómo funciona. ¡No podemos dejar que muera allí!

Quizás eso era lo que el extraño había querido decirnos todo este tiempo, dado que me miró por un largo rato y se mordió los labios al voltear y regresar a toda prisa hacia la tienda.

–¡Espera! –grité, intentando seguirlo, hasta que Chijioke me sujetó nuevamente–. Él nos ayudó.

Había demasiado humo, demasiadas llamas, pero sabía que no podía dejar que Padre pereciera allí. No tenía idea de lo que significaría para todas las

criaturas de su mundo, de su reino, y en verdad quería volver a ver a Mary.

–Solo hago esto para poder recuperar a Mary, maldito bastardo –Chijioke musitó. Me empujó hacia atrás y se marchó con el muchacho en la tienda, desapareciendo entre las llamas.

–No lo dejaré ir solo; esto también nos afecta a nosotros –se ofreció Pinzón, pasando a nuestro lado a toda prisa. Solo por un instante, su cuerpo tenía apariencia humana, hasta que atravesó la abertura en la lona, en donde se convirtió en una luz dorada enceguecedora que desaparecía entre en humo.

–Ah. Entonces a esto se refería con que estábamos rodeados.

Tosiendo y aún con el humo quemando en mi garganta, vi a qué se refería el Sr. Morningside, a los tres hombres que emergían de la oscuridad, cada uno con una bayoneta. Lee tenía razón: estaban más que inquietos; estaban vengando a Amelia. Los miré a los ojos uno por uno y solo vi intenciones de matar. Después de todo, habían llegado a la Coldthistle House. Dudaba de que nosotros fuéramos los primeros en estar frente a esos rifles.

–Caballeros –dijo el Sr. Morningside, abriendo sus manos. De alguna forma, lucía elegante y tranquilo, aun cuando estaba recubierto en hollín y tenía el cabello completamente despeinado–. ¿A qué se debe este placer?

–¿Dónde está Amelia? –preguntó Mason, dando un pequeño paso hacia adelante con el arma en alto.

Detrás de nosotros, oímos a los hombres llamarse entre sí en la tienda. De pronto, oímos un crujido terrible desde su interior y una de las vigas cedió, quebrándose a la mitad. La luna brillaba resplandeciente sobre nosotros; si bien no era luna llena, sí tenía un impresionante aspecto espejado, lo cual hacía que su luz se reflejara en las puntas de metal de las armas y cuchillos.

–¿No sabe leer, Sr. Breen? Se marchó de este lugar. Si lo desea, puede revisar mis bolsillos; pero le aseguro que no está escondida allí –el Sr.

Morningside soltó una pequeña risa—. Pero, hablando en serio, esto puede resolverse sin la necesidad de recurrir a un incendio o asesinato.

—Las muchachas de la mansión no dijeron mucho tampoco —era Samuel Potts, quien hablaba escupiendo mientras preparaba su arma y la apuntaba hacia nosotros—. Son un grupo raro, ¿eh? ¿Quién asegura que no le hicieron nada a esa muchacha? Buscamos por todo el bosque, por todo el maldito país y no aparece por ningún lado. ¿Qué hicieron con ella?

Una lluvia de tela y madera estalló por los cielos, y cayó como lluvia escarlata. Se les estaba acabando el tiempo allí dentro en la tienda y a nosotros aquí afuera. El pastor estaba cuidando de Sparrow, mientras su perro yacía entre ambos, mostrando los dientes y gruñéndoles a los hombres. Eso parecía hacer que el Breen más viejo se sintiera nervioso, razón por la cual mantenía su pistola apuntada hacia el perro, a la espera de que este arremetiera contra él.

Estaba cansada y dolorida, con las mejillas llenas de sangre y los tobillos raspados. Solo una delgada línea mantenía mi paciencia contenida, pero esa línea se rompió, lo cual provocó que un grito desgarrador saliera de mi boca a medida que Mason se acercaba más hacia nosotros y me apuntaba con su bayoneta. Casi me apuñala la mano. Bajé la mirada, sabiendo qué era lo que seguía, recordando el disparo que había impactado a Lee, como si todo se estuviera repitiendo nuevamente. Su grito desgarrador. El sonido de su cuerpo al caer contra el suelo. El peso del cuerpo de su tío sobre el mío mientras intentaba quitarme la vida.

Pero cerré los ojos y me dije a mí misma que sería diferente esta vez. Tenía que serlo.

—Louisa... —el Sr. Morningside me dio un pequeño empujoncito pero me quedé inmóvil. Estaba concentrada, perdida en las profundidades de las pocas

fuerzas que tenía en mi cuerpo, tratando de encontrar una luz de inspiración.

Si hacerme pequeña era doloroso; hacerme más grande era agonizante. Mi piel se desgarró, mis huesos se alargaron, mi carne se vio impregnada de un pelaje que ya no me hacía ver como una mujer, sino como una bestia, masiva y terrorífica de admirar, con garras en lugar de manos y un hocico con colmillos, acompañando unos ojos púrpuras penetrantes en la oscuridad de la noche. Después de todo, tenía su sangre, un disparo afortunado, un raspón en la mejilla.

Mi grito los asustó tanto como mi transformación, por lo que retrocedieron, tropezando entre sí con los ojos abiertos de asombro. Podía oler *todo*. El miedo, las cenizas, el humo, el sudor y el aroma fuerte de los pinos, el dulce césped y la sangre que brotaba de las heridas de Sparrow. El olor a sangre despertó algo en el interior de esta cosa en la que me había convertido, lo cual me hizo soltar un rugido de chacal, mientras me movía con pesadez hacia los hombres, con las garras desgarrando el aire y, consiguientemente, la carne.

La luz de la luna se sentía como seda sobre mi cuerpo peludo mientras me veía abarcada por un sentimiento de ira. Era tan excitante como agotador. Al arremeter contra ellos, perdieron el equilibrio y cayeron, lo cual me dio oportunidad de atacar a Samuel Potts primero, a quien le hice un tajo en el pecho con mis garras dejando el hueso al descubierto bajo la luz de las estrellas. Más y más sangre. Esta forma nunca se sentiría satisfecha por el delicioso aroma de la sangre. De pronto, comencé a sentir dolor en mi lado izquierdo, lo cual me hizo gritar y voltear, solo para encontrarme a Mason con su bayoneta enterrada en mi piel. Hubo otra puntada que me hizo mover a ciegas, sujetando por sorpresa del cuello al viejo Breen. Voló hacia atrás, pero no sin antes disparar su arma. La bala atravesó mi pecho y podía sentir el

calor de mi sangre emanar desde allí.

Mi fuerza comenzaba a desvanecerse, haciendo desaparecer lentamente mi transformación. Otra puñalada. Y otra más. Oí al Sr. Morningside gritar por detrás hasta que lo vi, por un breve momento, cargando contra los hombres, quienes disparaban todas sus armas a la vez. Mi vista se nubló, convirtiendo a los árboles en el cielo y la luna inundando el firmamento. Me picaba todo el cuerpo y la sensación de calidez pronto se convirtió en un frío horrible.

Me tambaleé y me desplomé hacia adelante, sentí cómo el dolor se hacía cada vez más intenso, al verse transportado desde el cuerpo de una enorme bestia hacia el cuerpo de una joven y frágil muchacha.

Había voces a mi alrededor, gritos de dolor, una y otra vez. Giré sobre mi espalda y me quedé con la mirada fija en el cielo. La luna era tan, tan brillante y hermosa. Traté de alcanzarla, de tocarla, pero no tenía forma de mover el brazo.

De pronto, el Sr. Morningside se encontraba a mi lado, tratando de llevarme hacia su regazo. Me sacudió una vez con una mano sobre mi mejilla.

–Quédate conmigo, Louisa. Quédate.

No, pensé, cerrando los ojos en eterno descanso. Era hora.



Capítulo
Treinta y cinco



—**E**stás perdida, niña?
—¿Había leído libros sobre selvas pero nunca antes había visto una con mis propios ojos. La humedad vino primero, como una caricia mojada, acompañada luego por el sonido del agua golpeando las rocas. Algunas hojas de palmeras se arqueaban sobre mi cabeza, y cientos de flores explosivas y coloridas cubrían el suelo con tanta abundancia que nunca podría haberlas contado todas.

La voz. Conocía esa voz. Volteé hacia ella, alejándome de las gloriosas palmeras y flores de la selva, y me encontré con la fuente de la voz y del agua. Había una cascada, una que ocupaba toda una pared, y una mujer caminando hacia mí. Era la persona más bella que jamás hubiera visto; alta, fuerte, con los brazos bien torneados y piernas fornidas. Su piel era de un color púrpura oscuro, tan oscuro que parecía negro. Su cabello rosado y largo estaba enrollado y sujeto sobre su cabeza como si fuera un corazón, con trenzas adornadas con joyas. Lo más increíble de todo eran sus ojos, predominantes en todo su rostro y de un tinte rosado, aunque tenía ocho ojos en total, con algunos más pequeños sobre sus mejillas.

—¿Estás perdida? —preguntó nuevamente. Su voz era como música, melódica y suave, una voz que había escuchado antes cuando emergía de mi interior.

Me acerqué hacia ella como si estuviera atrapada como un pez en un azuelo. Quería estar cerca de ella. *Ser* ella.

—Mi andar está encaminado —respondí—. O al menos... eso creí. ¿Dónde estoy?

—Solo estarás aquí por un momento —esbozó una sonrisa cálida. Al

acercarse, noté que era más alta que yo, en su vestido claro del color de los duraznos del verano—. Pero no te preocupes, querida, nos volveremos a ver.

—No quiero irme —dije. Vagamente, sabía que sea donde sea que se suponía que debía estar no era un lugar feliz. ¿Eran las Tierras del Crepúsculo? Si así era, no se veía tan mal después de todo. Quedarme allí, en ese paraíso, me parecía mucho, mucho mejor—. ¿Puedo quedarme aquí contigo?

Rio, cerrando todos sus ojos con alegría.

—Oh, no, porque estamos en ningún lado, un lugar de paso, y no es sitio para una joven muchacha como tú —abrió los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado, suspirando—. Ah. Bien. Es hora de que regreses, pero debes recordar algo cuando despiertes...

—El otro lugar es horrible. No quiero ir —nuevamente, soltó una risita entre dientes y movió la cabeza en señal de negación.

—Tú lo harás más bello; ese es tu destino Y recuerda esto, querida: no me olvides. Mira esto —presionó su dedo contra la hinchazón en mi mano—. Mira esto y recuerda.

—Lo... intentaré —le contesté—. ¿Cómo sabes que es hora de que me marche?

Su imagen comenzó a desvanecerse como si solo fuera un espejismo. Lo último que pude ver fue su sonrisa mientras miraba la cascada con tristeza.

—Porque siento su poder de nuevo, y si han hecho lo que creo que han hecho, eso significa que has ganado un don y una responsabilidad. Recuerda, querida, recuerda...



—Por Dios, ¡funcionó! Eres un genio, ¡funcionó!

El aliento regresó a mi cuerpo tan de repente que me hizo asfixiar. Me

levanté, tosiendo incontrolablemente y escupiendo tanta espuma rosa que los hombres a mi alrededor se alejaron a la vez. Estaba viva; ¿había muerto? ¿Dónde había ido? Miré a mi alrededor y comprendí que lo que acababa de ver era solo un recuerdo lejano. No importaba cuánto lo intentara, no había forma de recordar un mínimo detalle.

Estaba recostada sobre el césped, mirando hacia una docena de rostros que se cernían sobre mí iluminados por la luz de la luna. El Sr. Morningside se encontraba a mi izquierda, abrazando a Chijioke con demasiado entusiasmo. Todos los rostros familiares estaban allí: la Sra. Haylam, Poppy, Lee, Pinzón y el extraño de piel morena. Solo faltaban el pastor y Sparrow. Y Padre. ¿Dónde estaba Padre?

Me llevé una mano al pecho y tosi por última vez, antes de comenzar a analizarme los dedos. Cuando los separé del delantal, estaban manchados de sangre y una espuma rosa. Alguien me había cubierto con una chaqueta por modestia.

–Estaba muerta –dije con debilidad–. ¿Cómo...?

Mis ojos se fijaron en la Sra. Haylam, pero ella simplemente movió la cabeza de lado a lado.

–Chijioke guio tu alma de regreso a tu cuerpo antes de que pudiera escapar –me explicó el Sr. Morningside esbozando una sonrisa amigable. Su cabello estaba aún más despeinado ahora, con algunas manchas de sangre–. Aunque tomó, bueno... ¿Cómo te sientes?

–Extraña –musité. Muy extraña. Era yo, seguro, pero me sentía diferente, más fuerte, como si doblar la mano o mover la cabeza fuera un ejercicio estimulante. La necesidad de transformar todo lo que tuviera cerca estaba allí también, acompañado con la sensación de que veía con mayor claridad, con mayor precisión. Pero tenía una sensación en mi estómago, una hecha de odio

y arrepentimiento, con recuerdos oscuros y profundos. El césped parecía doblarse hacia mí, como si respondiera al movimiento de mis manos.

Antes de que pudiera decir otra palabra, Pinzón se puso de pie rápidamente. Se alejó de nosotros, cubriéndose la boca con una mano mientras con la otra señalaba con un dedo acusador a Chijioke y luego al Sr. Morningside.

—¿Qué han estado haciendo aquí, Henry? ¿Este muchacho... puede guiar las almas hacia otros cuerpos? ¡No es algo que puedas ordenar! Esas almas deben seguir adelante, deben abrazar la muerte...

El Sr. Morningside y Chijioke compartieron una mirada, una que no podía comprender por completo pero que no se veía para nada optimista y, en un abrir y cerrar de ojos, echaron a correr. Pinzón huyó enseguida, elevándose por los aires fuera de su alcance antes de que pudieran atraparlo.

Regresaron lentamente, Chijioke miraba al Sr. Morningside mordiéndose los labios.

—No debemos dejar que escape con ese conocimiento...

—Es lo que hay —dijo el Sr. Morningside con sobriedad—. La verdad sería descubierta en cualquier momento.

Apenas podía entender a qué se referían, ya que apenas encontraba la energía para desenredar ese nudo.

—¿Dónde está Padre? —pregunté suavemente, mirando hacia donde se suponía que debía estar—. ¿Pudieron rescatarlo a tiempo?

—Esa... es la parte complicada —explicó Chijioke. Parecía tener problemas para mirarme directo a los ojos—. Era la única forma de traerte de regreso, Louisa.

El Sr. Morningside me tomó de la mano antes de que el pánico se apoderara de mí. Mis ojos se posicionaron sobre él y abrí la boca asombrada.

No. *No*. No podían haberlo hecho. ¿Cómo lo hicieron?

–¿Dónde está Mary? –me preguntó sutilmente.

Y sabía la respuesta. La sabía.

–Oh, Dios –susurré, cerrando los ojos con fuerza–. En el fuerte. En la Primera Ciudad. La aprisionó allí cuando regresó de la Tierra del Crepúsculo. Es como si sintiera partes tuyas dentro de mí... sus pensamientos o recuerdos, pedacitos de estos.

Las lágrimas se agruparon en mis ojos, estallando como torrentes cálidos sobre mi rostro. Apreté su mano con fuerza, deseando que no fuera verdad, deseando que el alma maldita de mi padre estuviera fuera de mi cuerpo.

–Necesito... necesito pensarlo. Quiero estar sola.

–No me parece una buena idea ahora –agregó Chijioke, deteniéndome al notar que me quería poner de pie. Casi pierdo el equilibrio, pero pude mantenerme firme–. No deberías estar sola hasta que pase la conmoción.

–¿Y quién es responsable por esa conmoción? –grité, furiosa. Lentamente, Lee se aclaró la garganta, como si estuviera llorando y suspirando a la vez–. Claro. Claro que lo dejaron a él tomar la decisión.

–Louisa, nos parecía justo –me explicó el Sr. Morningside, colocando su mano cuidadosa sobre mi espalda. Pero la quité con un movimiento de hombros–. No debes enfadarte con él. Esto es algo bueno, ¿verdad? El libro está a salvo, conocemos el paradero de Mary, y las almas de los de tu especie tienen un nuevo comienzo. Una segunda oportunidad.

Asentí al comprender que todo lo que decía era verdad, al aceptar que Lee podía decidir sobre mi destino de la misma forma en la que yo lo hice por él. Pero aun así... aun así... dolía. Quizás dolería menos cuando lo reflexionara todo, aunque lo dudaba.

–Lo siento.

El extraño había hablado, su voz sonaba rasgada, pero para nada hostil. Volteé lentamente hacia él, admirando sus enormes ojos púrpuras y las marcas en la piel. Además de eso, noté una herida que todavía estaba sanando al costado de su mejilla, una pequeña marca roja, una marca que dejaría una bala que rozara su piel. Pero lo entendía, ¿cómo era posible? Claro. Suspiré. Con el alma de mi padre, había obtenido su sabiduría y poder.

El idioma que emanó de mis labios era tan fácil de hablar como el propio.

–Te conozco –le dije con poca energía–. Tú eras el compañero de viaje de Benu, el Corredor; tú lo protegiste desde Egipto hasta la Primera Ciudad. Tú eres un Abediew, el chacal de la noche llamado Khent. Pero ¿cómo sobreviviste tanto tiempo?

–Dormí cuando el reino durmió, cuando Padre durmió –me contestó, rascándose la parte trasera de su cuello con timidez–. Desperté no hace mucho solo para encontrarme con el fuerte congelado en el tiempo, y con Padre desaparecido. Encontrarlo me llevó varios meses, demasiados, y cuando finalmente di con su paradero, ya era demasiado tarde. Tarde... para advertirte.

–Es por eso que atacaste a Mary en el bosque. Porque era él –mis manos se deslizaron sobre el bolsillo de mi delantal y se cerraron sobre la cuchara–. Y trataste de devolverme la cuchara. Con... una disculpa. O algo por el estilo.

Bajó la cabeza con sus ojos furtivos pero amables como un perro reprendido.

–Aún no hablo bien tu idioma, pero lo aprenderé.

–Debes descansar, jovencita; tu cuerpo y alma necesitan sanar –agregó Chijioke. Había un ave meciéndose sobre su mano, la cual no estaba muerta, pero bastante débil. ¿Acaso allí era donde mi alma estaba atrapada mientras trataban de encontrar una forma de unirla con la de Padre? Me sentía

enferma y, sí, tal como él lo mencionó, exhausta. Deseaba estar en la cama, pero me atemorizaba saber qué me esperaba en mis sueños.



Capítulo
Treinta y seis



—¿Haciendo más contratos?
—¿Por primera vez en mucho tiempo, encontré la puerta de la oficina del Sr. Morningside completamente abierta. Esperé afuera, mientras lo observaba reclinado sobre su escritorio escribiendo lánguidamente sobre un pergamino nuevo. Esbozó una sonrisa pero no levantó la vista de su trabajo.

—No esta vez, querida Louisa. Estoy trabajando con algo de mi correspondencia, una carta que esperaba que tú pudieras llevar a Londres.

Todavía no habíamos hablado de que me marchara, pero continuaba siendo un tema pendiente. Todos parecían saber que me iría antes de siquiera haberlo hablado. Quizás Poppy me había visto empacar y revolver las pertenencias de Padre, lo cual era un indicio bastante evidente para despertar rumores de todo tipo. Pero no me importaba.

—Toma —el Sr. Morningside terminó la carta con rapidez. No era muy larga y la cerró con una de sus firmas elegantes, y luego la espolvoreó con un poco de arena secante y la cerró—. Diría que no es urgente, pero por favor presta total atención cuando llegues a la ciudad. Hay algo que no me agrada desde hace bastante tiempo.

La carta aún estaba cálida por el calor de sus manos cuando la tomé y la guardé en mi falda.

—¿Para quién es? —el Sr. Morningside se inclinó de forma casual sobre el borde del escritorio y subió una de sus aves a su mano. Era un pinzón delicado y trepó hacia sus dedos piando suavemente. No sabía si era nostalgia o ansiedad, pero de pronto me sentí completamente triste y un poco asustada. ¿Acaso esa sería la última vez en la que estaría en esa extraña oficina que olía a libros, té y el perfume placentero y polvoriento de cientos de aves batiendo sus

alas?

–Me gustaría que vayas al lugar en donde compré el diario de Bennu. Necesito más información sobre la persona que lo llevó allí.

Asentí, y otra sensación de miedo se apoderó de mí. Irme se sentía como si estuviera escapando de todos los misterios confusos de la mansión, pero parecía que estos nunca acabarían. Este sería el último, me decía a mí misma, y así terminaría de una buena vez.

–También pensé en eso. ¿Cómo es que el diario logró salir de la Primera Ciudad? Alguien debió haberlo tomado, quizás un ladrón o...

–Sí –el Sr. Morningside lucía distraído, con los ojos puestos sobre mis hombros–. Roguemos por que haya sido un ladrón. Mis otras teorías son mucho más peligrosas.

Volteé para encontrarme con Chijioke y Poppy. La pequeña con la marca en su rostro tenía las manos dentro de sus bolsillos y se mecía de un lado a otro, sonriente. Chijioke, por otro lado, no podía mirarme directo a los ojos.

–Bueno. Llegó la hora, Louisa, discutir la disolución de sus contratos de trabajo –agregó el Sr. Morningside, caminando velozmente hacia el vestíbulo para pararse junto a nosotros.

Enseguida, la expresión en el rostro de Poppy se desvaneció y escondió sus ojos detrás de sus manos.

–¿Nos... nos dejará ir? Pero ¿por qué?

–¿Hicimos algo mal? –agregó rápidamente Chijioke.

–¿Mal? No, para nada. Ambos han sido excelentes empleados –les aclaró.

–Entonces, ¿por qué debemos irnos? –se quejó Poppy, quien sonaba al borde de las lágrimas–. ¿Quién me dará un hogar?

Me aclaré la garganta con algo de dificultad y me arrodillé, pero ella no se acercó.

–¿Por qué? Yo lo haré. Tengo dinero suficiente ahora, Poppy, y quiero que todos ustedes vengan conmigo. Ya no tienen que quedarse en este espantoso lugar; no tienen que matar personas o hacerle caso a todo lo que pide la Sra. Haylam. Y tú, Chijioke, ¿no te gustaría tener una casa propia?

Soltó una sonrisa y se cruzó de brazos.

–Espera, muchachita, ¿esa es tu idea de regalo?

–¡Este no es un lugar espantoso! –exclamó Poppy mientras tomaba a Chijioke por la pierna, abrazándola–. Este es mi hogar. ¡Aquí es a dónde pertenezco!

–Eso no es verdad –le comenté, pero ya podía decir que era una discusión que iba a perder–. El simple hecho de que sea lo único que conozcas no significa que sea el mejor lugar en todo el mundo para ti.

–Nos *gusta* estar aquí, Louisa. A mí me gusta –intervino Chijioke, moviendo la cabeza de lado a lado mientras esbozaba una sonrisa compasiva. Colocó su mano sobre el pequeño hombro de Poppy para calmarla–. No deseo vivir en una ciudad. No podría respirar.

Me puse de pie y permanecí en silencio hasta que el Sr. Morningside acompañó a Poppy hacia la escalera que llevaba hacia arriba.

–No hay necesidad de hacer un escándalo, Poppy. No te estoy echando, solo estoy cumpliendo con la parte del trato que tenemos con Louisa.

Chijioke tomó la mano de la niña y la acompañó hacia la escalera, mirándome por detrás de su hombro.

–Lo siento, muchachita. Sin ánimos de ofender, pero nos tendrías que haber preguntado. Te habría dicho con mucho gusto que no deseaba irme.

Y así, desaparecieron. Aún tenía la carta en mi mano, pero se sentía como nada, como si no estuviera sosteniendo nada en absoluto, y ese vacío era mi recompensa después de todo.

–¿Lee? –dije suavemente.

–La Sra. Haylam no encontró ninguna forma de separarlo del Elbion Negro. Alejarse de su círculo de poder lo mataría, Louisa –me explicó el Sr. Morningside mientras daba algunos pasos hacia la escalera, en donde se detuvo para continuar hablando hasta que la puerta de arriba se cerró. Me miró de lado y suspiró–. Sabes, casi que deseo que hayan aceptado marcharse contigo. En verdad temo lo que el pastor pueda estar tramando.

Tratando de combatir la sensación de adormecimiento en todo mi cuerpo, cerré los ojos y lo observé caminar.

–¿A qué se refiere?

–Pinzón... lo que vio... Nunca debían enterarse de que Chijioke tiene la habilidad de transportar almas de un lugar a otro. Se supone que debo dejar ir a las almas para siempre. Pero, como verás, puede que haya... modificado un poco las reglas. Solo un poco –se pasó la mano por su oscuro cabello y juntó sus labios, pensativo–. Estaría más nervioso de no ser porque te tengo de mi lado.

–¿De su *lado*? –reí, pero sin alegría–. Entregaré esta carta, pero luego de eso no quiero tener nada que ver con usted.

Su rostro estaba inmutado, imposible de interpretar, como una de las máscaras titilantes de la tienda.

–Puede que ahora tengas los lujos que otorga el dinero, Louisa, pero no tienes el lujo del anonimato. El pastor oirá lo que le cuente Pinzón. Sabrá tanto como yo que el alma de Padre está dentro de ti. Piensas que puedes correr todo lo que quieras, muchacha, pero las ruedas de la vida siempre pueden tomar otro rumbo capaz de abrir heridas antiguas y horribles nuevamente.

Negué con la cabeza. No, no... Tenía que estar equivocado. Podría ir a

Londres y llevar una vida normal. Podría liberar a Mary y luego encontrar una forma de volver a ser yo de nuevo.

–Supongo que el tiempo dirá quién tiene razón –le contesté suavemente.

Caminó a mi lado hacia la puerta y la cerró detrás de sí, dejándome sola en el vestíbulo.

–Así es, el tiempo lo dirá, Louisa, pero no creo que tengamos que esperar mucho.

Al menos, había algo en lo que tenía razón; el tiempo en verdad pasaba más rápido a medida que se acercaba el momento de abandonar Coldthistle. Por más lista que estuviera para marcharme, aún me sentía emboscada. Esta vez, no había ninguna esperanza de que me marchara acompañada por mis extraños amigos, lo cual hacía mi partida todavía más difícil. En aquel fatídico día, un carro me esperaba en la puerta con la promesa de comenzar una nueva vida. Tenía más posesiones ahora de las que tenía cuando había llegado, ya que había heredado todas las maletas y estuches de cuero de mi padre, incluso la pequeña jaula con su araña rosa y púrpura.

Poppy quería que la dejara allí, ansiosa por tener otra mascota. Bartolomé resollaba a mi lado, recostado contra mis piernas mientras esperaba que el Sr. Morningside emergiera de su puerta verde. Mi corazón latía con fuerza, con la necesidad constante de llorar acechando en mis ojos y garganta. ¿Por qué era tan difícil marcharse? Había odiado y sufrido este lugar, pero ahora... ahora...

–Cuidarás de esa araña, ¿verdad, Louisa? Se ve muy exótica –señaló Poppy, agachándose para inspeccionarla en su jaula. La araña levantó una pata como si estuviera saludando.

Siempre que alguien miraba al arácnido o lo mencionaba, mi corazón dolía, como si algún recuerdo estuviera enterrado en su interior, luchando por

salir. Pensé que en algún momento lo recordaría, dado que la influencia de Padre iba y venía. Me tomaría tiempo ordenar todos sus pensamientos y recuerdos, encontrar el equilibrio entre la ira que lo definía y las luchas que me definían a mí.

–¡Debes ponerle un nombre! –exclamó Poppy, saltando excitada.

–Mmm –me llevé un dedo hacia la boca, pensativa–. ¿Qué te parece Mab?

–Como la reina –dijo asombrada–. ¡Me gusta!

Y en ese instante se lanzó hacia mí, abrazándome por la cintura. Le devolví el abrazo con sinceridad, sintiendo que extrañaría verla saltar sobre mi cama, despertándome de mis pesadillas. Acaricié las orejas de Bartolomé y soltó un leve quejido, como si estuviera ofendido de que estuviera cambiando a un perro guardián por otro.

–No será la última vez que nos veamos –le dije al perro, acariciándole la cabeza–. Algo me dice que así será.

–Bueno, yo me aseguraré de eso –afirmó el Sr. Morningside, quien acababa de llegar, resplandeciente como siempre en su elegante traje gris combinado con su pañuelo plateado. Caminó hacia mí e hizo un gesto de cortesía, el cual parecía haberse convertido en su nuevo hábito, aunque era bastante irritante. Debió haber notado la expresión de amargura en mi rostro–. Eres más que una sirvienta ahora, Louisa; eres una joven muchacha con una fortuna y el alma de un dios ancestral. Pronto tendrás una enorme mansión en Londres. Experimentarás la Temporada. Para esta fecha el año siguiente tendrás propuestas de matrimonio por doquier. Así que, por favor, por amor a todo lo oscuro y catastrófico, acostúmbrate a que un hombre se incline ante ti.

No hice otra cosa más que esbozar una sonrisa e incluso permitirle acercarse para tomar mi mano y besarla. Enseguida se irguió y sujetó con

cuidado el broche en mi vestido, aquel que me había dado la libertad. Con un suspiro, lo desabrochó y lo tomó, exponiéndolo ante mí sobre su palma.

–Sabes que debo quedarme con esto. Nunca terminaste toda la traducción del diario. Un trato es un trato, Louisa.

–Porque usted me dijo que me saltara hasta el final –le contesté, poniendo los ojos en blanco.

–Sí, así es –murmuró Henry, un poco triste. Evitó mirarme y mantuvo la vista sobre el broche–. Sí, así es. Y ahora que lo pienso mejor, hemos llegado al final –añadió. Un poco animado, cerró los dedos alrededor del broche y lo guardó en su bolsillo.

»Hasta que nos volvamos a ver, entonces. Chijioke te llevará hasta Malton. ¿Confío en que no te meterás en ningún problema allí?

Solté una pequeña risa y señalé con la cabeza hacia las escaleras detrás de él.

–No estaré sola –habían vestido a Khent con uno de los trajes viejos del Sr. Morningside, el cual parecía incomodarle mucho. Pero para el resto de nosotros, lo hacía ver bastante elegante y arreglado, al tener incluso las heridas ya curadas y la barba completamente afeitada para adaptarse a los gustos ingleses más modernos. Sobre su hombro llevaba un paquete, una de mis bolsas, y un saco grande bajo el brazo en caso de lluvia.

–Cuídense de las pulgas –nos dijo el Sr. Morningside guiñándonos el ojo, antes de encaminarse hacia la puerta de la cocina, en donde la Sra. Haylam había aparecido. No tenía idea desde hacía cuánto nos estaba mirando, pero su único ojo sano se notaba distante, cansado. Había estado casi en completo silencio durante mi recuperación, y solo usaba el aire para quejarse de que no tenía suficiente personal y para admitir a duras penas que, como había muerto, el libro ya no ejercía ningún poder sobre mí.

Las marcas en mis dedos habían desaparecido.

Khent me encontró en el vestíbulo y tomó otra maleta, luciendo como si por su tamaño y corpulencia pudiera llevarlas todas sin mayor esfuerzo. Miró detrás de mí, atento pero amable, y luego hacia mi izquierda. Levanté la jaula de la araña y otra maleta, dudando. Lee nunca apareció, pero después de todo, tampoco esperaba que lo hiciera.

–Bueno –dije, respirando profundo–. Gracias por... todo lo que han hecho. No creo que esto sea una despedida y, en verdad, desde lo más profundo de mi corazón, deseo que no lo sea. Cuando recuperemos a Mary, le daré todos sus deseos y saludos. Puede que la estén viendo pronto si desea regresar.

–¡Oh, sí, espero que lo haga! –exclamó Poppy, juntando ambas manos como si estuviera implorándome–. Y si no, será mejor que nos dejes ir a visitarte, Louisa. ¡Quiero conocer Londres! ¡La Primera Ciudad! ¡Todo!

La Sra. Haylam refunfuñó. Podía decir que estaba aliviada de que me marchara; después de todo, había alterado el equilibrio. Había un orden para todo en la Coldthistle House, un orden que aparentemente nunca había terminado de comprender. El Sr. Morningside había estado rompiendo las reglas que él mismo y el pastor habían creado, lo cual me llevaba a preguntarme si el juicio era solo el principio de los problemas. El hecho de que pusiera a mis amigos en peligro y que se hubieran negado a acompañarme era el golpe más difícil que tenía que soportar.

–Claro que pueden visitarme –les dije, riendo–. Todos son bienvenidos, solo que todavía no tengo idea de a dónde iré. Debo buscar a Mary primero, y luego... les escribiré.

Me encogí de hombros. Todo era posible, ¿no es así?

–Claro que lo harás –el Sr. Morningside me guiñó el ojo desde la puerta de

la cocina-. Ahora, márchate, o Chijioke será un anciano con barba para cuando regrese.

Y en ese momento que me tocaba marcharme, no quería hacerlo. Pero tomé las últimas de mis cosas, volteé y seguí a Khent por la puerta. Se sentía extraño marcharme con alguien que apenas conocía, pero haber leído lo que había hecho por Bennu y saber que había intentado advertirme acerca de Padre, lo había hecho ganarse mi cariño. Era un alivio, por lo menos, tener compañía para comenzar esta nueva vida dentro de esta nueva alma con alguien que conocía todos los detalles de este curioso mundo.

-¡Adiós! -nos gritó Poppy. Ella y Bartolomé salieron corriendo hacia la puerta y saludó con todas sus fuerzas. El perro aullaba, levantando el hocico hacia arriba mientras soltaba un aullido-. ¡Escribe pronto! ¡Muy pronto! De hecho, escribe cuando llegues a Malton y así con cada pueblo después de ese...

-Está despidiéndose -le comenté a Khent en su idioma-. Ella es, ehm, muy inocente.

Esbozó una sonrisa y miró hacia un costado.

-Eso era obvio en cualquier idioma.

Nos encontramos con Chijioke en el carro, en donde me dio un abrazo demoledor antes de guardar mis maletas en el asiento del conductor. Cuando terminó, tomó un pequeño pez de madera de su bolsillo y me lo entregó, mientras Khent aseguraba el equipaje para el viaje.

-Para Mary -me comentó, sonrojándose-. La verdadera.

-Le encantará -le contesté, tomando la figura de madera-. Te enterarás ni bien la encontremos.

Asintiendo, Chijioke me dio un beso rápido en la mejilla y regresó a su puesto de conducir.

–Podemos despedirnos en Malton, así podré llorar en mi camino de regreso sin que estés allí para burlarte de mí.

Justo cuando estaba a punto de subir con el pez de madera y la jaula de la araña al carro, oí un suave movimiento entre las rocas detrás de mí. Como una sombra, Lee salió, asomando la cabeza desde el vestíbulo, como si estuviera esperando que ya me hubiera ido. Levanté mis pertenencias para que Khent las pudiera sostener, con las manos sobre la puerta y mi cuerpo totalmente volteado hacia la Coldthistle House.

Lee caminó despacio hacia mí, mirándome atentamente. Como una tonta, creí que ya estábamos a mano, ya que como él había decidido sobre mi destino, compartiríamos alguna especie de vínculo intenso y único. Pero no era así. Era injusto esperar que fuéramos iguales, especialmente cuando su resurrección había venido con un precio lleno de dolor y la mía solo me había dado más poder y sabiduría. Simplemente, no era justo, y mi corazón dolía por todas esas cosas únicas que podríamos haber vivido.

Como un capricho, estiré la mano hacia él, quien la tomó con sus dedos fríos, manteniendo una postura cuidadosa. No tenía idea de qué decir, la inmensidad de mis sentimientos esparciéndose por mi corazón a un ritmo tan grande y sofocante como para soportarlo. Están las cosas que el corazón desea y lo que la realidad propone, y siempre suelen ser tan incompatibles como la nieve y el fuego.

Tomé la cuchara que colgaba de la cadena en mi cuello. Chijioke se había encargado de repararla, por lo que tomé el collar y lo coloqué sobre su palma, y la cerré con cuidado.

–Me ha traído demasiada mala suerte –le comenté en un susurro, entre lágrimas que quebraban mi voz–. Por favor, arrójala desde el tejado o entiérrala en un hueco profundo y oscuro. Por el bien de ambos.

Lee me regaló una pequeña sonrisa y asintió.

–Me creía demasiado valiente al robar esto para ti. Mi primer hurto. No hay duda de que está maldita.

–Cuídate, Lee, por favor. Lo lamento –guardó la cuchara en su bolsillo y enderezó su torso.

–No lo hagas, Louisa. No lamento haberte conocido, pero sí verte marchar.

Y en ese momento me abrazó, de la misma manera en la que lo había hecho en la biblioteca, y me dejé llevar por ese sentimiento tanto tiempo como el decoro lo permitiera. Cuando terminó, se marchó a toda prisa, desapareciendo en la mansión con el paso vivo de una sombra hábil.

Era hora de marcharme.

Khent me ayudó a subir al carro con sus manos enormes y luego me siguió por detrás. Adentro estaba todo húmedo y silencioso. Mab, la araña, se sentaba en el medio dentro de su jaula. Chijioke hizo sonar su látigo. Suspiré y me recliné sobre mi asiento, mientras miraba a Poppy correr a un lado del camino a medida que dejábamos atrás la Coldthistle House. Cerré los ojos y oí el sonido de la grava debajo de las ruedas, sintiendo como si la mansión estuviera viéndome marchar, como si estuviera dando un grito silencioso de frustración al haber logrado escapar.

No sabía si era libre de ese lugar, pero sí sabía que estaba encaminada, y que había algo. Los enormes parapetos y los grandes ventanales de la mansión se hacían cada vez más distantes a medida que nos adentrábamos en el campo.

Cuanto más lejos estaba de allí, mejor me sentía, como si una neblina estuviera brotando de todo mi cuerpo. Me recosté sobre la ventana, tratando de recordar lo último que había vivido allí y preguntándome si el peso de la

melancolía en mi corazón alguna vez desaparecería.

Mis ojos vieron algo cuando nos adentramos en un bosque, lo cual me hizo voltear hacia el camino principal. El cuerpo de Padre yacía quemado a un lado del camino, y un pequeño retoño crecía entre sus cenizas. Una niebla oscura flotaba a su alrededor y, mientras lo observaba, las nubes acarreadas por el viento se juntaron y una densa lluvia comenzó a caer, acompañada por el rugir de algunos truenos amenazantes en la distancia.



Epilogo



El viento y la lluvia golpeaban con fuerza nuestros rostros. Incluso sin el diario de Bennu, mis pies me habrían llevado a este lugar, a un camino que conocía muy en mi interior ahora que el alma de Padre estaba entrelazada con la mía. Ante otros ojos, ojos humanos, el camino no se revelaría, dado que se encontraba escondido entre árboles robustos rodeados de matorrales, un camino que se abría paso desde el bosque hacia un sendero de rocas cubierto por una leve capa de agua que se convertía en una cascada, cuyo rugir se mezclaba con el de la tormenta sobre nosotros.

—¡Cuidado dónde pisas! —me advirtió Khent entre tanta conmoción. Las rocas eran bastante resbaladizas, engañosas, pero podía recorrerlas con destreza, como si hubiera caminado por allí cientos de veces.

A través de la cortina de agua de lluvia, divisé una figura, más alta que los árboles a nuestra derecha. A la izquierda, la cascada se precipitaba formando una espuma alrededor de algunos peñascos de piedra.

La figura lucía como una canasta gigante de mimbre, igual a la que Bennu había descrito en su diario. Khent no había llegado a la ciudad por esta ruta, pero había tomado un camino similar cuando fue, razón por la cual sus pies descalzos se desplazaban con tanta destreza sobre las piedras húmedas. Me tomó de la mano conforme el camino que se abría por delante se ensanchaba y se tornaba más empinado. Si entrecerraba la vista por detrás de mi chal y la lluvia, podía ver el contorno de un enorme par de puertas plateadas.

—¿Crees que alguien más haya despertado? —le pregunté. Todavía le hablaba en su idioma nativo, pero su inglés iba mejorando de a poco.

Khent negó con la cabeza, la cual tenía cubierta con una capucha bastante fornida.

–No tengo idea. ¿Quién sabe lo que la muerte de Padre y su resurrección pueden haber ocasionado?

Esa parecía ser la frase de los últimos días. Caos. Incertidumbre. Lejos de las paredes de Coldthistle me sentía prácticamente desnuda, como si una parte vital de mí hubiera desaparecido. Me preguntaba si mi confianza alguna vez aparecería. Sea cual sea el caso, me encaminé hacia las puertas, con la ayuda de Khent.

Llegamos a la entrada de la ciudad, cuyas puertas plateadas estaban recubiertas de musgo y enredaderas, envolviendo por completo el intrincado diseño sobre la madera. Coloqué la mano sobre la puerta, esperando que nada ocurriera, pero en ese momento un antiguo mecanismo comenzó a moverse, produciendo un sonido fuerte y crujiente que se desplazaba sobre mi cuerpo. Mi primera reacción fue agacharme, pero me paré enseguida, con la respiración exaltada, y empujé con suavidad la puerta hacia adentro hasta que esta cedió. Nos escabullimos hacia el interior y, ni bien lo hicimos, la tormenta se detuvo abruptamente.

Una vez allí, el aire cálido se sentía mucho más húmedo y fragante, casi sofocante pero hermoso. El eco del canto de algunas aves se desplazaba por los muros circulares, similares en tamaño y forma a los de un coliseo. Miré alrededor, impresionada, sintiéndome aterrorizada y como en casa. *Casa*. No pretendía quedarme y no sabía si era yo quien pertenecía a este lugar, o si el alma de Padre simplemente estaba reaccionando a esta tierra, pero por un momento disfruté esa cálida sensación de bienvenida.

–¿Louisa?

Volteé al oír una voz. Era pequeña, pero tan, tan reconfortante. Mary repitió mi nombre nuevamente, pero esta vez más fuerte, por lo que corrí hacia ella entre las rocas verdes. Había arcos de piedra por todos lados que

llevaban hacia lugares que no podía ver, rodeando el terreno central en donde se encontraban las escaleras que Bennu había descrito. La ciudad parecía completamente vacía, como si solo existiéramos nosotros tres allí dentro. Mary se paró desde donde había estado sentada, con la ropa sucia y rota. Cuando nos encontramos, nos dimos un fuerte abrazo, lo cual provocó que mi rostro estuviera húmedo por las lágrimas y no por la lluvia.

–¡Viniste! ¡Estás aquí! ¿Cómo es posible? –gritó, apretándome con fuerza.

Me alejé y suspiré al notar el obvio mechón de cabello que le faltaba del lado derecho de su cabeza.

–Hay tanto para explicar... tanto... –estaba casi sin aliento, eufórica.

–¡Oh, pero estás empapada! –dijo Mary, chasqueando con la lengua–. ¡Debes estar congelándote!

–Cállate y deja de preocuparte por mí –repliqué, riendo mientras la saludaba. Me hacía tan bien volver a ver su rostro, sus ojos destellantes y sus pecas, y más aún saber que en verdad era ella–. Tú eres por quien estoy preocupada... ¿Cómo soportaste estar aquí todo este tiempo?

–Intenté escapar, de verdad lo hice –me explicó frunciendo el ceño mientras señalaba las puertas a mis espaldas, las cuales se habían cerrado nuevamente–. ¡Louisa, no hay escapatoria! Las paredes son demasiado altas y hay cosas que merodean abajo, cosas que solo pude oír pero que nunca desearía conocer.

–Yo trepé por las paredes pero con la forma de bestia; de otra manera, no habría tenido la habilidad para hacerlo –intervino Khent, sonriendo mientras tocaba mi hombro con suavidad antes de dirigirse resolutivamente hacia la escalera–. Deben estar despertando. Quédense aquí mientras me aseguro de que sean... amigables.

Mary lo estaba mirando, perpleja.

–Más te vale que tengas cuidado –no era mi intención que sonara como

una orden, pero sí lo fue.

Khent esbozó una sonrisa e inclinó la cabeza.

–No serán problema.

Por un momento, Mary se quedó en silencio mientras lo miraba marcharse, aún con una expresión de confusión en su rostro.

–¿Cómo llegaste hasta aquí, Louisa? Estaba este hombre horrible que me secuestró en Waterford antes de que pudiera darme cuenta. ¡Me quitó un mechón de cabello y me encerró aquí sin decir nada! ¿Y quién es esta persona? ¿En qué idioma están hablando?

Coloqué mi brazo sobre el suyo y me encogí de hombros. ¿Por dónde empezar?

–Como te dije, hay demasiado que debes saber, pero no tiene que ser aquí. Creo que es una historia para más tarde, cuando todos estemos a salvo, secos y cálidos. Será mejor que lo hablemos lejos de este lugar.

–Oh, vamos –se quejó–. Por favor. He estado completamente aburrída aquí... Se siente como una eternidad. Recitar poemas y cantar solo es divertido al principio, luego todo comienza a convertirse en un puro sinsentido triste.

–Bueno, lo que tengo para contarte ciertamente no es aburrido –le dije, riendo. Luego, recordé lo que había cargado desde tan lejos entre tanto viento y lluvia, y metí la mano en mi bolsillo. De allí, saqué el pequeño pez de madera–. Toma. Chijioke hizo esto para ti.

–¿Para mí? –sus mejillas se sonrojaron. Tomó la pieza de madera y la sujetó firmemente, cerrando los ojos con fuerza–. Y... ¿este pequeño regalo viene con esta historia loca que tienes para contarme?

Desde abajo, oí una carcajada. Quizás Khent no había encontrado problemas después de todo. Guie a Mary lentamente hacia las escaleras y

esperamos, mirando hacia la oscuridad, preguntándonos hacia dónde exactamente iríamos, en dónde exactamente encontraría un hogar.

–Así es –le contesté–. Solo me pregunto si me creerás.



Agradecimientos



Este de ninguna manera fue un libro fácil de escribir y hay varias personas a las que necesito agradecerles. En primer lugar, a Andrew y el equipo de HarperCollins, quienes demostraron una paciencia sagrada mientras terminaba, una y otra vez. A Olivia Russo, quien organizó viajes maravillosos para promocionar la saga y me hizo sentir como una completa estrella de rock. También quería agradecer al equipo de diseño, quienes dedicaron mucho tiempo y energía para hacer que *La mansión de las furias* se viera y sintiera hermoso. A Daniel Danger e Iris Compriet, que hicieron un trabajo estupendo, claro, y con quienes estoy totalmente agradecida por su creatividad y pasión. Un agradecimiento enorme a mi agente, Kate McKean, quien sigue siendo los cimientos de mi carrera profesional. A Matt Grigsby y Oliver Ash Northern, a quienes les agradezco por su ayuda para realizar el estupendo material promocional para la saga.

A mi familia; ya saben lo mucho que significan para mí, y el amor y compasión que me brindaron mientras escribía y reescribía el libro a contrarreloj. La próxima vez, tratemos de no tener ninguna emergencia familiar cuando la fecha de entrega esté cerca, ¿está bien?

A Brent Roberts, quien fue de gran ayuda con lo relacionado a la mitología cristiana, y a Amanda Raths, que me proporcionó gran ayuda con las traducciones del egipcio; a ambos, gracias por su ayuda incondicional.

Créditos de imágenes



Marco victoriano en páginas 1, 4, 5, 7, 14, 24, 31, 38, 47, 57, 64, 76, 86, 96, 107, 114, 123, 132, 144, 159, 174, 184, 199, 210, 223, 235, 246, 266, 280, 292, 302, 312, 320, 331, 342, 358, 372, 384, 392, 400, 414, 420 © 2018 by iStock / Getty Images.

Textura de pared en páginas 1, 4, 5, 7, 14, 24, 31, 38, 47, 57, 64, 76, 86, 96, 107, 114, 123, 132, 144, 159, 174, 184, 199, 210, 223, 235, 246, 266, 280, 292, 302, 312, 320, 331, 342, 358, 372, 384, 392, 400, 414, 420, 423 © 2018 by iStock / Getty Images.

Suciedad en paredes en páginas 13, 37, 75, 113, 173, 209, 265, 311, 357 © 2018 by iStock / Getty Images.

Ilustraciones en páginas 8, 117, 160, 185, 252, 281, 343 by Iris Compiet.



MADELEINE ROUX

es la autora best seller de *The New York Times* de la saga *Asylum*, que fue publicada en nueve idiomas en todo el mundo. La serie se compone por *Asylum*, *Sanctum*, *Catacomb* y *Escape del Asylum* y dos historias cortas, *Scarlets* y *Los artistas de huesos*.

La *mansión de las furias* es una nueva serie de terror gótico paranormal, que promete deleitar nuevamente a los fanáticos de Roux.

Madeleine es graduada del Beloit College.



- Título original: *Court of Shadows*
- Dirección editorial: Marcela Luza
- Edición: Melisa Corbetto con Erika Wrede
- Coordinadora de arte: Marianela Acuña
- Armado y adaptación de diseño: Nai Martínez
- Arte de portada: © 2018 Daniel Danger
- Diseño de portada: Erin Fitzsimmons
- Ilustraciones: Iris Compiet
- Armado del ebook: María Victoria Costas

©2018 Madeleine Roux

© 2018 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Publicado en virtud de un acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:
San Martín 969 piso 10 (C1004AAS) Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 5352-9444
y rotativas
e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO:
Dakota 274, Colonia Nápoles CP 03810, Del. Benito Juárez, Ciudad de México
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621
01800-543-4995
e-mail: editoras@vergarariba.com.mx

ISBN: 978-987-747-471-8

Octubre de 2018

Roux, Madeleine

La corte de las sombras / Madeleine Roux. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Julián Alejo Sosa.

ISBN 978-987-747-471-8

I. Narrativa Juvenil Estadounidense. I. Sosa, Julián Alejo, trad. II. Título.

CDD 813.9283

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a vrya@vreditorasya.com
con el título de esta novela en el asunto.

Encuétranos en

 facebook.com/vreditorasya

 twitter.com/vreditorasya

 instagram.com/vreditorasya

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag
[#laCortedelasSombras](https://twitter.com/hashtag/laCortedelasSombras)

